

CI



1020027099

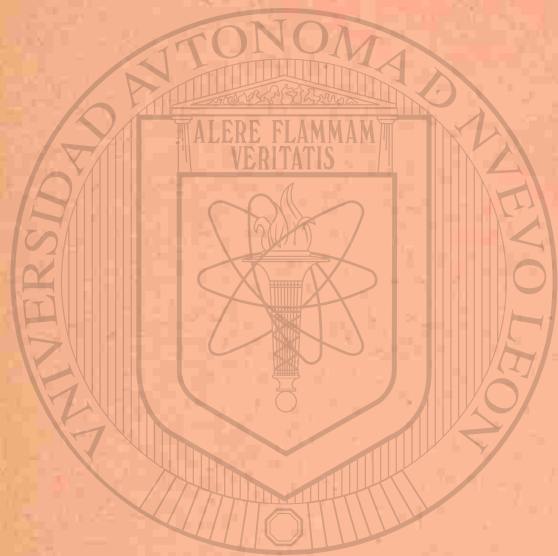


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOVELAS

DE

EDMUNDO DE AMIGIS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

España: traducción de Suarez Figueroa.—Un volumen holandesa, tela, pesetas 3.

Marruecos: traducido por J. Muñiz Carro.—Un volumen, con noticia biográfica, pesetas 3,50 en Madrid y 4 en provincias.

Recuerdos de París y Londres: traducción del mismo.—Un volumen, pesetas 2,50 en Madrid y 3 en provincias.

Holanda: traducido por H. Giner de los Ríos y J. Muñiz Carro.—Un volumen, pesetas 4 en toda España.

Constantinopla: traducción de H. Giner de los Ríos.—Dos volúmenes, con el retrato del autor, pesetas 3 en toda España.

Recuerdos de 1870-71: traducción del mismo.—Un volumen, pesetas 3.

La vida militar: bocetos, 1.ª série, traducción del mismo.—Un volumen, pesetas 3.

La vida militar: nuevos bocetos, 2.ª série, traducción del mismo: pesetas 3.

Novelas: traducción del mismo: pesetas 3.

EN PRENSA.

Páginas sueltas, Poesías, Retratos literarios.

EDMUNDO DE AMICIS

NOVELAS

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RÍOS

Camila.—La casa paterna.

Furio.—Manuel Menendez.

Un gran día.—Alberto.



FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

86303[®]

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ

Jacometrezo, 72

1884

15203

808

A

QQ4683

A3

188



CAMILA.

U A N L

CUENTO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

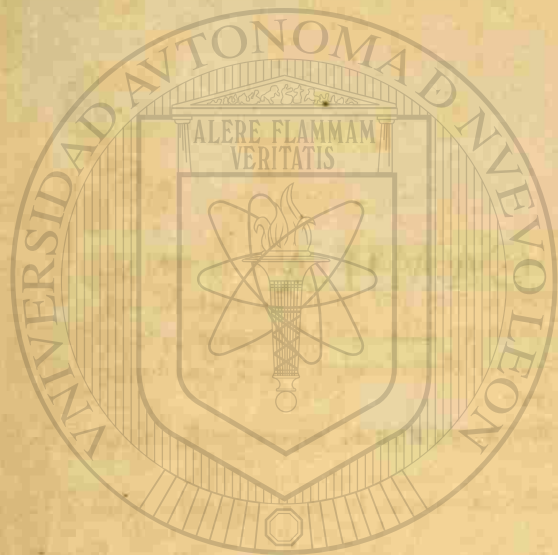
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de la Vinda de J. M. Pérez, Corredera Baja, 41.

NOVELAS.

2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

Una señora anciana de la ciudad de ***, necesitando criada, rogó por medio de carta á una amiga residente en otra ciudad cercana, que le mandase la suya. Dicha amiga iba á abandonar Italia en breve.

La respuesta no se hizo esperar y fué afirmativa.

«La muchacha—decía la carta—partirá mañana.

«No puedo darle informes respecto á su familia, por la sencilla razon de que ella no ha querido jamás dármelos, y no he conseguido procurármelos por mí misma, pues nunca quiso ni aun decirme de qué país era. A cualquiera otra que me hubiese mantenido tal secreto, le habria dicho:—Guardaos el misterio é id con Dios.—Pero con esta muchacha no tuve valor. Me ha parecido desde el primer momento tan buena, tan honrada y tan agradable, que la he aceptado sin más

preámbulos ni informes. Quizá se avergüenza de sus padres, y rehusa descubrirlos. Sea lo que fuere, creo que en este arcano carece de culpa.

«Se la mando á Vd. pues, sin temor alguno.

«Le recomiendo, sin embargo, que le guarde ciertas consideraciones, porque no puede con determinados trabajos fuertes; es débil y enfermiza, y luego... es hasta bonita.»

La muchacha llegó.

Se presentó á la señora tímidamente, sonriendo. Gustó y quedó todo convenido.

Se llamaba Camila. No era realmente bonita, sino muy simpática: un poco pálida y melancólica; y sonreía mejor por cortesía que por ganas de sonreír.

Desde los primeros días, trató la señora de saber algo de su familia. Se turbaba, dió mil respuestas vagas, como si aquellas preguntas le hicieran daño. Por lo ménos, la señora deseaba saber dónde habia nacido, y ella pronunció el nombre de un pueblo cualquiera, el primero que se le vino á las mientes, de un modo que quería decir:—No, no es ese; pero lo digo por salir del apuro.—Bastó esto para que la señora no insistiese más por enterarse. Algun tiempo despues probó de nuevo, pero con idéntico resultado; al fin decidió no volver á pensar en ello.

Cada dia se mostraba más diligente, más humilde y más dulce. La hija menor de la casa la

queria con vivísimo afecto; la misma señora no hacia más que alabarla, prodigándola palabras que parecian inspiradas por entusiasta simpatía. Su marido solia chancearse diciéndole que era un alma romántica, subyugada por el atractivo del misterio; que el tiempo haria luz y la luz iluminaría, Dios sabe qué cosa. Pero el tiempo no reveló nada, y Camila se fué haciendo cada vez más melancólica.

Solo tenía un defecto, si puede llamarse así una desventura, cual era su extremada sensibilidad nerviosa, que la hacia temblar al oír un ruido imprevisto, al aparecer inesperadamente una persona, al sentir que la llamaban desde otra habitacion, en fin, por cualquier movimiento, sonido ó vision, para lo cual no estuviese preparada. A veces llegaba hasta á ponerse enferma, y ni lecturas de cosas tristes, ni narraciones de siniestros, ni descripciones de espectáculos, en los cuales hubiera remotamente la idea de un peligro, se podian hacer en presencia suya sin que diese pruebas tan evidentes de turbacion y de dolor, que hacia cejar en su empeño al narrador más obstinado. Una ó dos veces al mes, sin otro motivo que estas sacudidas nerviosas, se veía obligada á pasar un par de dias en cama, con dolorosa agitacion primero, cayendo luego en tan grande prostracion, como si hubiera sufrido larga y penosa enfermedad.

Cierta noche estaba toda la familia reunida en el comedor, y Camila sentada en un rincón.

Era ya tarde; unos leían, otros escribían, nadie hablaba; ni aun respirar se oía. Sobre la terraza había algunos tiestos de flores, y solo el rumor de las hojas sacudidas por el viento y los lejanos ecos de una campana, turbaban aquel silencio. De pronto, se oyó en la habitación inmediata fuerte golpe como si hubiese caído de lo alto una cosa pesada, y á la vez un agudísimo grito.

Casi al mismo tiempo otro grito más agudo que el primero, salió de la boca de Camila.

La señora, el marido y los hijos, sin atenderla, corrieron á la otra habitación.

—No es nada,—gritó á los pocos instantes la madre.

Había sido la niña, que buscando en la oscuridad el cordón de la campanilla, para darles una broma, había tropezado con la mano en un gran martillo colgado en la pared, y éste se le había caído sobre los piés.

Volvieron enseguida al comedor y se encontraron con Camila por tierra; la levantan, sangraba su cara; en el momento que lanzó el grito, cayó desvanecida, y al caer, había dado con la frente en una silla: la llevaron á la cama, volvió en sí, pero se le presentó una fiebre tan violenta, que llenó á todos de espanto. Cuando ya pudo

hablar, preguntó qué había sido aquel golpe y aquel grito; se lo dijeron; al principio pareció que no quería creerlo; no estaba completamente en sí, y prorumpía en exclamaciones sin sentido. Luego pareció que había cobrado la razón, y entonces pidió nuevas explicaciones de lo ocurrido; demandó perdón por la inquietud que causara y lloró. Trataron de consolarla.

—¿Por qué lloras? le preguntó la niña. Y ella, llorando más fuerte todavía, respondió:

—¡Yo bien lo sé!

Al día siguiente, enviaron á buscar al médico. Vino el doctor, y antes de entrar en el cuarto de Camila, se hizo referir todos los accidentes que precedieron á la enfermedad. Entró, examinó á la enferma, le hizo algunas preguntas respecto á su estado, y despues le dijo:

—Diga Vd., ¿ha sufrido alguna vez en su vida un gran susto?

La muchacha se contrajo violentamente, y se puso más pálida de lo que estaba.

—Contésteme sin cuidado á esta pregunta, pues se la hago por su bien.

—Ningun susto...—balbuceó Camila, moviendo la cabeza, y haciendo como si buscara algo en su mente.

—¿Lo puede Vd. asegurar?—insistió el médico.

—...Sí.

—Perdone mi insistencia,—repuso el médico.

—Quizá Vd., por razones particulares no querrá decirme la verdad, pero no me cabe duda que usted ha sufrido algun gran susto, que le ha causado mucho daño: dígamele; ¿fué acaso una caída? ¿algun peligro que amenazase á Vd. ó á alguno de su familia? ¿algun delito del cual fué Vd. espectadora inesperadamente?

Camila tembló con violencia como sobrecogida por la fiebre; luego cerró los ojos y volvió la cabeza hácia otro lado, dejándola caer con todo su peso sobre la almohada.

La niña lanzó un grito.

—No es nada,—dijo el médico,—déjenme solo, tal vez no quiera confiar su secreto más que á mí.

Salieron de la estancia: al cabo de un cuarto de hora salió él tambien, y toda la familia lo cercó.

—Ni una palabra sola ha salido de su boca,—exclamó el médico;—pero ahora más que nunca estoy convencido de que una gran conmocion, producida por un susto, ha sido la causa de su enfermedad; esto significa poco; es señal de que debajo se esconde algo. La enfermedad es grave, el sistema nervioso ha experimentado funesta sacudida. La jóven, á lo que parece, tenia ya antes una complexion física bastante delicada, y el golpe que ha sufrido quizá no habria perturbado á una persona robusta, pero ha sido demasiado fuerte para ella. Vds. intentarán descubrir algo, si

bien no es necesario, toda vez que la naturaleza de la enfermedad es bastante manifiesta.

A una última pregunta que le dirigieron mientras abria la puerta para salir, respondió en voz baja algunas palabras que dejaron á todos pensativos.

La enferma fué empeorando rápidamente. La acometian á menudó ataques de delirio seguidos de mortales inquietudes y de letargos profundos.

Hablaba delirando y todos recogian sus palabras con ansiedad por ver si daban luz sobre el hecho que se empeñaba en ocultar; pero á nada condujeron sus cuidados; pudieron observar, sin embargo, que á menudo hacía por cubrirse la cara con las manos, sacudiendo la cabeza á la par, como si repentinamente se le ofreciera á la vista alguna cosa que causara horror.

En ocasiones se sentaba en el lecho y miraba aquí y allá en el suelo, con los ojos extraviados, como si hubiera esparcido algo que se moviese. De cuando en cuando, en los momentos de mayor agitacion, hacía una señal para imponer silencio, se ponía una mano detrás de la oreja como para recojer mejor un lejano sonido, y gritaba con acento de terror:—¡Abajo!

Pero la idea más extraña, sobre la cual volvía á cada paso, aun estando tranquila, era que alguno tratase de quitarle la ropa; un par de vestidos y poca ropa blanca que guardaba en su pe-

queño baul, colocado al lado de la cama. Siempre tenía la vista encima, y se hubiera dicho que allí encerraba el gran secreto. Un día dijo que quería quemarlo todo, y la niña le contestó que no se lo permitirían.

—Entonces—murmuró ella—prométeme que lo harás en cuanto yo muera.

Por lo demás, siempre tenía dulzura y resignación, y no concluía nunca de dar gracias á sus amos por los cuidados que la prodigaban y por el cariño que mostraban hácia ella.

—Yo bien sé que he de morir—dijo un día á la señora;—estoy dispuesta; pero me apena morir aquí y acarrearle dolor á Vds., que tanto bien me han hecho... (y luego, mirando alrededor), y entristecer asimismo la casa. ¡Hágame un favor, buena señora!—prorumpió finalmente con voz suplicante—¡haga Vd. que me lleven al hospital!

Una mañana, con gran trabajo y con mucho secreto, escribió una carta. La señorita lo advirtió, y le dijo que se la entregase, que ella misma la mandaría al correo. Camila rehusó, suplicándole que mandase venir á la portera, que no sabía leer. Vino la portera, y Camila le metió la carta en el bolsillo, con la promesa de que la echaría al correo sin dejar ver la dirección á nadie.

Poco á poco iba perdiendo las fuerzas, y ya el médico le daba pocos días de vida. Una noche, sobrecojada por los frecuentes ataques nerviosos,

después de larguísimos espasmos, pero siempre con su mente serena y con plena conciencia de sí hasta el último momento, murió.

Sus últimas palabras, con las cuales parecía querer revelar algo, no fueron comprendidas.

Se convino desde entonces en hacer pesquisas respecto de su familia, para poderle enviar al ménos la ropa de la jóven, más que por su valor, porque sería de recuerdo querido para sus padres. Se escribió, se hizo que preguntasen unos y otros; al fin se pensó en abrir el baul, por si se encontraba alguna carta ó apunte ó dirección cualquiera, por donde colegir el lugar de su nacimiento, ó quiénes fueran sus parientes, si los tenía.

Abrióse el cofre en presencia del médico y de toda la familia. La señora fué sacando una por una todas las prendas y ropa blanca. En el fondo, entre dos ó tres lios, se encontró una carta abierta. La señora la cogió y la leyó; constaba de pocas líneas escritas por Camila; era una carta comenzada, abandonada á la mitad, y sin dirección. Decía:

«Desde aquel día siempre he estado mala; perdía las fuerzas y no podía soportar los trabajos del campo. Por esto me trataban con malos modos en mi casa y me decían que no servía para nada, echándome en cara muchas veces tu acción, haciéndome comprender que dudaban de mí, y el que yo te hubiese aconsejado. Esta sospecha me

hizo perder el valor, y quizá me habrían arrojado de casa por inútil; pero tomé la resolución de ir á servir á la ciudad, esperando encontrar alguna buena familia que tuviera compasión de mi estado y me tomase para los servicios menos fatigosos; y luego, que ya no era posible seguir en aquella casa despues de lo ocurrido; me daba miedo y sufría demasiado.

«Ahora, ya estoy en la ciudad; he hallado una buena familia, pero ni digo nada á nadie, ni jamás lo diré, pensando solamente que alguien pudiera llegar á saberlo; creo que tendrían horror de mí que no tengo culpa, sin embargo; ni aun quiero que en mi casa sepan de mí; yo los perdono, pero me han tratado demasiado mal, al dejarme marchar sola, como estaba, enferma y sin protección...»

—¿Hay más escrito?—observó el médico.

La señora volvió la hoja; en efecto, había algunas líneas más en medio de una página llena de tachones, que escondían totalmente lo escrito.

«Yo luego hice un lío con aquel vestido, y para quitármelo de delante de los ojos, lo metí en el fondo del baul.

«Han pasado tantos meses, y siempre me parece, no obstante, que fué ayer cuando lo guardé; nunca he tenido valor para volverlo á tocar; solo con extender la mano tiembla todo mi cuerpo, y casi me faltan las fuerzas...»

—Veamos, pues, el lío,—dijo la señora dejando la carta.—Lo sacó fuera del baul, rompió el papel en que estaba envuelto, y salió un vestido de mujer.

—¿Qué es esto,—gritó llena de espanto la señora, mirándolo por todas partes.

Se puso el médico sus anteojos, cogió el vestido, lo miró por uno y otro lado, y dejándole caer á tierra, dijo:

—Está manchado de sangre.

Este descubrimiento dió lugar á una infinidad de conjeturas y sospechas; pero en nada aclaró el misterio. Por otra parte, la familia no hizo más investigaciones y poco á poco dejó caer el asunto en el olvido. Cuando una noche, ya tarde—cerca de un año despues de haberse abierto el cofre—se presentó un desconocido que deseaba hablar con la señora.

La señora lo recibió en la antesala, juntamente con su marido y sus hijos. Era un jóven como de veinticinco años, pálido, mezquinamente vestido, con el pelo largo y el aspecto acabado de un pobre; pero con ciertos ojos que no inspiraban confianza.

Le preguntaron qué deseaba.

Él miró alrededor con aire atónito, como si reconociera la casa, y enseñando una hoja de papel que tenía en la mano, preguntó humildemente:

—¿Son Vds. los señores ***?

Le respondieron afirmativamente.

—¿Sirvió aquí—continuó el desconocido—hace algun tiempo una jóven que se llamaba Camila y que murió?

—Que murió;—respondió la señora mirándole con fijeza.

—Y...—preguntó el jóven con voz conmovida:—¿cómo se cayó?

—¿Que cómo se cayó?—repitieron todos maravillados.

—¿O es que no ha muerto?—añadió el jóven enseñando otra vez la carta;—¿no ha muerto á consecuencia de una caída desde la ventana... y apenas tuvo tiempo de escribirme?

—¿Eh?—repuso la señora;—sí, la pobre muchacha murió de una enfermedad nerviosa, enfermedad que la hizo sufrir mucho tiempo, hasta morir de consunción, todo ello causado por un gran susto que tuvo no se sabe cuándo ni cómo; quizá una desgracia ¡quién sabe! algun lance terrible, de seguro;—y mirábanle fijamente.

El desconocido se quedó sin palabra por un momento, con la boca abierta y los ojos desencajados.

Luego comenzó á contraer el semblante, á temblar todo su cuerpo, á mirar ora á uno, ora á otro, con indecible expresion angustiosa, hasta que finalmente lanzó un grito doloroso y se lanzó como un rayo por la escalera.

Salen detrás de él, volaba, y no pudieron darle alcance.

Bien puede imaginarse la curiosidad, la emocion y las sospechas juntamente que la inesperada visita de aquel hombre debió producir. Durante varios dias, ni se pensó ni se habló de otra cosa; quien, aconsejaba revelar el hecho á la policía; quien, lanzarse en busca del desconocido por toda la ciudad; quien, reanudar las pesquisas respecto á la familia de Camila.

Cuando una noche en que el médico estaba en la casa y se conversaba sobre el susodicho argumento, oyeron llamar á la puerta, y á los pocos instantes la voz de la muchacha, que decia desde la habitacion inmediata:

—Señores, vengan un momento, que yo tengo miedo.

—Acuden todos; era el desconocido, más pálido y desencajado que la vez primera, con la ropa hecha trizas y cayéndosele á pedazos.

—¿Qué quiere Vd.?—le preguntaron.

Él fijó sus ojos en la señora como si jamás la hubiese visto, y dijo:

—¿Son Vds. los señores ***?

—Sí, ya se lo hemos dicho,—respondió la señora.

—Hace tiempo—continuó—¿servía en esta casa una jóven que se llamaba Camila y que luego murió?

—Por Dios, ya le hemos dicho que sí;—exclamaron todos maravillados.

—Perdonen Vds.—murmuró el médico haciendo señas á la familia,—y acercándose al desconocido, le cogió por el brazo y le dijo cariñosamente:

—Váyase á sus asuntos, buen hombre, que aquí nada hay para Vd.; váyase, pues.

Así diciendo, lo empujó suavemente hácia fuera y cerró la puerta. Luego se volvió hácia la familia, que esperaba una explicacion, diciéndoles:

—Este jóven está imbécil.

II.

En la provincia de ***, en el Piamonte, hay una aldehuela, á la que las gentes de los alrededores llaman el pueblo de los *Hocicudos*, sin duda por burlarse de la seriedad de sus habitantes: Y en verdad que deben ser los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del suelo donde se vive, produce siempre algun efecto sobre el carácter y el humor; porque el pueblecillo hállase colocado en una hondonada profunda, con escasa luz, casi siempre cubierto de niebla y rodeado de altas y rocosas montañas. Sin embargo, el calificativo de *duros* iria mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra reúne en alto grado el carácter del campesino piamontés; bueno, honrado, trabajador, pero duro de cabeza, como el granito, cuando se trata de cosas en que sea preciso cambiar de parecer, ceder ó plegarse. Ocurre, por ejemplo, en el mercado, que para pasar despues de haberle dicho por

NOVELAS.

tres veces:—¿Me permite?—se ve uno obligado á dar cuatro ó cinco pasos hácia atrás, tomar de flanco la marcha, y despues empujarle hasta hacerle dar contra la pared. Lo mismo cuando se trata de arrancarle una preocupacion, de disuadirle de algun pique, de removerle de una resolucion: el más reposado y vigoroso razonador del mundo, pierde la paciencia y la voz, y hay que concluir diciendo lo que dicen las madres de los niños testarudos, que no hay más sino cortarles la cabeza. Son rígidos y tercios, pero no cortos de alcance. Tardan en entender, cierto, y se están un rato con los ojos asombrados y la boca abierta antes de coger una idea; pero luego la aprisionan en su ruda mente, y la defienden como celosos de su conquista, con tanta tenacidad, dándole vueltas y revueltas, que concluyen por poseerla y comprenderla mejor que una inteligencia rápida que coja las ideas al vuelo.

Esta lentitud de entendimiento que ellos mismos reconocen, unido á cierta astúcia grosera que les hace temer que la gente más diestra les engaña, dá á sus maneras y á su lenguaje un no sé qué de rudo, áspero y desconfiado, que á primera vista se les juzga peor de lo que en realidad son. Por lo demás, han comprendido desde un principio que para no ser suplantados por los listos, una de las primeras cosas era aprender á leer y escribir, poniendo buena cara, desde luego,

á las primeras escuelas que se abrieron en el pueblo, enviando allá á sus hijos, concluyendo por asistir tambien los viejos.

En fin, es un pueblo, que dichosos nosotros, si de un extremo al otro de Italia se le pareciesen todos.

Hace pocos años, en una casa de labradores colocada á la extremidad de la aldea, al lado del camino principal, se hallaba un jóven que por su aspecto rudo y su entrecejo, se podia decir que era la expresion más fiel de la índole de aquella gente. No era un estúpido, ni un hipócrita, ni un vicioso, sino que más bien se rozaba muy poco con los demás jóvenes del lugar, y la mayor parte de los dias se los pasaba en casa, sin que jamás hubiera dado que decir á las gentes. A muchos, sin embargo, desagradaba; tenía pocos amigos, sin más razon que por lo orgulloso y uraño que aparecia en sus modales y palabras. Era uno de esos que cuando hablan con nosotros, se fijan en el traje, en el sombrero, en las botas, recorriendo con la vista el semblante, sin mirar nunca á derechas; sonríen, y reprimen súbitamente la sonrisa; bostezan, y detienen el bostezo á la mitad; mueven una mano, y la dejan en suspenso como si fuera la de un muñeco, y no tienen ni palabra, ni mueca, ni mirada que no sea violenta y pensada; concluyen á la postre por desasosegarle á uno y no hallar el momento de dejarles, y una vez separa-

dos, se sorprende su mirada en el mismo instante en que nos huye. Carlos era uno de éstos, por cuyo motivo desagradaba hasta á las mujeres, aunque su fisonomía no fuese antipática. Era una figura que en el pueblo, en medio de la multitud, á la salida de misa, entre las cien caras de frente deprimida, de rizos crespos ó lácios, de narices torcidas y color de tierra cocida, llamaba enseguida la atención por los rasgos regulares, por sus grandes ojos y por la palidez.

Era enjuto y bajo, pero de apariencia robusta, y aquellas continuas arrugas de la frente, daban á su mirada una expresión fiera que cuando no iba perturbada por la ira era agradable.

Solamente le vivía el padre, que trabajaba en una lejana ciudad; él se hallaba con unos tíos y primos suyos del lugar, entre los cuales había una muchacha llamada Camila, huérfana y acogida por la misma familia que también le acogiera á él. Juntos habían vivido desde niños, y como fácilmente puede imaginarse, apenas llegado á la edad en que se empieza á mirar con distintos ojos al compañero de escuela y á la hija del portero, comenzó á andarle al retortero á ella, ésta á corresponderle y la familia á dejar correr el asunto, pensando que á su tiempo podrían casarse.

Esta muchacha, que tenía diez y seis años, (tres ménos que Carlos), era de índole y maneras enteramente diferentes á las de él. Pero el afec-

to había nacido con la intimidad, á escondidas casi, y aun también porque los extremos, una vez que se dice se tocan, es preciso también que se acerquen; y luego, porque en ella, humilde y afectuosa, vivía aquel sentimiento secreto que impulsa á la mujer hácia los hombres de naturaleza áspera y violenta, como por una necesidad de verter en otros la dulzura de su alma, un deseo de luchar y de sufrir, de expiar culpas ajenas, de escudar con la bondad y los dolores propios á quien tenga necesidad contra los castigos del cielo. Carlos la quería á su modo; frecuentemente, sin embargo, la hería con palabras durísimas, ó la asustaba con sus salvajes ímpetus de cólera que generalmente seguían cuando ella con resolución y viveza combatía el mal, y defendía la honradez, echándole en cara alguna de sus testarudeces culpables, valiéndose siempre del lenguaje irrefragable de la convicción y del afecto, haciéndole comprender que no tenía razón; ella imploraba la paz, y cuando la misma sumisión, que era en cierta modo victoria, no volvía á enardecer al adversario, la paz estaba hecha. Y si alguna vez conseguía refrenarlo, amansando sus instintos, volviéndole al buen camino, entonces se ponía orgullosa; cada día que pasaba se unía más íntimamente á él por lo misterioso y cerrado de su carácter; precisamente, porque como siempre sucede, su corazón estaba en continua curiosidad, imagin

do siempre que la parte escondida á su cariño era la mejor, y que á fuerza de cuidados, de sumision, de sacrificios, lograría ponerla de manifiesto, sobreponiéndola á las demás inclinaciones.

Por la tarde solian estar juntos á la puerta de la casa: Camila, trabajando sentada; él en pié, apoyada la espalda contra la pared. Hablaban poco, especialmente Carlos. Si tenia suelta la lengua, era mala señal; seguramente procedía de bilis comprimida á que necesitaba dar rienda suelta; entonces es cuando salian de su boca los discursos más disparatados; no volver á trabajar, meterse á contrabandista, emigrar al extranjero. Entonces la muchacha empezaba á combatirle hasta donde le llegaba el aliento y la esperanza, y luego las lágrimas.

—Soy un mal sujeto, muy malo, ¿no es verdad? concluía por decir él medio arrepentido;—y Camila, consolada ya con aquellas palabras, le respondia enjugándose los ojos:

—No lo creo...

III.

Una tarde, á la hora acostumbrada, vino él á encontrarla con más entrecejo que de ordinario, y cogiéndole la mano, así se estuvo inmóvil, mudo, con la espalda apoyada en la pared y apretándole la mano. Camila le miró á hurtadillas y le dió miedo; jamás le habia visto tan descompuesto; estaba pálido y temblaba.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Tengo...—respondió con violencia y sin volver la cabeza—nada, una bagatela. Tengo, que hace cinco dias, cuando recibimos la noticia de la muerte de mi hermano mayor no hemos pensado en una cosa.

—¿En qué cosa?

—Ni tú, ni yo, ni mis padres, ni el cura, ni nadie, hemos pensado y parece imposible, y es preciso reconocer que todos hemos perdido la cabeza.

—Pero dí, qué...

—Digo, digo... y no hay remedio, sino que lo tengo que decir: que tengo que ir á ser soldado; ya está dicho...

La muchacha dió un grito y se puso en pié.

—¿Sabes ahora ya lo que tengo?—añadió el jóven,—y luego á poco replicó:—Así es. La ley, si no lo sabes, cuando hay tres hermanos, coje el primero y el último, y cuando el primero muere, deja al último y coje el segundo; yo soy el segundo; por tanto, á mí me toca.

—Pero...—dice la muchacha sin volver todavía por completo del atolondramiento,—¿es verdad eso?

—¿Que si es verdad? El alcalde me lo ha dicho; y luego, que cuando quieras puedes ir á ver mi nombre, añadido ya á la lista. Y aún hay más. Entre mi hermano y yo no habia más que un año de diferencia; en justicia, me habria tocado la quinta el año próximo; pero este año, como sabrás, y si no te lo digo yo, sacan dos quintas de una vez, porque se les debe una; por consiguiente, estamos arreglados. Dentro de un mes, ¡largo!

—Pero, ¿es posible?—exclamó con voz alterada la muchacha.

—¡Vaya si es!—respondió el jóven con amarga sonrisa.—Pero no hay por qué preocuparse, ¿sabes? ¿Qué son cinco años? ¡una bagatela! ¡Mochila, escudilla y rancho, pan negro y adelante! ¡Y viva el Rey!

Y dió un golpe tan fuerte en la pared, que le saltó la sangre de los nudillos.

—¡Pero Carlos!—gritó Camila agarrándolo,—¿qué haces?

—¿Que qué hago?—respondió con sonrisa convulsiva,—¡mira lo que hago! é hizo ademan violento como de darse un puñetazo en la barba. Pero detuvo el brazo de repente, dió una carcajada y exclamó:—¡ah! me se olvidaba que ya no se abren los cartuchos con los dientes; tanto importa conservarlos.

Y se puso á pasear arriba y abajo, tarareando entre dientes.

Camila, pálida, fuera de sí por la sorpresa y el dolor, lo seguía sin decir palabra, mirándole con ojos extraviados.

—¿Qué dices de esto?—preguntó Carlos deteniéndose.

—¿Qué he de decir yo!—prorumpió Camila con voz temblorosa.—¡Te digo que me parece un sueño! ¡Te digo que no puedo creerlo! ¡Te digo que me estalla el corazón! Y echándole los brazos al cuello, sollozaba.

—¡Oh, por Dios, déjame en paz!—le respondió bruscamente separándola y tomando la direccion del pueblo.— ¡Buenos estamos para ternuras!

IV.

A poco trecho de camino, Cárlos se encontró á un amigo suyo del lugar; hombre como de unos treinta años, alto, enjuto, con ojos vidriosos y cierta expresion despreciativa en su boca, el cual para su clase observaba un atildamiento raro de hallar en los jóvenes del campo; cabellos peinados y con pomada, corbatin, y buenos pantalones grandes y muy ceñidos á la garganta del pié. Era uno de tantos malos campesinos, que sirvieron mal en el ejército y que vuelven á su casa peor que antes, con la perversidad indeleble de su naturaleza, acrecida por los vicios que aprendió en la ciudad y la que aprendió en el cuartel; una mezcla de villano, de aventurero y de malandrin, apestando á aguardiente y pomada y desprecian-do lo que él llamaba la «ignorancia.»

Este tal, habiendo vuelto con la licencia al pueblo, abrió una pequeña tienda de licores.

Al ver á Cárlos, se para, y sin acercársele, le dice con sonrisa compasiva:

—¡Lo sé!—¿Y no hay redencion posible, eh?—añadió luego.

—Tambien tú has servido,—respondió Cárlos.

—¡Por esto precisamente, amigo mio, me das compasión!

Cárlos permaneció mudo con los ojos clavados en tierra.

—¿Y Camila?

Cárlos se encogió de hombros.

—¡Qué remedio! Ahora te toca á tí; cada uno á su vez.

Cárlos se mordió los labios y siguió su camino.

La voz habia cundido por el pueblo, todos lo conocian y todos le miraban. Alguno de los más íntimos, viéndole pasar, salia á la puerta de la tienda, le llamaba:—¿Conque nos vamos, eh?—Otros, maliciosamente, decian:—¡Ya se le bajará la soberbia!—Y las muchachas:—¡Ahora es cuando hay que ver á Camila!—El á ninguno miraba, pero sentia que le venian encima todas las miradas; y en aquel momento le oprimia bastante ménos la idea de tener que ir á servir, que la imágen de todas las burlas de la gente á quien era antipático.—¡Si pudiera cojeros uno por uno!—murmuraba apretando el mango del cuchillo.—Fué á hablar con el alcalde, volvió á leer la lista de los quintos, y volvió á casa ya de noche. Al

entrar, encontró á Camila llorando en un rincón, y acordándose entonces del modo brutal como le habia comunicado la noticia, le entró remordimiento, y acercándose, la dijo en voz baja:

—No hay por qué desesperarse; luego, que... todavía no es seguro.

—¿Cómo que no es seguro?—gritó la muchacha maravillada.

—Aun existe la segunda categoría.—La muchacha se quedó pensando:—¿Segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días!—Todas estas ideas se le amontonaban confusamente en la cabeza.

—Podria tocarme un número alto,—añadió Carlos.

—¿Y entonces no irías!—exclamó Camila.

—Iria solo por cuarenta días.

—¿Pero es verdad?—gritó la muchacha arrebatada por la alegría.

—Sí; ¡pero es preciso tener fortuna!—respondió Carlos.

—¿Así es! Pero yo suplicaré tanto á Dios, que seguramente nos concederá esta gracia;—y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos fué sobrecogido por un sentimiento de ternura, como no habia experimentado hacia mucho tiempo; pero en él los sentimientos de ternura tomaban una expresion de despecho y de cólera; apretó los puños, y mirando al cielo es-

trellado, murmuró con los dientes apretados:

—En verdad que es una ley infame esta que nos obliga á abandonar la casa, los padres, amigos, todo, por ir á hacer... el galeote.

En este momento se oyó una voz en la calle:

—¡Y no hay redencion!

Era el amigo licorista, que al pasar, habia visto destacarse en lo oscuro la figura de Carlos, sobre el fondo iluminado del cuarto; Carlos sintió un temblor.

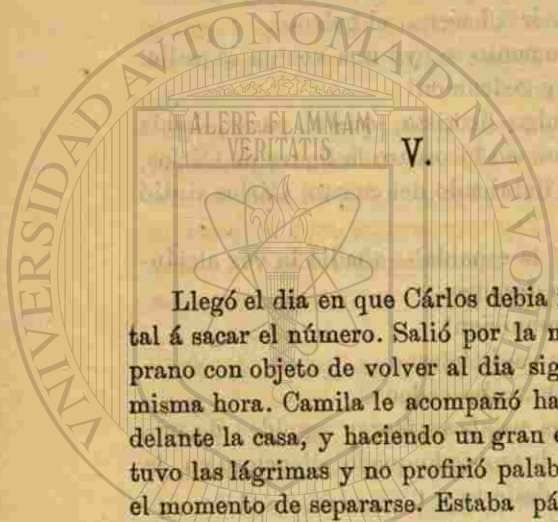
—¡Morrál á la espalda!—añadió la voz alejándose.—Y poco despues:

—¡Pan de municion!

Y luego, y ya de lejos:

—Y látigo y media cadena.

Las últimas palabras fueron seguidas de una gran risotada; luego todo quedó silencioso en la calle oscura y desierta.



Llegó el día en que Cárlos debía ir á la capital á sacar el número. Salió por la mañana temprano con objeto de volver al día siguiente á la misma hora. Camila le acompañó hasta la calle, delante la casa, y haciendo un gran esfuerzo contuvo las lágrimas y no profirió palabra alguna en el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos señales de no haber dormido y de haber llorado. Cuando se hallaron en la calle, recogió todas sus fuerzas, reanimó su espíritu cuanto pudo, y apretando entre sus dos manos la de Cárlos, le dijo con voz entrecortada:

—Vuelve pronto.

Cárlos hizo indicacion de que sí.

—Y...—prorumpió con suplicante voz,—¡que cojas un número alto!

Cárlos sonrió, la besó y se alejó rápidamente; ella permaneció inmóvil.

—¡Un número alto!—murmuró de nuevo con dulce y temblorosa voz.

Cárlos, desde muy lejos, se volvió; Camila hizo ademan como de extraer el número; luego se convirtió este ademan en un saludo; luego le envió un último adiós.

—Al cabo de un rato se entró en casa y dejándose caer sobre una silla, agotadas sus fuerzas por el esfuerzo que habia hecho, exclamó tristemente:

—¡Ah, si el Rey presenciase esto y viese lo que nos cuesta, seguramente no mandaria sacar la quinta! ¡Es que no lo sabe y no hay nadie que se lo haga comprender!

No hay para qué decir en qué estado de ánimo pasó aquel día y la noche siguiente. Por momentos se sentia tan estenuada, que le parecía no se podria sostener hasta el día siguiente; á veces sentia dentro de sí tal inquietud, tal deseo, que la ponía en la necesidad de trabajar con furia, de afanarse, de agotar sus fuerzas, para hallar en el cansancio mismo, algo de reposo. Suplicaba, leía, salía por los campos, volvía á casa, se dejaba caer sobre todas las sillas, y siempre veía delante aquella mano, suspendida en actitud de entrar en la urna y sacar la papeleta; percibía todas aquellas papeletas blancas, plegadas, confundidas, moverse y mezclarse por entre los dedos de Cárlos como si estuviesen animadas.—¡Esta! habría querido decir ella.—¡No, la otra!—¡No, por

amor de Dios, aquella que está debajo!—Cada pedazo de papel que distinguía por tierra, los números escritos en las paredes, cualquier objeto que tuviese relacion con lo que llenaba entonces toda su alma, le conmovia profundamente el corazon.

Dos imágenes, entre muchas, cruzaban continuamente delante de sus ojos; un soldado que se alejaba por un camino solitario, y que poco á poco se iba haciendo cada vez más pequeño, apareciendo y desapareciendo como un punto negro; y un jóven tambien que vestido de paisano iba á su encuentro, cantando, con un número en el sombrero, que cada vez se iba haciendo más grande, hasta que ella podia leerlo bien: un número alto, el número tan suspirado, su salvacion, su vida. Y estas dos figuras se encontraban, se confundian, se cambiaban la una con la otra rápidamente, acompañando á todos estos cambios una sucesion igualmente rápida de goces y de terrores febriles. Así pasó muchas horas de la noche, rezando y llorando.

A la mañana siguiente, estuvo con los padres esperando á Carlos delante de la casa. Al cabo de una hora interminable, se vió aparecer en el camino, muy lejos, un grupo de gentes que enseguida fué reconocido, por el paso rápido que traían, por los sombreros blanquecinos, por los cantos que de cuando en cuando trasportaba el aire...: era el peloton de los quintos. Camila se

apoyó en el brazo de una parienta suya; el grupo se acercó; la muchacha y todos los demás se acercaron... ¡Carlos no venía!

Los jóvenes pasaron; todos tenían su número en el sombrero; alguno de ellos saludó á Camila; á ella le faltó aliento para pedir noticias; uno de sus parientes lo hizo.

—¡Y Carlos?—preguntó á uno de los jóvenes que venia detrás.

—Ha salido con nosotros, pero debe haber tomado un atajo.

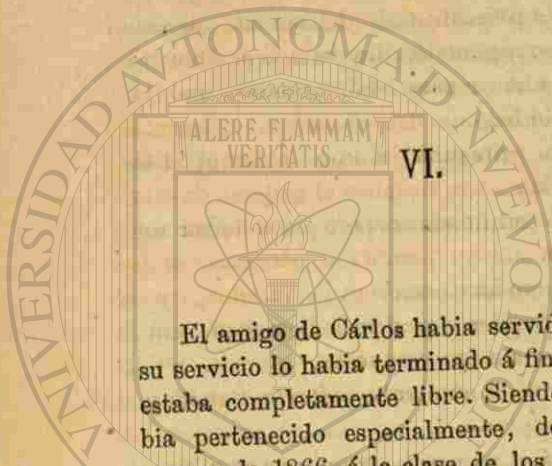
—¡Qué número ha sacado?

El jóven, á quien los demás llamaban, emprendió á correr sin dar respuesta.

—¡El número! ¡el número!—gritaron Camila y todos los suyos.

—¡Aquí está el número!—tronó una voz inesperada á sus espaldas.

Todos se volvieron: era Carlos. Camila dió un grito desesperado: ¡tenía el número siete!



El amigo de Carlos había servido ocho años; su servicio lo había terminado á fines de 1867, y estaba completamente libre. Siendo soldado, había pertenecido especialmente, despues de la guerra de 1866, á la clase de los "descontentos políticos;" clase que un dia solo existía entre los oficiales, se extendió luego á los sargentos y terminó con echar raíces tambien entre los soldados. Durante el último año de servicio, había estado con su regimiento destacado en una ciudad, donde entre los periódicos republicanos y los monárquicos, se había producido una lucha violenta, á propósito del ejército, mezclándose en ella nombres de generales, coroneles y oficiales de todos grados; se habían tratado públicamente cuestiones delicadísimas de disciplina, armando una zambra y un escándalo inmenso. Como ocurre siempre en casos

semejantes, segun que la discusion ó más bien la batalla, se enardecia, iba tambien ensanchándose; así es que pronto del argumento primero, referente á la alta administracion del ejército, se entró en los más pequeños detalles de la economía propia del soldado; primero, del soldado en general; luego, del soldado de determinados regimientos; acusando en primer término al *sistema*, al Gobierno y al Ministro, despues al general de division, á tal determinado coronel y á determinados capitanes; se habían nombrado personas, se habían citado hechos, convocado jurados, y se habían llevado á cabo varios duelos; al fin y á la postre, despues de tanto hablar, escribir, publicar y desafiarse, la tempestad se calmó quedando como al principio todo, excepto los cascots de los soldados, los cuales quedaron á la gineta. Los soldados (los que sabian leer) iban tomando mucho gusto en el asunto, y todos los dias revisaban los periódicos; habiendo sido castigados al sorprenderlos en esta faena, tuvieron ocasion para meditarlo; aun despues de castigados, cada cual se procuró una coleccion de los números más calientes, y á cada instante se les daba un repason, á escondidas, subiendo las escaleras, á la hora de la limpieza, detrás de los árboles de la plaza de armas, en la hora del descanso. A fuerza de tanto leerles, en la cabeza de cada uno quedóse larga lista de palabras y de sentencias, que luego, se-

gun las ocasiones, iban soltando á media voz, con ojo avizor, por si el oficial que les regañara no habia vuelto las espaldas. Un capitán que les aconsejase no ir á los tugurios á charlar con los paisanos de monarquía ó de república, era un hombre que tenia miedo á las *ideas nuevas*. El subteniente, que haciendo un discurso á la compañía, explicase qué cosa es el ejército, cuál es su misión y cuáles sus deberes, de manera que no fuese del agrado de ellos, era un hombre que entendia al revés el *espíritu de las instituciones*. Al sargento que daba una orden y cortaba la palabra en la boca gritando:—¡Silencio!—se le respondia:—*No soy un autómeta*.—A la palabra soldado se la acompañaba siempre como aditamento necesario, la palabra *pobre*, y ciertos desahogos de cólera contra un superior lejano, se cerraban irremisiblemente con una frase misteriosa que hacia brillar los ojos de los circunstantes:—*¡Ha de llegar aquel día!*

Nuestro soldado habia sido uno de ellos y de los más ardientes. Apenas vuelto al pueblo natal con el ánimo aún lleno de agitacion y la memoria fresca de aquellos hechos y de aquellas lecturas, se entregó á hacer propaganda de las *nuevas ideas*. Habiendo abierto una pequeña tienda de licores, sirvió de punto de reunion á los descontentos del lugar. Allí se leían los periódicos, se hablaba de *dilapidaciones del Tesoro público* y

de la *trata de blancos*, y de otras cosas que no todos entendian, pero que todos hacían demostracion de sentir profundamente. El nuevo tribuno era la voz más autorizada de la asamblea, no solo porque frecuentemente daba de beber á crédito, sino porque tenia el talento de las malas personas, nutrido del lenguaje periodístico, y mantenido vivo y elocuente por su habitual estado de preludeos de embriaguez.

La tarde del dia en que Cárlos volviera de la capital de sacar el número, nuestro personaje (se llamaba Márcos) estaba discurriendo con tres ó cuatro quintos en un rincón de la tienda. Le preguntaban informes sobre la vida del soldado y le estaban oyendo con la boca abierta.

—El mal está—decía echando hácia atrás el sombrero, como para dejar más rienda suelta al pensamiento—el mal está en que los superiores no estudian y no saben nada de nada. Y cuando falta esto—tocándose la frente con el índice—es muy bonito ir cubierto de galones y de cruces; pero no por eso dejarán de ser unos asnos. Estamos atrasados: hé aquí la gran cuestion.

—¿Y qué tal la comida?—preguntó uno.

—La carne—respondió encendiendo su cigarro, —casi siempre está mala; la sopa se dá á los pobres, y de vino ni aun siquiera se habla.

—¿Y entonces cómo se vive?—preguntaron todos.

—Cada cual se ingenia, tomando ejemplo de los superiores; mirad: roba la Administracion militar, roba la comandancia, roban los empresarios, roban los furrieles, roban los médicos, es una ladronera general; todos campan sobre las espaldas del soldado.

Alguno de ellos le preguntó qué tal se vivia bajo la disciplina.

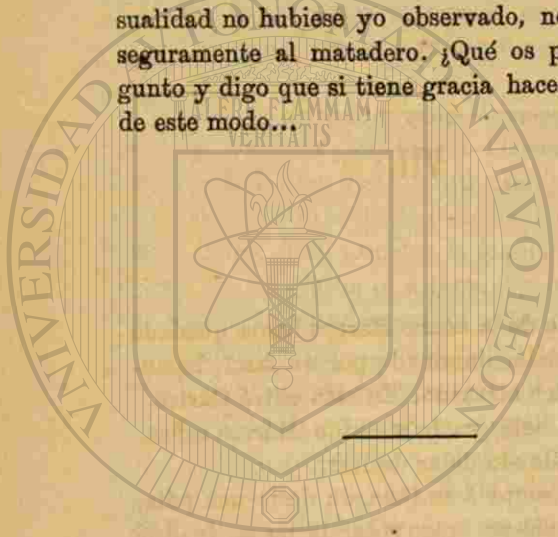
—Mal... los tontos. Estos, oid, en el oficio de soldado tienen sobre sí todas las desgracias. El pan y el agua, los grilletes, los sablazos, son siempre para ellos. Pero para el que tiene un poco de chispa y otro poco de corazon ya es otro cantar. Es preciso saber enseñar los dientes con oportunidad, y aun los mismos superiores tienen un pellejo que conservar ¿entendeis...? toda la cosa está en no dejarse acoquinar. Un capitan se habia empeñado en ponerme los puntos, y todas las semanas le tenía encima; era una vida que no podía durar una semana más. Cierta dia le planté la vista encima... porque, no lo olvideis, con los superiores nunca hacen falta testigos; si hay quien vea, está uno en áscuas; estando solos, se niega hasta la muerte y se salva la piel. Pues bien, le eché los ojos encima en un corredor, de noche, sin esperárselo, y allí le dije cuatro cosas de las que llegan al alma; os lo aseguro.—«O Vd. acaba por romperme el alma, ó le juro bajo mi palabra de honor, que á mí me tocará un balazo en las espaldas, pero

Vd. no se libra de que le meta cuatro dedos de bayoneta en el vientre; ni el mismo Antecristo le libra de ello.»—No dijo una palabra más; si hubiese respirado, lo ensarto como á una rata. Hé aquí todo; es preciso no dejarse poner el pié al cuello.

—¿Y la guerra?—preguntó otro.

—La guerra —respondió Márcos— no hay para qué hablar; allí no hay más remedio que cumplir como bueno. La patria es una sola, y el soldado es siempre el defensor de la patria. Pero siempre vamos á parar á lo mismo, y es, que los generales no saben lo que se hacen. Figuraos; un general en el 1866, cuando marchábamos sobre Venecia, con fuertes por todas partes; un brigadier ¿entendeis? plagado de galones y de cordones, con aire de comerse á todos los alemanes habidos y por haber, que daba miedo mirarle, yendo detrás de mí, que iba con otros de vanguardia, y con encargo de evitar la presencia del enemigo... pues bien, aquel general no sabia dónde estaba el fuerte de... no me acuerdo, un fuerte de primer orden, desde el cual podian los alemanes destrozarnos á cañonazos cuando quisieran; pues digo que el tal general, que estaba solo, tuvo que bajarse á preguntármelo á mí—y se daba sobre el pecho con la mano extendida;—á mí, simple soldado, cosa que hace salir los colores al rostro de vergüenza, y decirme:—«Oye, tú; ¿hacia qué parte se encuentra

tal fuerte?"—Y yo tenerle que responder:—"Señor general, el fuerte de que habla V. E. es aquel, mire, donde señalo con el dedo."—Y si por casualidad no hubiese yo observado, nos conducía seguramente al matadero. ¿Qué os parece? Pregunto y digo que si tiene gracia hacer la guerra de este modo...



VII.

A las once de la noche Márcos había quedado solo en su tienda, iluminada por un farol, leyendo un periódico atrasado. En esto entró Cárlos.

—Número siete, ya lo sé—dijo Márcos echándole una ojeada sin dejar de leer.

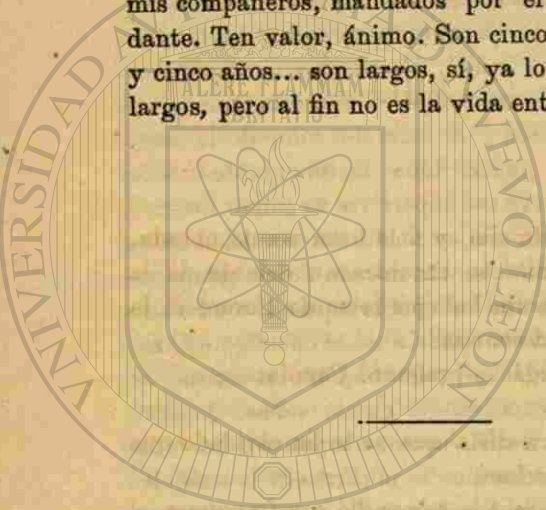
Cárlos se sentó á su lado sin decir una palabra, y apoyando un brazo sobre la mesa, inclinó la cabeza sobre la mano.

—Es muy dura la tal vida—comenzó á decir Márcos lanzando á su amigo una mirada maligna. —¡Oh, en cuanto á dura, lo es y mucho; te lo puedo asegurar. Es una vida que el que quiera hablar de ella, es preciso que la haya probado. Te lo digo por tu bien, y porque no quisiera que fueras á servir con una idea falsa. Mi deber, como amigo, es decirte la verdad y sin farsa. Ya puedes imaginarte humillaciones; no es posible que

puedas pensar nunca tantas como tendrás que sufrir, te lo juro. Llorarás lágrimas de sangre. Por lo pronto, si tienes sentimiento del honor, cuenta con no tenerle. Cabos, sargentos, tenientes, capitanes, son todos gente pagada expresamente para llamarte bruto y perdido á cada paso, y por turno. En la plaza de armas, á presencia de medio mundo, te ponen las manos en la cara, sin importarles la gente que se detiene á reir. En las marchas, cuando uno está muerto de sed, hasta el punto de haber perdido la figura de hombre, y se queda uno rezagado, ó se cae á través del camino, entonces vienen los puñetazos y los puntapiés, en términos que no tienen nada que envidiar las gentes de galeras. He visto un comandante, durante una marcha en que un soldado se había puesto enfermo hasta el punto de no poderse tener en pié, y él creía que lo hacia apropósito; pues bien, le hizo ir hácia adelante á fuerza de empujones y de puntapiés por espacio de media legua, hasta que cayó al fin rodando á un foso; cosa que le vuelve á uno loco. Alguna que otra vez tiene uno que sufrir tambien sablazos, dados con el corte, no creas; sin piedad, querido mio, le tratan á uno. El soldado es una bestia; prepara las espaldas y la cara. Y al que se subleva, lo meten en prision á que le coman vivo las ratas, ó lo envian á una compañía de disciplina donde le rompen los huesos á palos. Si luego tie-

nes la desgracia de enfermar, no hay nada que decir, porque todo el mundo sabe bien lo que son los hospitales militares. Si no curas pronto, te dan el pasaporte para el cementerio, lo mismo que dos y dos son cuatro, porque ¡comprendes! no quieren mantener carne inútil. He visto yo compañeros míos tendidos, extenuados en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara del color de la cera. Es cierto que puedes tener la fortuna de ir á la guerra. Entonces tus superiores se ganan los grados y tú dejas la piel en medio del campo, si antes de ponerte en fila con una docena de tus compañeros, no te entra una bala por la espalda, condenado por «huir á la desbandada ante el enemigo.» Créeme, es una vida de galeote. Para resistirla, se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos duros, como compañeros he visto hacer trizas con los dientes la correa de la bandolera, y echar mano á la bayoneta para atravesarse la garganta. Por mi parte, y no lo digo por desanimarte, porque no sería esta accion de hombre honrado, iría á una prision, iría á pudrirme en una prision, me haría salteador de caminos, me dejaría ahorcar en medio de la plaza, todo, antes que volver á ser soldado. Bien es verdad que si me reclamasen, me largaría á Francia ó á Suiza. ¡Se han ido tantos otros! ¡Qué quieres? Yo no me encuentro con inclinacion á recibir puñetazos, puntapiés y sablazos. De todos modos. me haría

más feliz recibir un tiro en el pecho, de un carabiniero en la frontera, pues que al ménos solo sería una bala, que recojer doce en la espalda, de mis compañeros, mandados por el primer Ayudante. Ten valor, ánimo. Son cinco años no más, y cinco años... son largos, sí, ya lo creo que son largos, pero al fin no es la vida entera.



VIII.

Al siguiente día, y á la hora acostumbrada, Cárlos y Camila se encontraban delante de la puerta. Ella tenia los ojos rojos de llorar; él la saludó con una sonrisa.

—¿Estás alegre?—preguntó Camila.

—Sí.

—Cualquiera diría que se te ha olvidado que tienes que marchar.

—Yo no marchó,—respondió con franqueza el jóven.

—¿Cómo que no partes?

—No, no marchó,—añadió él destacando claramente las sílabas; no voy á servir.

—¿Te meterán en la cárcel!—exclamó Camila mirándole inquieta con fijeza que hacía adivinar su pensamiento.

—Para el que se deje atrapar,—murmuró mirando en alto.

—¡Cárlos!—gritó ella dejando la labor.—¡Tú bromeas!

—Bromas, ¿eh?.. Ya verás.

—¡Cárlos!—añadió Camila.—¡Tú no piensas en lo que dices! ¡Tú no me quieres bien! ¿Desde cuándo se te ha ocurrido semejante idea?

—Siempre la he tenido.

—¡No es verdad!

—¿Cómo que no es verdad?—repuso Cárlos dando una vuelta en redondo, y le echó una de aquellas miradas que le hacían enmudecer.—Camila volvió á sentarse, apoyó su frente entre la manos y murmuró con voz humilde:

—Ten compasión de mí... no me hagas sufrir... díme que no lo dices de veras.

El le puso la mano sobre la cabeza en ademán cariñoso, pero enseguida la retiró y se quedó pensativo. Calló por algunos minutos también ella, absorta en la meditación de la nueva desgracia que el intento de Cárlos la hacía prever; luego se levantó, y apoyándose con las manos cruzadas en la espalda del jóven, le dijo con toda la dulzura de su corazón y de su voz:

—He comprendido todo lo que pasa por tu imaginación, y... mira, aún me atrevo á asegurar quién te ha metido tal idea en la cabeza.

El jóven hizo indicación de que no.

—No digas que no, Cárlos; no quiero ponerte á mal con nadie; lo digo únicamente para hacer-

te ver que ciertas cosas no te creo capaz de pensarlas. ¿Tú me quieres bien, no es verdad?

Cárlos indicó que sí.

—Por consiguiente... piensa un poco en mí, si es verdad que me quieres bien. ¿Querrías dejarme sola? Ya comprendes tú que no es posible que yo vaya contigo. Ciertamente podrías contestarme que para ir á servir has de dejarme por fuerza. Ya lo sé, pero la cuestión es otra; porque si vas á servir, sé dónde estás y cuándo debes volver; y año más ó menos, si no ocurren desgracias, tu vuelta es segura. Pero si te vas por algun otro motivo... adiós matrimonio; quién sabe cuándo podrás volver. Y luego... ¿dónde irías? ¡Ay, Dios mío! No me hagas pensar en ello; sería preciso que fueras á vivir á otro país; bien sé dónde van; pasan los montes; aun de la parte de acá, ha habido también gente que deserta de las filas; ¿se les ha vuelto á ver? Siento decirte que todos concluyen mal; además, que si es por sostener á la familia, bien sabes que gracias al cielo, aun cuando tú faltases, por algunos años al menos, no nos arruinaríamos; y si tuviésemos necesidad de tí... sería la misma cosa, teniendo que estar fuera del país. Por consiguiente, ¿por qué te quieres ir? ¿Para bien de los tuyos ó de mí? ¡No!... ¡ya! lo has dicho para meterme miedo, Cárlos, ¿no es verdad?

—¿Pero sabes—respondió Cárlos con forzada sonrisa y sin mirarla—que se diría que casi tie-

nes gusto en que yo vaya á servir? Dí la verdad, ¿te gustaría?

—¡Agradarme! ¡Por Dios, Carlos! ¿Es posible que tú no puedas decir una palabra sin herir mi corazón? ¿Todavía no me conoces? Desde que me diste la noticia hace siete días, no he tenido un momento de tranquilidad, bien lo sabes. No he hecho más que llorar y desesperarme... Mira mis ojos... mira en lo que ha venido á parar mi cara; no pienso más que en tí; apenas te veo alegre me consuelo; siempre que sale de tu boca una palabra triste, cambio de color; ¡por toda recompensa de la vida que hago, en vez de animarme, mostrándome al ménos un poco de compasión, me dices que tengo gusto en que te marches!

—No, no he dicho eso.

—Lo has dicho, y luego... ¿podrías dudar de mí quizá? ¿Quieres que te prometa que por todo el tiempo que estés lejos de aquí no mire á la cara de nadie ni por un momento siquiera, como si no tuviera ojos? Soy capaz de hacerlo; aún me atrevo á hacer voto; aún no me conoces tú bien, ya lo verás. Soy capaz de venir aquí todas las noches cinco años seguidos como si tú estuvieras presente. ¿Cinco años? ¡diez! ¡quince! te esperaría sin lamentarme, sin quejarme, sin faltarte ni aun con el pensamiento. Todo ello, por supuesto, sabiendo yo que estás en el país, no que andas por el mundo como un desesperado, sin que nadie te busque

y cumpliendo con tu deber. Todos los demás van... Carlos, ya puedes comprender cuánto me cuesta decir esta palabra; siento que mi deber es decirte y te la digo con todo mi corazón, sin vacilar; al contrario, mira, con cierta satisfacción, como si fueran las palabras de una oración: ¡vete tú también!

Cuando nos empeñamos en hacer algo, especialmente con propósito triste, las palabras del que quiere persuadirnos que le abandonemos, cuanto más cariñoso y dulce es, tanto más ruda es nuestra obstinación y más áspera la resistencia.

—¡Bah, bah!—prorumpió el joven encogiéndose de hombros.—Eso es muy fácil decirlo; pero cuando uno está en su casa. Es preciso saber qué clase de vida vá uno á hacer.

—¡No te impacientes, Carlos; bien sabe Dios qué lejos estoy de pensar que sea una buena vida! Por mala que sea, de seguro no lo es tanto como á mí me lo parece; y sin embargo, es preciso tener ánimos. ¿Pues qué la vida que fuera del país tuvieras que hacer sería mejor? Y no creas que no ha habido más muchachas que yo que hayan tenido relaciones con jóvenes soldados; seguramente conozco yo más de una, tú mismo las conoces. Pues bien; se fueron al ejército, estuvieron separados varios años, á alguno le tocó ir á la guerra. Ellas les esperaron, viviendo retiradas todo aquel tiempo, hasta que volvieron, queriéndose luego

aún más, se casaron y viven en paz y sin remordimientos. Creo yo que no estarían tan contentos si hubiesen huido aun cuando hubieran contado con la vuelta. Entonces la vida del soldado no era peor que ahora... Hay, además, que si tú fueses un hombre débil, como Pedro el hijo del panadero, que no pudo resistir y que murió en una marcha, pase; pero tú eres robusto (lo miró) y hasta te encontrarías bien.

—Sí, sí, buenas palabras—respondió sonriéndose—que no hacen al caso; yo no hablo de fatigas, ni las temo. Es que no siento aquí—golpeándose en el lado del corazón—ganas de ser soldado. No he nacido para servir ¡ea! ¡Los señores de aquí al lado me habían propuesto ir á la ciudad, y con qué condiciones! ¿Has visto si he aceptado? es mi carácter ¡qué quieres! Es imposible que yo pueda soportar á los superiores. Figúrate qué clase de esclavitud la del soldado; me riñen, respondo, y ya sabes lo que viene detrás de esto. Ya sé yo bien la vida que se hace; me lo han dicho, y además todo el mundo lo sabe; y si tú quieres saberlo, no tienes más que ir una vez á la plaza de armas. Siento que si llego á ir no vuelvo; no es vida para todos, hasta tal punto, que los hay que se matan de desesperacion. Iría á trabajar á las minas, quién sabe; iría aquí, á la fábrica de vidrios, donde se pasa todo el dia al pié de los hornos y se pierde la vista; iría donde tú quisieras,

al fin del mundo; pero á servir no, no puedo, es inútil, este es mi génio, no he sido hecho para servir.

—¡Servir!—dijo con timidez la muchacha—yo no sé, pero por lo que oigo decir, que es lo mismo que yo creo, el soldado se fatiga y corre peligros, pero á nadie sirve, ¿á quién sirve?

—¡A todos!—gritó él—¡sí, á todos sirve!... ¡Que á quién sirve!

Camila calló por un momento, y luego se le escapó de los lábios, con cierta incertidumbre, como se dicen las cosas que se han oido decir, porque más bien han quedado en los oidos que en la inteligencia:

—Se sirve al Rey.

—¡Vaya una cosa ahora—respondió Cárlos buscando una respuesta—salir con el Rey! Ya te figuras tú que vá á estar siempre el Rey en el cuartel haciendo de protector; haciendo justicia cuando maltratan á alguno; cuidando de si el pan es bueno ó malo, y obligando á comprender á los médicos cuando te cuidan que eres carne de cristiano. ¡Nada, sí, el Rey se enterará de todo!

—Yo no sé; pero tambien he oido decir, que ser soldado... es un honor.

—¡Ah, pobre de tí, un honor! El honor es para los que mandan y tienen galones de oro y los bolsillos llenos de cuartos; pero para el pobre campesino que vá allá...

—...¿Sabes lo que hay? Lo que allí hay son grillos, eso es lo que hay, querida mía. Y luego... (aquí bajó la voz gesticulando y con acento muy significativo) ¡no sabes qué vida hacen los soldados!

La muchacha se le quedó mirando un momento como si no hubiera comprendido, y luego bajando los ojos, murmuró:

—Yo creo, que el que quiere, en todas partes puede portarse bien.

—¡Ya, tú siempre tienes una buena razón que contestar! Todo lo arreglas enseguida y lo ves muy bonito.

—Y tú no lo verías todo tan mal—respondió Camila con cierta vivacidad—si no hubiera quien te lo hace ver de ese modo.

—Ya sé de quién hablas; no es cierto, y no quiero oír una palabra más.

—Pero, ¿cómo quieres tú que hable entonces?—prorumpió ella con la voz un poco trémula de indignación, hinchándosele las venas de su blanco cuello.—Te digo lo que siento, lo que el corazón me dicta, que creo que es tu bien. ¿Quieres que yo diga por fuerza lo que tú piensas? ¡Mándame, amenázame; pero con el corazón, no me lo harás decir nunca, jamás lo diré, me repugna... no puedo!

—Y bien—dijo Carlos con voz tranquila al parecer, pero con acento airado—voy, sí, te lo pro-

meto, me marchó, pero... óyeme bien, te lo advierto antes y estate segura que sostendré mi palabra: no soy de los que se dejan poner el pié en el cuello, tengo sangre en las venas... me conoces; pues bien, la primera vez que un superior cometa una violencia conmigo, me dirija una palabra soez ó me ponga la mano encima, aun cuando estuviéramos en medio de la plaza de armas ó en medio de la calle, en presencia de cien personas, ó en la tuya, ó en la del cura, en la de tus padres, en la del diablo que fuera ¡como hay Dios le abro la cabeza con la culata del fusil, y sea lo que quiera!

Camila se cubrió el rostro de horror. El la miró oblicuamente, y con la complacencia bestial del que mide la herida abierta por las palabras dichas; pero casi al mismo tiempo, por uno de esos rápidos cambios del corazón frecuentes en las naturalezas violentas, se conmovió á la vista de aquella pobre criatura que sollozaba, como si el pecho se le abriera.

—¡Camila!—añadió con voz cariñosa.

—Sí—empezó á decir sollozando—quered á uno, consagrale todo vuestro corazón, sufrid, consumíos por él; y todo con la esperanza de que cuando se encuentre en una situación difícil, os consuele el ver que necesita de una, que podreis serle útil, confortarle, animarle; sí, sí, ilusión; vendrá ese momento, hareis todo cuanto sea po-

sible por persuadirle de que no falte á sus deberes; y entonces, por toda recompensa á vuestro cariño, él os responderá que quiere hacer su voluntad...—y añadió casi imperceptiblemente— ¡asesino!—y prorumpió en llanto aún más afi-gida.

Cárlos se inclinó y la cogió por una mano; ella aprovechó aquel momento para decirle con voz suplicante:—¡Prométeme que irás!—y le cogió por los brazos.

—¡Camila—exclamó él soltándose y alejándose con rapidez—soy un desgraciado!

Camila le hizo seña de que se detuviera; Cárlos desapareció; entonces ella bajó de nuevo la cabeza llorando. En aquel momento la conmovió el sonido de una voz alegre y cariñosa que preguntaba:—¿Qué hay?

—¡Ah, el señor cura!—exclamó Camila.—Tengo tanta necesidad de él, es bueno, se lo diré todo, me dará ánimos, el cielo sea bendecido.— Y corrió hácia el pobre viejo con la confianza y serenidad de una niña.

IX.

Dos horas despues Cárlos y Márcos se encontraron en una de las calles del pueblo.

—¿Sabes que he pensado una cosa?—dijo Márcos:—¿en qué manos te vas á poner para aquel asunto?

—¿Qué asunto?

Márcos indicó con un gesto el país lejano donde le proponia irse.

—Ah, ¿entendiste?... Pues bien: ¿sabes en qué manos te has de poner para salir bien? ¡A que no lo adivinas? Despues de todo, no serias el primero que ha seguido ese camino... sobre todo ahora que los curas párrocos son más fuertes: si él quiere, te encontrarás bajo seguro, sin apercibirte, porque ellos mismos se escriben de parroquia en parroquia. Debes ir á verle, contarle el caso en que te hallas, tantearle un poco sin que te arriesgues. Si ves que cede enseguida, sigue firme hasta que la cosa esté en su punto; si se hace el sueco, firme

tambien; no es más que una ficcion para no comprometerse él el primero. Si se niega, adios; por más que no temas, es un hombre honrado, y no te hará traicion; lo peor será que no habremos sacado nada en limpio.

—¿Pero de quién hablas?—preguntó Cárlos.

Y el amigo hizo alrededor de la cabeza un gesto bufonesco que queria representar un sombrero de cura.

X.

El cura, á quien los habitantes del lugar llamaban familiarmente D. Luis, era un viejecito como de setenta años, pequeño, nervioso, con vivísimos ojos que leían en las almas—decian las devotas—como en un libro; buen hombre y buen cura, indulgente para con los penitentes, alegre en la mesa, con la cara encendida y los cabellos blancos; de ideas políticas tricolores; en su vida y en sus maneras, análogo á los demás curas de lugar, los cuales, sin embargo, le miraban con estimacion por un cierto barniz de ilustracion, de que habia dado buena prueba años atrás, componiendo varios sonetos dedicados al arzobispo, que fueron alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía, recomendables tanto por la nobleza de la forma, como por la robustez de los conceptos.» Su benévola mirada y la dulzura de su voz, templaban la severidad de sus líneas y la rigidez de sus movimientos, que le

tambien; no es más que una ficcion para no comprometerse él el primero. Si se niega, adios; por más que no temas, es un hombre honrado, y no te hará traicion; lo peor será que no habremos sacado nada en limpio.

—¿Pero de quién hablas?—preguntó Cárlos.

Y el amigo hizo alrededor de la cabeza un gesto bufonesco que queria representar un sombrero de cura.

X.

El cura, á quien los habitantes del lugar llamaban familiarmente D. Luis, era un viejecito como de setenta años, pequeño, nervioso, con vivísimos ojos que leían en las almas—decian las devotas—como en un libro; buen hombre y buen cura, indulgente para con los penitentes, alegre en la mesa, con la cara encendida y los cabellos blancos; de ideas políticas tricolores; en su vida y en sus maneras, análogo á los demás curas de lugar, los cuales, sin embargo, le miraban con estimacion por un cierto barniz de ilustracion, de que habia dado buena prueba años atrás, componiendo varios sonetos dedicados al arzobispo, que fueron alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía, recomendables tanto por la nobleza de la forma, como por la robustez de los conceptos.» Su benévola mirada y la dulzura de su voz, templaban la severidad de sus líneas y la rigidez de sus movimientos, que le

asemejaban en cierto modo á un coronel retirado. Era abierto y afable con todos; nadie le queria mal; Camila, especialmente, le queria bien, por la intimidad que el vivir al lado de la iglesia, viéndole pasar continuamente, ú ofreciéndola ocasion de hablarle detenidamente, le habia dado. Así, que corrió á su casa á darle cuenta de todo, del resultado de la quinta, de los propósitos de Carlos, de sus temores, incitándole á que le hiciera cambiar de intenciones si no queria verla morir de dolor. El cura prometió hacer cuanto pudiese, y aun añadió que buscaría á Carlos antes de ser de noche.

Una hora despues, llamaba Carlos á la puerta del cura.

No sabia todavía qué habia de decirle, ni siquiera habia pensado la manera de empezar; sentía una grande emocion. Entró, se detuvo en un ángulo de la habitacion, con el sombrero en la mano.

La habitacion era pequena, colocada en la planta baja, alegre, llena de luz, con el aspecto peculiar de las habitaciones todas de los curas de pueblo, que hacen adivinar la vecindad de la iglesia; blancas y desnudas las paredes, un Crucifijo sobre la puerta, un cuadro viejo, un par de macetas sobre el antepecho de la ventana y un ligero perfume de incienso en el aire.

El cura estaba sentado en un sillón, delante

de la mesa, leyendo; cuando vió delante al muchacho, se sorprendió.

—Tengo que hablarle, señor cura—dijo Carlos.

El cura le hizo sentar.—¿Cómo es que se ha anticipado?—pensababa entretanto.—Algo ocurre.—Se quedó mirando á Carlos, y cruzó por su mente una sospecha, y resolvió espontanearse enseguida.

—Siento que hayas sido llamado á servir en el ejército—dijo.

—Sí señor—respondió Carlos, mirándole con fijeza.

—¿Y cuándo te marchas?

—...Me iré despues del reconocimiento; dentro de diez dias.

—Y...—preguntó el cura echándole una mirada escudriñadora—¿te marchas?

Carlos no respondió, le miró. El cura se confirmó en su sospecha, y despues de mirar un momento al libro con las cejas fruncidas, levantó la cabeza y dijo con aire distraido:

—Por consiguiente, te vas y has venido á pedirme un consejo, ¿no es verdad?

—Me ha comprendido Vd.

—Sí, creo que he entendido—respondió con seriedad el cura—y tomando de repente acento bondadoso, continuó:

—Seguramente... tú eres un muchacho valiente, robusto, juicioso, cumplirás como bueno y

volverás á tu casa contento. Ni aun tengo por qué preguntarte si mantendrás tu promesa á Camila; al contrario, estoy seguro que todo el tiempo que estés lejos de aquí, tendrás buena conducta y harás lo posible para que así como ahora puedes ofrecerle una mano honrada, á tu vuelta pueda estrechar la de un soldado valiente, ¿no es así?

El muchacho, maravillado, tan pronto se ponía encendido como palidecía, sin saber qué responder ni á qué partido quedarse. De repente, le volvieron á la cabeza las palabras del amigo: «Si se hace el sueco, no es más que pura ficción para no comprometerse el primero,» con lo cual aún tuvo un rayo de esperanza. Cobró ánimos, y rompió el hielo de golpe.

—¡Pero yo no voy á servir!—exclamó.

—¡Ah!—gritó el cura con ligera sonrisa y mirando hácia la ventana.

—¡Ya lo habia yo dicho!—pensó Cárlos—ya estamos en el punto.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó el cura mirando siempre lejos.

—¡Yo?...

Estuvo pensando un momento y respondió precipitadamente:

—El mundo es muy grande.

—Tú no sabes una cosa—replicó el cura volviéndose hácia Cárlos y sonriendo benévolamente como si no hubiese comprendido el significado

de sus últimas palabras.—No sabes que yo he sido capellan de ejército cinco años, desde el cincuenta y cuatro al cincuenta y nueve. Cinco años seguidos, capellan del primer regimiento de infantería, brigada del Rey; y de esta suerte, también yo he sido medio soldado y puedo hablar. Verdad es que de entonces acá han cambiado mucho las cosas... y dicen que para mejorar. Cree en lo que yo te digo; no es una vida mala, dura y arrastrada más que para los malos soldados. Para los otros es otra cosa, y todo consiste en empezar bien. Enseguida que un muchacho es mirado con buenos ojos por los superiores, puede estar seguro de sí, ya no siente más el peso de la disciplina. Es menester estar alegres, ser francos y leales; los jefes perdonan todo á los soldados abiertos, valientes y honrados, aunque tengan el diablo en el cuerpo y hagan de cuando en cuando una gorda, porque al verle la cara no puede menos de decir: —¡aquí hay un hombre!—En todos los regimientos hay un cierto número de esos valientes simpáticos...

—...Recuerdo, entre otros, á un tal Farinelli, del cual seguramente se recordarán también los oficiales más antiguos del regimiento. Era un pedazo de hombre más alto que tú lo menos un palmo; tan largo, que se habia puesto á doble racion... ¡Era el calavera más grande del mundo! Se escapaba de noche, arriesgaba la vida, alborotaba la com-

pañía, pero era á la vez tan buen muchacho, que todo el mundo le miraba con buenos ojos. En las marchas, siempre llevaba las mochilas de los que no podían más. En el cuartel siempre estaba cantando; saltaba como un gamo, rompía una piedra con el puño; si se encontraba en alguna riña, la hacia terminar enseguida á fuerza de trompicones; siempre el primero para arrojar en caso de incendio ó para echarse al agua á salvar á algun compañero; listo, sin juicio, pronto en sus respuestas, hasta el punto de que nadie podía seguirle; incapaz de mentir, aunque le hubieran cubierto de oro; un soldado modelo en el servicio, y fuera de él un demonio. Tenia el vicio de la bebida, pero así y todo, se plantaba en las filas tan derecho, que los jefes, en lugar de castigarle, no tenian más remedio que reir. Todo el regimiento lo conocía. Su capitan decía que con cincuenta perdidos como él se hubiera atrevido con un batallón de austriacos. Recuerdo que una vez el coronel, que era una buena estampa de soldado viejo, con una cicatriz en la frente, pasando revista al regimiento, se detuvo á mirar á aquel guapo muchacho que le miraba atrevido con sus dos ojazos llenos de fuego, y no pudo ménos de decirle:—¿Sabes que tienes una bonita facha de soldado?—Echate á adivinar lo que él lo contestaría.—Tampoco la de Usía es de mentirijillas, señor coronel.—Este se quedó un momento como estúpido, se

echó á reir y al fin no dijo nada. ¡Estos son soldados! Los había, además, como ocurre siempre, enteramente diversos, lo opuesto; pero así y todo, soldados valerosos, tranquilos, que pasaban los cinco años sin dejarse oír, como si fueran sombras; lo mismo el último dia que el primero; los primeros siempre para ponerse en fila, como para volver al cuartel; sin una mancha en el capote, y ni una palabra más alta que otra; sin tener nunca una deuda que pasase de la *masita*; siempre sanos y de buen humor, soldados que en cinco años no recibieron ni una reprension, ni un regañón, y de cuya existencia, ni el mismo comandante de la compañía se hubiera dado cuenta si no constasen sus nombres en las listas; jóvenes que parecian haber nacido con la divisa militar encima, con el fusil en la mano y como si debieran servir por toda su vida. Me acuerdo bien de un capitan que tenía en su compañía una docena de ellos, que me decía:—Si yo tuviera siempre una compañía de soldados como estos, viviría veinte años más. Palabra de honor, que si me preguntasen á quién quería más, si á esos muchachos ó á mis hijos, me vería perplejo para responder.—¿Qué te parece de esto?

Cárlas escuchaba con la cabeza baja y pensativa.

—Y puedo hablar, mira—continuó el cura—porque á los soldados piamonteses de aquel tiem-

po puedo decir sin vanagloriarme que los he conocido á fondo. Entonces era otra cosa; los soldados tenían religion y se confesaban; venian al servicio con medallas benditas al cuello; eran gente sencilla, á la buena de Dios y con demasiada buena pasta quizá; pero, como temple de hombres (y golpeaba con el nudillo del índice sobre un sujeta-papeles de piedra) eran duros como esto. Muchos venían á hacerme confiancias. Un buen capellan servía de algo en aquel tiempo. Los había que en los primeros dias venían á decirme que no podían aguantar aquella vida.—Es inútil—decían—nos falta el valor; alejados de casa, esta disciplina, sin amigos, por tanto tiempo nos desespera.—Y yo respondía siempre:—Animo, hijos míos. Os lo suplico en nombre de vuestra familia, de los hijos que tendreis un dia, del país en que habeis nacido, del Rey que os ha dado esta divisa; tened valor. Vosotros cumplís un gran deber; no hay de doloroso más que los primeros meses. Cuando seais viejos estareis orgullosos de poder decir que habeis sido soldados; encontrareis amigos; os acostumbrareis á la disciplina; sentireis ménos las fatigas. Un poco de fuerza y de paciencia para otro mes y vereis.—Y quería que lo prometiesen, lo prometían y se encontraban contentos. Otros se desfogaban en acusaciones contra ciertos superiores que no los podían ver y les ponían en situacion de hacer un despro-

pósito, y yo repetía siempre:—No, hijos, no digais ni penseis estas cosas. No hay superior que pueda quereros mal. Es una mala inteligencia. Si alguno os persigue es porque os ha juzgado mal. Hacédselo ver. Cumplid con vuestro deber y mirad siempre al superior de frente, á la cara, con respeto, pero con la cabeza levantada, con el alma en los ojos, sin rencor, y habladle con el corazon en la mano, como á vuestro padre; ya vereis que cambiará de pensamiento y os hará justicia.—¡Cuántos no vinieron luego á agradecerme estos consejos! Una vez vino un soldado licenciado con decidida intencion de decirme, que su capitan, que siempre los había tratado mal á él y á otros siete ú ocho que marchaban con la licencia juntos... pues bien; que aquel capitan que todos decían que era un perro, les había dicho el dia que fueron á despedirse á su casa:—Alguna vez os habré parecido un hombre bestial que gritaba y castigaba injustamente; pero si recordais bien, era siempre en los dias de lluvia, y la razon, héla aquí; es esta fatiga que tengo en el pecho y que me han causado los alemanes en Novara—y descubriéndose el pecho, enseñó una horrible herida que hacía doce años le martirizaba. Entonces, todos se creyeron en el caso de excusarse. Es preciso ir despacio, querido mio, para juzgar y condenar. Siempre me acordaré de un soldado de Saluzzo que era perseguido por un oficial y que le

NOVELAS.

odiaba á muerte, y decía cuando estalló la guerra, que en la primera ocasion se haría justicia por su mano. Pues bien; se encontraron precisamente sobre el campo de batalla el uno al lado del otro en un momento en que llovían balas. Ahora, oye lo que ocurrió. En un momento, el soldado siente que el oficial le dá un gran golpe en la cabeza. ¡Era demasiado, pardiez! La sangre se le arrebató. Lanzó un grito de rabia y se volvió ciego para darle un bayonetazo... ¡Qué vió? El oficial pálido que se tambaleaba buscando donde apoyarse. Una bala le había herido en el lado, mientras gritaba adelante con la espada en el aire, la cual, cayendo, había ido á golpear sobre la cabeza del soldado.—En un momento—me contó el mismo—se me marchó todo el ódio del corazón. Lo sujeté, lo tuve un momento suspendido, luego lo tendí en la yerba, me arrodillé para apretarle la mano sobre la herida. Pero era inútil; la herida era mortal. El me miraba sin lamentarse, con los ojos espantados y fija la mirada. Parecía como si quisiese pedirme perdón de las injusticias que me había hecho.—Mi teniente—le dije yo—será una cosa ligera.—Pero sí; los ojos se le velaban, y mientras me inclinaba para mirar la herida, él puso una mano sobre mi cabeza y la hizo deslizarse por la mejilla hasta la espalda, haciéndome una caricia. Yo levanté la cabeza y grité:—¡Teniente! ¡Había muerto! ¡Y entonces me pareció haberle querido

siempre!—¡Qué me dices? ¡Son estos soldados? ¡Son hombres ante quienes uno debe descubrirse, sí ó no?

Cárlos permanecía siempre inmóvil, mirando al suelo y esforzándose inútilmente en aparentar que su seriedad no era más que mal humor.

—Yo les he visto á prueba en el cincuenta y nueve; aquellos muchachos—añadió el cura después de haber echado una mirada á la ventana queriendo demostrar que no se ocupaba de la impresión que sus palabras hubieran podido producir.—Entonces existían también los provinciales, hombres de veintiseis á treinta y dos años, la mayor parte con mujer é hijos. ¡Pero qué soldados! Los he visto pasar el día de San Martino, cuando el regimiento desfilaba delante del coronel para entrar en fuego. La gente joven iba más despreocupada; los provinciales un poco más tristes; pero todos tenían el corazón sereno, de tal suerte, y daban un—¡viva al Rey!—que hubiera bastado para comprender que la batalla no se podía perder. El coronel decía de cuando en cuando:—Animo, mis bravos soldados, que todo saldrá bien.—Yo los bendecía en mi interior con el corazón oprimido, y pensando en cuántos no volverían más. Un poco después empezaron á silbar las balas. No quiero exajerar, digo la verdad: cuando oí los primeros silbidos, que parecían aullidos de gatos rabiosos, me faltaron las piernas. Pronto

me rehice. Metí la mano bajo la ropa, estreché el Crucifijo que llevaba sobre el corazón, y me dije:—¡Vamos, Luis, este es el gran momento para hacer ver que un buen cura sabe ser un buen soldado!—A los pocos minutos comenzaron á notarse los primeros huecos en las filas. ¡Qué cosas me tocó presenciar! Se veía á aquellos pobres muchachos, mientras la compañía iba adelante, detenerse de pronto, dar una vuelta con los brazos por el aire y caer desplomados sin soltar el fusil. Es preciso haber estado allí, para comprender lo que se sufre, el valor que se necesita cuando se ve allí en medio de la yerba y en medio de las mieses, entre las zarzas y dentro de los fosos, aquellas caras blancas con los ojos fijos, y por todas partes armas y fornituras esparcidas y sangre. Principié á correr de unos á otros. Me llamaban.—Aquí, aquí, capellan.—Aquí estoy—respondía—aquí estoy, hijos.—Me agarraban de la mano, me hacían arrodillar, no querían que me separase de ellos. Por mi parte, daba ánimo á los heridos y bendecía á los moribundos. ¡Qué muertes he visto! ¡Qué serenidad! ¡Qué resignación! Los hubo, que antes de espirar hacían una señal con la mano, así, en ademan de decir adios al regimiento que se alejaba. Algunos me quisieron dejar un recuerdo. Aquí tengo en una caja, un anillo y una banda roja; un campesino de Monferrato, pobre jóven, quería darme sus pendientes y se tocaba las

orejas con una mano, que ya no le servía para quitárselos. Enseguida, ya no sabía dónde me encontraba; las lágrimas me oscurecían la vista; tenía las manos bañadas en sangre, y corría de aquí para allá como un insensato. ¡Pero nunca he visto á ninguno volverse atrás! Había cazadores heridos que se sostenían apoyados en los troncos de los árboles con un esfuerzo desesperado, para poder ver á su batallón que combatía en las alturas...

...He visto un artillero, un muchacho rubio, herido en la espalda y destrozado, que se apoyaba contra el brocal de un pozo, que para infundir valor á los soldados que pasaban, hacía ademán de rociarles con su propia sangre, como para bendecirles, riendo y gritando:—¡Tomad, es sangre vertida por la patria, os dará fortuna!—He asistido á un pobre soldado de caballería, que al espirar me dejó sus últimos recuerdos. Tenía en el bolsillo una carta para su madre con diez pesetas dentro, y que el día anterior había querido echarla al correo en Lonato y no había podido. Me la dió y quiso que le prometiese enviarla. Hecha la promesa, parecía más tranquilo. Sufría mucho, estaba blanco como este papel; de cuando en cuando dejaba oír un lamento prolongado; hizo un último esfuerzo para que me inclinase hácia él; así lo verifiqué, poniendo el oído cerca de su boca. Apenas salió un hilo de voz de su pecho para decir-

me:—Si no tuviera ocasion de volver á pasar por mi pueblo... soy de Castelnuovo Calcea... me llamo Antonio Calvi... me haría un favor... buscando á mi padre... á mi mujer... si preguntan cómo he muerto...—y diciendo esto me echó un brazo al cuello para sostenerse—decidles que he muerto como buen soldado... con valor... que he sufrido... casi nada... y que cuando sea grande... Pepin... mi pobre niño—y luego añadió con esfuerzo—se lo digan.—En este momento dejó caer el brazo, la cabeza hácia atrás contra una piedra, y adios... todo acabó.—¿Has entendido? Estos son jóvenes que hay que tomar como ejemplo, almas fuertes y grandes de quienes se llevará el nombre en el corazon por toda la vida.

Cárlos continuaba callando, teniendo la barba apoyada sobre el pecho; pero el temblor de las manos, con las que daba vueltas al sombrero, mostraba que alguna emocion, ó al ménos una fuerte lucha de sentimientos opuestos, se habia despertado en su alma.

—Pero no he visto solo cosas tristes—continuó el cura pasándose la mano por los ojos...—hablo quizá demasiado; pero es un defecto de los viejos, que se puede perdonar. Tú habrás oido hablar de Juan Bassi, que estaba en artillería, que se distinguió tanto en la guerra del sesenta y sesenta y uno; á Garigliano, que se ofreció espontáneamente á llevar una órden del general bajo una tem-

pestad de balas, y cogió una bandera, por lo cual le dieron la medalla de oro, y todos los periódicos hablaron de él. Le habrás oido nombrar; hace honor al país; hace seis años se estableció en Francia, y en el pueblo no queda más que su primo el carretero. Pero no es posible que tú puedas recordar cuando vino á casa, despues de la guerra. Pues bien; fué una escena, que todos los que van á servir debían tenerla presente. Nos dejó en el pueblo á su anciano padre, á la mujer y una niña de dos años, que se llamaba Luisita, que era un encanto; se fué en el cincuenta y ocho; una vez en el servicio, vinieron sucesivamente varias guerras, y no pudo obtener licencia; así, que no volvió hasta el sesenta y dos, despues de haber cumplido el servicio. La noticia de su heroicidad, la dió el alcalde: hacía tiempo que el padre y la mujer vivían en gran ansiedad por falta de noticias. Una mañana, llega sin más ni más á su casa el alcalde; estábamos frente á la iglesia de Santiago; entra, encuentra á los dos, tristes como de costumbre, y les preguntó:—¿Hace tiempo que no teneis noticias de Juan?—Se levantaron espantados diciendo:—¿Hace dos meses!—Pues bien—dice el alcalde—vuestro Juan...—¿ha muerto!—gritaron ambos.—¿Qué muerto!—dice el alcalde.—¿Cien veces vivo, gracias al cielo! Leed en este periódico.—Abre la mujer el periódico, habia una señal roja en él, empieza á deletrear... ¡figúrate la maravilla y el

placer! Contaba todo extensamente; estaba su nombre y apellido, con la relacion del hecho, medalla de oro, orden del dia y quién sabe cuánto más. Aquellas dos pobres criaturas, desde un principio, se quedaron como imbéciles, y luego parecía que se habían vuelto locos. Figúrate por un momento: la medalla de oro, que no la conceden sino á los más valientes entre los valientes, una cosa grande, tan grande, que el soldado que la alcanza es casi como un príncipe, á quien todo el ejército conoce, sin que nadie sobresalga en punto al honor por encima de él. Pronto se esparció la noticia por todas partes, corriendo la gente á ver al padre y á la mujer de aquel gran soldado. Hasta la gente veraniega de los alrededores venía y les traían regalos. La casa de los Bassi estaba llena de la bendicion de Dios; amigos de todas partes, todos les llevaban en palmas. Era un triunfo continuado. Llegaron luego sus cartas; luego las comunicaciones de la autoridad, y á poco la noticia de que la tropa del treinta y siete había sido licenciada. Figúrate á aquel pobre viejo y á su pobre mujer, que hacía cinco años que no habían visto á Juan. Finalmente, llegó la última carta que decía: tal dia y tal hora. Fué una verdadera fiesta. Bassi debía llegar á la estacion del ferro-carril, que entonces estaba á una milla de aquí. Todos convinieron en ir á su encuentro. Llegado el dia, se reunió mucha gente, fueron á

buscar al viejo, á la mujer y á Luisilla, que no conocía á su padre puede decirse; había crecido, tenía siete años, y una señora la había vestido como una princesa, y todos juntos se encaminaron hácia la estacion. Había más de doscientas personas, con bandera y música; estaba el alcalde, muchos señores y yo acompañaba á la esposa, que parecía desmemoriada y lloraba, y las amigas le decían:—¡Eh, Teresa, no lo pensarías seguramente cuando os hacíais el amor bajo el olmo de Santiago!—En la estacion dejaron entrar á todo el mundo hasta la misma vía. El uno tenía una botella en la mano para poder ser el primero en ofrecerle de beber; otros llevaban cigarros, otros ramos de flores, y la pobre Luisita tenía á su alrededor una porcion de gente que la acariciaba y le decía:—Ahora vas á ver á tu padre por primera vez.—Al fin se oyó el silbido: al pobre viejo tuvieron que sostenerle, porque le faltaban las piernas, y el alcalde dió el brazo á Teresa, que se sentía mal. El tren llega, se detiene, bajan cuatro ó cinco soldados, todos les rodean.—¿Dónde está Juan Bassi? ¿no ha venido? ¿dónde está? ¡Bassi! ¡Bassi!—¡Aquí está!—se oyó gritar asomándose él en persona; un gran soldado negro, guapo, alegre, con la medalla de oro en el pecho; bajó de un salto, reconoce á los suyos, lanza un grito, aferra entre sus brazos á su padre y á su mujer, comienza á dar una tempestad de besos

sobre ambas cabezas, como si estuviera loco, mientras la música tocaba, y todos gritaban, empujándose unos á otros por llegar á tocarle. Cuando de repente siente que le tiran de la casaca, se vuelve y se encuentra con una carita que le mira y dos brazos que se lanzan á su cuello... Al pronto no la reconoció.—¡Es Luisilla!—gritaron todos. Yo había sido empujado hácia atrás y no ví nada; pero oí un grito que me llegó hasta lo más profundo del alma y que nunca he olvidado; el grito del placer más grande, más merecido y más santo que pueda experimentar el corazón del hombre; el gozo del soldado valeroso que vuelve al seno de su familia pudiendo decir á sus hijos:—¡Sobre este pecho contra el cual os oprimo, la patria ha puesto un signo de su gratitud y de su admiración!

El buen cura lanzó una mirada furtiva á Carlos, y viéndole conmovido pensó despedirle con la impresión viva y entera de sus palabras.

—Ahora vete—le dijo con amabilidad y empujándole hácia la puerta—y vuelve á saludarme antes de marchar.

Carlos vivamente conmovido intentó decir algunas palabras aun cuando no fuera más que por salvar las apariencias del amor propio; pero no logró más que balbucear algunas sílabas sin sentido; se dejó empujar hasta la puerta, sin poder

resistir un impulso del corazón que le hizo exclamar:

—Os lo agradezco—y salió bruscamente, humillado y confundido.

—Te he puesto buena semilla en el corazón—dijo para sí el cura cerrando la puerta—lo demás á tí te toca.

Cárlos se detuvo convulso en medio de la calle permaneciendo durante algunos minutos en un estado de tremenda incertidumbre. En aquel corto intervalo, se decidió la suerte de su vida. La primera idea que le vino á las mientes, fué correr á casa de Camila y gritarla:—Sí, iré á servir, estoy arrepentido, soy otro, perdóname cuanto te he hecho sufrir y no se hable más del pasado.

Mas aún no había concluido de decirse á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su salvaje orgullo, y la feroz inclinacion del despecho que era dominante en su naturaleza pudieron mucho más. Todavía permaneció allí un momento clavado, jadeante, como si hubiera hecho una larga carrera, y luego dijo con resolución:—¡Nó, nó y nó! ¡No son más que palabras! ¡Todos están de acuerdo en quererme ver amarrado! Es inútil, es una aversion de la sangre, no puedo, y no será, aun cuando tuviese que reducirme á vi-

vir como un bandido ó como un perro.—Y volvió en derechura á la tienda de su amigo. Este, apenas Cárlos hubo concluido de contarle la conversacion con el cura, se encogió de hombros, sacó del cajon un periódico usado, lo extendió sobre la mesa y le dijo:—Oye esto, no te pido más que lo oigas bien y luego hagas lo que te parezca: y empezó á leer: "...Hemos visto con nuestros propios ojos hasta qué exceso de furor bestial puede arrastrar al hombre el celo insensato de disciplina que se pone entre las más selectas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía del fatigósimo ejercicio de campaña; los soldados, extenuadas las fuerzas, caían; en vano los superiores se esforzaban por hacer que avanzasen. Entonces el coronel reunió todos los oficiales y les dijo:—En absoluto, es preciso llegar á tal hora; sírvanse de la espada.—Los oficiales se precipitaron sobre los soldados, gritando:—¡Ánimo! ¡Arriba! ¡Adelante!—y agitando las espadas desnudas. Pocos soldados pudieron levantarse; los más quedaron tendidos en tierra. Entonces las espadas hendieron el aire y una tempestad de golpes empezó á caer sobre las costillas, sobre las cabezas y sobre los brazos de aquellos pobres infelices que imploraban piedad; y con los golpes los puntapiés, y con los puntapiés los acostumbra- dos improperios:—¡Perezosos! ¡Canalla!—Aquí y allá se oyeron lamentos y gritos de desprecio,

los oficiales se vengaban apuntando los nombres de los descontentos en sus cuadernos y amenazando constantemente con los grillos, con los consejos de guerra, con la disciplina, con la reclusión y el calabozo. Algunos soldados que á duras penas habían logrado levantarse, caían nuevamente, los médicos se precipitaban sobre ellos, llamándoles impostores, removiéndoles y tirando de ellos hasta que advertían que su rostro estaba lívido y sus miembros rígidos. Otros, que habían podido al fin emprender la marcha, caían bajo el peso de la mochila, embarazando el camino á sus compañeros y produciendo tal ira en los oficiales, que acababan por empujarles echándoles á rodar en el polvo. Otros que apenas se detenían para enjugarse el rostro, sufrían nuevos golpes de los oficiales, que veían en ello una protesta.

«Caminando el regimiento de esta suerte llegó á la puerta de la ciudad. En el mismo instante salió un ayudante de campo á caballo, avanzando á la carrera hasta el coronel; al cabo de unos minutos se propagó entre los oficiales el grito de: —¡El príncipe! ¡el príncipe!—El regimiento se detuvo y se alineó en un segundo; los soldados que estaban detrás fueron empujados hácia delante, los que permanecían en tierra cogidos por el cuello fueron puestos en pié. Se oye la voz de mando: —¡presenten armas!—El príncipe avan-

zaba guapo, fresco, alegre, seguido por cinco oficiales que miraban á las señoras de los balcones; miró con complacencia á las primeras compañías, haciendo cumplidos á los capitanes que las mandaban; y apenas había llegado á la mitad del regimiento fué trasmitiéndose de fila en fila en voz baja, una órden, repetida por mil pechos aniquilados y por mil bocas ardorosas y que se reveló en un grito largo, fatigoso, desgarrador, acompañado de una sonrisa amarga, un grito en fin, que tenía algo de la risa del loco y del gemido del ahogado; —¡Viva el príncipe!—El coronel fué invitado á la comida...

Al llegar á este punto dobló el periódico diciendo:

—¡Has entendido? Los curas te entretienen con charlas; y yo en lugar de esto te doy sacrosantas verdades impresas. ¿Qué te parece?

Cárlos no respondió, permaneciendo por largo tiempo inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en el periódico. Su resolución sin embargo no era tan firme todavía como él quería creer. Algo de hermoso y de grande había pasado por su alma, por lo cual se sentía desconcertado y sin aliento.

XII.

La palabra fría, sarcástica y pérfidamente obstinada de Márcos, no tardó, sin embargo, en vencer la última resistencia de su corazón. Durante muchos días continuó á su lado destilando veneno en su alma; por la tarde le llevaba á pasear por las sendas de los montes, alrededor del pueblo, y allí le hilvanaba flemáticamente, una tras otra, largas relaciones de violencias y crueldades, desesperaciones, y casos de locura y de suicidios, exponiendo con voz compasiva mil particularidades irritantes, hasta arrancar de los labios de su víctima un grito de indignación y de rabia, añadiendo entonces con tono de consuelo:—que estos eran casos raros.—De esta manera iba Carlos afirmándose cada vez más en la resolución de sustraerse á toda costa de la quinta. Pero cuando su pensamiento se fijaba en la idea de la deserción, las dificultades, los peligros y la incertidumbre de su porvenir le asustaban. Una noche no pudo contenerse sin decírselo á su amigo, con el cual hasta entonces se había mostrado firme y

tranquilo respecto á su propósito de desertar. Paseaban por la falda de un monte; el sol se había ocultado; ninguno de los dos hablaba. Carlos miraba abajo; allá en lo hondo del valle, su pueblecito, donde empezaba á brillar alguna luz, y del cual llegaba hasta su oído confusa gritería de muchachos. La idea de que, á los pocos días debía decir adios, quizá para siempre, á aquel valle á aquellas casas, á Camila, á todos los recuerdos de su familia y de su infancia, le oprimió el corazón de repente con gran violencia; se detuvo, lanzó un profundo suspiro, y pasándose una mano por la frente, que le ardía:—Y sin embargo—exclamó con voz conmovida—marchar, abandonando todo y á todos... ir... quién sabe dónde ni por cuánto tiempo... solo por el mundo... perseguido... ¡ah, es demasiado duro! ¡Siento que es inmensamente duro!

Márcos le miró sin responder.

Se pusieron de nuevo en camino.

A los pocos pasos su amigo murmuró con manifiesto aire de descuido, como si se tratase de una cosa indiferente:

—No habría necesidad, de seguro, de correr el mundo.

—¿De qué manera?—preguntó Carlos deteniéndose sorprendido.

Márcos le miró con fijeza, preguntándole á su vez:

NOVELAS.

—¿Eres un hombre?

Cárlos hizo un gesto.

—Pues bien—dijo Márcos—y acercándole la boca al oído, pronunció algunas palabras en voz baja.

—¡Jamás, mientras yo viva!—gritó Cárlos echándose hácia atrás bruscamente, y en ademán de rechazar vigorosamente una proposición.

—Nunca—respondió tímidamente el amigo— es una palabra que se dice muy pronto; la cosa merece alguna reflexion; no se trata de la vida. He creído darte un consejo amistoso; me parece que sería un medio de arreglarlo todo. Piénsalo; por lo demás, por mi parte me lavo las manos. Al fin y al cabo, tú eres únicamente á quien interesa este asunto.

Continuaron bajando hácia el pueblo en silencio; Márcos, tranquilo; Cárlos, en cambio, profundamente agitado.

—¿Podré contar contigo?—preguntó éste con voz que no parecía la suya, en el momento de separarse.

—Todo lo que un buen amigo y un hombre de honor puede hacer—respondió Márcos llevándose una mano al pecho—te prometo que lo haré.

Cárlos le miró con fijeza durante un momento, le apretó la mano y se fué.

XIII.

Pasaron cinco días, que fueron para Camila una angustia continua. Cárlos consumía con su amigo la mayor parte del día; con ella hablaba rara vez y poco; pero cuando la encontraba, alargaba siempre la mano y le hacía una caricia, cosa inusitada. Ella, sin embargo, no se hacía ilusiones. En aquellas muestras de afecto creía encontrar la necesidad que él sentía de animarla y darle fuerzas para resistir la prueba; ya no veía en su semblante la preocupacion de los días pasados, y sí descubría la triste firmeza de una resolución definitiva.

Pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol pensando con la cabeza apoyada en una mano; hablaba y gesticulaba solo; alguna vez contraía su cara como si se le apareciese de improviso una imagen horrible. Camila, temblorosa, seguía con la vista todos sus movimientos y todos sus gestos; apenas salía él de casa, corría á

su habitacion á ver si había alguna variacion; á veces le detenía en la puerta; otras le seguía, le buscaba, le llamaba.—¿Qué piensas?—le preguntaba diez veces al dia, á lo cual respondía siempre:—¡Nada!

Llegó la víspera del dia del reconocimiento: al siguiente, Carlos debía ir á la capital, á presentarse á la comision de quintas para ser reconocido por los médicos. Por la mañana, apenas se levantó, se halló algo más inquieto y algo más pálido que de costumbre. Salió, poco despues volvió; anduvo en su cuarto y salió de nuevo.

Camila corrió presurosa á ver lo que había hecho (estaba cerrada la puerta) pensando si quizá habría preparado su ropa para marchar.

No había duda; quería desertar aquella noche. Unas horas despues volvió á verle inmóvil en medio del campo con los brazos cruzados sobre el pecho; poco despues alcanzó á verle de nuevo en la calle con su amigo; volvió á casa al anochecer. Camila le detuvo al lado de la puerta, le aferró por las manos y le dijo en voz baja, pero resuelta y con acento que revelaba todo el sufrimiento de su alma:—¡Carlos, no puedo vivir así! ¡Dime que cumplirás con tu deber! ¡No me arrastres á la desesperacion! ¡Te lo exijo, habla, dime lo que piensas!

—¡Nada!

—¡No es cierto! ¡tú quieres huir!

—¡No!

—¡Sí, lo adivino, lo sé, quieres huir esta noche! ¡No tienes piedad!... ¡No quieras matarme!

—¡Silencio!—murmuró Carlos, mirando alrededor.

—¡No puedo callar, siento necesidad de hablar; si he de morir, no quiero morir callando! ¡Carlos!—exclamó poniéndose de rodillas,—no me levantaré si antes no juras que no me abandonarás, que irás á la capital, que irás al servicio; te lo pido en nombre de nuestro cariño, en nombre de tu madre, de Dios.

—Lo juro—dijo Carlos indicándole que bajase la voz.

—¿Lo juras?—gritó Camila poniéndose en pié, y colocándole las manos sobre los hombros,—¡júralo de nuevo!

—¡Lo juro!

—¡Júralo por tu madre!

—Lo juro por mi madre, por mi padre, por quien quieras, cien mil veces; ¡qué más quieres que te diga?

Camila le miró fijamente; dejó caer los brazos murmurando con acento de profunda consternacion:

—No te creo; veo en tus ojos algo que no me deja creer. ¡Vete!—dijo con ímpetu, rompiendo á llorar. Y luego:

—Eres un hombre sin corazon; ¡vete, vete, dé-

jame morir!... ¡Ah! no, no, Carlos, espera, detente por piedad,—y le detuvo echándole los brazos al cuello;—¡perdóname! ¡No puedo vivir más así! ¡Ten compasion de tu Camila!

—Por cuanto hay de más sagrado en el mundo, Camila,—exclamó Carlos separándose—¡te juro que no huiré!

Camila, sin reparar en estas últimas palabras, sobrecogida por una idea repentina, arregló sus cabellos, se enjugó los ojos y corrió á casa del cura. Entró, se echó á sus piés, le contó todo, concluyendo por decir:—Estoy en vuestras manos; sálveme de la desesperacion y á él de su ruina.

El cura pensó largo rato antes de responder; luego preguntó si Carlos había ido á casa: Camila dijo que sí.—Entonces, vete y cuidad de no dejarle salir en una hora; en lo demás, pienso yo.

Camila se fué á la carrera. Cogió entonces el cura su sombrero, y se dirigió á casa del sargento de la Guardia Civil que era un franco y viejo soldado, suplicándole encarecidamente hiciera vigilar la casa de Carlos durante la noche, explicándole por qué. El sargento, con voz ronca, (que no usaba mas que en los actos del servicio) llamó á dos guardias, dió la orden á regañadientes, añadiendo para sí:

—Bien me decía el corazon que un día ú otro tendría que habérmelas con este mozo.

XIV.

Eran las nueve de la noche. Toda la familia de Carlos y de Camila se hallaba alrededor de la mesa en una pequeña habitacion de la planta baja.

Camila estaba sentada en un rincon, donde apenas llegaba la luz de la lámpara que servía para todos.

Carlos se encontraba en su cuarto, que era una pequeña habitacion en bajo, de la casa de los dueños, que se hallaba frente á la de los labradores donde estaba Camila.

Entre una y otra se hallaba la era.

La pobrecilla, aunque el cura no le había dicho qué pensaba hacer para disuadir al jóven, confiaba sin embargo.

De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era espesísima; ni las estrellas ni el campo se veían; solo la ventanilla iluminada del cuarto de Carlos rompía la oscuridad. Camila la miraba fijamente sin mover los párpados; ora

la veía ensancharse como la boca de inmenso horno, ora reducirse, hasta el extremo de parecerle un mero punto luminoso que se iba poco á poco alejando. Todo estaba tranquilo; en el aire, por los campos, por todas partes, solo alguna voz extraña y lejana se percibía, alternando con el sonido de la esquila de algun perezoso animal.

De repente le pareció oír pasos en la era; miró atentamente y vió en efecto á alguien que se movía. Cruzó por su imaginacion la sospecha de que fuese Cárlos; dió un paso como para precipitarse fuera, y advirtió entonces que se dirigía hácia la casa, diciendo para sí:—¡Es el cura!—y respiró.—Al cabo de poco tiempo vió dos negras sombras destacarse sobre la pared del cuarto de Cárlos:—¡El es!

No: era Márcos.

Camila se volvió á sentar en su rincon, diciendo á sus padres:—El cura ha ido á hablar con Cárlos.

Los padres, que habían leído en el semblante de Cárlos la idea de algun propósito endiablado, aun cuando no les importase grandemente, respondieron:—Está bien; siempre que consiga volverle el juicio.

Poco rato despues, levantándose todos, se despidieron de Camila, diciéndole:—Si viene el cura hazle entrar, y dile que nos hemos ido á acostar, que estábamos rendidos, y que tenga compasion

de nosotros, dándole á la vez las buenas noches de nuestra parte. Tú, chiquitín, quédate á hacerle compañía.

El hermano de Cárlos se detuvo.

Un minuto despues llamaron á la puerta. Abrió Camila y se presentó el cura. Ella se le quedó mirando queriendo leer en su cara el éxito de su empresa. Y él, que al pasar había visto á los dos guardias haciendo centinela, sonreía de su propia obra. Camila, traduciendo aquella sonrisa, pensó:—¡Somos felices!—y cogiéndole una mano, se la besó en un trasporte de alegría y de gratitud.

El cura tomó asiento entre la muchacha y el rapáz, frente á la luz, y comenzó á pensar cómo les tendría algo alegres. De cuando en cuando Camila le interrumpía para escuchar si se oía algun ruido.

El cura hablaba de Cárlos.

—Es una vida cruel—decía—la vida del soldado, ¿quién no lo sabe? Pero es preciso tomarla como una prueba que Dios quiere hacer con nosotros para ver si somos bastante fuertes para la virtud y para el bien, resistiendo las tentaciones y superando los peligros. Es poco meritorio ser buenos y virtuosos en un pueblecillo donde se trabaja desde por la mañana á la noche, y se está constantemente rodeado por personas que nos quieren y nos dan ejemplo de buenas costumbres

y de devoción; el mal, en este caso, es preciso ir á buscarlo ó sacarlo por completo de nosotros mismos, y no hay necesidad de una gran fuerza para no hacer ni lo uno ni lo otro. Lo difícil es sostenerse en el buen camino en medio de gente torcida que intenta extraviarnos; el que logra sostenerse, sin duda ha adquirido gran mérito á los ojos de Dios. Por tanto, más bien debe estimarse como una fortuna que como una desgracia, la ocasión que nos ofrece de hacernos merecedores, especialmente guardando puro y honrado el corazón de campesino bajo el capote del soldado. Y ahí lo veis; Carlos será lo uno y lo otro, porque es él sin duda un poco cerrado y fiero; pero para sus adentros tiene su religión, y el que tiene verdadera religión, tiene valor. Dejad decir á las gentes, que para ser soldado valeroso es necesario no creer en nada y reirse del que tiene fé en algo. Lo cierto es que para ir á buscar la muerte con el corazón sereno y firme, es preciso ver á alguien más allá que nos diga:—¡Te espero!—y con más valor arriesga su vida el que cree que despues viene otra, que el que piensa que perdida ésta lo pierde todo, haciendo el sacrificio sin la promesa del premio. Y creedme, de estas cosas no se rie tanto en la guerra como cuando se está en paz. Cuando el ejército piemontés...

—¿No ha oido usted una voz, señor cura?—interrumpió Camila.

El cura calló y se estuvo un minuto con el oído atento; luego continuó:—No es nada. Cuando el ejército piemontés se hallaba en Crimea, había cólera. Los soldados morían treinta, cuarenta y aun cincuenta al mes. Se decía que la guerra duraría años y más años; nadie esperaba volver á su patria; todos estaban resignados á morir sin volver á ver á sus familias, todos perdieron el buen ánimo y estaban tristes. Y sin embargo todos los domingos, al salir el sol, al sonar los tambores y las cornetas, aquel pequeño ejército se agrupaba en una desierta llanura, se disponía en tres líneas, dejando libre la cuarta donde estaba el altar y se decía misa: al lado del altar se colocaban los generales. De cuando en cuando las apretadas filas se abrian para dejar paso á los que llevaban algun atacado. La música tocaba aires nacionales que recordaba á todos aquellos pobres muchachos su país lejano y los hermosos años pasados en casa; el cielo estaba sereno, un sol espléndido hacía brillar todas las bayonetas; á lo lejos se oía el ruido de los cañonazos de los rusos; era un espectáculo que aun al mismo general La Mármora que á todos nos mandaba y que quería mostrarse como un hombre de hierro, muchas veces, los que se hallaban cerca, veían correr las lágrimas por sus mejillas...

...Pues bien, los que allí se hallaban, aseguran que nadie hubo en aquel momento que no sintiese

necesidad de levantar el corazón y la mente á Dios, escapándose de sus lábios una oracion. Generales, soldados, viejos, jóvenes, sanos, heridos, á todos animaba un solo sentimiento y pensamiento:—¡Buen Dios, protege nuestras familias lejanas, nuestra vida, nuestra bandera; danos fuerza y valor; concédenos la gracia de volver á ver nuestro querido Piamonte!—Concluida la funcion volvíamos todos á nuestros campamentos con ánimo más sereno y con el corazón más firme...

En este punto se oyó un rumor, los tres callaron, y se pusieron á escuchar: nada; reinaba el silencio más profundo. Apenas se oían mover las hojas de una parra enlazada en los hierros de la ventana.

De pronto aquel profundo silencio fué interrumpido por una voz desconocida que salía del cuarto de Carlos, gritando con toda claridad:

—¡Abajo!

Camila palideció; siguió otro momento de silencio.

Luego se dejó oír con toda sonoridad la voz de mal augurio.

—¡Abajo!

Y seguidamente un golpe fuerte como de un cuerpo pesado que cae de lo alto, luego un agudísimo grito de dolor seguido de un largo y sordo lamento.

El cura, Camila, el muchacho, helados de espanto, se lanzaron á la era, y hácia el cuarto de Carlos.

Aún no habían llegado á la puerta, oyen de la otra parte de la casa un tiro de fusil.

Aún más sobrecogidos de espanto, casi fuera de sí, lanzando altos gritos se dirigieron á la puerta; estaba cerrada. Llaman, gritan, nadie responde; solo se veía la luz. Vuelven á llamar, nadie contesta. Piden á gritos socorro, y á tal punto llega un guardia, que exclama:—¡Está preso!—¿Quién?—preguntaron á una Camila y el cura.

—Se oyó un grito—dijo el guardia civil,—un grito como de un hombre asesinado, y luego se vió saltar otro por la ventana al campo, que echó á correr. Nosotros le seguimos gritando:—¡Detente!—El no contesta y continúa corriendo. Pensamos.—Ese es el asesino.—Le volvemos á gritar:—¡Detente!—No contestó.—Entonces mi compañero descargó el revólver, el desconocido cayó á tierra, corremos allá; era Marcos el vendedor de licores; la bala le partió el brazo.

¡Carlos! ¡Carlos!—comenzó á gritar desafortunadamente Camila, golpeando con los puños y queriendo arrancar con las uñas la puerta.

En poco tiempo se reunieron los campesinos con picos y azadones y en pocos momentos echaron por tierra la puerta, precipitándose en la

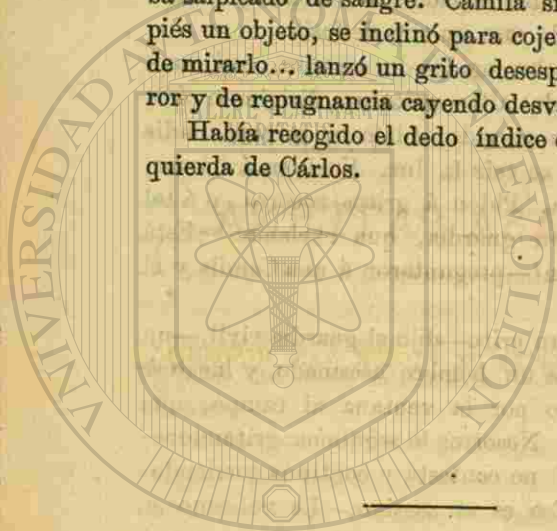
habitacion. Hallaron á Carlos tendido en la cama; la mesa estaba manchada de sangre, en el suelo había un lago de sangre tambien, y todo él estaba salpicado de sangre. Camila sintió bajo sus piés un objeto, se inclinó para cojerlo, y despues de mirarlo... lanzó un grito desesperante de terror y de repugnancia cayendo desvanecida.

Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.

LA CASA PATERNA.

(DE LAS MEMORIAS DE WILELM VAN MINDEN.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



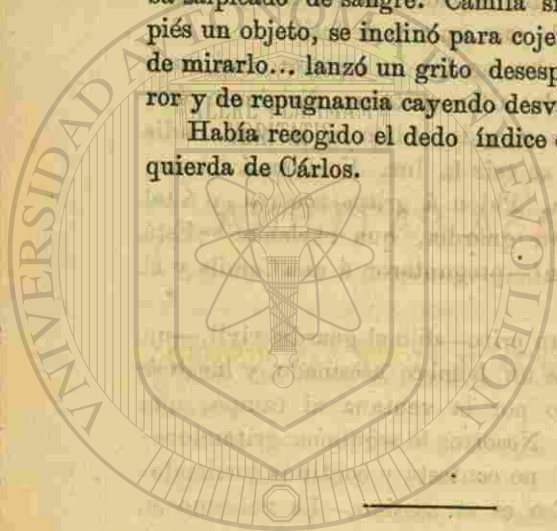
habitacion. Hallaron á Carlos tendido en la cama; la mesa estaba manchada de sangre, en el suelo había un lago de sangre tambien, y todo él estaba salpicado de sangre. Camila sintió bajo sus piés un objeto, se inclinó para cojerlo, y despues de mirarlo... lanzó un grito desesperante de terror y de repugnancia cayendo desvanecida.

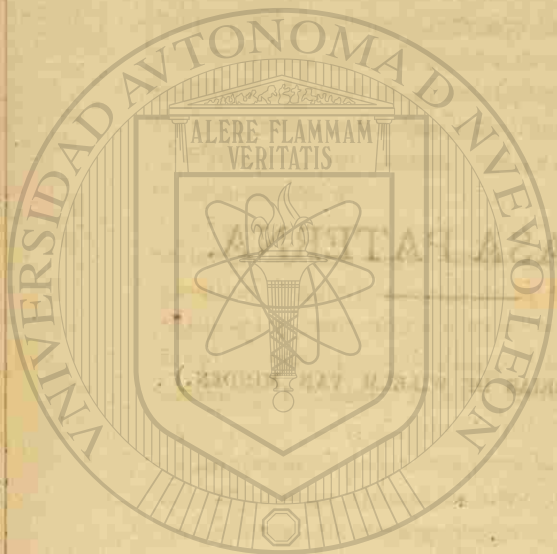
Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.

LA CASA PATERNA.

(DE LAS MEMORIAS DE WILELM VAN MINDEN.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





... Muchísimas veces había sentido el vehemente deseo de hacer una excursión á Kalmert para ver de nuevo la casa en que nació y los sitios en que corrieron los quince años primeros de mi vida. Pero siempre, y en el instante de ponerme en camino, me faltó el valor.

En aquella ciudad ocurrió el acontecimiento que había dispersado á mi familia; en aquella casa experimenté el dolor más grande de la vida—en ella había muerto mi padre—temía, por lo tanto, al volver, que se apoderase de mí una emoción demasiado dolorosa. Así había diferido mi viaje de año en año, esperando siempre que el venidero me hallaría más animoso, y así trascurrieron veinte; es decir, lo mejor de mi vida. Pero en una mañana de Enero, al fin, habiéndome descubierto al peinarme un mechoncillo de canas, que hasta entonces había estado oculto bajo un compasivo y rubio rizo, me dije resueltamente:—Ya es tiem-

po—y partí en la misma mañana para poder regresar á la tarde á Bois-le-Duc.—¡Veinte años!— iba considerando por el camino, mirándome en los vidrios del wagon; el estar más grueso, la barba, y el ardiente sol de Borneo, me han cambiado mucho; ninguno me reconocerá; ninguno vendrá á distraerme del objeto triste y querido á la vez, del primer viaje; puedo ir allá con el corazón tranquilo.—Y en efecto; mis previsiones no fueron ilusorias.

Nevaba; la campiña toda estaba blanquísima; el tren casi vacío; mis compañeros de viaje apenas llegaron á Kalmert, tomaron coche y desaparecieron; yo me encaminé completamente solo á la ciudad, y llegué en cinco minutos, agitado por una curiosidad y una impaciencia penosas, hasta la embocadura de la calle principal.

Allí me detuve, miré enfrente y á mi alrededor con grande asombro.

Reconocí la calle y los edificios, pero todas estas cosas me parecían completamente cambiadas; la calle se había estrechado muchísimo; las casas achicadas, y las paredes envejecidas, no en veinte años, sino en un siglo; todo se había vuelto negro, triste, lúgubre; me parecía una ciudad herida por inmenso infortunio, en la cual hasta los edificios estuviesen afligidos y absortos. Caminé adelante, reconociendo á cada paso una esquina, una ventana, una puerta, una tienda,

que me despertaban cien recuerdos infantiles, y pronto me hallé en el corazón de la ciudad, en medio de una multitud de señores y señoras que salían de la catedral, puesto que era domingo y el mismo momento en que terminaba, como veinte años atrás, la aristocrática misa del medio día.

En ménos de cinco minutos reconocí á cien personas; ¡pero qué cambiadas!

En los primeros instantes me parecía increíble que veinte años hubiesen sido bastante á desfigurar de aquella manera una población; é imaginaba que cualquiera, para mí desconocido, desastre, hubiese ayudado á la destructora obra del tiempo. Aquellos que había dejado con la cabellera negra, la tenían gris; á los que ya la tenían gris, los encontré encanecidos; éste estaba encorvado, á aquel le flaqueaban las piernas; el tiempo, pasando sobre aquella gente como enemigo sañudo y caprichoso, había aquí vaciado un ojo, allí arrancado una cabellera; al uno destrozado la dentadura, al otro chupado el rostro. Algunos de mis compañeros de escuela, en aquel tiempo delgados como un hilo, estaban gruesos de tal manera, que á no ser por la expresión del semblante, me hubiera sido imposible reconocerlos; las muchachillas que había visto ir á la escuela, ligeras como mariposas, con el almuerzo en el canastillo, se habían convertido en señoras graves y tranquilas, rodeadas de chiquitines; señoras

que había dejado resplandecientes de belleza, juventud y alegría, marchitadas, arrugadas, con la cabeza baja y un velo negro sobre la cara; familias antes numerosas, reducidas á tres ó cuatro personas; caras que se borráran por completo de mi memoria; sombras de mis antiguos maestros de la escuela elemental, que creía ya enterrados hacía diez años; jovencitos que había visto chicuelos en brazos de la niñera, plantados en actitudes *donjuanescas* á la puerta del café; una tropa de muchachos desconocida, una série de parejas matrimoniales imprevistas é imposibles de prever, un gran número de personas alargadas, recortadas, redondeadas, enflaquecidas, contrahechas, amarillentas, embellecidas, añadas; y á pesar de la casi igualdad entre los cambios á mejor y peor, casi todas me parecían como enojadas ó tristes, y experimentaba un sentimiento de piedad viéndolas aparecer pareja por pareja, familia por familia, en aquella callecica tortuosa y oscura, y desaparecer los unos despues de los otros bajo las puertecillas de aquellas casitas. Pocos minutos despues me encontré casi solo.

Atravesé de mal humor varios callejones tristísimos, que formaban casuchas de desagradable aspecto, y desemoqué en *aquella* calle y ví *aquella* casa.

Experimenté una viva emocion, pero instantáneamente la vencí.

Abarqué con la vista la puerta de la casa del pollero, del lechero, del frutero y el mesonero; todas estaban cerradas ó entornadas; la calle desierta; la nieve casi intacta.

Pasé por delante del porton del patio de mi casa, y me asomé al portillo; no ví á nadie.

Entré; la puerta de la garita del portero estaba cerrada; marché adelante lentamente bajo un largo emparrado que iba á dar frente á la escalera.

Y hasta aquí no sentí sino alguno que otro latido en el corazon. Pero cuando me hallé delante del pórtico de la casa, en aquel pequeño espacio donde se amontonaba la parte mayor y más íntima de mis recuerdos; cuando ví la puerta del laboratorio de mi padre, aquella escalera, aquel terradillo, aquella ventana amorosamente rodeada por trepadora parra—todo aún cual lo habíamos dejado—entonces sentí que me ahogaba repentinamente violenta emocion, y que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Miré por la ventana: no había nadie. Volvíme atrás, hácia la garita del portero: nadie. Todas las ventanas se hallaban cerradas; todo estaba cuajado de nieve, y continuaba nevando.

¡Cómo me palpitaba el corazon! ¡Cuánta gente existía para mí en aquella soledad! Los viejos médicos atravesaban á paso lento el patio; las muertas criadas bajaban la escalera con la cesta

en el brazo; mis amigos de la infancia saltaban bajo el pórtico; mi dómine de latin se entretenía conmigo bajo el emparrado; mi padre salía del laboratorio guardando los anteojos en el estuche; mi madre me hacía señas desde la ventana para que no estuviera donde me diese de lleno el sol del mediodía; mi hermana regaba las flores en el jardín; mi hermano leía en alta voz en su cuarto; mi viejo gato negro trepaba por la parra; mis canarios cantaban en sus verdes pajareras; las puertas y las ventanas se abrían y cerraban; todo se movía y hablaba; todo me contemplaba, y yo estaba allí bajo aquellos miles de miradas, oyendo aquellos miles de voces, sobrecogido por un sentimiento inexplicable de ternura, melancolía y estorbo, é incierto en si debía detenerme ó huir.

Un poco de nieve que cayó desde un árbol sobre mis piés, desvaneció aquellos fantasmas y volví á encontrarme dueño de mí. Entonces comencé á considerar detenidamente aquellos lugares. ¡Cómo se había achicado todo! Aquella casa, que siempre me pareció un gran edificio, no era sino una casita de aldea; el emparrado, que siempre se me antojó altísimo, casi llegaba á él con el sombrero; la tapia del huerto, que nunca pude saltar, podía salvarla ahora sin descomponer el aderezo de mi traje; me parecía haberme convertido en gigante; sentía como si mi persona fuese allí un estorbo, y no sé por qué, pero esto me ponía fue-

ra de tino. Experimentaba casi tristeza por haber engruesado tanto. Me figuraba que todos los objetos que me rodeaban debían decir:—¿Quién es este hombron tan malo? No lo conocemos nosotros. —Ciertos hoyos, ciertas perspectivas lejanas del jardín y del corral, parecían haberse acercado, y las tapias que las rodeaban estrecharse; no podía explicarme por qué durante tantos años, y en aquel espacio tan angosto, había creído ver vagas imágenes de las estepas, de valles y caminos sin fin y haber experimentado una especie de sentimiento de viajero andando á la ventura, en los días de lluvia, desde la extremidad del corral á la opuesta del jardín. Empujé la cancela de éste; estaba abierta: entré. La nieve cubría los senderos, las enramadas de arrayanes, las lindes, los fosos; pero cada cosa la reconocí á la primera ojeada. Reconocí la ventanilla del laboratorio de mi padre, á la cual se asomó, hacía veintitres años, en una mañana de Abril, diciéndome con fresca y alegre voz:—Wilelm, en este momento cumplo setenta y cuatro años.

Volví á ver la cabañea de los jazmines bajo la cual me preparé para mi primera confesion, y en la cual permanecí muchas horas inmóvil y pensativo el día en que, volviendo de la escuela, ví por primera vez un cadáver. Volví á ver el pequeño cañaverál del cual, y por aquellos años, había cortado espadas y lanzas para el pequeño

ejército de pilluelos andrajosos que combatían bajo mi mando contra los bellacos de la parroquia de San Ambrosio: Detrás de cada césped se levantaba un fantasma; pululaban por todas partes centenares de recuerdos: recuerdos de personas muertas, de palabras dichas por gentes olvidadas, de escenas mezcladas de realidad y sueño, de ciertos juegos de luz, de mañanas lluviosas, de fragancia del aire, de lecturas, de fantasías, de remordimientos infantiles, de propósitos de cambiar de vida, de algunas ramas de plantas encorvadas en cierta dirección, de algunos insectos vistos en tal ó cual sitio, del tronco de un árbol, de los primeros, repentinos y misteriosos movimientos de la sangre experimentados al ver dirigirse á mí rodeada de verdura y como en sombra la figura ligera y blanca de una primita de trece años que había soñado en la última noche... Y cuanto más caminaba hacia adelante más las imágenes se ostentaban fijas y vivas. No hacía caso de la nieve, no pensaba ya en que alguien pudiese verme por las ventanas y creerme loco ó ladrón. Toda mi mente y todo mi corazón estaban en el pasado. Parecíame que muchas voces, quedo, muy quedo me llamaban por mi nombre, ó que me decían mil incomprensibles cosas en forma de lamento, y que yo respondía confusamente justificándome y prometiendo no sé qué cosa, y miraba alrededor con un sentimiento de respeto y de pie-

dad como si aquel jardín fuese un campo-santo y aquellos montecillos de nieve ocultasen á los muertos.

Así llegué á un sotechado que en el fondo del jardín había, me senté vuelto hácia la ventana y quedé pensativo. Mis pensamientos me condujeron á un sentimiento amargo de la vanidad de las cosas humanas.—¡Ah! cómo he envejecido—decía para mí. Si cuando corría de un lado para otro, por este jardín siendo muchacho, alguno me hubiese predicho aquello que despues acaeció, hubiese creído que estaba destinado á una inmensa felicidad. Y sin embargo, ahora estoy más lejos de esa supuesta dicha que entonces lo estaba, en aquellos dichosos años.

Marché de aquí lleno de esperanza y ambición, temiendo casi que la vida no fuese bastante larga y la tierra bastante grande para lo que había de hacer y gozar; y hé aquí, que pocos años despues, volviendo jóven aún, no tengo otro deseo que ir á terminar mi juventud lejos del bullicio del mundo, en una aldea solitaria, con mi familia y mis libros. Muchos trabajos, algun placer, una pasajera satisfaccion del amor propio, y todo acabó. Salido apenas para el gran viaje, estamos ya en el camino de la vuelta. A otra cosa no aspiro ya que no sea la paz de la conciencia y de la vida. No siento ni por asomo, la amargura del desengaño. Falsos amigos, falsa esperanza,

gloria, pequeños placeres y pequeñísimas pasiones de la vida llevada hasta ahora, os veo á mis piés, y os miro sin ira y sin queja. No desprecio, no acuso á ninguna ni á ninguno, no me creo mejor que mis semejantes; no siento más que inmensa hartura, profundo cansancio, invencible precision de soledad y de silencio. El que ame al mundo, marche adelante, ábrase camino, triunfe, brille y se embriague con su gloria; la envidia no arrancará ya de mi pecho ni un solo suspiro. Ya no pido al mundo más que un poco de verde campo, un poco de aire; y á Dios, fuerza para resistir á la desesperacion en el día en que me quede solo sobre la tierra...

En este momento ví aparecer detrás de los vidrios de una ventana cierta cara de la cual los espesísimos copos de nieve ocultaban la fisonomía.

Parecía que me miraba.

Pensé entonces que era deber mio el marcharme de allí ó subir para dar explicaciones sobre mi presencia en aquel sitio. Esta reflexion me dió

valor para hacer lo que al principio no me hubiese atrevido: pedir permiso para visitar el interior de la casa.

Salí del jardin, subí la escalera y llamé á la puerta, la cual se abrió inmediatamente, apareciendo un semblante maravillado, que de seguro no me esperaba. Era el amo de la casa; un hombre como de cincuenta años, de aspecto benévolo; detrás del cual asomaba la cabeza una señora envejecida, de fisonomía dulce y triste, que parecía su mujer.

Dije mi nombre y manifesté mi deseo, explicándolo.

Mi nombre no era nuevo, mi conmovida voz expresó mis sentimientos mejor que las palabras; me suplicaron que entrase.

Entré.

¡Oh, queridas, benditas, inolvidables paredes de mi pobre casa! Exceptuando los muros todo había cambiado; pero reconocí enseguida cada rincon, y volví á ver cada cosa en su sitio como en los tiempos de mi infancia. Mil voces á la vez me llamaban por todas partes:—¡Wilelm! ¡Wilelm! ¡Wilelm! Está aquí—es él—ha vuelto—¿está el pequeño Wilelm! ¿Y la mamá? ¿Y los hermanos? ¿Dónde están? ¿Dónde habeis estado? ¿Qué has hecho?

Pero desde los primeros momentos la imágen de mi padre sobrepujó á los demás recuerdos. Le

veía aparecer en el umbral de todas las puertas, oíale andar detrás de todas las paredes; todo lo delataba; veíalo como reflejado por cien espejos, en cien distintas ocasiones de su vida: aquí sentado á una mesilla, ocupado en rayar mis cuadernos de la escuela; allá apoyado en la chimenea, en el momento de recitarme versos de Vondel; un poco más allá atento á clavar en la pared un cuadrillo en el cual había puesto el bosquejo informe que quería representar una batalla, hecho por mí á los cinco años, y acogido por él como la revelación de un futuro génio. Cada rincón, cada palmo de pared me recordaba un trabajo suyo, una palabra, una costumbre.

Y cuanto más adelante andaba por aquella habitación, alumbrada por una luz pálida é igual al reflejo de la nieve, más su imagen se avivaba; tanto, que en algunos momentos sentí correr por mis venas un escalofrío, como si al volverme repentinamente debiera verle de veras. Ví el gabinete en que mi madre dió un grito desesperado cuando nuestro antiguo médico, al salir de la alcoba de mi padre, le dijo en voz baja:—Es preciso tener valor, señora... ¡todo acabó!

Al pasar por la pieza de al lado, me acordé, de cuando á los seis años, enfermo del erup, posado en el lecho, casi moribundo... mi padre un poco más allá que me hacía el retrato al lápiz, enjugándose los ojos de vez en cuando... mi ma-

dre arrodillada á mi cabecera, que tenía una de mis manos entre las suyas y sofocaba sus sollozos con las ropas de mi cama... ¡Cuántas imágenes, cuántos recuerdos de enfermedades, de dolores, de sustos, de cuentos de hadas, de muñecos rotos, de vestidos viejos de mi madre y hermana, que habían desaparecido año por año de mi memoria! Al entrar en cada nueva habitación, me veía obligado á detenerme, como para resistir á la oleada de recuerdos que venía impetuosa á mi encuentro y me vencía. Una ventana de la última habitación despertó en mí vago recuerdo, como el de un sueño, de no sé qué disputa, causa de muchas lágrimas, que había tenido con un hermano mío, mayor que yo, muerto á los cinco años, del cual no recuerdo sino dos ojos negros grandísimos, que me miraban constantemente.

De habitación en habitación mi memoria se iba aclarando, cual si se disipase densa niebla, detrás de la cual se me aparecían los primeros albores del entendimiento y de la conciencia, y comprendí entonces por la primera vez el por qué de muchas manifestaciones de mi carácter, en los años que antecedieron y en los años después; y sobre aquel fondo luminoso de mi infancia, se movían y agrupaban confusamente las figuras del mundo vario y tumultuoso, conocido cuando adulto y cuando hombre; elegantísimos perfiles de bellas y aristocráticas damas, gloriosos libros de

poetas, rostros audaces y queridos de valientes soldados, ciudades y mares lejanos, y cuartos de estudio llenos de manuscritos y libros, en los cuales había trabajado y llorado, suspirando por mi madre, y sentía nacer en mi corazón un remordimiento, no sé de qué, una tristeza, un espanto, un afán de arrojarme al suelo y llorar que me sofocaba.

Llegué finalmente á la última habitación.— Es nuestra alcoba matrimonial—dijo el amo de la casa abriendo la puerta. ¡Era la alcoba en que murió mi padre! Me apoyé en el umbral; sentí que me faltaba el valor. Había entrevisto un lecho en el mismo sitio en que estuviera el de mi padre, y me parecía que él aún debía encontrarse allí, inmóvil y pálido, con el Crucifijo entre las manos, en medio de cuatro cirios ardiendo. El amo de la casa lo comprendió, y se colocó detrás discretamente. Me precipité solo en la habitación y me hincé de rodillas á los pies de la cama. ¡Oh, no olvidaré nunca, jamás, aquel momento! Creía sentir entre las mías la fría mano de aquel pobre viejo; me parecía que acababa de espirar entonces; acudieron á mi mente sus últimas palabras, los últimos movimientos de su semblante, su última mirada, que me buscaba á mí, al pequeño Wilelm, el último de sus hijos, al que dejaba más desamparado en el mundo, y del cual, en sus últimos días, hablaba siempre con lástima. Entonces, solamente recor-

dando su larga vida de trabajo y sacrificios, comprendí cuánto valía aquel hombre; aprecié todo lo que le debía mi corazón y mi mente; reconocí que no le había amado bastante, que mis sentimientos hacia él, más habían sido de respeto que de ternura; que había sido injusto, que había sido ingrato, y le pedí perdón con las manos cruzadas, llorando lágrimas ardientes y besando con intensísimo afán las orillas del lecho, como había besado quince años antes su inanimada mano.

Después permanecí algún tiempo meditando, y en aquellos momentos se decidió la suerte de mi vida.

Repuesto de la primera explosión del dolor, me pregunté por qué me quedaba en el corazón una tristeza tan grande; por qué hacía tanto tiempo que me encontraba cansado de la vida; por qué, mirando al porvenir, le veía casi vacío y melancólico; por qué, hasta los más risueños recuerdos de la infancia me amargaban el alma; qué hubiera debido hacer para reavivar mi juventud moribunda y para resucitar mis muertas esperanzas; qué me faltaba, qué nueva vida hubiera debido emprender...

Y entonces, de todas las habitaciones de aquella casa, del jardín, del pórtico, del corral...— las mismas voces que al entrar me habían saludado, me respondieron á la vez:—Wilelm, ¿y lo preguntas? Es preciso reedificar el templo caído,

rehacer la antigua casa, colocar todo en su sitio, resucitar al pequeño Wilelm de una vez y á sus hermanitos; recomponer los muñecos hechos pedazos, volver á rayar los cuadernos de la escuela y á declamar los versos de Vondel. ¡Es necesario comenzar otra vez el camino, Wilelm!—Mil veces esta idea había acudido á mi mente; pero esta vez me lo decía mi casa, era un consejo que me daba mi antiguo jardín, una súplica que murmuraba mi padre muerto, y por primera vez, mi alma correspondió con una explosión de amor y resolución. En un momento, como por encanto, se aclaró mi mente; todo á mi alrededor parecía haberse transfigurado; un nombre tanto tiempo amable á mi corazón, acudió á mis labios como una exclamación de alegría; lo pronuncié tres veces:—¡Lijse! ¡Lijse! ¡Lijse!—mirando á todos lados, como si el espíritu de mi padre estuviese allí y me oyese; despues me puse en pié y salí de la habitación, rejuvenecido, fuerte, sereno, con la frente radiante por la aurora de una vida nueva.

Y mientras me despedía de aquella familia, mientras volvía á pasar por las otras habitaciones, bajando la escalera, pasando bajo el emparrado, me parecía que las mil voces de la casa murmuraban con alegre tono:—¡Adios, Wilelm! ¡Adios, Wilelm! Es él; es el pequeño Wilelm, que vá á reedificar el templo caído, á rehacer la antigua casa, á comenzar otra vez el camino. ¡Hasta la vista,

Wilelm!—Y cuando llegué al fin de la calle, me volví para mirar por última vez la casa, velada por la nieve, que seguía cayendo en espesísimos copos; fijé la mirada en la ventana de la última habitación, y en ella me parecía ver la imágen de mi padre, que me bendecía diciendo:—¡Adios, pequeño Wilelm! ¡Bendito seas, hijo mio, que vas á fabricarme una casa nueva y á prepararme una nueva vida! ¡Que nos veamos pronto, Wilelm!

Apenas hube llegado á Bois-le-Duc, corrí á hacer al padre de Lijse la petición que esperaba hacía tanto tiempo.

De aquel día á hoy han pasado quince años; tengo por lo tanto cuarenta y cinco y mi cabeza ya está gris. Pero he reedificado el templo caído y casi todos mis deseos se cumplieron.

Estoy en Deventer, en una linda casa que tiene un pequeño pórtico, un jardín con su sotechado en el fondo y un largo emparrado. Desde la habitación, de planta baja, donde estoy escribiendo, veo al pequeño Wilelm de diez años que arma un estrépito inmenso en el patio con sus

compañeros de escuela; veo á su hermanita Julia que riega las flores del jardin; oigo á mi primogénito Alberto que lee en alta voz en su habitacion del piso bajo y á mi buena Lijse que desde la ventana le ordena á Wilelm que no se ponga donde le caiga de lleno el sol de mediodía. Veo al dómine de latin cuando pasa bajo el emparrado, veo al gato de casa que se encarama por la trepadora parra, veo á la vieja criada que vuelve del mercado con la cesta al brazo: los pájaros cantan en sus verdes pajareras; las puertas se abren y se cierran; todo se mueve, todo habla, todo rebosa alegría y vida, y todo me recuerda la antigua casa de Kalmert.

Yo mismo advierto que he tomado poco á poco las costumbres de mi padre, su manera de andar, su gesto, la entonacion de su voz. Y algunas veces padezco como extraña ilusion: me imagino ser yo el propio, con veinte años ménos, y que mi espíritu está hoy en aquel pequeño Wilelm que veo en el corral: y distingo además á un pequeño Wilelm tercero que vendrá despues del mio, y á otro que vendrá de aquel, y sucesivamente una fila interminable de pequeños Wilelm que se pierde lejos, lejos en un horizonte azulado, y creo que soy así inmortal y feliz.

Y sin embargo, pienso á menudo en la muerte; pero no como en los tiempos de mi juventud, con un sentimiento de tristeza ó terror; ahora pienso

tranquilamente como el Labrador contento de sí, que sentado ante su sóbria y alegre mesa, medita en que poco despues, irá á descansar de sus honestas fatigas sobre la almohada jamás visitada por sombríos sueños.

Yo me digo solamente: quisiera morir en la primavera, en la última habitacion de mi casa, abierta la ventana que dá al jardin, con mi Lijse al lado, con todos mis hijos alrededor, con fuerzas aún para reconocerlos, llamarlos por su nombre, abrazarlos uno por uno hasta el último momento, y decir á todos con voz clara y distinta antes de cerrar los ojos:

—¡Hijos, cuando tengais treinta años y comencéis á cansaros de vivir, reedificad la casa y comenzad otra vez el camino de la vida!



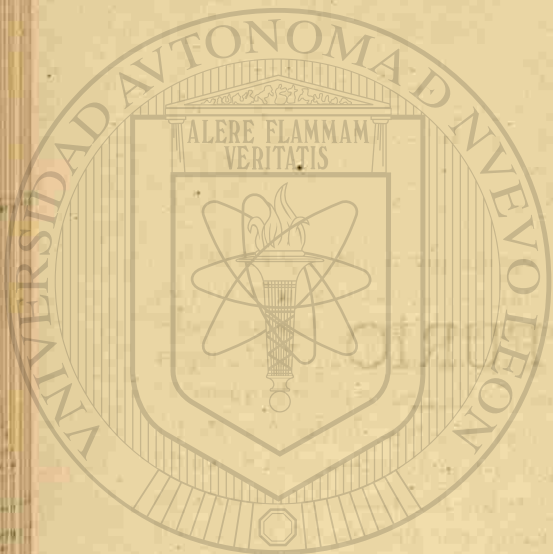
CAPILLA ALFONSO DE

FURIO.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



I.

Había cierta vez un joven guapo y no tonto, ni aun vano, lo cual es más raro, y si lo era, lo revelaba de un modo tan abierto y tan sin artificio, que era un gusto. No era de aquellos guapos de que algunos rebajan los grados de su hermosura, llegando á no gustar á otros. Aquel era guapo para todos. Se hubiera podido comparar á uno de aquellos muchachos tan frecuentes en las novelas francesas y tan raros por fortuna en el mundo real, que por donde quiera que pasan, van dejando larga señal de disgustos conyugales, de muchachas melancólicas, y de iras de enamorados; á cualquiera postura académica que toman, el novelista hace caer tamizado por entre nubes un rayo de luna ó de sol y le cuelga sin compasion alguna semejanza sacada de cuadros ilustres. Al pensar que desde niño se había acostumbrado á dejarse pasar por bajo de la barba la blanca mano de las señoras, á que las muchachas le besuqueasen, vién-

dose siempre alrededor de sus padres como un ídolo, perdonándole cualquier travesura, que ellos consideraban suma gracia, era una maravilla verle ya crecido sin pedanterías, sin humos, bueno, franco, sencillo, haciéndose querer de todo el mundo, ó al menos, no desagradando á nadie.

Cuando le dirigían una broma sobre su hermosura, él mismo bromeaba, sin que de ninguna de sus palabras apareciese un átomo de vanidad; revelando con mucha sencillez ciertas finuras de aventurero efecto, probado y seguro, según él afirmaba; y exajerando con mucha gracia sus actitudes y maneras propias, llevaba siempre la cosa hasta tal punto en lo ridículo, que excluía toda sospecha de artificio.

Cierta noche estando cenando, habían dicho que la belleza en el hombre no significa nada, que todo lo hace el espíritu, y que éste, si hemos de ser justos, era la parte ménos notable en él y le desafiaban á negarlo.—Todos dicen así; pero ¿qué cosa se ve en efecto? Al revés; en las novelas todos los hombres que hacen algo grande y bueno son hermosos, todas las mujeres se desviven porque sus hijos sean guapos; los ayudantes de campo se buscan guapos mozos; los comediantes es preciso que sean bellos; los oradores, los reyes, y hasta de un bravo poeta, pero feo, se dice:—Me lo figuraba de otro modo—y Byron se cuidaba más de su cara que de su gloria, y Leopardi habría

dado todo su griego por un par de ojos que hubiesen encantado á Nerina, y el mismo Petrarca se llama hermoso, *forma non glorior excellenti sed...* pero soy un hombre hermoso; y Guerrazzi, bajo la máscara de su Horacio, dice francamente, que las muchachas volvían la cabeza para mirarle; Murat, ya con la boca de los fusiles apuntando á su pecho, pensaba todavía en parecer bonito despues de muerto; existen ciudades donde no quieren los ciudadanos dejarse gobernar por autoridades feas; y á Cristo lo pintan bello; y á los ángeles, con objeto de que sea más fácil y atractivo el amarlos, se les representa elegantes y esbeltos como caballeros de Saluzzo, ó redondos y sonrosados como las manzanas; lo que es feo, en las novelas, en los cuadros y en la imaginacion de las gentes, solo son los bribones, los desalmados, y... vosotros.

La índole de este jóven, además, tenía esto de singular: que á veces se sentía como descontento y más que descontento, avergonzado casi, de sus prendas personales *físicas*; y mejor aún, experimentaba una desestimacion de sí mismo; precisamente porque, como le habían dicho sus amigos, que la gente tenía en tanto ménos su espíritu y sus prendas personales *morales*, cuanto más admiraban las *físicas*.

Era, sin embargo, de génio franco é inteligente, y ni aun carecía de ese no sé qué de viveza y

de agudeza que se denomina ingenio; pero á la verdad, necesitaba mayor dosis de todas estas bellas cualidades del espíritu, para que alma y cuerpo se encontrasen á igual altura. Tal desproporcion, por él mismo notada, le parecía ridícula y hasta humillante, llegando á decir:

—Mi alma es como ruda campesina vestida de elegante señora.

—¿Estás enamorado?—le preguntaba un dia su vieja ama de casa, viéndole triste. ¡Bah! déjalo, no pienses en ello; eres un guapo chico...

—Lo que soy es un buen monigote—respondió—y en aquel momento pensaba en una muchacha que él había dejado, y ella le había escrito:—«Lo que ha pasado es que te has equivocado en nacer con alma: ¡te hubiéramos podido poner en una coleccion!»—Este mezquino sentido que de sí tenía, lo sobrecogía de repente, como un dolor de cabeza, cuando se hallaba entre sus amigos, y especialmente si había mujeres; entonces enmudecía, cogía el sombrero y se iba, pareciéndole haber dicho ya tantas tonterías, tantos despropósitos, y tantos absurdos, capaces de colmar la medida de la tolerancia más generosa. Por lo demás, todas estas debilidades probaban que era bastante más de lo que él creía; era por lo ménos una cabeza sana y un corazon noble; un poco loco cuando estaba alegre, y acre cuando triste: en el fondo, una buena criatura.

Tenía veintiocho años, cabello rubio, el título de abogado, cierto grado de bondad, y un nombre muy raro, que no podía sufrir: *Riconvaldo*.

Ahora empiezo la narracion.

II.

Eran las seis de la mañana. Furio abrió las maderas de la ventana de su cuarto, entrando desordenadamente un rayo de sol y una oleada de aire perfumado, que le hizo temblar de placer. Miró el cielo, el jardín, los montes, y golpeó el puño contra el antepecho, diciendo:—¡Hermoso! —Y pensó que tenía catorce años. Y que amaba inmensamente la vida. Un insecto subía por el borde de la persiana; alargó la mano para echarlo abajo. ¡Pero no, hoy es día de gracia: vive! Sonrió, se apoyó sobre la ventana para contemplar el campo, y comenzó á tararear.

En tal situación aparece bajo sus ventanas un carruaje vacío; una criada salió de casa y abrió la portezuela; tres piés largos y descarnados fueron poniéndose uno tras otro sobre el estribo, y tres personas altas y flacas subieron, sentándose de prisa; eran el padre, la tía, y la hermana de Furio.

Furio se había echado un poco hácia atrás.

—Dentro de dos horas volvemos—dijo el padre á la muchacha de servicio.

—¡Con la señora!—respondió aquella con aire de tímida alegría.

—Con la señora nuera—añadió él con digna y al par agradable sonrisa—haciendo una señal al cochero, el carruaje se puso en movimiento.

—¡Un momento!—grita la tía con voz estridente.

Se pára el cochero, y desde la ventana del coche se alza un brazo largo, seco y nudoso como un dedo larguísimo y despues de haberlo tremolado un momento en el espacio como caña de apagaluces en las iglesias se paró, dirigiéndose hácia la ventana de Furio; la voz que primeramente se oyó gritó ahora:

—¡Vístete y baja inmediatamente!

Furio desapareció.

—No importa—dijo el padre en tono conciliador—déjalo en casa, es un estorbo ménos.

—¡Quiero que venga!

—Ea, no perdamos el tiempo, ya es tarde... ¡Adelante, cochero!—

El carruaje echó á andar de nuevo.

Furio se asomó á la ventana, y vió á lo lejos aquel inmenso y formidable dedo apuntando como si fuera una flecha, y larga fila de enormes dientes que semejabán el teclado de un piano.

Desapareció el coche, el muchacho permaneció inmóvil algun tiempo, mirando al suelo y mortificado. Pero de repente percibió el olor de tabaco que el cochero había dejado en el aire, se fué corriendo en busca de un cigarro que había metido en un agujero de la pared de su cuarto; lo cogió, lo encendió en el acto y se puso á pasear. Pensaba que al cabo de dos horas habría llegado su cuñada, la mujer de su hermanastro, á quien él jamás había visto, y que segun decían era una hermosa señora, alta, rubia, bien vestida; y tenía cierto gusto en que viniera. Pero este placer no era franco y tranquilo; él era tímido y un poco ogro como le decía su hermana, ó más bien majadero y tonto por completo como le aseguraba la tía; el pensamiento de tener que presentarse delante de aquella señora y de otros, en pleno dia, debiendo mirarla á la cara y saludarla, responder á las preguntas, á él, que en semejantes ocasiones perdía la brújula y no era para juntar dos palabras, no podía menos de turbarle un poco este pensamiento. Y se le subía la sangre al rostro cuando á pesar de estar solo en su habitacion se fijaba en estas ideas: ¡figurémonoslo en el momento solemne de la llegada!

III.

El que quisiera saber por lo demás, qué género de vida debería llevar en aquel pueblo la cuñada de Furio, puede enterarse por la siguiente carta de su hermano, que en el año anterior había permanecido diez dias en él, y que dirigió á uno de sus íntimos amigos.

«...El muchacho, Furio, ha vuelto á la escuela de la ciudad, (que dista una hora de aquí), el día siguiente de mi llegada. Por lo poco que pude ver, me pareció el mejor sujeto de la casa; pero no le quieren bien. Su hermana, Cándida, está todo el día encerrada en la habitacion; y por la vida que hace, preciso es que sepa poco; se consume, se ve lo que ha sufrido y apenas tiene veinte años. No aseguraría que fuese mala; sabes, más bien me parece una de aquellas muchachas deslabazadas, que se encuentran á menudo entre las maestras de piano y las que cuidan del guardaropa en los hospicios, sin fibra, sin sangre,

sin curvas, que viven y mueren castas del mismo modo y por idéntica virtud que las figuras de yeso. Alta, chupada, larga cara aguzada de lechuzza ó cosa así, peinada como una vírgen, con el cabello liso y pegado á la cabeza; no es fea, bien mirada, pero nada más. Para mí es como si no lo fuera; ni me habla, ni me mira y se diría que ni me ve. Así, me toca estar todo el día frente del uno ó del otro de estos dos viejos, fastidiosos ambos hasta el punto de cansar á cuantos han podido vanagloriarse de paciencia desde Job hasta acá. Y más que fastidio inspiran ira. El es registrador cesante de la Propiedad y caballero de no se qué órden. Pon cuatro estacas á uno de esos bustos de madera que hay en las barberías de los campesinos, y tendrás una imagen aproximada; mucha gravedad, gran prosopopeya, sin corazón, la cabeza de estuco, muy ignorante y lleno de vanidad; de aquella vanidad uraña y mezquina que dá su fruto especialmente en las oficinas gubernativas. Funde un ugier presuntuoso con un alcalde de pueblo que se las eche de grande hombre: y es él, positivamente, con la vara de la cortina metida siempre en el cuerpo, con las mejillas infladas, y con la perpétua sonrisa piadosa. Es fino, pero su cortesía aparece como necesaria para velar modestamente la importancia y temperamento afable de la autoridad; cortesía que viene de lo alto, y dice:—"Me digno."—Creo que tenga poco cora-

zon ó que se le haya entorpecido por falta de uso. Y la hermana peor que peor. Por su figura parece (y aun más por su alma, si la tiene) que ha vencido ya los cincuenta; seca como una mómia, no se le ven más que aristas, la cara bronceada, y con cierto brillo como si la hubiesen dado una mano de barniz. Todo su carácter vá impreso en la boca, la cual no es tal boca sino más bien un corte largo y fino, hecho como con un cortaplumas; siempre cerrada aun cuando habla, que es muy rara vez, gracias al cielo. También ella es viuda, como su hermano, ¡afortunados los muertos! pero creo que jamás debe haberse dado cuenta de ello, pues es incapaz de sentir, como si fuera una hoja de pergamino mal enrollado; luego tiene lunas, es inquieta y regañona. En verdad todavía no he podido llegar á convencerme de que dentro de aquel cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él escribe en las cosas de su oficio, la hermana hace calceta, y yo toco el piano, leo ó hablo, sin que ninguno de los dos levante la cabeza. El solamente de cuando en cuando, me mira furtivamente por encima de los anteojos, respondiéndome siempre con su eterna sonrisa de proteccion:—"¡En efecto!"—y vuelta á escribir. Créeme, siento que todo mi cuerpo se estremece cuando le oigo..."

La carta estaba firmada *Riconovaldo*.

Pasadas dos horas, se presentó de nuevo el carruaje delante de la quinta. El finchado registrador baja el primero y ofrece una larga mano rugosa, en la cual quedó como sumergida la pequeñísima y blanca de la hermosa señora, que descendió en el momento suavemente y con elegancia. Luego bajó la tía, que rechazó la ayuda que la muchacha de servicio le ofreciese, y por fin, Cándida. Todos juntos entraron en la alegre habitación del piso bajo que servía de comedor, dejándose caer sobre las sillas y butacas, agotados por el calor.

—Conque, vamos—preguntó ella apenas recobró el aliento, y tratando de acomodar con las dos manos su espesísima cabellera rubia—¿dónde está ese muchacho?

—A propósito, —preguntó el padre á la tía.— ¿Cómo no está aquí Furio? ¡Furio! —gritó asomándose á la ventana.

Y la tía análogamente desde la puerta:— ¡Furio!

—Ahora le voy yo á buscar—murmuró subiendo las escaleras—¡mal criado!

Pasó algun minuto en silencio; encima se sentía el paso precipitado de la tía, luego algun estallido de su voz, luego nuevamente el rumor de pasos más unidos, y por fin descendió como una furia, vomitando palabras acerbadas.

—¡Nécio, vanidoso!—gritaba la vieja, deteniéndose en cada escalon y cogiendo aliento en cada palabra.—¡Parece imposible! ¡Un muchacho de quince años! Todo, por su cuñada. Y entre tanto los de abajo espera que te esperarás.

—Vamos, ¿qué ha pasado?—preguntó el padre.

—Figúrate—respondió la tía detenida en la puerta como impidiendo que el muchacho entrase antes de que ella hubiera acabado su invectiva—subo, me acerco de puntillas á su habitación, y me le veo con el espejo delante y otro por detrás, peinándose como si fuera una damisela, y despues de haber sacado toda la ropa blanca, trajes, escobillas, jabones y botellines, que hacían semejar su cajon al de una novia...

La señora reía.

—Esto no vale la pena—prosiguió la tía mirando hácia la escalera, donde aguardaba tranquila la pobre víctima—pero se siente una peste á tabaco, que no se puede ni aun respirar: ¡ha fumado!

—¡Oh!—interrumpió el padre fingiendo una actitud colérica.

—¡Pero le he dado una lección!—continuó la vieja, haciendo ademán de haberle dado una bofetada, y luego volviéndose hácia la escalera:—
¡Animo, adelante!

El pobre muchacho, que lo había oído todo, bajaba despacio, humillado, confuso, con los pelos en desorden, con una cazadora vieja encima, que la tía no le había dejado tiempo de mudarse, sin cuello, sin corbata, como un pobre. Llegado á la puerta, la tía le metió dentro de un empellon, encontrándose delante de la señora, que se le había adelantado á su encuentro; la miró, la vió reír, se puso encendido, le faltó la palabra, bajó la cabeza, y así estuvo, inmóvil, con la respiración suspendida en la actitud de un condenado.

—¡Saluda á tu cuñada!—dijo la tía.

—¡Señora!...—murmuró él con un hilo de voz, pero sin llegar á levantar la cabeza.

—¡Señora!—repitió la vieja despiadada, burlándose de él.—¡Y ya no tienes nada más que decir á tu cuñada, á la mujer de tu hermano, á quien jamás habías visto? ¡Bonito recibimiento haces á un pariente! Compadeceos de él, Iris; es un muchachazo estúpido, siempre ha estado en el campo, jamás ha visto á nadie...

—Eh, ya se sabe—añadió el padre mirando fijamente á Furio como si hubiera mirado un gato

embalsamado, metido dentro de una vitrina.—
Ya, en esa edad todos hemos sido lo mismo..., no se sabe ni moverse, ni hablar; pero luego, andando el tiempo...

—Este no cambiará, sabes—añadió la tía—es imposible; se ve que no hay nada...

—¿Por qué?—dijo la señora con acento amable, defendiéndole.

Y los tres se le quedaron mirando.

Desde ahora la vergüenza del pobre Furio daba piedad; tanta sangre enrojecía su cara, que los ojos le parecía tenerlos velados, y la cabeza le pesaba como si fuera plomo; bien se veía su sufrimiento. La señora se apercibió de ello, se volvió hácia otro sitio riéndose, y cambió de conversacion; Furio desapareció.

¡Bravo! Hacía un mes que estábais contentísimo con la idea de que una hermosa señora viniera á romper la monotonía fastidiosa de vuestras fiestas campestres; un mes que bullían en vuestra imaginacion los discursos que le habrías dirigido y las cosas graciosas que ella respondería; un mes que siempre, al pasar por delante del espejo, os deteníais, sin atreveros á que os diera el sol por no ponerlos más moreno; un mes sí hacía que os frotábais los dientes con polvos, la cabeza con peines y las uñas con las limitas; un mes que os lamentábais á vuestra hermana de los trajes que llevabas, que os parecían burdos y mal hechos, y

hubiérais querido tenerlo todo hermoso y delicado para honrar á la huésped deseada; un mes hacía que contábais los días y las horas que debían pasar antes de que llegase, prometiendo que sabrías estar con ella amable y atento, hasta el punto de haceros simpático á sus ojos y que ella llegase á teneros cariño. ¡Pues no es nada: precisamente en el momento de empezar, os presentais de aquella suerte, con la mejilla señalada, la cabeza enmarañada, avergonzado, mudo y abrumado, como el último escolar del Instituto!

Fué verdaderamente muy amargo tal momento para el pobre Furio. Acabado de salir de casa, se fué á tumbar bajo un árbol, con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas, desdeñoso contra sí, contra la cuñada, contra todos.—Jamás vuelvo á presentarme delante de aquella señora—se decía para sí—sufro demasiado haciendo semejantes papeles; no vuelvo más, mejor me escapo: no hay nadie que me quiera.

En este momento, una voz chillona se hizo oír desde la quinta, que llamaba á Furio para almorzar.

Furio sintió removérsele toda la sangre, se puso en pié, y así en el primer ímpetu del desprecio, respondió con voz sofocada:

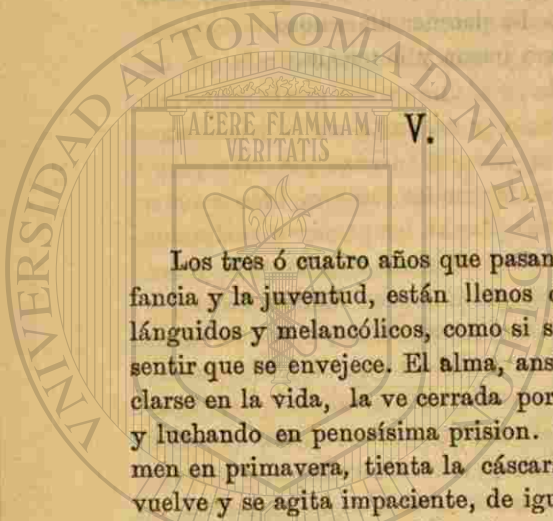
—¡No!

Y se lanzó para huir, siendo detenido: era Cándida.

—¡Eres tú, Cándida!—exclamó el muchacho con voz conmovida.

Cándida le abrió los brazos, arrojándose Furio en ellos sin poder detener un sollozo.

Cándida era buena y le quería.



Los tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de momentos lánguidos y melancólicos, como si se empezara á sentir que se envejece. El alma, ansiosa de mezclarse en la vida, la ve cerrada por todos lados y luchando en penosísima prision. Como el gérmen en primavera, tiente la cáscara que lo envuelve y se agita impaciente, de igual suerte en aquellos años se siente al hombre que palpita encerrado en el niño. Tiene necesidad de aire y de luz, y quisiera levantarse volando y sus alas van á golpear con las paredes domésticas, plegándolas heridas y dolorosas. Ve bajo sí un pequeño mundo de niños, que juegan, rien, cantan, donde se hacen locuras, sin que él pueda descender hasta ellos; por arriba ve otro mundo más vasto, donde se piensa, se trabaja, se combate, se ama, sin que él pueda subir todavía. Entreve ya como detrás de un velo, la hermosa mujer, querida y

misteriosa, secreto argumento de deseo y de sueños; y la mujer se inclina á besar los niños, se vuelve á mirar á los hombres: pero pasa al lado de él y no lo ve. El querría atraer aquella mirada, aparecer hermoso y agradable; y no es más que un niño larguirucho, con una cabeza gorda sobre dos hombros miserables y un busto caído hácia adelante y sostenido por dos piernas que más parecen estacas, y de las cuales resaltan bien las dos rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad; quisiera estar bien vestido y ser elegante, y tiene que llevar en cambio los trajes que su hermano mayor abandona, y sus corbatas salen todas de los vestidos viejos de la hermana, sin que tengan aún bastante confianza para dejar que solo tenga el reloj en la mano. Quisiera pasar por un hombrecillo y valer alguna cosa, y se queda con la boca abierta en medio de la gente, ó dice una insustancialidad que pasa inadvertida ó apunta un despropósito y se le echan encima todos.

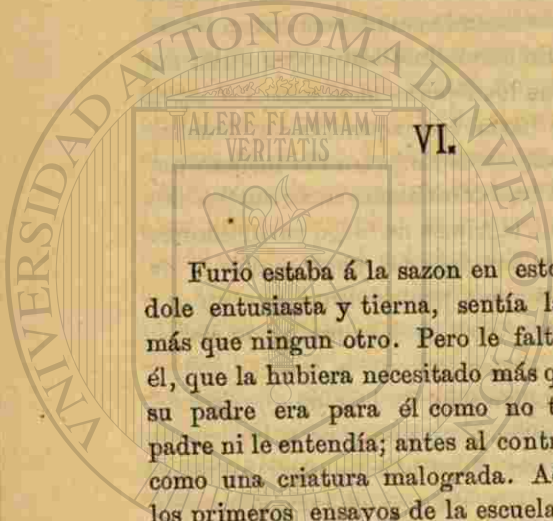
Quisiera también ser cumplido y agradable; entra en un salon y no sabe cómo gobernarse, tropieza en las sillas, pisa la cola á una señora, pisotea los callos al señor de la casa. Análogamente le gustaría expresar lo que siente dentro de sí, abrir su corazón, desfogarse; y escribe versos que hacen reir al maestro, y el padre se los arranca de la mano, poniendo delante de sus ojos un tratado de aritmética. Quisiera agitarse, vagar, girar, ver

cosas nuevas; y en lugar de esto, á las ocho tiene que volver á casa á manejar el diccionario latino, metido en un rincon de su cuarto, solo, oyendo el roce de los vestidos de seda de sus hermanas, que se preparan para el teatro ó para el baile. Sin ánimo, humillado, ya se insinúa en medio de la gente implorando una mirada y una sonrisa; ora se encierra dentro de sí desazonado y selvático, y como si estuviera cansado de los hombres y de la vida.

Y entonces se suceden las largas horas de soledad pasadas en la ventana, por la noche, ó en el campo mirando por entre las yerbecillas, y su fantasía viva é inquieta se lanza ávidamente en ilimitado y misterioso porvenir, lleno de grandes proyectos y de grandes esperanzas. Entonces se finge una vida á su modo; ocurrencias admirables y extrañas; luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de cielos desconocidos, vastos jardines ignorados, poblados de adorables fantasías... Pero luego, aquella vision espléndida lo entristece y le cansa, y vuelve otra vez á abrazar con ímpetu la vida; se arroja en medio del estrepitoso ruido de las diversiones infantiles; cede luego sin satisfacción cumplida, y se hace apasionado por los estudios; inquieto, aun estos mismos los abandona por buscar el reposo del espíritu en los trabajos exagerados del cuerpo; su mundo fantástico se mezcla en su mente con el mundo real, y le asal-

tan en las tinieblas miedos imprevistos, perdidos hacía ya mucho tiempo; terrores religiosos que impensadamente se despiertan; luego una sangre fría feroz, que le arma las manos contra inocentes animales; atrevimientos insensatos que le lanzan sobre el borde de los tejados unas veces, y otras le hacen trepar hasta las copas de los árboles; tras estos accesos, otros de profunda melancolía, que le obligan á buscar los brazos de su madre, llorando en su seno lágrimas de fuego purificadoras.

La excesiva timidez de muchos chicos de aquella edad, proviene precisamente de esto: que tienen dentro de sí todo aquel tumulto de pensamientos y de afectos, y quieren tenerlo oculto, echándose á temblar ante la idea de que otro los descubra y los estime aún más muchachos de lo que en realidad son. Ellos mismos creen que aquello sea un resto de la niñez, avergonzándose por esto, mientras es más bien la primera chispa de la juventud, que los fecunda y los transforma.



Furio estaba á la sazón en estos años; de índole entusiasta y tierna, sentía las inquietudes más que ningun otro. Pero le faltaba la madre, él, que la hubiera necesitado más que nadie, pues su padre era para él como no tener nada. Su padre ni le entendía; antes al contrario, le miraba como una criatura malograda. Advertido desde los primeros ensayos de la escuela que no había en él condiciones ni madera para un alto empleo, para ser banquero, ni empresario de ferro-carriles, y persuadido de que fuera de aquí no era posible la salvación, habíase dicho:—Hará lo que pueda; —y le había abandonado á su propio destino, para convertir todo el cariño y todos los cuidados en el hermano mayor, hijo de su primera mujer, ingeniero, hombre de su presencia, poco más ó ménos.

A los que le preguntaban qué tal iba el muchacho en sus estudios, les contestaba con aire

de abandono y de compasión, y moviendo la mano, abierta delante de la frente:—Es una cabeza un poco... vaga, tiende á la vaguedad, no se detiene en las cosas para profundizarlas...—Y no le amaba, porque era una criatura muy diferente de él, creyendo con entera sinceridad que hacía ofensa á su prosapia. En lugar de todo esto Furio tenía ingénio; pero tenía tanto, que no era posible que en la escuela lo advirtieran, sin que jamás hubiese una persona á su lado que lo animara á estudiar. Para los de casa los desahogos de afecto y los arranques de imaginación, eran más que nada indicios de vocación dramática ó de instintiva estupidez—no sabían bien cuál de los dos motivos fuese—que manifestaciones de buen corazón y de ingénio. Su tía siempre le había tenido por un estúpido y porque él, continuamente humillado y atormentado, no la veía con buenos ojos; sino que al contrario, le fastidiaba, demostrándoselo claramente; ella por su parte llegó hasta á creerlo perverso, y cuanto más áspera era para con él, él la trataba con más desprecio.

Furio, para el que le hubiese comprendido y querido, hubiera sido un buenísimo muchacho; pero para estos dos viejos repulsivos y de corazón de hielo, él era lo que son para la gente ignorante ciertos geroglíficos orientales, que encierran una hermosa sentencia y se toman como garrapatos de niños.

Tenía una corpulencia superior para su edad; pero si bien á primera vista se le podían echar dos ó tres años más, deteniéndose á mirar su cara, se notaba que aún era niño. Con otros padres hubiera sido hermoso. Y no es que no lo fuera á pesar de todo, sino que habiendo crecido bajo la dura persecución de la tía, había ido tomando poco á poco el aire triste y sospechoso, que tan mal le cuadraba.

Parecía como que siempre rumiaba alguna cosa mala. El sol del campo le había tostado como á un soldado: era delgado, pero un poco encorvado por el peso de los años que como persona mayor había vivido. Su cabellera espesa, siempre descompuesta y caída sobre la frente, la echaba hácia atrás con ademán vigoroso de la cabeza, como el caballo hace con su crin. Y cuando por casualidad no tenía el disgusto y la amargura que alguna furibunda riña de su tía le cansara, sus ojos resplandecían de dulzura, y sus labios gruesos y rojos se entreabrían para dar paso á una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba como más cariñosa en aquella fisonomía resentida y casi salvaje. Tenía las dos manos grandes siempre guardadas, y se avergonzaba de su manera de vestir, porque nada sabía ponerse: la ropa se le quedaba hecha sacos, marchándosele por todas partes.

VII.

Furio, suplicado una y mil veces por Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás.

—Ánimo Furio—le decía la hermana mientras andaban, acariciándole—límpiame bien los ojos, que nadie se aperciba de nada, y no te sobrecojas porque la cuñada esté delante, que es una mujer buena, que te quiere; y no te fijas en la tía.

Pero Furio, á medida que se iba acercando á la quinta, le faltaba corazón, como si fuera á sufrir el tormento. Cuando todos estaban ya á la mesa, se sentó sin mirar á nadie y comenzó á comer con la vista baja. Hablaban del hermanastro. Su padre interrogaba á Iris sobre un cierto proyecto de puente, que ella jamás había oído nombrar siquiera. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, á lo cual contestó que llegaría dentro de tres días. Entraron en otros discursos, é Iris empezó á hablar, casi siempre sola.

Furio, con los ojos sobre el plato, no moviénd-

Tenía una corpulencia superior para su edad; pero si bien á primera vista se le podían echar dos ó tres años más, deteniéndose á mirar su cara, se notaba que aún era niño. Con otros padres hubiera sido hermoso. Y no es que no lo fuera á pesar de todo, sino que habiendo crecido bajo la dura persecución de la tía, había ido tomando poco á poco el aire triste y sospechoso, que tan mal le cuadraba.

Parecía como que siempre rumiaba alguna cosa mala. El sol del campo le había tostado como á un soldado: era delgado, pero un poco encorvado por el peso de los años que como persona mayor había vivido. Su cabellera espesa, siempre descompuesta y caída sobre la frente, la echaba hácia atrás con ademán vigoroso de la cabeza, como el caballo hace con su crin. Y cuando por casualidad no tenía el disgusto y la amargura que alguna furibunda riña de su tía le cansara, sus ojos resplandecían de dulzura, y sus labios gruesos y rojos se entreabrían para dar paso á una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba como más cariñosa en aquella fisonomía resentida y casi salvaje. Tenía las dos manos grandes siempre guardadas, y se avergonzaba de su manera de vestir, porque nada sabía ponerse: la ropa se le quedaba hecha sacos, marchándosele por todas partes.

VII.

Furio, suplicado una y mil veces por Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás.

—Ánimo Furio—le decía la hermana mientras andaban, acariciándole—límpiame bien los ojos, que nadie se aperciba de nada, y no te sobrecojas porque la cuñada esté delante, que es una mujer buena, que te quiere; y no te fijas en la tía.

Pero Furio, á medida que se iba acercando á la quinta, le faltaba corazón, como si fuera á sufrir el tormento. Cuando todos estaban ya á la mesa, se sentó sin mirar á nadie y comenzó á comer con la vista baja. Hablaban del hermanastro. Su padre interrogaba á Iris sobre un cierto proyecto de puente, que ella jamás había oído nombrar siquiera. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, á lo cual contestó que llegaría dentro de tres días. Entraron en otros discursos, é Iris empezó á hablar, casi siempre sola.

Furio, con los ojos sobre el plato, no moviénd-

dose sino cuando era preciso para comer, la oía con plena atención y como maravillado; tenía una singular manera de hablar, á veces se le oía una vocécita de niña, lenta y suave; á veces hablaba liso y redondo como un soldado; era un discurrir á saltos, con variaciones de tono, alegre unas veces, otras sério, otras contrariado, y luego sin precedente ciertas risotadas imprevistas y sonoras que nadie podía colegir á qué venían; ciertos movimientos, el encojerse de espaldas, los golpes que descargaba sobre la mesa, hacía pensar que tuviese dentro de sí azogue, y que cruzasen por su cerebro cien caprichos por minuto.

Cuando estaban para terminar, Furio, un poco animado porque le habían dejado en paz hasta entonces, se resolvió á mirar á su cuñada. Empezó por lanzar la vista hácia adelante, hasta llegar á verle las manos; eran pequeñas y blancas como las manos de una niña; luego se rehizo aún más, y levantó la mirada... ¡Cielos, qué ángel!

—No creía que fuese ya tan grande—indicó la señora aludiendo á Furio.

Este sintió escalofríos y bajó la cabeza; todos, excepto Cándida, clavaron sobre él su mirada.

—¡Oh, en cuanto á largo, lo es!—dijo el padre que le miraba con aire de compasión.

—Las malas yerbas crecen—añadió la tía.

Furio estaba encendido como una fresa.

—¡Y qué moreno es!—observó Iris.

—¿Moreno?—respondió la tía—¡vaya un moreno! Negro como un beduino.

El padre se sonrió, Cándida se levantó.

Furio, con el entrecejo fruncido y el lábio apretado contra los dientes, miraba las puntas de su tenedor.

—¡Y mirad qué manos!—dijo aún la tía, cogiéndole una para enseñársela á Iris.

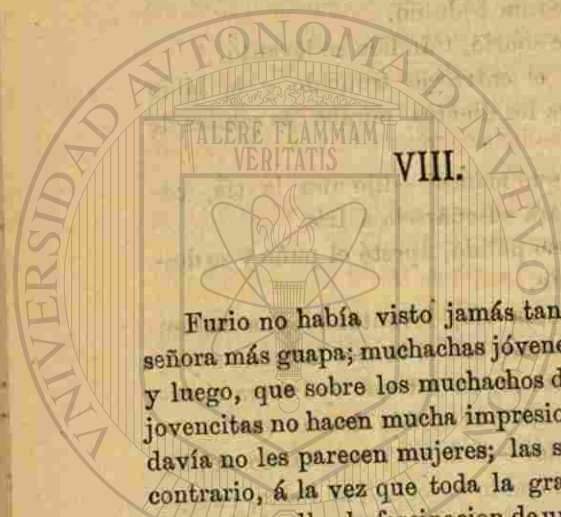
Furio se puso pálido, apretó el puño y se desasíó bruscamente.

—¡Eh!—gritó la tía, levantando una mano; Furio se libró la cara con el brazo; la mano cayó, y Cándida la detuvo; en esto se oyó fuera el rumor de un carruaje y el sonido de una voz.

—¡Riconovaldo!—exclamó Iris saltando en pié. Ya estaba Riconovaldo en el salón; todos, excepto Cándida, corrieron á su encuentro. La hermosa y serena figura de aquel jóven ejercitaba tal fascinación, que la primera vez que se le veía, aun siendo el padre ó la tía, por lo general duros y frios, hicieron movimientos de alegría. Iris le saltó al cuello, y Furio, aún turbado por completo, le apretó la mano.

—¡Y Cándida?—preguntó el jóven, mirando alrededor.

Cándida se le presentó, alargándole la mano con indiferencia.



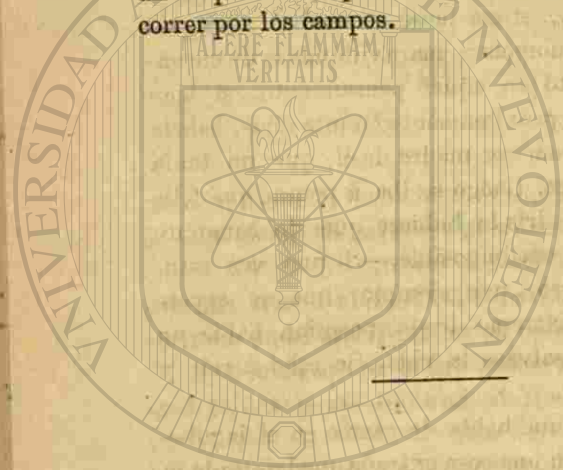
Furio no había visto jamás tan de cerca una señora más guapa; muchachas jóvenes, sí, de paso; y luego, que sobre los muchachos de su edad, las jovencitas no hacen mucha impresion, porque todavía no les parecen mujeres; las señoras, por el contrario, á la vez que toda la gracia femenina, tienen para ellos la fascinacion de una reina. Furio paseaba pensativo por el jardin. Siempre tenía delante de sí aquella cara y aquellos dos ojos grandes y celestes que se habían encontrado con los suyos.—¡Qué hermosa señora!—decía á media voz y con el tono de quien hace un cumplimento. Luego reía, repitiendo las palabras y acentos de ella, que tanto le habían impresionado, y añadía:—¡Es singular!—Las hojas se arremolinaban y le parecía sentir á sus espaldas el roce del vestido de Iris. Al salir de la quinta, había pasado casi rozándole y sintió un ligero perfume, pareciéndole

le que aquel perfume hubiera venido detrás acompañándole. Se sentó á la sombra de un árbol y dijo en voz baja, casi sin advertirlo:—Madre mia.—De repente se preguntó cómo se le había venido á la boca aquella palabra, y él mismo se contestó:—Si... si esa fuese mi madre...—Siguió pensando un momento, maravillándose de encontrar poco gusto en aquel pensamiento, si bien Iris, que tenía próximamente treinta años, habría podido muy bien ser madre de él, que no tenía más que catorce. Luego se iba á pensar qué feliz hubiera sido si Iris le hubiese querido como un hermano; pero era imposible.—Si una vez estuviese en peligro, por ejemplo, que se cayese en el lago (al extremo de la posesion había un lago) y yo la salvase la vida. Se echó á reir y añadió:

—¿Pero por qué había de caerse en el lago?—Pensaba como en una cosa extraña que Iris tenía su marido, el cual era hermanastro suyo, y que no era guapo.—¿La manda?—Se preguntó á sí mismo con gran curiosidad. Poniéndose á fantasear qué cosas se dirían cuando estuvieran solos; qué respondería ella á las caricias que su marido le hiciese.

A su lado había una flor del campo alta y derecha; el viento la doblaba unas veces suavemente; otras, sin doblarla, la sacudía como si fuera una persona inquieta. Furio la observó y dijo:—Pare-

ce Iris. —Luego, extendiendo los brazos y doblando sus rodillas, quiso ver su cara en un arroyuelo que pasaba por allí. Levantó la cabeza, miró una de sus manos por encima y por debajo, y lanzó un suspiro. De repente se puso en pié y se echó á correr por los campos.



IX.

Iris y su hermano estaban en el comedor solos; él, sentado cerca de la ventana, de modo que se veía su cabeza desde el jardín.

—Es original aquella Cándida—decía Riconovaldo—tiene algo de su tía; ¿viste cómo me recibió? La misma escena que el año pasado.

—¿Le habías tú hecho algo?—preguntó su hermana.

—Nada; estuve aquí diez días y no la hablé más que tres ó cuatro veces; se ve que no le soy simpático y que no congeniamos.

—¡Quisiera verlo!—respondió Iris sonriendo.

En tal punto entró Cándida con la labor en la mano, yendo á sentarse al lado de Iris sin levantar la vista. Esta y su hermano cambiaron una mirada. Riconovaldo estaba en pié, apoyado en la mesa y á un paso de la silla de Cándida.

Le preguntó qué hacía; ella, sin levantar los ojos, alargó el bordado.

—¿Todo el día os estais en casa?—volvió á preguntar el jóven despues de haber echado una mirada á la labor.

—Casi—replicó Cándida.

—Paseareis por la noche; el jardin está hermosísimo: ¿vais á pasear todos juntos ó vas sola? Me imagino que conoceréis á alguno de las cercanías.

—En otro tiempo; ahora todos se han cambiado, y no conocemos á nadie.

—¿A nadie? ¿Y cómo te pasas todo el día? Te ocuparás mucho de las flores; he visto que tienes la terraza llena de ellas.

—Sí.

—Sí, en efecto, las flores...

Iris se apercibió de que su hermano, por la frialdad de la conversacion, iba á soltar un cumplimiento de mal gusto, y lo impidió con una mirada.

Entonces, cogiendo un banquillo, lo puso delante de Cándida, y se sentó de suerte que su cabeza venía á estar un poco más elevada que las rodillas de ella, y si bien ella podía todavía no mirarle, lo que no podía ya era no verle, porque venía á tener su frente como á un palmo de las manos. Cándida contrajo ligeramente el entrecejo.

—Esta noche nos llevarás á ver el jardin, ¿no es así?—preguntó el jóven—vendrás á dar una vuelta con nosotros.

—Si os gusta á vosotros—respondió ella.

—Iremos; ¿no os agrada?

Cándida no respondió.

—¿Sí ó no?

—Sí.

Riconovaldo miró á su hermana, como diciéndole:—¿lo ves? ¿No tenía razon al decir que no me puede ver?

Enseguida, fingiendo querer mirar de cerca el bordado, bajó la cabeza de modo que sus hermosos rizos rubios tocaron las manos de Cándida. Ella las retiró de repente é hizo ademán de levantarse.

—¿Te vas?—preguntó el jóven sorprendido.

—No—respondió—solamente quería levantarme—y volvió á sentarse, echando hácia atrás la silla.

En aquel momento, un golpe de viento se llevó de encima de la ventana el pañuelo de Iris, arrastrándolo hasta el jardin; ella no lo advirtió.

—¿Te fastidio, Cándida?—preguntó con afectada dulzura Riconovaldo.

—¿Por qué fastidiarme?—respondió Cándida como distraida—...jamás me aburro cuando trabajo.

—Temía... ¿Te desagradaría si tocase?

—No hay motivo para ello.

—Lo que yo deseo es estar seguro de que te agrada.

—Pues bien, sí, me gusta.

El jóven se levantó despechado, fué á sentarse al piano, que estaba en un rincon del saloncito, comenzando á tocar con mucha viveza y con mucha gracia.

Iris miraba á Cándida por ver qué efecto le hacía la música; pero su cara estaba siempre impassible; continuaba trabajando con la cabeza baja sin dar señales de oír. De repente, Riconovaldo se detiene, se vuelve á mirarla, dá un golpe furioso sobre el teclado, y se levantó exclamando: —¡Es una indignidad este piano!

—Con vuestro permiso—dijo entonces Cándida—y se fué lentamente con la misma frialdad con que había venido.

El jóven se quedó en medio del salon con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en la puerta por donde Cándida había salido. Iris estalló en un golpe de risa.

—En verdad—acertó á decir el hermano—yo no entiendo una palabra.

Luego cruzó por su imaginacion una idea.—¡Que yo le parezca un estúpido!—Y se quedó pensativo: una vez con esta sospecha en la cabeza, para él había concluido. Adios serenidad.

—He perdido mi pañuelo—dijo Iris mirando alrededor.—Corrió á la ventana, miró hácia fuera y ya no estaba.

X.

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa que por la mañana había ocurrido en la mesa le tenía lleno de amargura, y aun más que ésta, le duraba la vergüenza; pero sin embargo, él tenía en su cara alguna mayor serenidad, y Cándida, fijándose, lo apercibió y se alegró secretamente. La comida pasó sin dar margen á graves accidentes. Solamente Riconovaldo, que estaba inmediato, de cuando en cuando le golpeaba con la mano sobre la espalda, diciéndole: —¡Está bien, jovencillo?—Y entonces todos se echaban encima, y él por su parte hubiera querido hundirse en los abismos; el jóven, sin embargo, viéndole ponerse encendido y confundirse, piadosamente iba separando el discurso, y con el discurso los ojos rabiosos de la tía. Iris era muy viva, y habló mucho de muchas cosas; especialmente de ciertas intrigas de familia de conocidos suyos, con una libertad de observaciones y de pa-

labras, que más de una vez hizo torcer la boca á su hermano, arrugar la frente á Cándida y arquear las cejas á la tía. Dos ó tres veces el padre, hablando con ella, sacó la conversacion sobre su marido; pero ella la dejó pronto, con una extrema indiferencia. Cuando se levantaron de la mesa, tenía la cara encendida como una rosa.

Llovía; toda la noche se la pasaron en el saloncito. Furio, medio escondido en un rincon, á lo oscuro, podía mirar bien á su cuñada sin ser visto, y se aprovechó toda la velada; no separó los ojos de encima, y cada vez más maravillado de aquella manera de hablar y de aquellos modos suyos, tan distintos de todo lo que él había podido imaginar en una señora. Era alta, derecha, ligera como una figura de arcángel. A veces se levantaba de repente, atravesaba el salon con el paso muy lento y la cabeza erguida, moviendo los hombros con cierto aire de abandono, pero altanero, que la asemejaba á una reina caprichosa. Si no encontraba lo que buscaba, se mordía la punta de un dedo, cruzaba los brazos sobre el pecho, le entraba como una convulsion nerviosa, como si fuera una niña llena de ira. Hacía de cuando en cuando un sonido raro con los lábios, como solía hacerlo Furio en la escuela para hacer rabiarse al maestro. A ratos, durante su trabajo, entornaba los ojos, y con el labio superior saliente daba una expresion de desprecio; luego prorumpía en so-

nora risotada, apercibiéndose de haber bosteza-do en su trabajo, y para reír echaba hácia atrás la cabeza, como si alguno tirase de ella.

Era blanquísimo su cutis, los lábios los tenía salientes y sonrosados, cuyo color contrastaba constantemente con los dientes. Su hermano tenía un perrito; ella de cuando en cuando le apretaba el hocico con una mano, é inclinándose como para mirarlo en los ojos, le decía con los dientes apretados:—¡Querido!

El padre leía su periódico, y la tía hacía calceta. Cándida tenía siempre el libro entre las manos sin levantar la vista; todos, excepto Furio, estaban sentados alrededor de la mesa grande, iluminados por una sola luz. Aquellos dos jóvenes hermosos, hacían, colocados en medio de las demás figuras, el efecto que á primera vista hacen en el estudio de un escultor dos estatuas hermosas y acabadas, entre muchos bocetos de barro.

—No hay duda—decía para sí Riconovaldo, mirando de soslayo á Cándida—es así:—y la imagen de aquel fantasma de que había hablado á su ama de casa, le bailaba delante con una persistencia despiadada.—¡Oh, se lo haré ver! ¡Estúpido del todo no lo soy, voto á Dios!—Cogió un periódico, lo recorrió, leyó dos ó tres líneas de un artículo en que se hablaba de los Institutos de educacion, y comenzó á decir con el acento del que propone una cuestion:

—Yo creo que niños y niñas se deberían educar juntos; ir á la escuela, estudiar, divertirse siempre juntos, en confusion, como si la diferencia del sexo no existiera.

—¡Cómo! —exclamaron á la vez los dos viejos, con los ojos desencajados.

—Seguro—respondió él, y luego para sí:—Ahora es la ocasion de hacerla ver que no eres el que pareces.—De seguro; pero para comprender este principio es preciso entender los muchachos, si nó, es inútil; y los niños, hay muchos que no los entienden; porque para entenderlos, es preciso estudiarlos; y para estudiarlos, es preciso quererlos; y para quererlos, hace falta tener algo aquí, en el corazon, y muchos no tienen nada. Pero creo, que si frecuentemente hay que lamentarse de que los hombres y las mujeres estén mal juntos, cuando son grandes, es porque no lo han estado de niños. Es bueno esto de tenerles separados en los primeros años con tanto escrúpulo, cuando luego están destinados á pasar la vida unidos. Sucede, que la fuerza que une los unos á los otros, cuando más se la enfrena, más crece; y luego, aflojando la mano, la conjuncion no tiene más remedio que hacerse de un modo violento, y es un mal; como los muchachos, cuando salen del colegio, en un solo mes hacen hasta compensar los diez años de privaciones. Se dice: enviemos los muchachos á la escuela, donde poco á poco aprenden á cono-

cer los hombres, puesto que la escuela es una imágen de la sociedad. ¡Graciosa imágen de la sociedad, si falta el resorte, que es la mujer! Y luego, que si no se coje á tiempo un cierto tinte fino y mórbido en los modales y en el lenguaje que se aprende estando en medio de las mujeres honradas, es difícil que se coja luego; siempre se echará de ver algo de áspero y vulgar. Es preciso aprender pronto á conocer la índole del sexo bello, porque si no despues, mediando la pasion, no se saca nada en limpio; y hombres graves, verdaderos talentos, estamos cansados de ver que hacen con la mujer una figura desgraciada, porque se encuentran como si tuviesen en la mano un misterioso instrumento, sin saber de qué parte hacerle dar vueltas. Para mí, son afortunados todos los que se criaron en medio de un regimiento de primas; todos tienen algo de rendido ó por dentro ó por fuera. Puestos en compañía de las niñas, los muchachos intentarían siempre agradar, sin darse cuenta siquiera de por qué, y poco á poco irían tomando formas corteses, que luego llegan á ser cualidades del ánimo. Aun la misma libertad desenfrenada en el hablar, que luego pasa á ser costumbre que no se pierde, creo yo que se corregiría así, y sería un gran bien. Fijaos tambien en un niño de ocho años, cuando está con una niña de siete; de seguida se despierta en él un cierto sentimiento de superioridad protectorá, que le dá as-

pecto de generoso y le enorgullece. Así, para mí no hay nada más entrañable que el aire de señorita sábia que toma una niña cuando pasea del brazo con un muchacho de su edad. En el uno como en el otro sentimiento hay un germen de virtud, que cuanto antes florece, mejor. Y precisamente de esta suerte, creo yo que se retarda el progreso de ciertas ideas, porque la imaginación sola devora el camino enseguida, y el muchacho que fantasea la mujer por sí, de diez veces nueve la marchita. Educación común: yo soy de este parecer. Luego, siendo grandes, cada uno se aleja; los nombres y las caritas de nuestras compañeras se olvidan; pero en confuso, todas aquellas cabezas rubias se ven; y en medio de las tempestades de la vida, aquellas manecitas nos saludan de lejos. Yo cuando era muchacho golpeé á un pillastre que iba por la calle y era más fuerte que yo, solo porque había tocado un rizo de mi prima, cuando la llevaba á la escuela; os juro que este recuerdo me ha librado de cometer luego semejantes bribonadas. ¿Qué decís á eso?

Se calló y miró á Cándida; pero ésta tanto había bajado la cabeza que no pudo verle la cara.

—Creo que tienes razón—le dijo su hermana, que ni se había fijado en él; la tía se quedó muda; el viejo dejó escapar su acostumbrada sonrisilla de benévolo consentimiento, murmurando:

—Sí... hay algo de verdad.

—¡Furio!—dijo de repente Iris.

Furio se puso en pié.

—Se me han caído las tijeras.

—Aquí están,—dijo Furio alargándoselas. Tenía la cara encendida.

Iris cogió las tijeras, lo miró y dijo para sí:— ¡Es extraño!

—¡Nécio!—añadió la tía que también le miraba.

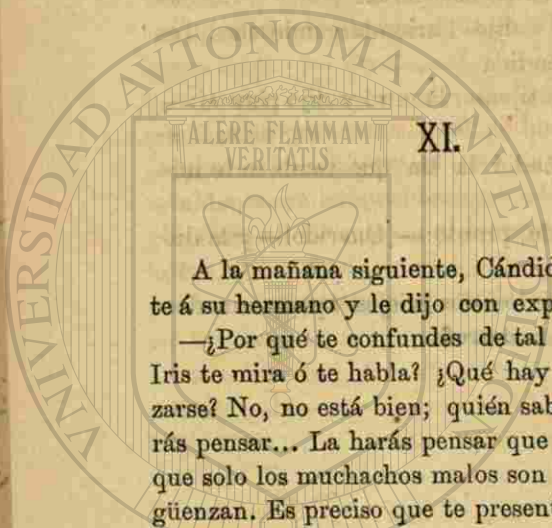
Y Riconovaldo, pronto:—¡Querido!—y le dió un beso.

De esta suerte los dos viejos apergaminados tocaron su primera derrota.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS





A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo con expresion amable:

—¿Por qué te confundes de tal suerte cuando Iris te mira ó te habla? ¿Qué hay para avergonzarse? No, no está bien; quién sabe lo que la harás pensar... La harás pensar que eres malo, porque solo los muchachos malos son los que se avergüenzan. Es preciso que te presentes con un poco más de desenvoltura; es pariente tuya, al fin y al cabo, es tu cuñada y—acentuando las palabras—podría ser tu madre. Y luego que no está bien mirar á las gentes con esa fijeza como si jamás hubieras visto á nadie; tú ayer por la noche, la mirabas así; mientras debieras considerarla como una hermana, con quien siempre hubieras vivido, y portarte con ella como te portas conmigo.

Furio, á quien no pasaba por la mente que su hermana le hubiera leído en el alma, oyó aquellas palabras suyas á la letra, y respondió:

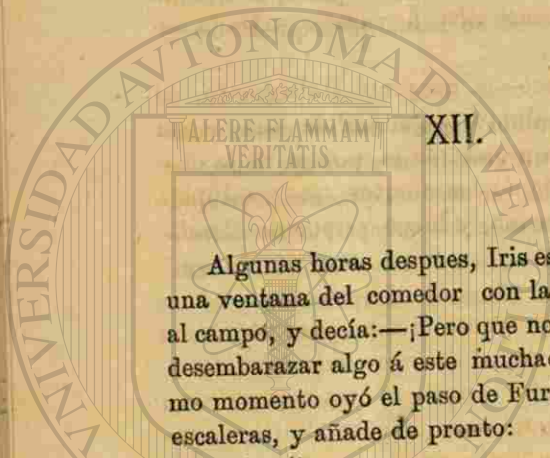
—Sí.

Y luego preguntó ingénuamente:

—¿Pero tú por qué no miras jamás á Ricono-
valdo, y cuando él te habla ni siquiera haces
ademán de oírle?

—Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, com-
pareció Iris con un vestido escotado de muselina
blanca, que dejaba ver sus blanquísimas espaldas.
Cándida hizo una señal imperceptible de maravi-
lla y desagrado y miró á Furio. Este vió en con-
fusión alguna cosa blanca y desapareció.



Algunas horas despues, Iris estaba apoyada en una ventana del comedor con la espalda vuelta al campo, y decía:—¡Pero que no haya manera de desembarazar algo á este muchacho!—En el mismo momento oyó el paso de Furio que bajaba las escaleras, y añade de pronto:

—¡Aquí!

Furio entró corriendo, creyendo que no hubiese nadie; apenas entró, se detuvo.

—Ven acá,—dijo resueltamente Iris, viendo que él se volvía.

Furio la miró estupefacto.

—¡Aquí!—repitió ella con tono jugueton de autoridad.—Furio, poco á poco se acercó.

—Todavía más—añadió Iris sonriendo.

Furio se acercó hasta tocar casi con ella; con la cara encendida, los ojos bajos, el entrecejo fruncido como si estuviera sufriendo; solo una ligera sonrisa se le veía forzada en los lábios, al ménos

para no parecer un incorregible huron. Iris le miraba con atencion llena de curiosidad, como queriendo leer en su interior, ya que aquella confusion le comenzaba á parecer extraña en verdad.

—¿Dónde ibas?—le preguntó dulcemente, al cabo de algun minuto; y quitándole una motita blanca que tenía pegada en la manga de la chaqueta.—Furio siguió con atentos ojos y estúpida mirada aquella mano, y luego respondió tímidamente.

—Al jardin.

—¿Al lago?—preguntó ella nuevamente, como distraida y para dar al diálogo cierto tono familiar—y se inclinó á mirarle la otra manga como si hubiera distinguido una mancha. Furio vió entonces de arriba abajo aquel maravilloso volúmen de cabellos rubios, y respondió con voz poco segura:

—...Al lago.

—¡Pero mírame!—exclamó Iris con alegre viveza:—¿te doy miedo?—

Furio se conmovió y le lanzó una mirada que quería decir cien *no*, francos, sonoros, resueltos; luego volvió á bajar los ojos más confuso que antes.

—¡Oh, qué muchacho tan raro!—prorumpió Iris dando una gran risotada;—y plegando hácia atrás la cabeza y uniendo las manos descubría el

cuello blanco como la nieve y los brazos hermosísimos.

—¿Pero por qué no te peinas nunca?

—...Si me peino!—respondió balbuceando el muchacho.

—¿Pero si siempre traes unas greñas!—añadió Iris, pasándole una mano por la cabeza.—Furio resbaló, plegándose como una vara de junco; su color encendido desapareció.

—¿Y ahora?—preguntó la señora retirando la mano.

—...¿Qué?—murmuró Furio, arreglándose.

—¿Qué tienes?

—...Nada.

—Mira cómo te has puesto la corbata. Si fuera tu madre, necesitaría gran faena para verte siquiera con un poco de garbo. Vaya, mira cómo se hace, quieto un momento: así... así...

Y plegando y replegando la corbata iba repitiendo *así* con una voz delicada, casta y cariñosa, á grandes pausas, como se hace con los niños cuando no se quieren dejar vestir. De pronto quitó las manos y le pregunta:

—¿Pero por qué tiembblas?

—No tiemblo—respondió de prisa el muchacho.

—Sí, estás temblando y te has puesto pálido.

—Yo no.

—Te digo que sí, hijo mio; tú no estás bien,

tienes necesidad de aire, dame el brazo, y vamos á pasear al jardín.

Furio, dudando, le alargó el brazo; la llevó con paso incierto hasta la puerta, y allí el asunto se puso serio: ¿debía él pasar primero, ó ella? ¿ó los dos juntos, cogidos del brazo ó separados? Iris, sonriendo, pasó la primera.—¡Ah! qué caballero este...—exclamó luego, volviendo á cojer su brazo;—vamos, adelante.—Furio, que ya no tenía los ojos de antes, poco á poco se iba haciendo dueño de sí y podía ya con la mente abrazar su felicidad; pero, ¡Santo Dios! apenas dados diez pasos, puso el pié sobre el vestido de Iris: se lo había desgarrado.

—¡Es preciso que mires cómo andas!—exclamó con voz airada y poniéndose encendida.—¡No vuelvo más, vaya!—Y se separó bruscamente del brazo de su caballero; luego volvió hácia él sonriendo, y le dijo:—¡Pobre Furio, qué mal has quedado como caballero galante!—Luego, alargándole la mano, añadió:

—Ven aquí, hagamos las paces.

Furio puso su mano derecha temblorosa en la pequeñita de Iris y continuó caminando más embarazado que nunca. Iban por un camino, que tenía á los lados dos setos altos. Iris hizo alguna pregunta al cuñadito respecto de su escuela, á sus ocupaciones, al campo; en fin, las consabidas preguntas que se hacen á un muchacho sin fijarse en

las respuestas; luego, sonriendo, le preguntó de la tía:

—Un poco dura, ¿eh?—y le interrumpió para enseñarle una flor que quería que le cogiese.

Furio la cogió y la tenía en la mano, porque no sabía cómo ofrecérsela.

—Animo, sé cortés y pómela aquí con gracia.

Y se volvió de lado, inclinando con mucha gracia la cabeza para que se la pusiese entre los cabellos. Furio se la puso.

—¡Dios mio!—gritó Iris espantada, después de haber dado algún otro paso—¿qué calle es esta?

Había puesto el pié sobre la orilla de un hoyo lleno de agua, y se había escurrido hácia adentro lo ménos un palmo. Con no pequeño esfuerzo sacó el pié chorreando agua. Entonces Furio se arrojó, y primero con el pañuelo, y luego con la yerba del paseo, comenzó á frotar la botina con calor desesperado.

—No, no, basta—decía Iris—basta, Furio, gracias, no te fatigues, estoy calada y es preciso que me vaya inmediatamente á mudar; déjalo, ya basta.

E iba retirando el pié que el muchacho había agarrado con fuerza por la garganta, como si fuera un anillo de hierro.

—¡Pero basta!—prorumpió Iris en un golpe de risa.

Furio se levantó encendido, sudando y glorio-

so, y en cuanto Iris se alejó, soltó la risa reprimida, se cogió un dedo entre los dientes, se restregó fuertemente las manos, golpeó con los piés el suelo, se rió nuevamente, y levantando los ojos al cielo, exclamó como trasportado por la alegría:

—¡Oh, Dios, Dios! ¡Qué feliz soy! ¡Nadie hay tan feliz como yo sobre la tierra!

A Iris ni siquiera le había pasado por la mente que bajo aquella excesiva timidez del muchacho se escondiese alguna cosa, y no hay para qué maravillarse de ello. Creemos siempre á los muchachos más niños de lo que son. Y esto, porque ordinariamente viéndolos y tratándolos, no se tiene bien presente en la memoria el verdadero grado de inteligencia y de sensibilidad que nosotros teníamos á su edad. Si siempre estuviera presente, nos acordaríamos, por ejemplo, casi todos de que cuando niños, hemos oído hacer discursos en presencia nuestra, que nosotros ahora, en presencia de otros niños, no repetiríamos; y entonces los que los hacían, estaban firmemente persuadidos de que nosotros no los entendíamos; y en lugar de esto, los entendíamos lo mismo que ellos y hacíamos como si no los entenderíamos. La inteligencia de los niños vá más allá casi siempre que la perspicacia de los padres, ó de los

maestros, ó de cualquiera que tenga empeño de tenerles á oscuras sobre alguna cosa y por un cierto tiempo tan solo; las cautelas casi siempre vienen tarde; y entre que empiezan á comprender y se comienza á sospechar que realmente entienden, todos los niños son más ó menos hipócritas, y su hipocresía es tanto más fina y profunda, cuanto la curiosidad es más viva y más frecuentemente ilusoria.

Lo mismo pasa con los afectos.

¡Un muchacho de catorce años!... Quien se lo hubiera dicho á Iris, hubiera tenido por respuesta una risotada franca y sonora, de las que más hacían quedar con la boca abierta á su esclavito.

XIV.

Riconoaldo, más que airado, ofendido por la indiferencia creciente de Cándida, continuaba consumiéndose para sus adentros, y buscaba la manera de vencerla ó de irritarla cuando ménos, haciéndose odiar descubiertamente, con tal de que ella dejase de portarse de aquel modo, y como si no se apercibiera de ello. Dice bien Leopardi á este propósito, que los hombres toleran el ódio y que tal vez se vanaglorian de él; pero al menor indicio ó sospecha que tengan de indiferencia, pocos son tan fuertes, que permanezcan inmóviles y no se entreguen por todos los medios á librarse de ella descendiendo aún si ocurre, á actos viles. Más que en otros, debía ser esto cierto en él, que además de la natural sospecha de ser mirado como una cabeza pequeña y un alma vacía, tenía la conciencia alfanera de su belleza, y apenas si se veía mirado por los demás.

Visto que también su tentativa oratoria había

fallado, se persuadió de lo que Iris le había dicho de Cándida; esto es, que ella, bajo apariencia modesta y lánguida, ocultaba orgullo y pretensiones; lo cual ocurre más á menudo en quien ménos derecho tiene y ménos lo manifiesta. Por esto pensó escojer otro camino, comenzando él también á hacerse el desdeñoso; pero Cándida cada vez estaba más indiferente, y tuvo que abandonar esta táctica; entonces se agrió su carácter y se fué más allá de lo debido; comenzó á zaherirla, hablando á su hermana con todo género de alusiones infantilmente malignas. Un día, llegó hasta este punto: Cándida estaba presente, y su hermana le preguntó por qué una cierta señora viuda, conocida suya, no se volvía á casar.

—¿Cómo quieres que se vuelva á casar aquella criatura de papel de estraza?—respondió Riconoaldo con los dientes apretados.—No advierte ella que no tiene marido; es una de aquellas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza; más bien, hablando con justicia, no es ni una mujer. Para merecer el nombre de mujer, no basta tener las formas de tal, es preciso tener el alma, los afectos, las tendencias; y una mujer que carece de todo esto, no lo es, como no lo son las muñecas, las mómias, las estatuas, ni aquellos maniqués vestidos que se ven en los escaparates.

Pero Cándida persistía; ni un acto de resentimiento, ni una señal de impaciencia; era indife-

rente é impasible como una piedra; y si alguna vez Iris, despechada tambien por aquellas maneras, añadía sus punzadas á las de su hermano, siendo una aliada formidable, no se alteraba. Riconovaldo, que se destrozaba los dedos de rábía y que cada vez estaba más aferrado á su propósito, aún intentó otro camino. Iba dulcificándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, y arrepintiéndose de veras de su proceder descortés y mal intencionado hácia Cándida; y comenzó á hacerle la córte como él sabía hacerlo, con gracia y finura; primeramente, con timidez; luego, abiertamente, con suavidad, pero con entusiasmo; alguna vez suplicando. Pero Cándida no mostraba poner más atención en su dulzura, que la que había puesto en su malignidad.

Riconovaldo, desesperado de no tener éxito, herido en lo más vivo de su amor propio, rabioso, quiso vengarse volviendo la cosa al revés; siguió haciendo la córte á Cándida, como se la habría hecho á una vieja de setenta años para divertir á unos cuantos amigos; mediando ciertas inclinaciones, ciertos acentos y ciertas formas empalagosas y grotescas, que le hubieran sentado muy bien á haber ido con zapato de hebilla y peluca empolvada. Al mismo tiempo, se echó á la espalda todos los preceptos de urbanidad de Tommaseo, de que en presencia de señoritas no deben tomarse actitudes incorrectas, ni tenderse con abandono

patricio, ni acercarse tanto, que sientan el hálito, y cosas semejantes. Pero Cándida siempre se inclinaba hácia atrás, ó torcía la cabeza, volviendo otras veces las espaldas, ó levantándose por fin para irse.

Un día le presentó un ramo de flores, marchitas y sin olor; esta vez frunció el entrecejo y se puso roja; pero luego se recompuso, y sin hacer ademán de desprecio ni de ira, tiró el ramo en un rincón.

Los días pasaban así, y Riconovaldo, cada vez más emperrado, no sin dejar de comprender de vez en cuando, cuando la pasión callaba, que era una injusticia por su parte, y que su conducta era pueril y villana. En estos momentos sentía por aquella pobre criatura un tal sentimiento de piedad, que casi estaba á punto de ir á pedirle perdón; pero luego que volvía á verla tan rígida y metida en sí, adios arrepentimiento; la bflis se levantaba más furiosa que nunca.

Algo más era esto que recrearse un poco á espensas de Cándida, con alguna sonrisa y cuatro palabras entusiastas, que es lo que se había propuesto al salir para la quinta.

Iris entretanto, continuaba metiendo ruido con Furio, todos los días, como aquella vez del paseo largo por el jardín. Habían logrado cierta intimidad; Furio se mostraba más desenvuelto, pero siempre de natural beatífico. Iris le manda-

ba lo mismo que á un paje, le encargaba mil menudencias de la casa, todo el día le tenía en movimiento á su disposición.—¡Furio!—gritaba; y enseguida se oía:—¡Allá voy!—pronunciado con alegría y buena voz, un movimiento precipitado, y Furio se presentaba delante de ella, jadeante y sudando. Cuanto más juntos vivían, Iris le encontraba más extraño, hasta el punto de que no sabía comprender ciertos cambios bruscos, de color y de genio; ella se divertía con todo esto; veía que en el fondo era bueno, cumplido, y no podía ménos de quererle. Pero tener que estar siempre á su lado, con aquella cara y aquellos ojos, con aquel dichoso vestido, con la libertad de maneras enteramente suyas, en el campo, era siempre un pesar.

XV.

Sobre la fachada de la quinta, en el primer piso, corría todo alrededor una terraza larga y continua, sobre la cual daban las ventanas de la habitación de Furio; á la izquierda las de la habitación de Iris, y á la derecha, en el medio, las del padre. Enfrente á la última ventana de Iris, en el ángulo, había cuatro ó cinco macetas y un buen trozo del antepecho estaba cubierto por los últimos pámpanos de una vid plantada en el jardín. Era un rincón cubierto todo él de hojas, en el cual jamás penetraba un rayo de luz; una persona hubiera podido esconderse allí sin que fuese vista, ni desde el jardín, ni desde las ventanas.

Furio, una noche que se había subido á acostar, mientras todos los demás se quedaban hablando, se despertó, oprimido por el excesivo calor al cabo de dos horas de sueño, y se puso á la ventana á medio vestir para respirar un poco de aire

fresco de la noche. La noche estaba tranquila y clara como si fuera de día. Los árboles del jardín, iluminados por la luna, se divisaban claramente, hoja por hoja, hasta los más lejanos, como si estuvieran al sol. Furio, al aspecto de aquella espléndida paz del cielo, sintió dentro de su alma una dulce melancolía; miró despacio todo el jardín, los senderos lejanos, las casitas esparcidas, las colinas, luego cruzó sus brazos sobre el antepecho de la ventana, inclinó la cabeza, y así se estuvo un rato.

Cuando se despertó, creyó que sería ya muy tarde y que todos dormirían. Como movido por mano misteriosa, saltó el parapeto y sin pensar en ello echó á andar por la terraza. De pronto se apercibió que estaba cerca de la ventana de la habitación de Iris, le corrió por todo el cuerpo ligero estremecimiento y tuvo miedo. Las ventanas estaban abiertas y el cuarto á oscuras; pensó que ya dormiría, le pareció oír la respiración, sintió que una llamarada se le subía á la cabeza, se dispuso á volver atrás... Le faltó el ánimo; habría podido hacer ruido y despertarla; se hallaba próximo á los tuestos, se sentó y se ocultó. En este momento llegó hasta él un ruido confuso de voces que subían del comedor. Se le heló la sangre. No se habían ido á dormir todavía; en aquel momento iban; estaban dándose las buenas noches; ¿qué hacer? ¿volver á la cama? ¿dejarse descubrir? No,

imposible; quieto allí, y silencio. El corazón le latía fuertemente; al cabo de un minuto oye un paso ligero de persona que sube, se abren dos ó tres puertas, cerrándose una tras otra, según están más cercanas; ahí está la luz; la última puerta se abre, Iris está en su cuarto, pone el candelero sobre la mesa; se asoma á la ventana. Furio detiene la respiración, se oprime con una mano el corazón por miedo de que ella lo sienta palpar; Iris está allí, sobre él; si extiende un brazo, le toca, siente su perfume, en confusión ve la blancura de su vestido.

—¡Oh, por caridad, vete ya!—dice el pobre muchacho para sí.

Iris se quita de la ventana tarareando, calla, vuelve á empezar, vá y viene por el cuarto, se vuelve á aproximar al antepecho, se entra, murmura alguna palabra indistinta...

Entretanto, gracias á un poco de viento que se levanta, los olores del jardín se extienden por el aire. Las hojas de la vid y de las flores hacen mucho ruido, semejante al de animado susurro, tierno, suplicante, el cual parece decir:—Iris, Iris, Iris.—Todo el campo calla y la luna sigue esplendorosa.

Furio permaneció algun tiempo inmóvil con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Luego poco á poco sus piernas se relajaron, la cabeza se le inclinó hácia un lado

y cayó extendido sobre el suelo, con la boca hacia arriba y enteramente dormido.

—¡Pero, si será cabeza la mía! ¡También esta noche me he olvidado de cerrar!—dijo Iris y bajó de la cama y se acercó á la ventana.—¡Qué hermoso olor de flores!—exclamó respirando el aire libre, y apoyándose sobre el antepecho. De repente salta hacia atrás, lanzando un grito ligero.—¡Cielos! ¿Qué será eso?—Se vuelve á acercarse á la ventana, tiende la oreja: siente respirar. El valor del miedo la sobrecoje, se asoma con resolución, mira:

—¡Qué veo! ¡Furio! ¡Que le haya dado un síncope!—Se viste de prisa, sale corriendo y llega al ángulo de la terraza de puntillas, inclinándose para mirar al muchacho. Desde la cintura para arriba estaba iluminado por la luna; tenía los cabellos en desorden, la boca semi-abierta y las mejillas humedecidas aún por las lágrimas.—Duerme,—dijo Iris después de mirarle atentamente;—parece que ha llorado... Ahora le enjugo las lágrimas y se despierta.—Espacio, espacio, alargó el brazo para cojerle el pañuelo que tenía sujeto contra el pecho con una mano abierta, en ademán del que oprime alguna cosa contra el corazón. Iris se lo cogió, lo miró. ¡Cómo! ¡su pañuelo! ¡el que ella creía haber perdido! Estuvo un momento pensativa y luego exclamó:—¡pero es posible!

Así permaneció algunos minutos mirando á

Furio que seguía durmiendo, luego volvió lentamente á su cuarto, se volvió á asomar, volvió á dejar caer su pañuelo y cerró.

Furio se despertó, miró alrededor y de nuevo le pareció que las hojas de la vid y de las flores, agitadas por el viento, le dijese al oído:—Iris, Iris, Iris.

JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DE BIBLIOTECAS



XVI.

Para una mujer que hubiera tenido una brizna de cerebro, la escena nocturna hubiera bastado para hacerla comprender todo, y aun poniéndola solo en sospechas la habría inducido á cambiar la manera de tratar al muchacho. Pero Iris era tan ligera, que para ella la curiosidad venció inmediatamente á la prudencia. Y no supo ni reprimir siquiera un sentimiento de complacencia vanidosa, que le surgió del corazón con tanta viveza que la privó de sí misma, y no pudo reflexionar que tal sentimiento era culpable y peligroso.

No era que ella pudiese tomar en serio el amor de Furio; sino que una mujer, cualquiera que sea el que la ame, lo tiene en cuenta; cuanto más Iris que era caprichosa y muy vana.

Y luego que era para ella una ocasión para divertirse; alargarle la mano y verlo enrojecer; apoyar el brazo sobre el suyo y sentir la conmoción; decirle:—¡Querido mio! y ver sus ojos res-

plandecer; tener siempre al lado un muchacho del cual poder hacer lo que se la autojase sin más que una mirada, era cosa amena. Despues, para aquietar la propia conciencia contaba con mil excusas: ¿no era justo querer un poco y demostrárselo á aquel pobre muchacho abandonado y despreciado, y sin embargo tan bueno, tan dulce y ansioso de cariño? No hubiera sido benévola ni cariñosa con él para un fin malo; ni aun hubiera dudado en variar de conducta, si sospechara que le causaba daño; su conciencia no le decía sino que ejercitaba un sentimiento piadoso, de amor maternal, irreprensible; ella para nada tenía que saber lo que aquel pobrecillo sentía por ella; ¿qué había, pues, de extraño en todo esto? Ahora se daba cuenta de aquella extraña timidez, de aquellas turbaciones, temblores y cambios de color.—¡Esto sí que es una gran novedad!—repetía para sí por la mañana, bajando las escaleras.—¡Un niño de catorce años!... ¡Cuñado mio!...—y reía.

XVII.

Aquella mañana, Cándida, apenas se levantó, buscó presurosa á Furio, lo atrajo á un rincon del comedor y le dijo al oido:

—¿Qué hacías anoche sobre la terraza, en el ángulo de las flores?

Furio se conmovió y se puso encendido.

—¡Furio!—exclamó Cándida con afectuosa voz—no vuelvas más.

Furio la miró fingiendo una gran maravilla.

—No vuelvas más, Furio—repitió Cándida bajando la voz.—Hazme caso á mí, atiende á tu hermana que te quiere mucho, prométeme que no volverás más...

—¿Pero dónde?—preguntó Furio bajando la cabeza.

—¡Oh! tú lo comprendes, sabes lo que quiero decir, no me mires de ese modo, haz lo que yo te digo, Furio; no puedo explicarme más... pero tú me entiendes y me quieres bien; no estés tanto

con Iris, ni vayas á pasear con ella, estate aquí conmigo, óyeme...

—¡Calla!—exclamó vivamente el muchacho.

Iris entraba en aquel momento mirando á Furio con ojo intenso y escrutador; y éste, aún todo descompuesto por las palabras de su hermana, la miró á ella de idéntica manera por ver si la noche anterior no se había apercibido de nada. Así estuvieron un poco, mirándose ambos, tanto, que Cándida, perdiendo la paciencia por el poco juicio de su cuñada, exclamó con acento de ligera censura:

—¡Pero Iris!

Le faltó el valor para proseguir, y desapareció.

Iris, sin fijarse en ella siquiera, se acercó lentamente al muchacho, le puso las manos sobre los hombros, retiró un poco hácia atrás la cabeza, y le miró fijamente á los ojos.

Furio, sin reparar los ojos de ella, como si estuviese fascinado, se quitó de los hombros poco á poco aquellas dos manos que le quemaban, y se cubrió la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, lo subido del color, habían sido tales, que no había lugar á duda, y por vez primera, que fué tambien la última, Iris hizo un acto de prudencia; encogió á tiempo la mano que extendía para hacerle una piadosa caricia, y se retiró lentamente y sin volverse.

XVIII.

Al mediodía, Furio estaba sentado á la sombra de un árbol en el jardín, aún completamente conmovido por la escena de la mañana. El sol resplandecía ardientemente, y todo estaba tranquilo. Ni zumbido de cigarra, ni canto de pájaro, ni vuelo de mariposa, ni voz, ni movimiento de cerca ni de lejos; parecía que la Naturaleza dormía. Entonces el campo se anima con una vida fantástica como por la noche. Se oyen sonidos indefinidos como de gritos lejanos y prolongados; soplos, roces, susurros, lejos unas veces, otras en el mismo oído, aquí, allá, no se sabe dónde, por todas partes. Parece que en el aire existe algún sér ó alguna cosa que fluctúa y que se agita, que se acerca ó se aleja, que vuelve y se detiene, para perderse luego. De pronto se oye al lado un zumbido de insecto, pasa y todo calla. Siente una conmoción, se vuelve, era una hoja que cayó. Asoma una lagartija por su agujero, se detiene,

parece que está oyendo, luego, como amedrentada de aquel silencio, se vuelve á su nido. El campo tiene un no sé qué de solemne y de triste, como un mar solitario; la cabeza se baja como por fuerza, mientras los ojos entreabiertos vagan por los valles oscuros y los negros recintos que la fantasía lánguida les representa entre los hilos de yerba y los granos de tierra. Furio solo velaba en aquel momento. El viejo empleado dormía en su habitación, echado en el lecho, con la frente llena de sudor y un ir y venir de moscas sobre la nariz; y la tía, abandonada la calceta, se había dormido sobre la silla, derecha, con los brazos cruzados, como un ídolo, y los labios salientes, en actitud despreciativa.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas, y no sabía dónde estuviera. Se levantó y comenzó á moverse por el jardín. El jardín era vasto, y todo él plantado de árboles apretadísimos como un bosque. El se ponía á mirar á lo lejos por entre los troncos, por si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando se fijó su mirada en algunas hojas de rosa esparcidas sobre la yerba. Después de aquellas, un poco más allá, había otras, y poco á poco se distinguían otras y otras hasta perderse de vista, formando una larga faja de color. Furio siguió aquella senda, siguió adelante, derecho primero, luego volvió á la derecha, luego á la izquierda, giró, volvió á vol-

ver, hasta llegar casi hasta el extremo del jardín; de pronto se acabaron las hojas, volvió los ojos alrededor y dió una voz de sorpresa. Iris, extendida sobre la yerba á los piés de un árbol, dormía.

No dormía, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, separado unos siete ú ocho pasos. Estaba vestida de blanco, que se destacaba sobre el verde oscuro, como un cisne sobre la orilla cubierta de verde de un lago; tendida como sobre un lecho, con un brazo desnudo plegado bajo la cabeza, el otro extendido á lo largo del cuerpo, y un pié enteramente descubierto. La cara la tenía vuelta hácia donde Furio estaba, y su lábio inferior, un poco caído, descubría sus pequeños dientes, blancos y unidos. El volúmen de las trenzas recogidas, parecía que iba á desatarse, extendiéndose todo alrededor en ondas de oro. Su respiracion era frecuente, tenía los ojos entreabiertos y fijos, como ocurre á muchos durmiendo, y las mejillas color de rosa viva.

Furio la miraba con ojos desencajados y las manos en actitud de maravillarse. Jamás había visto dormir á una mujer, notando por primera vez la gracia más saliente y más blanda que el sueño dá á las formas femeninas, y la expresion infantil de aquella hermosa cara inmóvil.

Temblóle el corazon; por todo su cuerpo corrió como una chispa, extendiéndose como una niebla entre Iris y sus ojos.

—Aquí, aquí está—murmuraba con los labios temblorosos y con los ojos húmedos.—Iris, mi buena Iris, que me quiere bien, que me protege y vive siempre conmigo, haciéndome pasar tantas horas contento; la que juntamente me compadece y me perdona... yo, de este modo, que ni aun soy digno de estar á su lado, y ella tan hermosa... Ahí está... Iris, duerme, yo te guardo; eres tan hermosa! eres mi ángel; te quiero tanto, que no sé lo que haría por tí, mira; estoy contento; besaría la huella de tus piés, querida Iris.

Sacó á escape el pañuelo, y le besó diez ó doce veces ávidamente.

—Duerme, no despiertes, Iris; yo te guardo, siempre estaré aquí para guardarte. Corrió á un rosal cercano, arrancó muchas rosas y las arrojó á sus piés.

—Toma, te cubro de flores, tú debes dormir en medio de las rosas, tú, que eres tan bella.

Se arrodilló á sus piés y dos ó tres veces la besó el vestido, y continuó diciendo para sí: ¡Querida Iris! ¡hermosa mia, mi buena Iris! Iris se movió; Furio se puso en pié y con el rostro encendido. Ella seguía fingiendo dormir; pero al moverse se había desenvuelto de una especie de mantilla, de la cual parte quedaba extendida debajo y parte la envolvía el seno. Furio se hizo atrás ante aquella vista, con los ojos fijos en ella; se pasó una mano por la frente, se echó hácia atrás

los cabellos con un movimiento de cabeza, y luego salió corriendo á través de los campos. Iba como si le persiguieran, parecía que el terreno se hiciera elástico para darle impulso, devoraba el camino: llegó á un foso, cayó, se mojó, salió agarrándose á los matorrales y subió arriba hasta la cima, y luego por la otra parte, abajo dando larguísimos saltos, seguido por las piedras que empujadas resbalaban, machacando plantas y destrozando surcos, llenando el valle silencioso de gritos: — ¡Ánimo! — ¡Allá! — ¡Así! — ¡Valor! — Y hélo allí en el fondo, tendido por tierra, sin fuerzas, mirando al cielo y con la mente perdida en cierta embriaguez fantástica, como si hubiera sido precipitado en el fondo de un abismo...

XIX.

Desde aquel día Furio vivía en un estado de exaltación continúa. La nueva actitud de Iris, algo ménos alegre que antes, pero más afectuosa, y como siempre ocupada por un pensamiento, no pudiéndolo atribuir á simple sentimiento de solitud y de piedad, porque no creía haberse dejado descubrir, lo tomaba como señal de un principio de cariño igual al suyo, y esta idea le ponía fuera de juicio. Hasta entonces el no tener esperanza alguna, ni aun remota, de correspondencia; la certeza de no ser mirado mas que como un muchachuelo, deseado más bien por distracción como juguete; aquella misma manera que Iris tenía con él, ligera y sin norte, había bastado para enfrenarlo manteniéndole algo tranquilo, y obligándole á hacer algunos esfuerzos para disimular lo que sentía. Pero ahora ya aquella esperanza que su ardiente deseo mudaba fácilmente en certeza le ponía fuera de sí; se sen-

tía lanzado del golpe de la infancia á la juventud; se sentía hombre, ardiente, fiero, tempestuoso; se agitaba, iba y venía, corría, buscaba á Iris, huía de ella, volvía repentinamente á buscarla, andaba á su alrededor tembloroso, su mirada le exaltaba, la devoraba con los ojos sin proferir palabra, de noche no hallaba reposo: prorumpía en exclamaciones, sufría y lloraba.

A la orilla del lago, en medio de un grupo de árboles, había una estatua de piedra ennegrecida y cubierta de musgo, que representaba una mujer dormida, en posición semejante á la de Iris al pié del árbol el día que la encontró Furio.

Estaba apoyada sobre un pedestal; pero habiendo tenido que levantar el terreno alrededor del agua, el pedestal había desaparecido bajo la tierra nueva. Dos ó tres veces, al anochecer, cuando estaba más agitado, fué á tenderse sobre la yerba, Furio, al lado de aquella estatua, frente á ella, permaneciendo largo rato mirándola y fingiendo con su imaginación que estaba viva; que era suya y que llevaba el nombre más querido para él: ¡extravagancias que aun con más años suelen hacerse!

Cándida lo penetraba todo; había notado la creciente inquietud de su hermano; sospechó que Iris hubiese cometido alguna imprudencia y resolvió impedir á toda costa que la cosa fuese á peor. En aquella sazón la tía recibió una carta

que anunciaba para dentro de dos días la llegada de su sobrino Cárlos, el marido de Iris. Cándida se turbó al saber la noticia. Cárlos, sospechoso de suyo, era imposible que no lo advirtiera todo.— Y luego con las formas duras y violentas suyas ¡quién puede pensar lo que ocurriría! Por esto se puso á pensar una ocasión de hallarse á solas con Furio durante un rato, para poderle hablar extensamente y con seriedad. Pero Furio, apercibido, siempre que ella lograba entrecojerlo, se deslizaba é iba á esconder su «casta púrpura» en algun rincón solitario.

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO CENTRAL DE BIBLIOTECAS



XX.

La noche siguiente, ya casi oscuro del todo, despues de haber esperado inútilmente Furio que Iris bajase de su cuarto, salió de casa yendo á sentarse delante de la estatua. Dos horas antes, encontrándole en la escalera, Iris le había cogido la barba entre sus dedos, diciéndole:—¿Qué tal vá, pequeñuelo?—Y él, sin darse cuenta, llegado abajo, se tiraba de los pelos con ambas manos, con gran fúria, como si sintiera necesidad de desahogarse.

—¡Iris!—decía á la estatua con voz apagada, como si estuviera soñando—no puedo más... te quiero demasiado; ¡si supieras lo que por tí sufro! Sería tu servidor, mira; iría á ponerme á tus piés cuando subes al carruaje. Si me dijeran:—córta-te un dedo, y entonces Iris te querrá—me haría cortar el dedo y siempre estaría á tu lado. ¡Querida mia! tus ojos grandes y hermosos, tus cabellos rubios y tu bondad...—Y luego, despues de

haber pensado un momento:—¡Qué hermosa señora! Si siempre pudiera verte, me pasaría la vida en una prision. Pero tú te marcharás, y ya no habrá más Iris. ¡Oh, Dios, y qué haré yo cuando se haya ido Iris! ¡Quedaré solo! ¡Pero es imposible que yo permanezca solo! No puedo... muerdo de melancolía estando solo. ¡Oh, no por Dios; Iris, no te vayas, no me dejes solo!

Casi llorando abrazaba el cuello de la estatua y dejaba caer abandonada su cabeza sobre la espalda. De improviso sintió dos manos por entre sus cabellos, y vislumbró una cosa blanca. Se puso en pié, se hizo atrás, vió á Iris sentada, lanzó un grito, cayó de rodillas, y sintió que le estrechaba su cuello...—¡Iris, Iris!—exclamó en voz baja y ansiosa—no, oye, por caridad, no te burles, soy un pobre muchacho, no tengo á nadie más que á tí, te amo, tú no lo sabes, ángel mio, te adoro, por caridad, Iris...—Sintió que tiraba de su cabeza hasta apoyarla sobre las rodillas, la vió inclinar la cara, sintió un perfume, su hálito ardiente, sus labios.—¡Dios mio!—murmuró con voz apagada; y Iris, el cielo, el lago, los árboles ondearon, se confundieron hasta desaparecer, y él quedó sin vida.

XXI.

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días sufría de un fuerte dolor de muelas, y había resuelto librarse de él á toda costa, debía ir con su padre á la ciudad.

Riconovaldo la encontró en la escalera, cuando bajaba ya para irse, y la cogió de una mano.

—Dejadme en paz—dijo Cándida tratando de desasirse.

Riconovaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

—Dejadme—repitió la muchacha con más severidad.

El jóven trató de cruzarla los brazos.

—¡Dejadme, Riconovaldo!—gritó por tercera vez, poniéndose pálida y levantando la cabeza con fiereza.

El jóven la dejó ir, esforzándose por reir; pero un impetuoso sentimiento de despecho y de rábia le ofuscó la razon y dijo con voz sofocada:

—¡Estúpida!—Luego, huyó abrumado por la vergüenza.

XXII.

A eso de las ocho debían llegar de la ciudad, Cándida, su padre y el hermano Cárlos. A Iris, para procurarla el placer de la sorpresa, no le habían dicho nada de la llegada de su marido. Ni Furio sabía nada tampoco; á las seis le había mandado su tía llevar una carta á una quinta cercana, y de vuelta, debía encontrar en casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo, por la noche, paseaba por el jardín desconcertado y triste. En su vida había sufrido humillacion semejante á la que Cándida le había inferido hacia poco y en los dias anteriores, á todas horas, á cada minuto, sin remision, con dureza y despiadadamente. No cabía lugar á duda, le había parecido un estúpido, un necio, un presuntuoso é insolente muchacho: lo que era, en una palabra. Ya él lo había comprendido así; había nacido con alma por equivocacion; aquella muchacha había dicho la verdad; los amigos, rién-

XXI.

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días sufría de un fuerte dolor de muelas, y había resuelto librarse de él á toda costa, debía ir con su padre á la ciudad.

Riconovaldo la encontró en la escalera, cuando bajaba ya para irse, y la cogió de una mano.

—Dejadme en paz—dijo Cándida tratando de desasirse.

Riconovaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

—Dejadme—repitió la muchacha con más severidad.

El jóven trató de cruzarla los brazos.

—¡Dejadme, Riconovaldo!—gritó por tercera vez, poniéndose pálida y levantando la cabeza con fiereza.

El jóven la dejó ir, esforzándose por reir; pero un impetuoso sentimiento de despecho y de rábida le ofuscó la razon y dijo con voz sofocada:

—¡Estúpida!—Luego, huyó abrumado por la vergüenza.

XXII.

A eso de las ocho debían llegar de la ciudad, Cándida, su padre y el hermano Carlos. A Iris, para procurarla el placer de la sorpresa, no le habían dicho nada de la llegada de su marido. Ni Furio sabía nada tampoco; á las seis le había mandado su tía llevar una carta á una quinta cercana, y de vuelta, debía encontrar en casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo, por la noche, paseaba por el jardín desconcertado y triste. En su vida había sufrido humillacion semejante á la que Cándida le había inferido hacia poco y en los días anteriores, á todas horas, á cada minuto, sin remision, con dureza y despiadadamente. No cabía lugar á duda, le había parecido un estúpido, un necio, un presuntuoso é insolente muchacho: lo que era, en una palabra. Ya él lo había comprendido así; había nacido con alma por equivocacion; aquella muchacha había dicho la verdad; los amigos, rién-

dose, se lo hacían entender así, él era el último de los hombres, un boceto de hombre tan solo, un monigote. La vergüenza, el odio, el remordimiento, habían tomado tal vigor en él, que su semblante parecía otro; se sentía feo y repugnante; se sentía por fuera como era por dentro: estaba anonadado. Y todo ello por Cándida, por aquella muchacha sin alma y sin formas de mujer, insípida, sin gracia y orgullosa... El la odiaba.

Mientras pensaba esto, oyó que le llamaban por su nombre, y volviéndose, se encontró con la criada; una buena vieja que hacía veinte años servía en la casa.

—Dos horas hace que ando buscándole—dijo la mujer—y hace varios días que tengo que preguntarle una cosa; ¿me lo permite?

El jóven le indicó que sí.

—Una cosa que cuanto más pienso en ella ménos la entiendo, y solamente Vd. es el que puede explicármela. Pero es preciso que venga conmigo pronto, porque no hay tiempo que perder.

Riconoaldo se levantó; la vieja echó delante, lo condujo á la quinta, le hizo subir la escalera, abrió la puerta de la habitacion de Cándida, y le dijo:

—Entre.

El jóven la miró maravillado.

—Entre, entre; si no entramos aquí, no me puedo hacer entender.

Entró el jóven y miró en derredor; era una habitacion sencillísima; las paredes desnudas, un lecho blanco, pocas sillas, y una mesita al lado de la ventana, con algunos libros sobre ella.

La vieja cerró la puerta, se puso en medio del cuarto, frente á Riconoaldo, y empezó con aire misterioso:

—La señorita Cándida es una muchacha tranquila, ¿no es verdad?

—Así me lo ha parecido siempre—respondió el jóven, sin comprender á qué había de conducir aquella pregunta.—¿No tiene nunca ningun disgusto en la familia?

—No, que yo sepa.

—Es tambien una jóven de... juicio, sería; quiero decir, que no tiene el natural de tantas otras caprichosas; siempre es para las gentes de idéntico modo, ¿no es verdad?

—Verdad.

—Y aquí en el campo no conoce más gente que su padre, su tía, su hermano, Vd. y su cuñada, ¿no es así?

—A nadie más.

—Pues—exclamó la vieja despues de un momento de reflexion—¿cómo ha cambiado tanto de algun tiempo á esta parte?

—Pero si acaba de decir que siempre ha sido lo mismo.

—Con la gente, sí; pero cuando está sola, y aun cuando estoy yo, entonces, no.

—¿Y qué hace cuando está sola?

—¡Oh, si supiera Vd.! Oiga. Pero... antes de todo; ¿sabe que hay libros que hacen llorar como si se estuviera desesperado?

—¿Dónde están esos libros?

—Aquí está uno.

La vieja tiró del cajón de la mesita, sacó un libro y se lo ofreció á Riconovaldo.

—*Historia de Sibila*—leyó el jóven en la portada—es una novela; ¿y es esto?

—¿Hace llorar mucho?

—Puede hacer llorar.

—¿Como un desesperado?

—¡Oh, Dios! como un desesperado, no; alguna lágrima..., puede; se vierten tantas.

—Entonces, mire; debe haber señales; lea aquí.

Y le indicó una página doblada, donde había tres líneas señaladas con la uña.

Riconovaldo leyó para sí:—“Miss O’Neil era una machacha alta, enjuta, angulosa, que caminaba con una regularidad y una rigidez de automática...”

—Y ahora aquí.

—“...Fea hasta casi el ridículo; la gente, se comprende, no la había acostumbrado mal. Rodeada siempre de una atmósfera glacial, siempre

embarazada y nerviosa, como persona que camina bajo miradas malévolas é irónicas...”

—Y aquí.

—“...Vos no lo podeis saber todo lo que yo sufro, pobre niña, vos no lo podeis... es imposible. ¡Imaginaos que estoy sola en el mundo, más sola que nadie, porque soy fea y desagradable, y esto me condena á estar siempre sola, sin cariño, sin marido, sin hijos! ¡Y yo hubiera sido una madre tan buena, sabes, Sibila, una madre tan tierna!”

Riconovaldo, leyendo, se había turbado; cuando concluyó, cerró el libro y quedó pensativo.

—¿Pero qué diablos dice ese libro?—preguntó la mujer.

El jóven no respondió.

—Yo estaba aquí cuando la señorita leía, y leyendo aquella página, lloraba y hacía señales con la uña, y luego, cuando concluía, se echaba á llorar desolada, siguiendo el llanto toda la noche.

Riconovaldo seguía callando, con los ojos inmóviles clavados en tierra, como sonámbulo.

—Y luego, tantas otras cosas—añadió la criada.—Una noche subió de prisa, que parecía más alegre que nunca, y empezó á escribir, á borropear, á romper hojas, y así se estuvo hasta hora avanzada, sin que jamás pareciera contenta de su obra; y luego, ¿por qué? ¡Si hubiese escrito á lo ménos una carta! De tanto escribir, por la mañana no quedaba más que una cuartilla de papel lle-

na de garabatos y tachones, escondido allá en el fondo del cajon.

Diciendo esto, la vieja abrió el cajon, cogió la hoja y se la alargó; Riconovaldo leyó con mucho trabajo entre tachon y tachon:

—«...Es preciso entenderle, es preciso estudiarle, pero para estudiarle es preciso amarle... Los muchachos... Cuando el corazon se abre... la compañía de las niñas de su edad...»—¿Qué es esto?—gritó el jóven con voz temblorosa, pasándose una mano por la frente; recorrió la hoja de principio á fin; era todo el discurso suyo de aquella noche respecto á la educacion de los muchachos.

—¡Pero esto no es nada!—dijo todavía la vieja—ahora, dígame; ¿cómo se le puede ocurrir á una muchacha hacerse un mazo de flores de esta suerte y guardarlo como una joya?

Y al decir esto, sacó del cajon, enseñándole á Riconovaldo, un ramo de flores secas con el rabo de un palmo de largo, malamente atadas como si fuera un manajo de ensalada.

Riconovaldo reconoció el ramo que por burla había regalado á Cándida, y que ella había arrojado en un rincon.

—¿Qué le parece?—añadió la vieja tirándole de un brazo, porque parecía una estatua.—Y decir que besaba estas flores como si se las hubiera regalado su novio. Explíqueme, pues, todo esto.

—Un momento—respondió el jóven, corriendo

hacia el rincon de la ventana para quedarse libre con sus propios pensamientos.

El era justo y bueno; el descubrimiento de aquel secreto le conmovió todo su sér y los sentimientos generosos y nobles de su corazon; un ímpetu de alegría, una plenitud de amargo dolor, un desbordamiento profundo de ternura y de piedad se apoderó de su corazon, hasta tal punto, que los ojos se le llenaron de lágrimas, la respiracion era fatigosa, y murmuraba sin cesar para sí:

—¡Me engañaba, pues! Ella es buena y santa, y me amaba; la razon de su frialdad está en aquellas palabras de la novela; no podía esperar nada, creía imposible que yo la recompensase, se quería sustraer al peligro; se quería vencer; callaba, sufría, lloraba, me perdonaba, escribía mis palabras, besaba mis flores, y yo la creía sin corazon, y yo la martirizaba, burlándome y hasta insultándola; yo, que ni aun de besarle el vestido soy digno, la he insultado á esa pobre desgraciada, ángel sin esperanzas y sin consuelo. ¡Soy un bellaco!

—Señor Riconovaldo—dijo de pronto la vieja—ha llegado el carruaje; váyase á escape; ¡ay de mí, si Cándida lo ve aquí! Apenas tengo tiempo para volver á colocar los libros...

—Váyase.

—No; ¿quiere Vd. que me regañen? por caridad sálgase; dentro de unos minutos Cándida está aquí, se lo exijo, váyase.

—La espero aquí.

—No; por caridad, señor, por caridad... Ya está aquí.

—¡Oh, Cándida, Cándida!—prorumpió Riconoaldo con profundo acento de dolor, y corriendo á su encuentro en ademán suplicante—¡perdon, mi pobre Cándida, perdon!

Cándida comprendió todo en el momento, y se hizo atrás lanzando un grito.

—¡No, Cándida!—continuó él afectuosamente, cogiéndola por la mano y conduciéndola hácia la ventana—no huyas de mí; perdóname; eres buena, eres un ángel; he visto un libro, las flores, la carta; yo no sabía nada, no podía imaginar... he sido una persona indigna; tú eres buena, Cándida, perdóname; no puedo vivir con este remordimiento dentro de mi alma; sería una desesperación; no soy malo, Cándida; te lo habré parecido, pero no lo soy, te lo juro; hablaba por despecho, creía que tú me despreciabas, y me ofendía; perdóname, dime que olvidarás todas mis palabras; te he hecho mucho mal, lo sé, sí; lo niegas porque tú eres buena, pero te he hecho mucho daño; si no me perdonas, viviré siempre con este torcedor y con la vergüenza de haberte insultado: Cándida, perdóname...

—¡Riconoaldo!—exclamó Cándida con voz apagada, tratando de desasirse de sus brazos.—Nada es cierto... te has engañado... déjame...

—...Tú estás ofendida...—continuó diciendo él con afanosa voz, besándole el vestido á cada palabra—no me quieres perdonar, es justo; pero yo no quiero dejarte de este modo, es imposible; no sabría qué hacer de mí, no podría soportarme, sería demasiado despreciable aun á mis mismos ojos; me parecería verte siempre llorar, y no habría recuerdo más doloroso para toda mi vida, no puedoirme sin tu perdon; Cándida, te lo suplico, perdóname... querida, buena Cándida...

—Sí, te perdono...—murmuró con voz apenas perceptible la jóven, poniéndole la mano en la frente para retenerlo alejado—pero vete, vete...

—No, el perdon no basta, Cándida; dime alguna palabra más; no me has dicho *te perdono* con el corazon; dime que todo me lo perdonas, que no me crees indigno, que mis palabras no te harán llorar y que las tendrás por palabras de un insensato, dichas en un momento de pasion; yo quería que me quisieras bien; no puedo soportar la idea de que me desprecias, tú, que eres tan buena; dime que aún me quieres bien, te lo suplico; necesito por igual tu perdon y tu estima...

—¡Mi estimacion!—gritó Cándida, conteniendo un vivo movimiento de afecto.

—Sí, sí, Cándida; pronuncia esta bendita palabra; dime:—Riconoaldo, te perdono y te estimo.

—¡Pues bien, sí!—exclamó Cándida, fiando

sus ardientes y suaves ojos en los de Riconovaldo llenos de lágrimas—¡te perdono, te estimo... te estimo, y te... estimo!—añadió en voz baja.

—¡Cándida!—gritó el jóven poniéndose en pié con la rapidez del rayo y apretando su cabeza entre las manos—¡tú querías decir otra palabra; dila!

Y Cándida susurró á su oído:

—¡Te amo!—y escondido el semblante contra la espalda de él, dió en un llanto desesperado.

XXIII.

En este momento fueron conmovidos por un estrépito que se oyó sobre la terraza hácia el lado de la habitacion de Iris; primero se oyó la voz de Furio, luego la de Cárlos, luego el ruido de una grande bofetada, un grito de Iris, y un precipitado rumor de pasos.

—¡Ah, lo había previsto!—gritó Cándida, lanzándose fuera de la habitacion; el jóven la siguió.

Furio, que no sabía la llegada de Cárlos, habiendo vuelto ya de noche á la quinta, viendo luz en el cuarto de Iris, y á ella apoyada en la ventana con la espalda vuelta al campo, se había deslizado de puntillas por la terraza, se había subido despacio sobre el antepecho, y la había besado en los cabellos apasionadamente.—Angel querido.—El marido, que estaba en la habitacion, le había echado á rodar de una bofetada, fuera de la ventana y sobre los tiestos de flores.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara en-

sangrentada, pálido como un cadáver, se precipitó por la escalera en busca de refugio. Carlos lo persiguió; el muchacho se metió en la primera habitación del piso bajo, pero sin poder cerrar la puerta; el hermano entró amenazador; él, loco por el espanto, aferró un fusil de caza que había en un rincón y se puso en guardia con las espaldas contra la pared; Cándida apareció en la puerta, Carlos insistió más indignado; Furio, echándose hacia atrás, dió con la culata del fusil en el muro, sale el tiro, y la joven huyó lanzando agudísimo grito; Riconovaldo voló detrás de ella, Carlos desapareció... Furio dejó caer el fusil y quedó solo, inmóvil y petrificado.

Se siguieron algunos minutos de silencio profundo.

Riconovaldo reapareció en la puerta, diciendo friamente:

—Cándida está herida en un dedo.

—¡Herida! —gritó desafortadamente Furio, metiéndose las manos en los cabellos, y luego lanzándose á la carrera:—¡Oh Dios mío! ¡pronto! ¡á escape! Es preciso fajarle la mano!

—No —añadió él deteniéndolo— es preciso cortarle el brazo.

Furio cayó desvanecido.

XXIV.

A la mañana siguiente Iris y su marido se fueron; con pocas palabras se había aclarado todo; la conducta ligera de la señora había sido adivinada y puesta fuera de duda á las primeras de cambio; ni ella ni Carlos podían continuar más tiempo en la quinta.

Furio volvió en sí muy tarde; libre del desmayo le sobrevino luego una fiebre violenta. Apaciguada la fiebre y con ella el delirio, se encontró solo en su cuarto y rodeado de profundo silencio como si la quinta hubiera sido abandonada. El pensamiento de lo que la noche antes había ocurrido le asaltó de improviso, una angustia desesperada se apoderó de él y lloró amargamente muchas horas, exclamando entre sollozos:— ¡Cándida! ¡mi pobre Cándida! ¡Qué he hecho!— y deseaba morir.

Pasó muchas horas solo sin oír el sonido de pasos ni de una voz, oprimido por un desfallecimiento indecible.

De repente se abre la puerta de su habitacion. Se incorpora en el lecho pero no ve á nadie; como si hubiese abierto la puerta algun fantasma.

Pasó así algun minuto.

Oyó un rumor de pasos lentos y graves; temblaba; alguno subía por la escalera; su padre pasó por delante de la puerta sin mirar; pasó su tía, pasó el médico de la casa; pasó tambien un señor desconocido, pasó Riconovaldo, todos silenciosos, con la cabeza baja y tristes. Se paró á escuchar oyendo que subían al segundo piso, permaneciendo inmóvil con la respiracion comprimida. Entonces volvieron á su mente aquellas palabras:—Es preciso cortarle el brazo;—y comenzó á temblar violentamente todo su cuerpo:

—No hay remedio.

Y entonces Furio lanzó un grito desgarrador, metiendo la cabeza bajo las ropas prorumpiendo en sollozos desesperados.

XXV.

Entretanto Riconovaldo se llevó á los dos viejos al comedor y les hizo sentar delante de él, suplicándoles que le oyesen sin interrumpirle.

—Os he hecho venir aquí—comenzó con semblante y acento severo—para deciros que la causa de todo lo que ha ocurrido sois vosotros.

El viejo se enderezó.

—Dejadme hablar,—replicó Riconovaldo;—tengo que deciros una cosa que nadie os ha dicho nunca ó que jamás habeis querido comprender. Y es que para Furio jamás habeis tenido corazon; que le habeis desconocido y abandonado, y tenido en casa como á un extraño, creyéndooos libres de todo género de obligaciones respecto de él sin más que darle de comer y donde dórmir... Dejadme hablar... Le habeis creido siempre un estúpido y tiene mucho ingenio perverso; y tiene mucho corazon; reniega en todo y por todo de vosotros, de su hermano, de mí, de todo mi linaje y del

vuestro. Vosotros le habeis humillado siempre; le habeis cerrado la boca cuando os pedía un poco de cariño; le habeis tenido aquí por vuestra comodidad seis meses, como una fiera en un parque, donde la soledad le ha hecho selvático y el aburrimiento estúpido; le habeis hecho respirar durante catorce años, no el aire puro y benéfico de la familia, sino el frío y abrumador de un hospicio, como si le hubierais recogido en la calle; ni un latido habeis tenido para él, ni el menor cuidado, ni el pensamiento más insignificante en bien suyo. ¿De qué maravillarse por consiguiente si este muchacho, con tanto cariño en su alma, el cual no habeis cuidado de que se manifieste, en la primera ocasion lo vierte con violencia? Ningun estupor causa que las primeras palabras afectuosas hayan encontrado un eco demasiado vivo en él, si jamás le habían hecho sentir ninguno; nada más natural que la primera cara de mujer que se le presentó le hiciera perder el juicio si él jamás las había visto y siempre había estado alejado de la gente viviendo en medio de los campos como un ermitaño. Sacrificad de una vez vuestras comodidades si teneis corazon y juicio, idos á la ciudad, haced que frecuente vuestras relaciones, que viva entre niños y niñas, dadle libertad, animadle, queredle y hacédselo comprender así y penetrad un poco en su alma y en su cabeza, que no todos tienen la misma índole, y que es preciso

no juzgar á todos por nosotros mismos. Acabad de una vez con esta clase de educacion que quiere mantener la autoridad con la indiferencia, la disciplina por medio de la humillacion, y no hace otra cosa más que sofocar el amor propio, endurecer el corazon, alimentar la desconfianza, sembrar la aversion y la ingratitud: esa es la educacion que dá el colegio, y la casa no es un colegio. En la casa no deben existir ni frialdades, ni ódios, ni hipocresías, ni opresiones; en ella se corrije, se aconseja, se prevé, se dan buenos ejemplos y se ama; de esta suerte cumple cada uno su deber, se educa á los hijos, se les prepara para ser hombres y se trabaja por la sociedad. Perdonadme si he sido un poco duro, y ahora vamos á concluir esta escena.

Todo esto fué dicho por Riconovaldo con tanto calor, con tanta fuerza, con un acento tan firme de persuasion y tan expedito, que los dos viejos, ni hallaron manera de interrumpirle, ni á la conclusion fueron capaces de articular dos palabras.

El registrador bien hubiera querido decir con aire de resignacion, que *algo había de verdad*; pero el jóven le empujó ligeramente fuera del salon, sin darle tiempo para respirar.

XXVI.

Riconovaldo se asomó á la puerta de la habitación de Furio, llamándole por su nombre.

Furio, pálido y desfigurado, que daba compasión verlo, se adelantó temblando.

—Animo—dijo el joven—ahora es ocasión de que vayas á ver á tu hermana.

—¡Oh, no!—exclamó con voz de llanto, haciéndose hácia atrás—¡no puedo, no tengo valor!

—¡Ven!—repitió Riconovaldo con imperioso acento.—Nuestro deber te lo impone y tú debes obedecer.

Furio obedeció; Riconovaldo le cogió de la mano y le llevó; el padre y la tía les siguieron.

En el momento de entrar en la habitación de Cándida, le flaquearon las piernas; Riconovaldo le sostuvo y dijo:

—¡Valor!—y entraron.

El cuarto estaba casi á oscuras, Cándida se hallaba en el lecho cubierta hasta el cuello; Fu-

rio, lanzando un grito desesperado, se arrojó hácia ella; pero de pronto se detiene y cae de rodillas sollozando.—¡Cándida, Cándida, perdón... te quería tanto!...

Cándida sacó un brazo é hizo ademán de abrazarle; Furio se levantó, inclinó la cabeza sobre el hombro de ella, exclamando con voz ahogada:

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Qué es lo que he hecho! ¡Qué es lo que he hecho!

Ella le puso la mano sobre la cabeza, y así pasaron un rato.

De improviso, Furio sintió sobre su cabeza otra mano, y saltó hácia atrás horrorizado.

Cándida, sonriendo, le tendió ambas manos, sanas é intactas como siempre las había tenido.

Furio miró, pasó una mano por sus ojos, dirigió una mirada á su alrededor, volvió á fijarse en las manos de Cándida, y comenzó á sollozar, á sonreír, á murmurar algunas palabras sin sentido, agitándose todo su cuerpo como si tuviera fiebre, y finalmente, recogiendo de pronto con gran esfuerzo toda su voz, prorumpió en agudísimo grito de gozo, y se arrojó entre los brazos de su hermana.

—¡Pobre Furio!—le dijo ella, acariciándole afectuosamente—perdóname; he hecho todo esto por tu bien; el dolor que has sufrido por mi causa te ha curado; ahora estás contento y tranquilo; pero tambien yo he sufrido tanto por tí; piensa

lo que me debe haber costado hacerte sufrir así. Riconovaldo me ayudó, persuadió al padre y á la tía, todos estábamos de acuerdo; tú me perdonas, ¿no es verdad?

Furio, sin separar su boca del semblante, indicó que sí.

—Ahora—dijo Riconovaldo—ya he hablado yo al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un pequeño viaje conmigo, en compensacion de lo que le hemos hecho sufrir.

Furio se echó en brazos de Riconovaldo. Este se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cabeza, con el otro la cabeza de Furio, ambas á dos las apretó contra su pecho, y despues de haber mirado un momento á los dos viejos, maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

—¿No habeis comprendido todavía que hay algun asunto que arreglar?

Y entonces Cándida escondió detrás de la cabeza de Furio su radiante y sonrosado semblante de prometida esposa.

MANUEL MENENDEZ.

NARRACION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



lo que me debe haber costado hacerte sufrir así. Riconovaldo me ayudó, persuadió al padre y á la tía, todos estábamos de acuerdo; tú me perdonas, ¿no es verdad?

Furio, sin separar su boca del semblante, indicó que sí.

—Ahora—dijo Riconovaldo—ya he hablado yo al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un pequeño viaje conmigo, en compensacion de lo que le hemos hecho sufrir.

Furio se echó en brazos de Riconovaldo. Este se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cabeza, con el otro la cabeza de Furio, ambas á dos las apretó contra su pecho, y despues de haber mirado un momento á los dos viejos, maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

—¿No habeis comprendido todavía que hay algun asunto que arreglar?

Y entonces Cándida escondió detrás de la cabeza de Furio su radiante y sonrosado semblante de prometida esposa.

MANUEL MENENDEZ.

NARRACION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

La canción andaluza titulada *Don Manuel Menendez* (1), es una fábula que en poco ó nada se parece á la verdadera narración, la cual solamente se puede saber por los sevillanos que conocieron íntimamente al personaje, que son pocos, puesto que salió de Sevilla á los catorce años, á la muerte de sus padres, no volvió hasta diez años despues, y tornó á marcharse para siempre al cabo de pocos meses. En este breve tiempo, puso de moda su nombre en la ciudad. Sin embargo, no estaba siempre en ella; se marchaba, volvía, desaparecía, sin que nadie supiese ni por qué ni dónde, y en más de una ocasion, la noticia de su vuelta llegaba inesperada á sus amigos, á la vez que la de una estocada dada ó recibida por él en las afueras de la Puerta de Córdoba por asuntos

(1) Las palabras escritas con bastardilla, se hallan en español en el texto italiano.

de mujeres ó de política. Algunos aseguraban que tenía indudables signos de locura, y la creían consecuencia de una cornada que recibió en la cabeza á los trece años, de un *novillo* en las novilladas domingueras.

La había recibido, en efecto, y aún tenía la cicatriz; pero su cerebro quedó ileso; gozaba de una maravillosa exuberancia de vida que rebosaba en amores, palabras, versos, lágrimas, sangre, sin que llegase jamás á encontrar paz y reposo; un gran corazón, un orgullo satánico, accesos de rabia, en los cuales se destrozaba las manos contra la pared; era animoso hasta hacer temblar, y valiente como un loco.

Cierta señora había dicho de él una burlona frase que le cuadraba á maravilla:

—Se me ha metido en la cabeza, que si en los cometas hay hombres, todos deben ser como Manuel Menendez.

La palabra no salía de su boca, estallaba, y parecía siempre como si una parte de su vida hubiese envuelta en el sonido de su voz.

Cuando un *torero*, atemorizado, indicaba traicionera suerte, ó destrozaba á la res sin matarla, el más formidable—¡cobarde!—que resonaba en la plaza de Sevilla era el lanzado por él: en el teatro de San Fernando, cuando repentinamente se oía en el silencio de una escena sublime uno de aquellos *bravo* que parecen salir de las entrañas,

que hacen correr eléctrico escalofrío por el público, nadie preguntaba quién era el entusiasta admirador: todos sabían que era Manuel Menendez.

Algunos amigos suyos decían que tenía un *talento colosal*; pero esto era una charla, una verdadera exajeracion andaluza. Sus poesías no eran sino largos períodos, oleadas de sonoras palabras, é imágenes brillantes, que terminaban en un verso inesperado, que debía producir gran efecto; todas ellas estaban artificiosamente construidas sobre el último verso, el cual, casi nunca se comprendía. No se entendían sus versos, como tampoco su vida. Quien le veía á media noche atravesar la *Alameda de Hércules* sin sombrero; quien salir al amanecer por una puertecilla de la catedral; quien ir y venir toda una mañana por la famosa calle de los cien recodos, con la cabeza baja, como si buscase un alfiler. En su casa, desde la calle, de noche, así se oía leer, como reír groseramente; alguna vez destrozar los vidrios de la ventana; otra, sollozar á una mujer: cualquiera cosa que se contase de él, aunque fuese una villanía, era tenida por verdad.

Sevilla toda le conocía.

La alta sociedad, á la cual trataba poco, le miraba con malos ojos; un poco por desconfianza, y algo por miedo; el pueblo bajo lo respetaba, porque había salvado á un viejo demandadero de la corriente del Guadalquivir; no había abanico

en toda la ciudad, desde el de la gobernadora al de la última cigarrera, que por lo ménos una vez, y fingiendo librar del sol el rostro de su ama, no hubiese disimulado con su varillaje una mirada curiosa ó provocadora, dirigida á aquel indomable calavera, puesto que Menendez era de hermoso rostro árabe, coronado por espesísima y negra cabellera, y bajo su extraño pero elegante traje, cual si fuese apretada malla, se dibujaban las formas vigorosas y aristocráticas de su gallardo cuerpo de veinticuatro años.

Así era Menendez, y no una especie de animal salvaje como le pinta la cancion popular, no hecha ciertamente por el pueblo; ó así era al ménos en los últimos dias del sétimo mes de su estancia en Sevilla, época de su grande y definitiva mudanza. Su amigo D. Hermógenes, que vive aún, se acuerda de aquel dia como de ayer, y asegura que presenció aquel cambio al terminar aquel dia.

—Manuel—le dijo—eres un hombre que no reconoce freno; este no es modo de vivir; te matas; necesitas de un potente amor que te domine; hasta aquí siempre has mandado, ahora es preciso que obedezcas; es forzoso que busques un alma más fuerte que la tuya; es necesario que halles una mujer que te domine.

—La he hallado—respondió sonriendo Manuel.

—¿Quién es?—preguntó en tono de duda don Hermógenes.

—¡Fermina!—dijo Menendez.

—¡Fermina!—exclamó el amigo.—¿Fermina la del barrio de Triana? ¿Fermina la de Granada? ¿Fermina la princesa?

Menendez indicó que sí.

D. Hermógenes, de un salto, se asomó á la ventana, y con voz solemne gritó:

—¡Sevillanos, D. Manuel Menendez ha muerto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



II.

Al siguiente mes, Manuel Menendez era otro. Todos los sevillanos que tenían á su cargo alguna caprichosa cabecita que vigilar, respiraron. No se le veía ya ni en el paseo de Cristina, ni en la plaza de toros, ni en el teatro de San Fernando. El que hubiese querido hallarle, hubiera debido pasar el puente de hierro, torcer á la izquierda, ir por la orilla del río hasta el fin del barrio de Triana, subir al segundo piso de una casita blanca, edificada frente á la Torre del Oro, y mirar por el ojo de la cerradura de una modesta habitación, á la que dan sombra los árboles de la orilla derecha del Guadalquivir.

Allí estaba sentado á los piés de la criatura más bella y más extraña, y de la cual, fuese quien fuese, no apartaba sus árabes ojos, derramando los sentimientos de su alma en un torrente de palabras amorosas é insensatas, que ella escuchaba en silencio, tejiendo una corona de flores.

—Fermina—le decía en voz baja—eres un misterio; una criatura de otro mundo. ¿De cuál has

venido? ¿Cómo te has enamorado de un hombre? Juraría que hubo un tiempo en que tenías la cabellera azul y las pupilas de rosa. ¿Por qué no ríes jamás? Me causas miedo. Sólo á tu lado, no me hallo tranquilo. Con esos ojos debes ver alguna cosa ó á alguien que yo no veo, que de seguro está aquí, á mi espalda, y que te mira. Tu alma debe ser un alma trasmigrada á tu bellissimo cuerpo; tu voz debe ser contrahecha, y tu idioma no es seguramente el español. Si me hablases un instante con tu voz verdadera y en tu lengua nativa, sin duda quedaría petrificado. Por eso soy dichoso al ser amado por tí; tu amor es cadena que me liga con lo sobrenatural. Dime la verdad: ¿á quién has amado en la otra vida? Tengo celos de un habitante de Sirio.

Al terminar estas palabras, Fermina, con un rápido y vigoroso movimiento de sus manos, le desbarataba los sedosos rizos de su hermosa cabellera, y Menendez lanzaba un dulce y amoroso grito. A poco fruncía las cejas y fijaba una mirada suspicaz en una ligera señal enrojecida que él tenía en el cuello.

—¿Qué miras?—preguntaba maravillado el jóven.

—Nada—le respondía convencida—pero... ten cuidado, Manuel.—Y al cabo de un instante murmuraba:

—¡Soy capaz de dar de puñaladas á una reina!

III.

Fermina era tal, que verdaderamente podía inspirar á cualquiera que la viese la caprichosa fantasía, encendida ya en el cerebro de Menendez; su índole, belleza y vida, eran igualmente singulares.

En el barrio de Triana la llamaban *la princesa*; los jóvenes, en serio; las muchachas, irónicamente; pero éstas, más que todos los otros, comprendían que ella merecía en verdad todo el honor del sobrenombre. Era sin duda la muchacha más alta del barrio; Menendez, que pudiera haber sido un gallardo coracero de la guardia real, le llevaba de estatura la mitad de la frente. Sus ojos negros y tristes y las larguísimas cejas, que casi se tocaban, daban á su moreno rostro cierta estructura un tanto africana, y expresion casi amenazadora, la cual, en el instante se cambiaba en dulcísimo regocijo apenas abría sus labios gruesos y juguetones. Pero, como Menendez aseguraba,

ella no sonreía sino de vez en cuando, y por costumbre entornaba los ojos casi como un acto de desprecio. Llevaba una rosa graciosamente prendida en la cabeza, mantilla de franja blanca, corpiño negro, basquiña de color de rosa y zapatitos escotados, con galgas que oprimían vigorosamente sus piés de niña y su pierna fina y nerviosa.

Este era el traje invariable en que se presentaba una vez á la semana, á las mil miradas curiosas, amorosas, rabiosas, impertinentes y procazes que le dirigían de todas partes. Ninguno, sin embargo, se atrevía á colocarse á su lado, ni aun cuando fuese sola, puesto que no se olvidaba que las tres ó cuatro manos audaces que se habían atrevido á ella, en la primera semana de su estancia en Sevilla, se habían retirado ensangrentadas.

—O es un ángel—decían—ó es un mónstruo;—pero con certeza, nadie sabía lo que era. Decíase que había venido de Granada; sabíase que estaba sola, y suponían que vivía de su trabajo: en lo demás, todo eran conjeturas. Ni los vecinos de su casa, ni las pocas muchachas á las cuales saludaba, conocían mejor sus acciones que los que la veían en la calle. Ella estaba apasionada por Menendez, y Menendez loco de amor por ella: se adoraban; orgullosos el uno del otro, se miraban lentamente, con atención profunda, sin sonreír siquiera; se temían: tratábanse alguna vez, por amoroso celo, con maneras brutales ó violentas,

que provocaban en los dos lágrimas de rabia y acababan en abundante lluvia de besos, como marcas de candente hierro, y en expansiones de dulcísima ternura, en la cual permanecían postrados.

Una sola cosa turbaba la felicidad de Menendez; un vago sentimiento de celos que desaparecía y volvía á alzarse más potente, y que ella, sin saberlo, alimentaba, al rechazarle con una altivez que parecía á Menendez demasiado desdenosa para ser sincera. Pero se engañaba, porque Fermina, en verdad, sentía más que desprecio, horror, hacía todos los miserables y bajos sentimientos que hierven en los amores, aun los más puros, de las almas vulgares.

—Manuel—le había dicho una vez,—el día en que tú me creas capaz de hacerte traicion, ó lo que es lo mismo, capaz de ser criatura despreciable, mi amor morirá. Piénsalo bien. No soy una mujer como las otras mujeres; tú no debes ser un hombre como los demás. Los otros son villanos casi todos. He puesto en tí mi amor, porque no me lo has parecido. No lo olvides. Soy altiva. Te he entregado mi honor: respétalo. No juegues con mi corazón. No soy de aquellas que perdonan. Al que mi corazón olvida, no le recuerdo jamás. Fermina te ha dicho una vez que te ama; que te baste para toda la vida. Graba bien estas palabras en el fondo de tu alma, Menendez.

IV.

Se amaban, y toda Sevilla lo sabía, ó más bien lo veía. Iban á pasear de noche bajo los plátanos orientales de las *Delicias de Cristina*; iban embarcados por el Guadalquivir hasta San Juan de Alfaraiche, para pasear en las horas de calor á la sombra de los naranjos; y muy rara vez podía verse á Fermina postrada de rodillas ante el altar inmenso de la catedral, sin distinguir al corto rato, y como envuelto en la sombra de cualquier cercana capilla, la elegante é inmóvil figura de Manuel Menendez.

Por la calle los contemplaban todos con el sentimiento de envidia, amargo y voluptuoso á la vez, que inspira áun á los jóvenes el ver dos amantes felices, poderosos y altivos. Caminaban como dos príncipes, oyendo los murmullos de la multitud. Fermina, mirándole por encima del hombro; Menendez, buscando inútilmente una mirada que se fijase en la suya: parecía que arrojaban su amor

á la cara de los sevillanos, llevaban como en triunfo su felicidad, y por doquiera que pasasen, dejaban larga huella de vanidades heridas, de nacientes amores destrozados.

Poco á poco, Fermina habíase conquistado las simpatías de numerosa parte del sexo femenino de su clase; muchas habían inclinado la frente ante su invencible altivez; la consideraban como bello ornamento del barrio; la tomaban como modelo; había logrado despertar imitadoras; muchas fueron las toscas y fáciles gitanas que dieron en andar erguida la cabeza, los ojos entornados, y como al descuido, dejando ver una navaja mal oculta entre el corpiño, de la cual no usarían jamás.

V.

Así las cosas, un imprevisto trastorno se verificó en el ánimo de Menendez. Nadie en Sevilla supo la causa, excepción de aquel ó aquellos que fueron los culpables; pero los que conocían el carácter de él, no se maravillaron.

En ciertas naturalezas existe siempre la formidable máquina de la sospecha, á la cual basta arrojar un nombre y darle ligero impulso, para que el más fuerte y elevado afecto quede aniquilado. ¿Quién, en su vida, no ha sido por lo ménos una vez víctima ó culpable en una de estas rápidas destrucciones? La duda ligerísima que pasó un día por la mente, y de la cual nos habíamos burlado, encuentra en el rasgo de una letra, en la palabra de un amigo, en un suceso fortuito é insignificante, el dato fatal que la levanta lentamente, como un anzuelo, desde la profundidad oscura del alma en que se hallaba sepultada, y la pone á nuestra vista como asqueroso insecto que

agita con furor horrible sus cien patas, hambrientas de hacer presa. Aterrados por un instante, cobramos valor y fé y aplastamos al pequeño monstruo. Pero inútil. Ya de todos los escondrijos de la memoria han salido como enjambre de perversos geniecillos, mil recuerdos hasta entonces dormidos, sonrisas pasajeras, medias palabras, movimientos imperceptibles, de las cejas ó de los labios, una puerta entornada, un rumor de pasos, un ruido cualquiera, un susurro, una sombra, que primero hierven confusamente en el cerebro, y despues se juntan y combinan, toman fuerza, fuego y palabra, denuncian, afirman, prueban, trastornan cabeza y corazon, arman la mano con el puñal ó la pluma, y precipitan al delito ó á la ofensa, que no pueden perdonarse, en ménos tiempo que el brevísimo empleado despues para abrir los ojos á la evidencia inmediata de la realidad.

Cuando aconteció esto á Menendez, eran las once de la noche; se hallaba en su casa delante de una mesa, con una carta en las manos. En el primer momento temió volverse loco; se puso en pié, corrió á la ventana, y quedó algun tiempo inmóvil como estatua, con una mano oprimiendo la frente, la otra el corazon, y mirando fijamente al centro de la plaza. Despues lanzó un sofocado grito de angustia y coraje, y huyó de su casa. Atravesó como una flecha la plaza del Triunfo, dió la vuelta á la *Caridad*, dejó atrás casi corrien-

do la Torre del Oro, saltó en una lancha, ganó la orilla derecha del rio, penetró en la casa de Fermina y llamó á la puerta...

Fermina no estaba. Por extraordinaria rareza no había podido aún volver á su casa, y para desgracia de los dos, aquella ausencia, y en tal hora, correspondía casualmente con una indicacion de la calumnia: era una acusacion, una prueba, una maldicion. Menendez quedó como petrificado delante de la puerta. El dolor del amante había espirado ya en su corazon y no palpitaba en él más que la ira feroz de su herido orgullo.

Un pensamiento satánico cruzó por su mente; bajó veloz la escalera, y se dirigió riendo á su casa. Cuando llegó al puente, se detuvo. Otro pensamiento habíale quebrantado y hecho olvidar el primero.—¿Y si no es verdad?—se preguntó—y por un instante se iluminó su alma. Pero la fatalidad le perseguía. En aquel momento pasó á su lado una mujer, le miró á la cara, y dándose á correr, le dijo:

—¡Fermina te hace traicion!

A estas palabras, el furor, alzándose impetuoso, le oscureció la mente y le empujó adelante como á un condepado. Para mayor desventura, al entrar en su habitacion encontró una carta de Fermina, que decía:—Mañana por la mañana no estaré en casa.—Y ya este aviso confirmaba desgraciadamente una prevision.

Entonces, Menendez pareció loco en efecto; rugió desesperado, rió, maldijo, agarró la pluma, escribió en un papel y en gruesas letras el nombre de Fermina, un epíteto, la indicación de una hora y la de un precio, un horrendo insulto; después salió veloz de su casa, tomó el camino de antes, llegó á casa de Fermina, pegó á la puerta con las convulsas manos el libelo infame, y tomó escalera abajo rápidamente, rechinando los dientes de coraje. Cuando llegó al fin de ella, se detuvo; oyó abrir aquella puerta, vió luz en la escalera, oyó casi en el mismo instante un grito horrible y el ruido de la caída de un cuerpo; pocos momentos después abrir otras puertas, bajar gente, leer una mujer aquel escrito, y muchas voces prorumpir en un grito de indignación:

—¡Mentira!

VI.

Una hora después se encontraba en el estado del que se despierta de espantoso sueño. Aquel grito le había despertado. Inútilmente intentó reanudar y rehacer á la vez pruebas, indicios, argumentos, recuerdos, sombras; todo huyó y se desvaneció con la misma fulmínea rapidez con que se había recogido, tomado forma y cobrado fortaleza. Como una cosa insignificante había bastado para hacérselo creer, un grito bastó para desengañarlo. Pasó violento de una certeza á otra; no necesitaba pruebas; todo se había aclarado; había comprendido todo; sentía dentro y alrededor de sí un solemne silencio, y no veía más que la figura inmóvil, pálida y amenazadora de Fermina, y el abismo entre los dos. La conocía; no ignoraba que su perdón jamás lo alcanzaría; tampoco olvidaba que la había asesinado. Un envilecimiento profundo, un terror mortal, un nuevo amor vigorosamente fortalecido por el remordi-

miento y la desesperación, un inmenso deseo de morir, y á la vez un quebranto de fuerzas tal, que le impedía cualquier acto de varonil resolución, se habían apoderado de él.

Pasó la noche caído en el suelo, cerca de la ventana, y al amanecer, al alba, se encontró sin darse cuenta en el puente de hierro, donde repentinamente se sintió como clavado.

Fermina venía hácia él. Adivinó que ella le había visto, y leyó en su rostro y actitud una resolución que cortó el último hilo de su esperanza.

Iba vestida como en los días de fiesta, andaba con movido paso, casi deprisa, alta la cabeza, entornados los ojos y fijos en su camino, el semblante pálido é insensible como careta de mármol.

Cuando estuvo á su lado, abrió la boca para hablarle, pero la voz espiró en su garganta. Pasó sin mirarle, erguida y majestuosa, con la muerte en el corazón y el desprecio en el rostro, enviándole á su paso como un aura embalsamada de rosas, y se alejó sin volverse.

Menendez vió á modo de un velo negro y espeso que se extendía entre ella y sus ojos, y comprendió que todo había acabado.

VII.

Todo lo que hizo en aquel día y en el día después, fué maquinalmente, sin energía, porque era sin esperanza. Era el primer castigo solemne que experimentaba su carácter violento y altivo, y quedó como imbecil.

Escribió á Fermina una larga carta; no tuvo respuesta; no se asombró, ni siquiera se affigió: tan seguro estaba de que así debía proceder. Le volvió á escribir; la carta esta vez le fué devuelta sin abrirla; la cogió y la tiró á un lado sin darle importancia.

Fué, bien entrada la noche, temeroso el corazón, á llamar á su puerta. Se veía luz por la ventana, estaba en casa; pero la puerta siguió cerrada. Al cabo de una hora volvió; la luz allí estaba todavía; la puerta siempre cerrada. Se dirigió á su casa, y pasó hasta media noche sentado á la ventana, con la cabeza apoyada en las manos.

Al día siguiente no escribió ya; así, fué en

busca de Fermina, y es posible que, á no salir aquel día, no hubiese osado buscarla más. Pero salió, y el suceso acaecido, decidió la suerte de toda su vida.

Era día de fiesta; andando al acaso, de calle en calle sin conciencia casi de sí, se encontró en el paseo de Cristina.

Era la hora del paseo; desde la Torre del Oro al palacio de San Telmo, hormigueaba una multitud brillante y alegre; una festiva música atronaba los aires; el sol doraba la corriente del Guadalquivir; Menendez se sintió por un momento aligerado del peso mortal de su tristeza, y se dejó arrastrar por la gente. De improviso, una muchacha del pueblo que pasaba á su lado, le gritó al oído:

—*¡Es mentira, Menendez!*—y desapareció.

Menendez se puso pálido é intentó ocultarse á las miradas de los cercanos curiosos que habían oído; pero casi de repente, otra muchacha, distante de él unos diez pasos, gritó más fuerte:

—*Mentira.*

Menendez volvióse al lado opuesto, confuso y aterrado, y trató de cruzar por entre la multitud para salir del paseo. Pero una tercera, una cuarta y despues un grupo de muchachas del barrio de Triana, que le había reconocido, gritaron á sus espaldas:

—*¡Mentira, Menendez, mentira!*

Mucha gente se detuvo; otras muchachas, acercándose, repitieron aquel grito; su nombre corría de boca en boca; la gente quiso hacer corro á su alrededor, y esto fué su salvacion. Aprovechando el vacío, se lanzó, trastornado y pálido como un cadáver, fuera de la arboleda, corrió á un coche, subió á él, y se alejó rápidamente, oyendo durante largo rato la gritería lejana de sus perseguidores.

Apenas entró en casa, se cubrió el rostro con las manos, y terminó su angustia en una explosion de llanto desolado y rabioso.—¿Conque la voz se ha esparcido?—gritó.—¿Soy el ludibrio de Sevilla! ¡No puedo ya llevar alta la cara á la vista de la gente! ¡Me veo despreciado, insultado, deshonorado!...

En este momento, una idea grande y nueva cruzó por su mente; su alma generosa respondió con una altanería profunda, y su rostro se iluminó: todas sus fibras se vigorizaron, hirvió toda su sangre.

Despues, como si la voz de invisible amigo hubiese murmurado una súplica á su oído:—Sí—respondió con acento complaciente.—Una prueba aún.

Y corrió fuera de su casa.

VIII.

Fermina trabajaba con luz en un rincón de su cuarto, cuando oyó que subían rápidamente por la escalera, y se acordó ya demasiado tarde que había dejado entornada la puerta. Apenas tuvo tiempo de levantarse y de volver á caer sobre su asiento; Menendez se arrojó á sus piés, inclinó la frente al suelo, y gritó sollozando:

—¡Perdon, Fermina!

Ella no respondió.

Estaba pálida, vuelta hácia la ventana, con los ojos dilatados y los labios temblorosos.

—¡Ferminal!—continuó Menendez, con una voz que parecía destrozarle el pecho.—¡Perdóname! ¡He sido un vil y un loco! ¡Eres un ángel! ¡Soy un desgraciado! ¡He martirizado mi corazón con las manos, he llorado lágrimas de sangre, me han insultado por las calles, creí volverme loco, no me condenes á una injuria eterna, olvida, ámame! ¡Mira, me arrastro á tus piés, golpeo el sue-

lo con mi frente, no tengo voz, no tengo lágrimas ya, no tengo estimación propia ni honor en el mundo, no tengo más que el amor que me martiriza y la desesperación que me asesina! ¡Ferminal, ten compasión de Menendez!

Fermina seguía mirando á la ventana; tenía el rostro trastornado y convulso; el seno anheloso; todo su sér agitado por febril temblor; parecía como que hiciese un soberano esfuerzo para obtener primero de sí misma lo que Menendez quería de ella; que esperase igualmente un imprevisto cambio en su propio corazón, y Menendez observaba con ansiedad profunda los movimientos de su rostro. Al fin prorumpió con desesperado acento.

—¡Es inútil, Menendez! ¡No puedo; no siento nada ya; mi corazón no puede amar; estoy muerta! ¡Podrías suplicarme toda la vida, matarte á mi vista, convertirte en rey, en santo, en Dios... es inútil! ¡No creo ya! ¡No amo ya! ¡Me asesinas-te! ¡Has comprendido, Menendez? ¡Has olvidado lo que hiciste? ¡Ferminal te dió su honor, y tú lo pisoteaste á la vista de Sevilla toda! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y esto ha sido posible! ¡Y tú quieres que te perdone!...

Después, con un poderoso esfuerzo, se rehizo y murmuró friamente:

—Véte, Menendez, déjame sola, déjame en mi sepultura, todo acabó: adios.

—¡Piensa aún!—dijo Menendez con suplicante voz.

Fermina se alejó de él, y le indicó la puerta sin mirarle á la cara.

—¡No tienes, pues, corazon!—gritó el jóven poniéndose en pié, ébria de coraje el alma y pintada la amenaza en el rostro.

Fermina le miró.

Menendez se hizo atrás y se lanzó á la escalera.

IX.

Apenas vuelto á casa, comenzó á preparar el equipaje para partir á la mañana siguiente. Había decidido ir á pasar un mes á La Rinconada; aldeilla rodeada de olivares, cercana á la ciudad, donde estaba D. Luis de Guevara, amigo suyo de la infancia, *facultativo*, ó sea médico de partido, que le había ofrecido su casa más de una vez para cuando quisiese huir de los grandes calores de Sevilla.

Terminadas las cosas, se acostó, y por la primera vez, desde la noche fatal de su delirio, se quedó dormido.

Al amanecer se despertó más tranquilo; corrió á la ventana, mandó parar al primer coche que pasó por la plaza, se vistió, hizo bajar á él su equipaje, se puso en bandolera la escopeta, bajó rápidamente, y subiendo al carruaje, ordenó al cochero que le condujese á la orilla derecha del rio, frente á la Torre del Oro. Una gran trasforma-

—¡Piensa aún!—dijo Menendez con suplicante voz.

Fermina se alejó de él, y le indicó la puerta sin mirarle á la cara.

—¡No tienes, pues, corazon!—gritó el jóven poniéndose en pié, ébria de coraje el alma y pintada la amenaza en el rostro.

Fermina le miró.

Menendez se hizo atrás y se lanzó á la escalera.

IX.

Apenas vuelto á casa, comenzó á preparar el equipaje para partir á la mañana siguiente. Había decidido ir á pasar un mes á La Rinconada; aldeilla rodeada de olivares, cercana á la ciudad, donde estaba D. Luis de Guevara, amigo suyo de la infancia, *facultativo*, ó sea médico de partido, que le había ofrecido su casa más de una vez para cuando quisiese huir de los grandes calores de Sevilla.

Terminadas las cosas, se acostó, y por la primera vez, desde la noche fatal de su delirio, se quedó dormido.

Al amanecer se despertó más tranquilo; corrió á la ventana, mandó parar al primer coche que pasó por la plaza, se vistió, hizo bajar á él su equipaje, se puso en bandolera la escopeta, bajó rápidamente, y subiendo al carruaje, ordenó al cochero que le condujese á la orilla derecha del rio, frente á la Torre del Oro. Una gran trasforma-

cion se había verificado en él; no parecía ya el hombre del día antes; su rostro no expresaba ya ni ansiedad, ni dolor; estaba pálido, y se conocían aún las huellas de la tempestad de los pasados días; pero resuelto y casi soberbio. Bajó delante de la casa de Fermina; subió la escalera con paso decidido; empujó la puerta, y apareció en el umbral erguido é inmóvil.

Fermina manifestó desagradable sorpresa, y se volvió hácia la ventana.

—Una palabra sola, Fermina—dijo Menendez con acento tranquilo.

Fermina volvió hácia él la cabeza, teniendo los ojos entornados.

—Estás profundamente convencida—añadió Menendez.—¿Puedes jurarme por tu honor, por la memoria de tu madre, por la salvacion de tu alma, que el estado presente de tu corazon no es por efecto de un esfuerzo que haces sobre tí misma? ¿Sientes en efecto que tu alma no podrá ya amarme jamás?

—Sí—respondió Fermina con voz clara y resuelta.

—Adios—dijo Menendez, y desapareció.

X.

Fermina dió un suspiro, dejó caer la costura, y apoyó la cabeza en una mano. Veía marchar á Menendez sin dolor, pero no sin tristeza. No era ya su amante á quien perdía, es verdad; pero sí una imágen querida; la forma humana bajo la cual se le presentó la felicidad la vez primera; el semblante del cual no hubiese podido ya separar el recuerdo de los más bellos días de su juventud. Despues, en el primer momento, mientras oía á lo lejos el ruido del coche, que creía se lo llevaba para siempre muy lejos de Sevilla, le asaltó una duda repentina, que le hizo temblar, y le fué preciso interrogarse á sí misma una vez más, sondear aún en lo profundo del alma, para saber si todavía quedaban, una centella de amoroso fuego, una esperanza ó una promesa. Pero interrogó, sondeó, no halló nada, y sintió consuelo.

Repitióse despues y con más convencimiento que antes, que en su alma no había existido ni

podía existir, el grande, ciego y tremendo amor que ella había soñado; el único amor que su varonil y soberbia naturaleza podía aceptar y devolver; el amor de Menendez había sido un delirio pasajero de la mente, no una fiebre perpétua y profunda del corazón; Menendez no la había comprendido, porque no la había estimado; reconciliados, hubieran roto otra vez; ella no hubiese podido amarle sino por lástima, y él hubiera desconfiado enseguida, á la primera ocasion, y con fundamento, puesto que en él había muerto el amor, y no éste, sino el orgullo humillado, ó el remordimiento, fué el que le impulsó á pedir compasion y gracia: y por otra parte, se había despedido con el ánimo más tranquilo, comenzaba á resignarse, á olvidar; con el tiempo hubiese olvidado; ha sido mejor para los dos que todo haya acabado de esta manera.

—Sea, pues,—dijo suspirando Fermina:—es un sueño desvanecido; lo perdono, y que Dios le acompañe—é inclinó sobre la labor la bella y pensativa frente.

XI.

Pasaron dias: nadie en Sevilla vió más á Menendez; alguien dijo que había marchado á Cuba; todos lo creyeron; algun que otro amigo lo lamentó; pero la mayoría no habló de ello sino para vituperar su nombre.

Fermina, por el contrario, desde que se supo la aventura, había adquirido tambien en la otra orilla del Guadalquivir, una especie de aureola novelesca, de una parte de la cual se sentían orgullosas todas las muchachas de Triana, como si el raro ejemplo de firmeza desdeñosa dado por ella, hubiese realzado á la faz de Sevilla la dignidad de todo el sexo femenino del barrio, generalmente no tomada en sério hasta entonces. Un poeta desconocido escribió versos en la pared de su casa; la mujer del capitán general de Andalucía, le hizo un encargo de flores contrahechas, para tener por este medio ocasion de hablarle: las muchachas que la encontraban por la calle, le decían:

—¡Muy bien, *Fermina!*

Todos la miraban con cierta especie de curiosidad respetuosa, y entre ellas, un panzudo, negociante en telas, esposo de una endiablada morenilla de Badajoz, que hallándola dos días después de la marcha de Menendez, exclamó con efusión de gratitud:

—¡Bendita sea Vd., *señorita*, que nos ha liberado!...

Pero *Fermina* vivía muy recojida y sola, ocupada en su trabajo, dejándose ver poco por las vecinas de su casa.

No estaba contenta, pero sí tranquila, y no recordaba á Menendez sino con sentimiento de vaga tristeza, como si recordase á un muerto.

XII.

Quince días hacía que partió Menendez.

Una mañana, al amanecer, *Fermina* estaba trabajando en su habitación, sentada al lado de la ventana; alguna vez que otra levantaba la cabeza para envolver en una mirada melancólica, el río, la Torre del Oro, el paseo de Cristina, las lejanas agujas de la catedral, cien lugares y cien cosas que le recordaban su inmenso amor desvanecido, y suspiraba.

En estos momentos hubiese deseado volver á amar á Menendez, que aun sabiendo que no debía verlo más, hubiera dado dulce alimento al vacío de su alma, y sondeaba aún dentro de ella, no con temor como otras veces, sino con la esperanza de hallar algo de aquel poderoso afecto.

Vana esperanza: solo aparecía un resto de desen pronto á alzarse, y se apresuraba á matarlo echando encima otro pensamiento.— ¡Muerto! ¡Muerto!—decía para sí moviendo la cabeza con angustia, y sentía profundamente que si Menen-

dez se presentase á su vista, le recibiría como en anteriores veces, sin experimentar la menor sacudida, sin dudar un momento de lo inmutable de su corazón, sin necesitar el menor esfuerzo para repetirle:

—Véte, déjame sola en mi sepultura, todo acabó.

El curso de sus pensamientos fué interrumpido de pronto por un ligero ruido; volvióse, lanzó un grito, y se puso en pié.

Menendez estaba delante de ella.

Fermina se rehizo enseguida; pero no pudo ménos de fijar sobre él, y por algunos momentos, una inquieta mirada.

Su rostro estaba pálido y demacrado; los ojos tristísimos, lívidos sus labios. Llevaba puesta la capa y una bolsa de viaje cruzada sobre el pecho. Apareció en el umbral de la puerta un poco encorvado, y como si las piernas se negasen á sostenerlo, lleno de amor y de tristeza.

—¿Has estado enfermo?—le dijo ella con ligero acento compasivo.

Menendez titubeó un instante, y respondió despues con voz débil.

—Sí... un poco.

Fermina inclinó la cabeza.

—Y... ahora me voy—murmuró el jóven.

—¿A dónde?—preguntó Fermina sin levantar la cabeza.

—A Cuba.

—¿Hoy?

—Ahora.

—¿Para siempre?

—...Para siempre.

Fermina dió un suspiro, se pasó la mano por la frente, y dijo con estremecida voz:

—¿Bien... adios, Menendez; que el Señor te acompañe... y... adios!

—¿No tienes más que decirme?—preguntóle Menendez con voz temblorosa.—¿Eres la misma?

Fermina le cubrió con una mirada, que era prueba palmaria de la angustia de su corazón, por no poderle dar sino una triste respuesta.

—Bien—dijo entonces Menendez acercándose á su mesilla de labor—ya no nos veremos más... hazme una merced, Fermina. Acepta este recuerdo—y colocó sobre la mesa una cajita de sándalo, con la llave en la cerradura.—¿No lo rechaces, Fermina, te lo ruego! No es un regalo. No guarda más que una hoja de papel, en la cual revelo un secreto que debes conocer, un secreto de familia que no he revelado á nadie más que á tí: una cosa sagrada. Acéptalo, Fermina; te juro por mi honor, que es preciso que lo aceptes; comprenderás esta precision cuando hayas visto de lo que se trata, y dirás que he tenido razon y que he cumplido con mi deber... No tengo más que decirte. ¡Adios, Fermina!... olvídame y sé feliz.

Fermina se enjugó una lágrima, y le dió la mano volviendo el rostro á otra parte.

Menendez la cubrió de besos y se dirigió hácia la puerta.

—¡Menendez!—dijo vivamente Fermina.

Menendez se volvió.

—Adios—repitió la muchacha con alterada voz, pero firme.

—Soy más desdichada que tú, porque ya no tengo nada en el corazon. ¡Véte, Menendez, véte, y que Dios te guie en tu camino!

Menendez salió, entornó la puerta y comenzó á bajar lentamente la escalera, con el oído alerta, suspenso el aliento, latándole el corazon como si quisiese salirsele del pecho.

A poco oyó el ruido de la llavecita de la caja que giraba en la cerradura. Las piernas se le doblaron y cubrió sus ojos negro y espeso velo.

Se apoyó en la pared de la escalera.

Pasaron algunos segundos.

De repente, un grito sobrehumano de dolor, de amoroso espanto, resonó de arriba á abajo en la casa como la explosion del rayo; la puerta se desquició, Fermina de un salto llegó al fin de la escalera, se arrojó sobre Menendez y comenzó á besarle con desesperada furia los piés, las rodillas, las ropas, sollozando, gritando, pidiendo perdon, invocando á Dios, hasta que le faltó la voz, los ojos se le cerraron, y cayó desmayada.

Los vecinos acudieron y entre ellos el señor D. Luis de Guevara, que había acompañado á Menendez desde La Rinconada, y le esperaba en la calle.

—¡Luis!—dijo Menendez apenas le vió, levantando á la desmayada Fermina y colocándola de modo que él le pudiese ver el rostro:—te presento á mi mujer!

XIII.

Quince días después, el empresario de la plaza de toros de Sevilla, debiendo enviar á Fermina la llave del palco número treinta *del lado de la sombra*, dirigía la carta:—*¡A doña Fermina Menendez!*—y siendo esta la primera que recibía con el dictado de *doña* antes de su nombre unido al de su amante, besó tres veces el sobre y la guardó como cosa especialísima.

Alguna sevillana, sin embargo, en vez de besar aquel día el sobre, hubiese besado la llave, puesto que por la dichosa llegada de Su Majestad la reina Isabel, la cual y por vez primera se dejaba ver en Sevilla desde su coronación, el empresario de la plaza había preparado una corrida magnífica que dejará nombre en los fastos del *toreo* andaluz. Baste decir que el primer espada era *el Tato*, y que se lidiaban ocho toros comprados á peso de oro, *doblones de Isabel*, en las dehesas del excelentísimo señor marqués de Veraguas, el primer ganadero de España.

Por esta razón, si bien el espectáculo no debía comenzar hasta las dos de la tarde, la plaza estaba casi llena al mediodía y á la hora, no se podía entrar ya.

Era una de las más bellas fiestas que se pueden ver en Sevilla en el mes de Setiembre.

La vasta plaza poligonal, ostentaba en sus treinta tendidos una maravillosa confusión de caras morenas, de trenzas negras, de abanicos y manos agitadas en el aire; allí estaba la flor de la belleza del barrio de Triana; allí estaban las más famosas boleras de las *escuelas de baile*, centenares de cigarreras con los vestidos blancos ó color de rosa, grupos de gitanas con ramilletes de flores en el pelo y sobre el seno, los más guapos y más terribles tiradores de navaja de la provincia con calañés y faja de color azul y rosa: toda la más ardiente sangre andaluza que circulaba en aquel tiempo desde el campo de la feria á la puerta de San Juan, desde la Cartuja á la Trinidad: una inmensa colección de amores, de celos, de caprichos, de alegrías, de miserias; un cruzarse rapidísimo y continuo de apóstrofes, clamores y ojeadas furtivas, de flores y risas, de palabras galantes y naranjas; todo esto reanimado por estrepitosa y regocijada música y combatido por un ardiente sol.

A las dos en punto, los *alguaciles* entraron en la arena para hacer el despejo, y en el mismo ins-

tante casi todo el público se volvió y miró hácia un punto, y la gritería general calló de repente.

Fermina vestida de blanco, con un gran ramo de flores en la mano, radiante de digna y severa alegría como su belleza, apareció en su palco, junto á Menendez, pálido y sonriente, en medio de un ciento de amigos. Al silencio siguió un murmullo favorable, casi amoroso, y otras mil miradas se fijaron en los dos esposos. Todo Sevilla sabía lo ocurrido. A poco una gitana sentada en el tendido bajo el palco, se puso en pie, quitase una rosa de la cabeza y tirándosela á Fermina le dijo:—*¡A tí, doña Fermina Menendez, y Dios te dé la buena suerte!* De repente otra muchacha arrojó un ramo de flores á Menendez gritándole:—*¡A tí, don Manuel Menendez corazon valeroso!* El ejemplo se tomó rápidamente; de todos los tendidos cercanos al palco comenzaron á llover flores sobre la gentil pareja, acompañadas de una gritería apasionada y placentera:—*Para tí, hermosa criatura!*—*¡Para tí, sangre de valiente!*—*¡Para vosotros la más bella pareja de Sevilla!*—*¡Amáos!*—*¡Buena suerte!*—*¡Muchos dias como éste!*—*¡Que Dios os proteja!*...

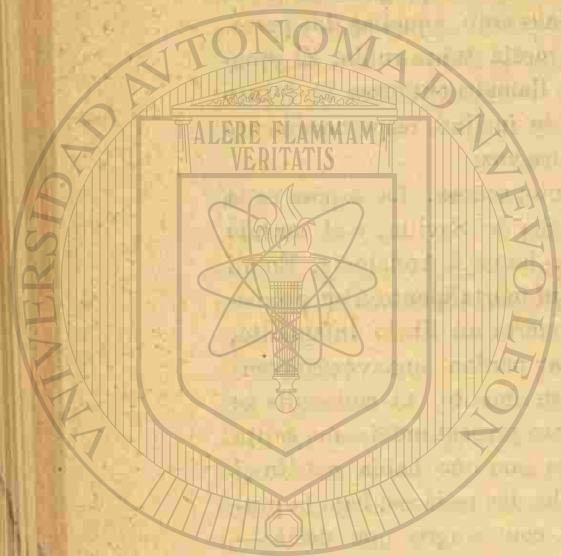
En pocos minutos la noticia y el entusiasmo se propagaron por toda la plaza, y de todas partes se tiraron flores, se agitaron abanicos y mantillas, se gritaron vivas y saludos; tanto fué, que Fermina, emocionada en demasía, tuvo que apoyar

la cabeza en el hombro de Menendez, y la reina Isabel que ya había tomado asiento en el palco Real con toda su servidumbre, preguntó al jóven general Serrano quiénes eran aquellas dos personas por las cuales se metía tanto ruido. El *general bonito*, como se llamaba entonces al futuro vencedor de Alcolea, se inclinó respetuosamente y dijo con su más dulce voz:

—Es un matrimonio, señora. La esposa es la más hermosa muchacha de Sevilla, y el marido un jóven que ha hecho honor á Andalucía. En un acceso de celos ofendió mortalmente á su prometida, colocando á su puerta un libelo infamante, y no pudiendo alcanzar perdon, una vez convencido de la pureza de su amante, ni conseguir su amor, obtuvo uno y otro presentándole una cajita que guardaba la pluma con que había escrito el miserable insulto, hecha dos pedazos; bajo la pluma un papel escrito con sangre que decía:—*¡Expiacion!*—y debajo del papel ¡su mano derecha!...

* * *

Mientras la reina dirigía los gemelos hácia aquel matrimonio, sonaron los clarines, la multitud lanzó potentísimo grito, y el primer toro del excelentísimo señor marqués de Veraguas, salió bramando al centro de la arena.



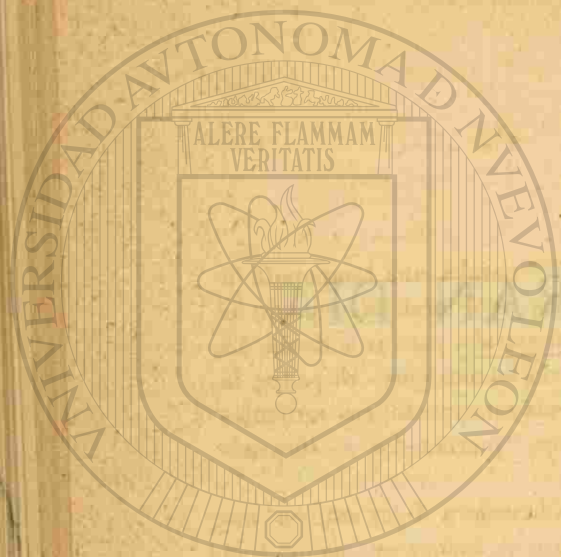
UN GRAN DIA.

UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La familia de G*** pasaba una temporada de campo á pocas millas de Florencia, cuando el ejército italiano se preparaba para ir á Roma. La empresa no se veía con buenos ojos. El padre, la madre, los dos hijos mayores, católicos ardientes y patriotas tranquilos, querían *los medios morales*.

—Nosotros—decía la señora á los amigos—no entendemos de política, yo ménos que nadie; y si debiese decir á Vds. claramente por qué pienso como pienso, me encontraría perpleja. Pero, ¿qué quieren Vds? Yo tengo un presentimiento en el corazón, una voz interior, un temblor, alguna cosa que me dice:—A Roma no se ha de ir de este modo, no se debe ir, no se puede ir.—Yo me acuerdo del año 1848, me acuerdo del 1859, recuerdo el 1860; pues bien, en aquellos dias no tuve nunca miedo, no sentí jamás en el corazón esta ansiedad que me ahoga, pensaba siempre que

aquello debía concluir bien.... Pero esta vez, señores míos, no veo claro, francamente, veo tinieblas en el aire, y muchas. ¡Se ríen Vds?... Pues plegue al cielo que un día ú otro no haya que llorar. Para mí ese día no está muy lejos.

El único que no pensaba así en toda la familia era el hijo menor, jóven de veinte años, que precisamente en aquellos días volvía á leer la Historia romana, y hervía su sangre en sus venas, lleno de entusiasmo.

Por esta razon, pronunciar el nombre de Roma en la casa, era armar una batalla, y ya habían librado una tremenda, despues de la cual, habían convenido no tocar más aquel asunto.

Cierta noche, en los primeros dias de Setiembre, recibieron un periódico *oficioso*, en el que se daba por seguro que los soldados italianos habían pasado la frontera de los Estados Pontificios. El jóven se estremeció de alegría. El padre leyó el artículo, permaneció algo pensativo, y despues, sacudiendo la cabeza, murmuró:

—¡No!—y luego de nuevo:—¡No!—y por tercera vez:—¡No, no, no!

—¡Pero dispensa, padre!—exclamó el hijo inflamándose...

—¡No empecemos de nuevo!—interrumpe amorosamente la madre.

Y aquella noche no se habló más. Pero el disgusto sério ocurrió á la siguiente, poco antes de

ir á acostarse, cuando el jóven, con una cara franca, sin preámbulos, como se hace la cosa más natural del mundo, manifestó el propósito de ir á Roma con el ejército.

Un grito general de sorpresa y de indignacion acogió las palabras del rapáz, y despues una tempestad de vituperios y de amenazas.—Que no era cosa que se podía desear ver honestamente, que ya le tocaba á cada uno como italiano, demasiada parte de culpa, sin necesidad de añadir la responsabilidad de testigo ocular, y que por aquí, y que por allí, y que por último, todo se podía conceder y perdonar á un jóven bien nacido, menos la manía (fueron palabras de la madre) de ir á ver *bombardear á un pobre viejo*. ¡Bella guerra! ¡Buena gloria en verdad!

Cuando concluyeron, el jóven apretó los dientes, hizo pedazos un periódico, se levantó con ímpetu, cogió una luz y fué á encerrarse en su cuarto, pataleando, como hacen los actores italianos cuando representan el papel de rey furibundo.

Mas pasada media hora, poquito á poco, en la punta de los piés, volvió al comedor. No estaban más que el padre y la madre, silenciosos y melancólicos. Él pidió perdon al padre, que se dejó estrechar la mano murmurando, y despues volvió hácia su cuarto. La madre lo acompañó.

—Conque, nunca más esta idea, ¿no es cierto?—le dijo amorosamente, poniéndole las ma-

nos sobre los hombros, y mirándole cara á cara.

El hijo le respondió con un beso.

Y al día siguiente, pasaba el confin de los Estados Pontificios.

En la casa, apenas notaron su falta, hubo lágrimas, furoros, invectivas, resoluciones de no quererlo ver más, de no levantarse siquiera cuando volviese, de dejar pasar un mes sin dirigirle la palabra, de disminuir el capítulo de los honestos placeres domésticos, y otras cien cosas.

Por parte de la madre, palabras; mas por la del padre, propósitos serios. No era hombre que transigía fácilmente: era bueno, pero duro, y algunas veces, en su cólera, tremendo: el hijo lo sabía, y le temía. ¿Cómo, pues, había podido resolverse á jugarle una pasada tan grande? No podía explicarse. La noticia del 20 de Setiembre (la entrada del ejército nacional en Roma) sirvió para encolerizar mucho más al padre y á la madre.

—Nos oirá,—decían apretando los dientes— tiene que venir.

La palabra, el gesto, la actitud que iban á te-

ner, todo estaba pensado y preparado; debía ser una solemne lección.

La mañana del 22, estaban todos en el comedor, leyendo, cuando oyeron un gran golpe en la puerta, y enseguida vieron al hijo, encarnado, jadeante, quemado del sol, derecho é inmóvil en el dintel de la puerta.

Ninguno se movió.

—¡Cómo!—exclamó el jóven cruzando los brazos con aire de gran asombro.—¿No saben ustedes la novedad?

Ninguno respondió.

—¿No les han dicho á Vds. nada? ¿No ha venido nadie de Florencia? ¿Ignoran todavía lo sucedido?

Ninguno respiró.

—La toma de Roma...?—se arriesgó á decir de allí á poco, uno de los muchachos, despues de haber consultado al padre con una ojeada—la sabíamos.

—¡Cómo! ¿nada más?

—...Nada más.

—Pero, ¡qué toma de Roma!—prorumpió el joven con un grito que hizo temblar á todos.—¡Qué toma de Roma! ¡Les traigo, pues, la noticia!

Todos se levantaron y lo rodearon.

—Pero, ¿cómo es posible?—continuó él gritando y agitando las manos.—¿Cómo es posible que no sepan nada? ¿No se ha extendido la voz por el campo? ¿No se han reunido los aldeanos? ¿Qué hace el Municipio? ¡Oh, es verdaderamente inconcebible esto! Escuchad, pues; sentaos todos á mi alrededor y os lo contaré todo: me late el corazón, que apenas puedo hablar...

—Pero, ¿qué ha pasado?

—¡Nada! No os digo nada. Quiero contar la cosa con todos sus pormenores, *ce por be*; me quiero desahogar, quiero que sepais el hecho poco á poco, como yo lo he visto.

—Pero qué, ¿se trata de los festejos de los romanos?

—¿Del plebiscito?

—¿De la llegada del Rey?

—¡No, no! ¡Es otra cosa!

—¿Pues habla!

—¿Pues sentaos!

—¡Oh! ¿cómo no se ha sabido nada aquí?

—¿Pero cómo quieren Vds. que yo lo sepa? Lo que yo sé es que traigo el primero esta noticia, y es el placer más grande que he experimentado en mi vida... He llegado esta mañana á Florencia;

se sabía todo; he partido enseguida:—¡Quién sabe!—pensaba—quizá la nueva no habrá llegado á casa todavía...—¡casi me falta aliento!

—Dílo, pues, todo al momento—exclamaron la madre y los muchachos, sentándose alrededor de él.

El padre había permanecido separado.

—¡Verás, mamá!—empezó el joven.—Es cosa de volverse loco. Venid más acá, así. De la mañana del 21, no sabeis nada, ¿no es verdad? Entraron los otros regimientos: gentío, gritos, música, como el primer día, hasta las doce. A las doce, como por acuerdo tácito, el estrépito cesó, primero en el Corso, despues en las otras grandes calles, y poco á poco, por todas partes. Las compañías de ciudadanos se paraban, formaban grupos, y hablaban bajo; luego se desparramaban en todas direcciones, saludándose los unos á los otros, con el ademán de quien debe volverse á ver poco despues. Parecía que había corrido la voz de prepararse alguna cosa grande. La gente, encontrándose, se hablaba con presteza, y echaba cada cual luego por su camino. De una punta á otra del Corso, era un afanarse general; quien entraba en las casas, quien salía, quien llamaba desde la calle, quien respondía desde las ventanas; los soldados corrían de aquí para allá, como si hubiesen oído llamada y tropa; pasaban oficiales con los caballos al trote; pasaban hombres y niños con ha-

ces de banderas sobre la espalda y debajo del brazo; todos deprisa y afanados, como si fueran perseguidos. Yo que no sabía nada y no conocía á nadie, miraba á la cara, ora á uno, ora á otro, por ver si adivinaba alguna cosa. Todos parecían alegres, pero no demostraban ya la alegría viva y desenfrenada del principio; dejaban traslucir un pensamiento, una duda, casi una ansiedad, se comprendía que era gente que maquinaba algo. Entraba en una calle secundaria, pasaba otra, me paraba en dos ó tres encrucijadas: en todas partes el mismo espectáculo; mucha gente, mucho movimiento, mucha prisa y un no sé qué en el modo de hablar y en el gesto, que había notado ya en el Corso, como si toda aquella confusión se quisiera hacer á escondidas de alguien, aunque fuese visible para todos. Pasaban grupos, banderas, centenares de hombres y mujeres reunidos, y no se oía un grito: iban todos al mismo sitio, como á un lugar convenido...

—¿Adónde?—preguntaron el padre y la madre á la vez.

—Esperad. Volví hácia el Corso. Cuanto más adelante iba, oía crecer sordo y continuo rumor, como de inmenso gentío. Llegué al Corso estaba lleno de gente, todos parados y vueltos hácia el Capitolio, como si esperasen alguna cosa. De la plaza del Pueblo á la plaza de Venecia, era tal la muchedumbre que no podían moverse. Se cuchi-

cheaba aquí y allí:—Ea, ya vienen.—Vienen de allá abajo.—¿Quién viene de allá abajo?—La columna principal.—Viene la columna principal.—Aquí está.—No.—Sí.—En un momento la multitud se agitó con gran ímpetu, y se gritó por todas partes:—Aquí están.—Y en ménos que se dice, la calle quedó desocupada en el centro, como para dejar paso á una procesion. Todas las cabezas se descubrieron. Yo que había permanecido detrás, me hice plaza á fuerza de codazos, y miré. —Me parece sentir el estremecimiento que corrió de mi cabeza á los piés en aquel momento. Venían delante generales de gran uniforme, señores con traje negro y bandas tricolores: entre los señores y los generales, muchachos, mujeres y hombres andrajosos y descamisados; detrás operarios, aldeanos, mujeres con niños en brazos, soldados de todas las armas, elegantes señoras, estudiantes, familias enteras, apretados en pequeños grupos, cogidos de las manos, para no perderse; todos sofocados, apiñados de manera que apenas podían caminar; y sin embargo, no se oía más que un murmullo monótono semejante al zumbido: silencio en las dos partes de la calle, silencio en las ventanas: era un espectáculo solemne; producía entre maravilla y espanto; yo estaba estático.

—¿Pero adónde iban?—preguntaron con mayor insistencia madre é hijas.

—¡Dejadme concluir!—Me introduje en medio. Y conmigo, se introdujeron allí poco á poco todos aquellos que estaban adosados á la pared á derecha é izquierda. ¡Figuraos qué apreturas! La multitud parecía propiamente un torrente, ocupaba todo el espacio: y ondeando arrojaba gente, como olas, en las tiendas, en los portales, en todas partes donde había un poco de sitio. A medida que se andaba, otras turbas de pueblo desembocaban en el Corso, de las calles laterales apiñadas también ellas de una punta á otra: y la procesion continuaba descendiendo al Capitolio y corría la voz de que en el Campo Vaccino había aún millares de personas. Mucha gente llegaba de la plaza de España, gente de la calle del Babuino, gente de la plaza del Pueblo. Tenían todos alguna cosa en la mano; quien guirnaldas de flores, quien ramos de oliva y de laurel, quien banderas, quien trapos atados á la punta de los bastones: alguno llevaba hasta estampas de imágenes sagradas estiradas con ambas manos sobre la cabeza, inscripciones, emblemas, retratos del Papa, del Rey, de los Príncipes, de Garibaldi, una variedad, una mescolanza, una confusión de personas y cosas, como creo que no se ha visto jamás bajo el sol; y siempre por todas partes aquel murmullo ténue, aquel ardor lento, aquella serenidad, aquella dignidad tan extraña y maravillosa en tanta multitud, que me parecía soñar.

Toda la familia apretó el círculo alrededor del jóven sin decir palabra.

—...En cierto sitio advierto que la muchedumbre había vuelto á la izquierda: y todo el mundo detrás. Muy despacio, con mucha fatiga, pisoteados, oprimidos, tropezando en todas partes, sin poder mover los brazos, respirando apenas, llegamos de calle en calle, á la plazuela delante del puente del Santo Angel. El puente estaba cubierto de gente: la multitud se perdía del lado allá del rio hácia San Pedro: toda la orilla derecha era espeso hormiguero. El paso del puente fué asunto grave: se empleó en él más de un cuarto de hora: los desgraciados que estaban á los lados, empujados por la gente del centro, en el temor de ser arrojados abajo, se agarraban desesperadamente al parapeto y daban gritos de espanto: dícese que ha habido algunas desgracias.

—¿Qué?—interrumpieron todos.

—¡Naturalmente! algunos asfixiados. Poco á poco se llegó allá. Todas las calles que conducían á la plaza, rebosaban gente. Cuando estuvimos en la embocadura de una de las dos calles que van derechas hácia la Basílica, se oyó de pronto gran ruido sordo, profundo, como el de borrascoso océano, que ora parecía lejano, ora cerca, y que venía ondeante hácia nosotros. Era la multitud apiñada ya en la plaza de San Pedro. El inmenso gentío empujó hácia adelante con más im-

petu; unos sobre otros, arrastrados, revueltos, hasta que entramos en la gran plaza... ¡Dios eterno! ¡Si hubiéseis visto! ¡Asombroso espectáculo! Toda aquella inmensa plaza llena, apiñada, toda negra, zumbando, mugiendo, no era plaza, era un mar. Todo alrededor, entre las cuatro filas de las columnas de los pórticos, sobre las escaleras de la iglesia, bajo el gran pórtico, sobre el gran terrado de la fachada, sobre la galería de la cúpula, en los capiteles, en las pilastras; y detrás, en las ventanas de las casas, en los balcones, en los tejados, encima, debajo, á derecha é izquierda, en todas partes donde una criatura humana podía poner el pié, ó agarrarse, ó suspenderse, en todos lados cabezas, brazos y piernas colgando; banderas, gestos, voces: ¡todo Roma estaba allí!

—¡Oh, Dios! ¿Y el Vaticano?—preguntaron las mujeres con gran espanto.

—Estaba cerrado. Sabeis que un ala del Vaticano dá sobre la plaza, y allí se halla precisamente el departamento del Papa. Todas las ventanas encontrábanse cerradas, parecía un palacio abandonado; semejava en aquel momento, que tenía la expresion de una persona fria, rígida, impasible, mirando abajo con ojo abierto é inmóvil. La multitud miraba arriba murmurando. Se veía de una parte, hácia la escalera, gran confusion de oficiales y de señores, que parecían dar sus órdenes, repetidas despues de boca en boca. La agitacion iba

aumentando. Estaban todos con la cabeza descubierta; cabezas blancas de ancianos, cabezas oscuras de soldados, cabezas rubias de niños; brillaba hermosísimo el sol; mil cosas, mil ruidos, mil colores ondeaban y se confundían sobre aquella inmensa masa; las banderas, los ramos, las cintas flotantes, eran agitadas aquí y allá, como sobrenadando en el agua; la confusion era tal, que se diría ardía el fuego bajo la tierra. De pronto se oyó y se propagó un grito por todas partes:—¡Los muchachos! ¡Los niños! ¡Adelante los niños!— Parecía cosa convenida. En un solo instante, de un lado de la plaza, se vió levantar á los niños por encima de las cabezas, y las mujeres y los hombres que los llevaban encima, hendir la compacta muchedumbre en direccion al Vaticano. Los chicos mayores abríanse plaza escurriéndose por entre las piernas de las gentes, á diez, á veinte juntos, agarrados de las manos; en pocos minutos, parte por su propio pié, parte empujados, parte arrastrados, centenares de niños, todo un pueblo de criaturas hasta entonces escondidas, se encontró apiñado en un ángulo de la plaza; y entretanto, un vocerío ensordecedor de mujeres:—¡Cuidado! ¡Lado! ¡Hagan sitio! ¡Mi niño!—De allí á poco, otro grito más fuerte y más imperioso:—¡Las mujeres! ¡Las mujeres!—Otra confusion, otro abrirse el gentío por todos lados. Despues un tercer grito más formidable:—¡El ejérci-

to! ¡Los soldados! ¡Adelante!—Y de nuevo un ir y venir indecible; pero en todas partes á un tiempo, resuelto, rápido; ninguna de las dificultades ni de las dilaciones que se ven en semejantes casos; todos se afanaban y servían á su fin; era un ardor, un ímpetu, y además un acuerdo maravilloso; parecía que aquel conjunto innumerable, estaba ordenado y amaestrado. Poco á poco disminuyó el movimiento, cesó el ruido, los brazos se bajaron, todos miraron alrededor, y vieron que habían desaparecido como por encanto, los niños, las mujeres y los soldados. Estaban todos en una parte de la plaza, á la derecha, divididos en tres grandes grupos, desde la puerta de San Pedro hasta el centro de la columnata, vueltos hácia el palacio del Vaticano, apretados é inmóviles. La multitud prorumpió en ruidosísimos aplausos.

—¿Pero y el Vaticano?—preguntó por tercera vez la familia á una voz.

—Siempre cerrado y tranquilo como un convento; pero esperad. De pronto el aplauso cesó y se vió todas las cabezas volverse atrás y murmurar:—¡Silencio! ¡Silencio!

La palabra corrió hasta el final de las dos calles que desembocan en la plaza. El murmullo de allí á poco cesó enteramente, y quedó una tranquilidad y un silencio, como jamás hubiera creído posible entre tanta gente: era algo sobrehuma-

no. En medio de aquel silencio, pareció oirse de improviso muy ténue ruido, que no se sabía lo que era; un sonido vago, difuso, como si viniese de lo alto; poco á poco, insensiblemente, crece; primero un alzarse de voces acá, luego acullá, despues más lejos, incierto desacorde; de allí á poco, más unidas, más resueltas; las voces, en fin, como por encanto, confundidas, y un solo canto trémulo, argentino, suave, se levantó al cielo, resonando, como la voz de una legion de ángeles. ¡Eran millares de niños que cantaban el himno á Pio IX de 1847!

—¡Ah, Dios mio!—exclamaron la madre y las hijas, juntando las manos.

—Aquel canto, repercutió en el corazón de todos, bajando precisamente á conmover en el fondo del alma lo que hay de más tierno, se sintió correr un estremecimiento por las masas; se veía gran movimiento de brazos y manos, como de quien quiere hablar y no puede; no se oía más que el murmullo confuso de siempre.—Santo Padre—parecía que querían decir todos—mirad, oid, son nuestros niños, son vuestros hijos, que os buscan, que os invocan, que imploran vuestra bendición; son almas inocentes; ceded á sus voces; bendecidlos; haced que la pátria y la fé sean un sentimiento solo en sus corazones; una palabra vuestra, Santo Padre, una señal, una sola mirada vuestra que anuncie el perdón y la paz, y es-

taremos con vos, por vos, todos, ahora, siempre, por siempre. ¡Son nuestros niños, vuestros hijos! —Millares de banderas se agitaron en el aire, el canto cesó: siguió un profundo silencio...

—¿Y bien?—preguntaron todos afanosos.

—Siempre cerrado—continuó el joven.—Se elevó el canto de las mujeres. Se oía un temblor profundo en aquella inmensa voz; se oía algo que solamente brota del seno de las madres; pareció más bien un grito que un canto; era suave y solemne. La gente permaneció inmóvil á la primera nota; despues, de improviso, empezó á agitarse, como movida por ardor irresistible; el griterío cubría casi al canto.—Son nuestras madres—decían—nuestras esposas, nuestras hermanas, Santo Padre, escuchadlas; ellas no han tenido jamás odio ni ira en el corazon; han amado y esperado siempre; creen y ruegan; os piden poder enseñar á sus hijos vuestro nombre junto con el de Italia! ¡Santo Padre, una palabra vuestra ahorrará muchas dudas dolorosas y muchas lágrimas amargas: bendecid nuestra familia, Santo Padre!

Los oyentes de nuestro joven interrogaban con la mirada y con el gesto.

—¡Cerrado! —respondió, — siempre cerrado. Pero ahora prorumpe un canto ruidoso y acelerado, al que sigue una nueva y más violenta confusión: eran los soldados.—Son nuestros soldados —decían—serán los vuestros; son los hijos del

campo y de la tienda; ellos, Santo Padre, vigilarán á vuestra puerta y escoltarán vuestros pasos; ellos, nacidos en vuestra tierra; ellos, que oyeron de niños vuestro grito sublime de libertad y combatieron contra el extranjero con vuestro nombre y con el de su Rey sobre los lábios y en el corazon: ¡benedicidlos! los encontrareis agrupados alrededor de vuestro trono en la hora del peligro, prontos á morir: una palabra, Santo Padre, y estas espadas, estas corazas, esta sangre, son vuestras. ¡Ellos os piden la bendicion de la pátria! ¡Recordad, Santo Padre, vuestro grito sublime!...

—Una ventana del Vaticano se abre. Entonces cesó el canto, calló el griterío, silencio... En la ventana no había alma viviente. Hubo algunos instantes, en los cuales la respiracion de la multitud parecía suspensa. Se vió moverse como una sombra en la ventana, pero dentro, en el fondo, y desaparecer. Pareció ver pasar gente y oír ruido. Todas las caras, todos los ojos estaban fijos, inmóviles allí. De pronto, todo el gentío, como inspirado, extendió los brazos hácia el palacio; millares de mujeres levantaron en alto los niños; los soldados alzaron los sombreros sobre la punta de las bayonetas; todas las banderas se agitaron; cien mil voces se lanzaron al viento en un solo tremendo grito:—¡Viva, viva, viva!—En la ventana del Vaticano se vió asomar alguna cosa, moverse, brillar, levantarse en el aire de golpe...—

¡Dios eterno!—gritó el jóven lanzándose al cuello de su madre:—¡Era la bandera italiana!

*
*
*

Decir la alegría, la satisfacción, el entusiasmo de aquella buena gente, es imposible.

El jóven había hablado con tanto calor, estaba tan enamorado de su mismo engaño, que poco á poco había llegado al fin á no reparar que inventaba; y verdaderamente se le habían humedecido los ojos y le temblaba la voz. Por esto, ni siquiera una sombra de sospecha cruzó por la mente de sus padres ni de sus hermanas. Se abrazaron, rieron, lloraron. ¡De cuántas dudas, de cuántos escrúpulos, de cuántas batallas dolorosas entre el corazón del italiano y la conciencia del católico, se encontraban libertados!

¡La conciliación entre la Iglesia y el Estado!
¡El sueño de tantos años! ¡Qué tranquilidad de ánimo de entonces en adelante! ¡Qué hermosa vida de amor y de concordia!

—¡Sea bendecido el cielo!—exclamó la madre, dejándose caer sobre una silla, fatigada por la emoción. Y después, nuevamente, todos juntos

alrededor del jóven, quien cogiéndole una mano, quien tirándole de la ropa:

—¡Pero es verdad ciertamente?

—¡No es un sueño?

—¡Continúa, cuéntalo todo..., el Papa..., la gente..., qué ha pasado!...

—...Lo que siguió entonces—replicó el jóven con voz cansada—á decir verdad yo no lo sé, no me acuerdo; fué un tal estruendo de gritos, de confusión, un frenesí, un delirio tal, que solamente al pensarlo ahora, se me aturde la cabeza... Yo no ví otra cosa alrededor, que brazos y banderas alzadas que me lo ocultaban todo. Un codazo que recibí en el pecho en una de estas terribles confusiones de la multitud, me quitó casi la respiración. Después de algunos momentos me pareció estar un poco más ancho, y me eché por una de las calles que llevan al puente, para salir fuera de aquel *maremagnum*. De todas las calles del barrio Pío se precipitaba el pueblo con agudísimos gritos sobre la plaza. Se dijo después que la multitud se había lanzado á la puerta del Vaticano para penetrar dentro; los soldados lo habían debido contener al principio oponiendo el pecho, á fuerza de brazos, por último con las armas: se hablaba de gente que quedara ahogada en el bulle-bulle.

...Dentro, en el Vaticano, no se sabe, por ahora, lo que ha pasado: se decía que el Papa

había dado su bendición desde la ventana. Yo no lo ví. Cansado, extenuado, llegué al puente y lo pasé. Siempre acudía gente de todas partes, llamados por la noticia del gran acontecimiento, que se propagó con la rapidez del rayo. Grandes escuadrones de caballería acudían al trote largo, y ayudantes de campo, enviados á llevar órdenes de aquí y de allá, recorrían las calles gritando. La gente respondía desde las ventanas. Ancianos decrepitos, enfermos, mujeres con niños en brazos, se asomaban á los terrados, bajaban á la calle, preguntaban, se maravillaban, se besaban... Yo llegué al Corso. De pronto se oyó un estruendo terrible del lado del Pincio; luego otro del lado de puerta Pía, más tarde un tercero, hácia la puerta de San Pancracio: eran todas las baterías del ejército italiano que saludaban al Pontífice en precipitada y repetida salva.

...A poco se oyó el repique de la campana del Capitolio, y sucesivamente las campanas de cien iglesias, que se confundieron en grandioso concierto. La multitud del barrio Pío, se derramó con ímpetu desenfrenado sobre la izquierda del Tíber, invadió en pocos momentos las calles, las plazas, las casas; descubrió las armas Pontificias que habían estado cubiertas; llevó en triunfo bustos de Pío IX, retratos, banderas; millares de personas se pararon delante los palacios de los patricios romanos más conocidos por su adhesión

al Pontífice y prorumpieron en aplausos, y aquellos se presentaron en el balcon y sacaron la bandera nacional...

—Un momento, dejadme tomar aliento...

Quando hubo tomado aliento, le instaron en seguida con nuevas preguntas.

—¿Y despues?

—¿Y el Vaticano?

—¿Y el Papa?

—...No sé... No puedo explicar todo lo que tenía de bello, de grande, de maravilloso Roma, por la noche. La noche era serenísima, y hubo una iluminacion, como creo que no se ha visto nunca, desde que el mundo es mundo; el Corso parecía todo de fuego; las iglesias llenas de gente con sacerdotes que predicaban; en las calles músicas, cantos, bailes; ciudadanos que hablaban al pueblo en los cafés y en los teatros. Quise ver otra vez la plaza de San Pedro. Había corrido la voz de que Su Santidad tenía necesidad de descanso; el barrio Pío estaba silencioso como en una

de las noches más tranquilas; la plaza hallábase iluminada por la luna; numerosos grupos silenciosos estaban en actitud recogida alrededor de las dos fuentes y sobre la escalinata; muchos sentados en el suelo; otros acostados; gran parte, los más, estenuados por la fatiga y las emociones de la jornada, dormían; mujeres, soldados, niños, todos revueltos; centenares de personas arrodilladas, y aquí y allí centinelas de todos los cuerpos, con banderolas y cruces puestas en el cañon del fusil.

El suelo estaba sembrado de banderas, de papeles, de flores, de sombreros perdidos en la confusion; no se oía una voz; parecía que toda aquella gente contenía la respiracion. Partí de allí conmovido, exaltado, pensando en todo aquello que había visto, en el efecto que habría producido la noticia en Italia, en el mundo, en vosotros, en tí especialmente, papá; me encontré en la estacion casi sin advertirlo; allí había gran confusion, un griterío que aturdiría; subí en el tren, partió... y héme aquí. La noticia llegó ayer tarde á Florencia; me dijeron que fué un delirio; el Rey ha salido para Roma; la gran noticia se ha esparcido á estas horas por toda la tierra.

En este momento se dejó caer sobre la silla, y calló, en actitud de quien no tiene ya aliento en el cuerpo. Despues se levantó de pronto y corrió á interceptar los periódicos que debían llegar á la

casa de campo á las once, con lo cual la familia conservó su querida ilusion hasta la noche.

El almuerzo fué alegrísimo; el jóven continuó enredando particulares sobre particulares, y la madre y los demás experimentaban satisfaccion sobre satisfaccion, y exclamaban bendiciones sobre bendiciones.

*
**

De pronto se oyó un paso acelerado subir la escalera, y despues un ruidoso campanillazo. De allí á un minuto, se abrió la puerta y un cura alto, enjuto, con el rostro pálido y la boca torcida, apareció en el dintel. Era un cura rabioso, que la familia conocía hacía poco, y por el cual no tenía gran simpatía; pero que sin embargo, respetaban y agasajaban en la casa, más por obsequio al traje que á la persona. Todos, excepto el jóven, lo rodearon gritando:

—¡Y bien! ¡Ha oido la gran noticia? ¡Todo se ha concluido, gracias al cielo! ¡Ha sido la mano de Dios! ¡En qué piensa? ¡Hable Vd., cuente!

—¡Pero qué noticia?—preguntó el cura, mirándoles á la cara uno á uno con dos ojos bizcos.

Le hablaron todos al mismo tiempo, con pres-
teza y con furor, de las fiestas, del perdon, de la
reconciliacion del Pontificado con la Italia.

El cura miró á todos con aire de quien teme
haber caido en medio de un círculo de locos; des-
pues fulminó una mirada sobre el jóven, y exclamó
con maligna sonrisa de triunfo:

—¡No hay sombra de verdad en todo eso, *por
fortuna!*

—¡No hay sombra de verdad?—gritaron todos
volviéndose hácia el hijo.

Este, sin descomponerse, miró al cura, y con
acento mixto de tristeza y de desden, repuso:

—¡Pero reverendo, no diga *por fortuna!* Usted
es italiano; diga:—*desgraciadamente* no es cierta
la reconciliacion.

Todos los demás permanecieron por algunos
momentos como aturdidos; pero despues, volvién-
dose de nuevo hácia el cura, y enfadados, como
siempre sucede, más contra quien había quitado,
que contra quien había traído la ilusion, repitieron
casi involuntariamente:

—¡Cierto! diga mejor: *¡Por desgracia!*

—¡Yo?—respondió el cura volviendo hácia el
pecho su largo dedo índice nudoso de la mano de-
recha; y despues, con voz acre y vibrante: *¡Yo
no lo diré jamás!*

A estas palabras, el anciano, herido brusca-
mente en el dulce sentimiento que lo exaltaba,

perdió, como tenía de costumbre, el juicio, y ex-
tendiendo el brazo hácia el cura, le señaló la
puerta, y dejó escapar de la boca un—¡Vaya usted
con Dios!—que resonó en toda la casa como un
pistoletazo.

El cura desapareció, cerrando tras sí la puer-
ta con ímpetu.

El jóven echó los brazos al cuello de su padre;
y éste, poniendo las dos manos sobre la cabeza de
su hijo, exclamó con acento triste y cariñoso:

—...¡Te perdono, sí, te perdono!



ALBERTO.

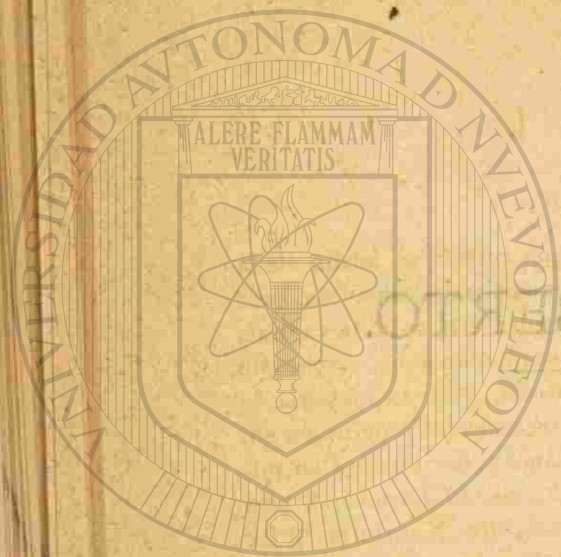
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALBERTINA
BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

I.

Hermosa vista la que ofrecía el jardín de la plaza de Azeglio en una noche de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Cientos de muchachos se reunían aquí, muchos de ellos de familias florentinas, y en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el lugar donde los italianos y las italianas en miniatura se encontraban, siendo llevados á esta ciudad por el Parlamento, los Ministerios y las demás instituciones del Estado: eran la flor y la alegría de la capital. Las madres, las viejas ayas, las niñeras estaban sentadas en los bancos que á derecha é izquierda de los paseos había; los niños corrían por medio; en el centro del jardín tocaba la música. Hasta el anochecer el movimiento y la gritería eran continuos; racimos de muchachos salían de entre los setos, se desparaban dando risotadas, se perseguían, corrían, se removían como las golondrinas, riéndose siempre;

se caían, reír y más reír; se levantaban, y la misma risa ruidosa, comenzando de nuevo la faena.

Aquí perdía una niña la peineta, allá la otra se paraba para que le abrochasen la botita. De un lado á otro del paseo se llamaban en alta voz, oyéndose uno tras otro, en un minuto, cien nombres de santos, de guerreros, de emperadores, de poetas:—¡María! ¡Héctor! ¡Pompeyo!—Nadie se entendía con facilidad.—¡Qué has dicho?—preguntaba una toscana, inclinándose hácia una lombarda que le había dirigido la palabra al pasar. Cogiéndose de la mano formaban círculos que giraban, soltándoseles á las niñas mayores las largas trenzas; las más pequeñas lloraban.

De cuando en cuando dos que habían regañado iban á pedir justicia, seguidos de un peloton de curiosos, al tribunal de alguna mamá sentada aparte; otros, cansados de tanto correr, con la cara inflamada, jadeantes, reposaban sobre la yerba hasta adquirir nuevas fuerzas para volver á sus juegos.

A lo lejos, por entre los setos y los árboles, se veían blanquear por un momento grupos de niños, luego desaparecer para mostrarse de nuevo; de todas partes se oían salir voces de alegría, de reprensión, de asombro y de mando; á cada paso se escuchaban acentos diversos, que recordando las distintas provincias, hacían pasar por delante de los ojos rapidísima série de visiones: el Gran

Canal, el Vesubio, San Pedro, Superga. El jardin de Máximo de Azeglio hacía exclamar casi con nuevo sentido de placer y de asombro:

—¡Oh, aquí es donde se ve que la unidad de Italia está hecha en verdad!

Cierta tarde de Abril de 1870, en el sitio del jardin donde el hormigueo de niños era más confuso, estaba sentado en un banco, solo, con los brazos cruzados sobre el pecho, un jóven como de veinte años, decentemente vestido, de aspecto enfermizo, y que parecía dormir, apoyada la cabeza hácia atrás como si mirase al cielo. De pronto, al moverse ligeramente para tomar una postura más cómoda, se le cayó el sombrero detrás del banco; del sombrero saltó algo que tenía forma cuadrada y de color rojo, semejante á los sobres en que se meten las cartas geográficas. El no dió señales de vida, y continuó durmiendo; algunos muchachos, al pasar, tropezaron en aquel objeto, echándole cinco ó seis pasos más allá. Pasados algunos minutos, despierta el jóven, echa de ver que tiene la cabeza descubierta, se pone en pié, y busca á su alrededor. Coje el sombrero, mira dentro, y lleno de turbacion, comenzó á buscar atentamente por uno y otro lado. Luego se detuvo, y echando una ojeada en torno suyo, pregunta con voz inquieta:

—¡Nadie ha visto aquí, al lado del banco, un objeto de color rojo, así de grande, de carton?

Dos ó tres mujeres se volvieron.

—¿Me harían Vds. el favor—añadió el jóven—de preguntar á sus niños?

Las mujeres dirigieron alguna pregunta á media voz á los niños que había á su lado, haciéndole indicacion de que no.

—Perdonen—replicó el jóven con voz conmovida y acercándose á ellas—es imposible; el objeto acaba de caerse; tengan la bondad de preguntar nuevamente; busquen...

—¡Esto está buenol ¡Qué vamos á buscar?—dijo con tono algo displicente una de ellas.—Hemos dicho que no, y no. Se concluyó.

—¡Pero Vd.—exclamó entonces el jóven con expresion de dolor más que de enojo—Vd. no sabe lo que he perdido! ¡Podría ser un objeto precioso! Podría... No, deténganse—suplicó á las dos mujeres que se iban—deténganse un momento, ayúdenme, por compasion... no pido más que un momento.

En esto, empezaba á agruparse la gente, las mujeres llamaron á sus niños y se alejaron.

El jóven gritó por última vez:

—¡Un momento! ¡Háganme este favor!

Luego se puso de nuevo á buscar por todas partes, corriendo y hablando para sí á media voz.

—¿Ha perdido Vd. el dinero?—le pregunta uno.

—No—respondió, continuando sus vueltas, cada vez más deprisa.

—¿Ha perdido Vd. la sortija?—pregunta otro.

—No.

La gente se fué alejando poco á poco.

Cansado de buscar inútilmente, volvió á sentarse, poniendo la cabeza entre las manos y moviéndola con muestras de desconsuelo.

Ya casi había oscurecido, y el jardín había quedado desierto y silencioso, y aún se oían voces lejanas de los últimos niños que se iban.

—Oye—decía á su compañero un pilluelo que se quedára observando al jóven desde la verja del jardín—¡llora!

Un caballero que pasaba oyó estas palabras, miró al interior del jardín, entró, acercándose al banco.

—¿Qué tiene?—le preguntó.

El jóven no respondió.

—¿Puedo servirle en algo? Dígame lo que tiene; no se lo pregunto por pura curiosidad...

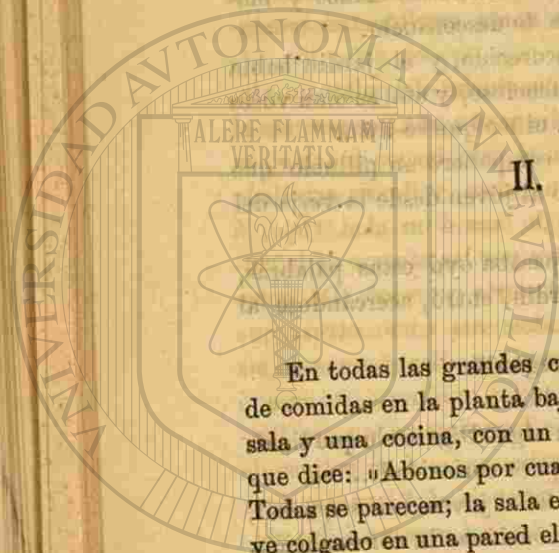
—¡Gracias!—respondió el jóven con sequedad, como el que no quiere continuar la conversacion.

—Siento—replicó el desconocido—no inspirar la confianza. En todo caso, aquí está mi direccion. Tenga ánimos.

Dicho esto, se fué.

El jóven miró á su alrededor y vió una tarjeta sobré el banco; la guardó en el bolsillo, volviendo de nuevo á su primera posicion.

La fragorosa orquesta del teatro del Príncipe Humberto, dejó oír sus primeros acordes.



II.

En todas las grandes ciudades existen casas de comidas en la planta baja, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo sobre la puerta que dice: «Abonos por cuarenta pesetas al mes.» Todas se parecen; la sala es larga y estrecha; se ve colgado en una pared el retrato del Rey; metido en un rincón el dueño, con aire de mal humor, y en movimiento continuo dos ó tres camareros, de aspecto súcio y desgreñados, que sirven de mala gana. Casi todos los concurrentes son jóvenes, que tragan su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos del plato. Ni son pobres, ni operarios, ni estudiantes, ni empleados; es muy difícil determinar la clase social á que pertenecen; gente que vive al día, desparramados por almacenes, redacciones de periódicos y ministerios, que

según falta en un sitio el trabajo, cambian de ocupación, de lugar y aun de nombre, y aparecen hoy como escritores de gacetillas, mañana de revisores de cuentas, otro día como escribientes temporeros.

Duermen en un cuartucho del piso quinto, fuman un cigarro al día y van una vez por mes al teatro. Algunos tienen el pelo largo; muchos, en el invierno, andan sin gaban, y llevan arrollado al cuello una bufanda de lana ó un chal viejo; á menudo se les encuentra por las afueras de la ciudad en alguna calle desierta y solos. De entre ellos, los hay vagabundos; así como otros, que durante un mes economizan diez pesetas de las ciento que ganan, y que las remiten á su casa ó las van guardando. Son los primeros que se lanzan á cojer á un muchacho que está en peligro de ser atropellado por un carruaje, ó á levantar á un pobre viejo caído en tierra, ó á separar á dos chiquillos que se golpean en la calle. Unos tienen constante expresión de tristeza pintada en la cara y miran á la gente como si á todos indistintamente tuvieran que echar algo en rostro; otros, por el contrario, tienen fisonomía serena, pacífica, sentimientos delicados y benévolos. Todos, ó casi todos, muestran de cuando en cuando viva y desusada alegría por una carta que han recibido de un pariente lejano, ó por buenas palabras que han oído al jefe de la oficina, ó porque han trope-

zado con una habitación que cuesta cinco pesetas ménos al mes que la que tenían. Hay entre estos muchachos, gente de admirables condiciones, corazones de buen temple y vidas llenas de sacrificios y de dolores terribles, que han sabido soportar noblemente, y en secreto, y sin que jamás saliera de sus lábios un lamento.

III.

A esta clase pertenecía el joven del jardín de Azeglio. Hacía pocos meses que se hallaba en Florencia, empleado de escribiente en el bufete de un abogado que le daba noventa pesetas al mes. Era de Palermo, donde había hecho sus primeros estudios y perdido á sus padres siendo aún niño.

No le quedaban más parientes que un tío, el cual le había recogido y mantenido de mala voluntad algunos años, haciéndole entender luego con muy poca amabilidad, que había en casa una persona que pesaba sobre él. Instigado entonces el muchacho por un amigo suyo de Florencia para que fuera en busca de empleo en este gran mar de la capital, salió de Palermo con algun ciento de pesetas y con muchas esperanzas. Llegado á orillas del Arno, despues de mucho subir y bajar, perdió las esperanzas y hubo de contentarse para vivir con copiar. Su amigo se había vuelto á Sicilia ha-

cía pocas semanas, y el pobre escribiente se quedó en esta ciudad desconocida.

Apenas si llegaba á los veinte años, pero aparentaba bastante más, como pasa á todos los que han debido trabajar mucho para poder vivir.

Su inteligencia era pronta y abierta; no carecía de cultura, por mas que se había visto obligado á abandonar las clases cuando precisamente empezaba á entender y á estudiar. Le había quedado en la cabeza lo que generalmente queda á todos los que tienen que abandonar los libros por el trabajo, precisamente en el tránsito de la adolescencia á la juventud: alguna fecha histórica, algun verso del Dante y algun que otro nombre de los escritores contemporáneos más populares. Pero tenía cierta penetración modesta y reservada, poco comun, y con la cual, sin traspasar jamás los límites del poco saber, se consigue tenerlo siempre escondido; de esta suerte, se puede tomar parte en cualquiera conversacion sin decir nunca despropósitos, y se sabe callar, de modo que no aparezca como vergonzosa ignorancia.

Sus noventa pesetas al mes, le bastaban; comía por cuarenta en un pequeño restaurant; por diez y ocho había encontrado una habitacion en el piso cuarto de una calle extraviada, en casa de cierta familia pobre que vivía de una pequeña pensión y de algunos cuartejos de economías. Se componía la familia de una vieja, viuda de un em-

pleado florentino, casi siempre enferma, y de una muchacha de diez y ocho años, que no hacía otra cosa más que asistir á su madre.

Esta había opuesto alguna dificultad á recibir en la casa al nuevo inquilino, porque nunca alojó sino huéspedes viejos, con los cuales podía hablar de sus males y recibir consuelos y auxilios, cuando ocurría, aunque de puras palabras; y porque por otra parte, un jóven hubiera dado que decir á las gentes de la vecindad, teniendo que echarse encima la molestia de estar siempre con cien ojos. Pero desde la primera vez que había visto á Alberto, le pareció tan quieto, tan reservado, que despues de un momento de duda, se había decidido á darle habitacion. La hija, por su parte, no había hecho instancia alguna, ni mostrado deseos para que entrase en casa con preferencia á otro; esto le había tambien inducido á consentir.

—No tiene bueno más que los ojos—había dicho la muchacha el dia de su entrada en la casa.

Era un inquilino que causaba pocas molestias. Seretiraba á eso de las nueve de la noche, daba las buenas noches, y se largaba á la cama á escape; á la mañana, al salir el sol, ya estaba fuera de casa. Lo mismo al entrar que al salir, no hacía el más mínimo ruido. En su cuarto, cuando la madre y la hija entraban para hacer la cama, todo estaba en su sitio lo mismo que lo habían dejado el dia anterior, como si nadie hubiera entrado en la ha-

bitación. Los muebles estaban limpios, la ropa cepillada y doblada, de modo que á las mujeres apenas les quedaba nada que hacer. Pocos trajes, escasa ropa blanca y de clase inferior, dos ó tres libros y un baul pequeño, eran todo su ajuar; en todas sus cosas se echaba de ver un cuidado continuo y esmerado, y la lucha obstinada del cepillo, del jabon y de la aguja, contra el tiempo, las sillas y las mesas de estudio.

—Pobre jóven—exclamaba la vieja—bien se ve que no anda muy bien de cuartos; pero no le falta el juicio.

La hija, los primeros días, le decía que para ser tan ajustado á los veinte años, era preciso no tener sangre en las venas, y que para ella los hombres que roban el oficio á las mujeres, no le agradaban; pero al cabo de haber repetido muchas veces estas palabras, una mañana había añadido:

—Sin embargo, un jóven que vive de este modo... es simpático!

Casi había trascurrido un mes desde su entrada en la casa, y entre él y sus huéspedes no se habían cruzado más palabras que buenos días y buenas noches. Una vez, la madre tuvo un acceso fuerte de su mal de siempre, y suplicaron al jóven que tuviera la bondad de ir á avisar al médico. Fué, volvió con el médico, y luego que salió de la casa, Alberto se quedó en la habitación al lado del lecho de la enferma. La muchacha ne-

cesitaba bajar á la calle en busca de ciertas medicinas. Antes de bajar, quitó la luz de encima de la mesa, porque su madre no podía resistirla, y la puso al lado de la cama, cerca de Alberto, y luego se dispuso á salir. Desde la puerta, aprovechando la oscuridad en que estaba envuelta, volvió la cabeza para mirar al inquilino.

—¡Oh! ¿quién es aquel?—se preguntó á sí misma maravillada.

La luz, iluminando de abajo á arriba la cara del jóven, daba una penumbra á su piel y una viveza de expresion, tan extraña, que parecía transformado.

—Parece guapo —añadió la muchacha, y se fué.

Cuando volvió, empezó á hablar con él, mirándole atentamente. Se separaron á hora muy avanzada, y ella volvió á decirse:

—No tiene en verdad nada de bueno más que los ojos... y la voz.

De este modo, unas veces por efecto de la manera de estar iluminada su fisonomía; otras por la expresion que tomaba en una nueva actitud; otras por el timbre especial de alguna palabra, se fué poco á poco trasformando á sus ojos, hasta tal punto, que al cabo de dos meses, ya no le parecía el mismo de la primera vez, á quien habían acogido con indiferencia y aun mirado con displicencia no pocas veces.

La madre caía enferma de cuando en cuando,

y siempre él era el encargado de ir á buscar al médico y de acompañar á la paciente cuando la hija tenía que salir á buscar las medicinas. Así se engendró entre todos una cierta confianza. La vieja había comenzado á abrir los ojos; pero encontrándose con que nada absolutamente le obligaba á tenerlos abiertos, los había vuelto á cerrar. A menudo mostraba agradecimiento á su inquilino por las atenciones que le prestaba, y madre é hija hablaban de ello con afecto. Acabaron por hacer conversacion los tres sobre este tema; todas las noches, sentados alrededor de la mesa; la madre haciéndose cargo de los chismes y cuentos de las vecinas, el jóven, de su Palermo, la muchacha de tonterías que hicieran sonreír á Alberto, para poderle mirar sus ojos, mientras él la miraba á ella. Además de los buenos ojos y de la hermosa voz, había descubierto la sonrisa simpática y las maneras «verdaderamente distinguidas.»

Una noche estaban asomados juntos á la ventana mirando hácia abajo; estaba oscuro y llovía; no se veía alma viva. De pronto relampagueó en el fondo de la calle una vivísima luz trémula; eran las antorchas de la Cofradía de la Misericordia.

—¡Qué noche tan melancólica!—murmuró la muchacha, volviéndose de espaldas á la ventana —es una de esas noches en que quisiera dormir-

me y no despertar más... ¡Nunca ha tenido usted un sentimiento semejante?

El jóven sonrió; luego murmuró:

—Vd. aún tiene á su madre; ¿cómo le pueden ocurrir estas ideas?

—¡Y Vd. ya no la tiene?

—Ya no me queda nadie.

La muchacha sufrió una conmocion por el tono con que fueron pronunciadas estas palabras; le miró, y dijo en voz baja:

—Nunca lo habría dicho.

Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Ni aun hermanos tiene Vd.?

—No.

—Tendrá amigos en Florencia...

—Tampoco.

—¿Pero cómo es posible vivir sin querer á alguien?

—¿Y por dónde supone Vd. que yo no quiero á nadie?

La muchacha lo miró fijamente, sonrió, trató de levantar el brazo para arreglarse el pelo; no pudo, estaba aprisionada; la otra mano, tampoco; bajó sus ojos, volvió á levantarlos, no había ya nadie: huyó ella tambien. Desde este dia, todo cambió en aquella casa; pensamientos, caras, hechos, conversaciones; la madre abrió por tercera vez sus ojos, y con los ojos su corazon á una lejana esperanza; las conversaciones se prolongaban cada no-

che hasta una hora más avanzada; la confianza llegó á ser intimidad, y solo una vez hubo un poco de mal humor en una de las dos partes. La madre propuso al inquilino que le harían la comida en casa: él rehusó; al cabo de dos días, se restableció la paz.

Los dos jóvenes eran ambos pequeños y morenos; él, sério; ella, alegre y muy guapa; se llamaban Alberto y Julia.

IV.

Algunos días antes de la ocurrencia en el jardín de Azeglio, volvió una tarde Alberto á casa con el semblante descompuesto, antes de la hora acostumbrada, y se encerró en su cuarto sin decir palabra. A la mañana siguiente se levantó muy temprano, y trató de salir de casa sin ser visto; pero la muchacha, que estaba en guardia, le detuvo; primero con aire jugueton de autoridad, luego con acento conmovido de súplica, intentó que le dijera todo lo ocurrido. Alberto, más sério y también más afectuoso que de costumbre, le respondió que nada le había pasado, que la noche antes se sentía algo malo, y que el descanso le había restablecido por completo. Aún estaba pálido y tenía encendidos los ojos. Julia no creyó lo que le decía. Suplicó una vez más, le cogió las manos, vertió alguna lágrima, pero inútilmente; él le apretó la mano, la miró con ternura, y se fué sin decir palabra. Desde este día no

parecía el mismo. Sus hábitos cambiaron; se retiraba unas veces más tarde, otras más temprano que antes; rara vez hablaba; y aun cuando se esforzase en parecer, si no alegre, tranquilo, bien se echaba de ver con solo mirarle, que estaba agitado y triste. La muchacha le suplicaba:

—¡Habla! ¡Dime qué es lo que tienes! ¡No me hagas sufrir!

Por su parte, él suplicaba aún con más calor á Julia que no se preocupase del cambio que había experimentado, debido únicamente á un mal-estar pasajero. Cada día que pasaba, se ponía más pálido y melancólico, y el esfuerzo que hacía por sonreír y por hablar, aparecía siempre más evidente y más doloroso. La tarde en que ocurrió la escena del jardín, volvió á casa anticipadamente, y Julia le suplicó una vez más y con mayor ternura que nunca, que hablase; él le respondió con voz cansada y temblorosa:

—Dentro de algunos días... hoy es imposible.

Se encerró en su cuarto, dejando á la pobre muchacha desolada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, había ya salido de casa.

V.

La madre, aunque no estaba sino para pensar en sus males, advirtió también el cambio que Alberto había experimentado, y más de una vez había hablado de ello con su hija aunque no le daba gran importancia.

—Es una de esas melancolías—decía—que acomete á todos los muchachos; cualquier día le pasará.—Julia, sin embargo que tenía el ojo listo y el cariño para adivinar lo que pasaba, no era del mismo parecer; el corazón le presagiaba algún suceso siniestro, llegando á tal punto su ansiedad, que comprendiendo que no podría resistir en tal estado, se resolvió á averiguar la verdad á toda costa, aun teniendo que amenazarle con que dejaría de quererle y se separaría de él para siempre.

Llegó la noche. Julia y su madre estaban cenando, sentada la una frente de la otra, alumbradas por una pequeña luz de aceite. La madre

parecía el mismo. Sus hábitos cambiaron; se retiraba unas veces más tarde, otras más temprano que antes; rara vez hablaba; y aun cuando se esforzase en parecer, si no alegre, tranquilo, bien se echaba de ver con solo mirarle, que estaba agitado y triste. La muchacha le suplicaba:

—¡Habla! ¡Dime qué es lo que tienes! ¡No me hagas sufrir!

Por su parte, él suplicaba aún con más calor á Julia que no se preocupase del cambio que había experimentado, debido únicamente á un mal-estar pasajero. Cada día que pasaba, se ponía más pálido y melancólico, y el esfuerzo que hacía por sonreír y por hablar, aparecía siempre más evidente y más doloroso. La tarde en que ocurrió la escena del jardín, volvió á casa anticipadamente, y Julia le suplicó una vez más y con mayor ternura que nunca, que hablase; él le respondió con voz cansada y temblorosa:

—Dentro de algunos días... hoy es imposible.

Se encerró en su cuarto, dejando á la pobre muchacha desolada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, había ya salido de casa.

V.

La madre, aunque no estaba sino para pensar en sus males, advirtió también el cambio que Alberto había experimentado, y más de una vez había hablado de ello con su hija aunque no le daba gran importancia.

—Es una de esas melancolías—decía—que acomete á todos los muchachos; cualquier día le pasará.—Julia, sin embargo que tenía el ojo listo y el cariño para adivinar lo que pasaba, no era del mismo parecer; el corazón le presagiaba algún suceso siniestro, llegando á tal punto su ansiedad, que comprendiendo que no podría resistir en tal estado, se resolvió á averiguar la verdad á toda costa, aun teniendo que amenazarle con que dejaría de quererle y se separaría de él para siempre.

Llegó la noche. Julia y su madre estaban cenando, sentada la una frente de la otra, alumbradas por una pequeña luz de aceite. La madre

tenía vendada toda la cabeza de modo que apenas se le veía la cara, acurrucada en un viejo sillón antiguo, con la barba pegando casi con la orilla del plato y los ojos á medio cerrar; en la pared opuesta se destacaba la sombra alargada de Julia con el peinado en desórden; la habitacion estaba casi á oscuras, sin oirse más ruido que el tic-tac del reloj de pared.

A poco se oyeron los pasos de Alberto que subía; abrió la puerta presentándose en la habitacion.

—¡Ya era hora!—exclamaron á una ambas.

Alberto se sentó cerca de la mesa; Julia le miró lanzando un grito:

—¡Dios mio! ¿qué tiene?

Alberto se esforzó por sonreír y contestó con dulzura:

—No me pasa nada.

—¡Es imposible! tiene Vd. una cara de muerto, que dá miedo!—Exclamó Julia levantándose.

—Te suplico...—murmuró Alberto cogiendo la mano de Julia;—séntate... te aseguro... que no tengo nada...—

Julia se sentó, separó hácia un lado el plato y se cruzó de brazos con aire desdeñoso.

—¿Quiere tomar un sorbo de vino?—le preguntó la madre.

Alberto se lo agradeció, haciendo demostracion de que no quería. Dirigiendo luego su mira-

da llena de ternura y de tristeza á Julia, abandonóse en una actitud que revelaba la postracion más profunda de ánimo; la muchacha no pudo contenerse, se levantó, encendió una luz y dijo resueltamente á su madre:

—Perdóname madre, es preciso que yo hable un momento con Alberto.

La madre, alzando con trabajo la vista, miró á ambos, diciendo:—Melancolías.—Alberto entró en la habitacion con la muchacha, dejando abierta la puerta. Apenas entró se dejó caer sobre una silla; Julia se sentó delante de él y cogiéndole las manos le dijo en voz baja, y precipitadamente:

—Confíate á mí, te lo suplico por última vez; es imposible que de esta suerte sigamos adelante... No digas que no te sientes bien; no me basta, quiero saber el por qué; no es posible que falte una razon y algo ha ocurrido; te ruego que me lo digas, no me hagas sufrir más, bastante he sufrido ya. ¿No tienes confianza en mí? Si no cuentas tus secretos á las personas que te quieren bien, ¿á quién irás á confiárselos?

Alberto por toda respuesta, le besó una mano; ella la retiró.

—¿Quieres que te diga—repuso—lo que te ha ocurrido?—Lo he adivinado. Algun disgusto grave has tenido en el bufete. El principal te ha reprendido injustamente, te has resentido, él te ha

dicho alguna palabra ofensiva y tú por no perder el empleo has tenido que callarte; hé aquí el motivo de tu sufrimiento. Dime si puedes, que no es cierto. ¡Quién duda que lo he adivinado!

—No,—respondió Alberto con débil voz y cogiendo de la mano á Julia.

—Entonces...—añadió ella—ya sé por qué. Es otro el motivo. ¿Quieres que francamente te lo diga? ¡Has jugado!—Y se le quedó mirando fijamente.—Has jugado, has perdido, y has adquirido deudas que no puedes pagar. Confiérame que esto es lo que ha pasado, pero. ¿y por qué no me lo has dicho enseguida? Bien podías comprender que lo poco que nosotras podamos hacer por tí, estábamos dispuestas á hacerlo con el alma y la vida. Por mi cuenta, mira, aun cuando en toda la casa no quedara más que un jergon para dormir y cuatro trapos para tapar mis carnes... No, no te sonrías no puedes figurarte qué daño me hace esa sonrisa; no digo nada que no esté dispuesta á hacer mañana mismo, esta misma noche si quieres ponerme á prueba... conozco bien á mi madre. Dime que has jugado.

Alberto indicó que no con la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Si no es así, ¿qué puede ser entonces?—continuó Julia, haciéndole retirar las manos de la cara;—¿alguna promesa que has hecho que ahora

no puedes cumplir? Un proyecto, por ejemplo, que tuvieras en la cabeza, contando para llevarlo á cabo, ¿qué se yo?... ¿Un ascenso en tu empleo, que esperabas como seguro y hoy has perdido toda esperanza? ¿Es esto? ¿Un proyecto en que yo entrase quizá? Por Dios, fijate en lo que me obligas á decir. Si por acaso fuese esto, te doy mi palabra, te juro por lo más querido que haya para mí en el mundo, que siempre te profesaré igual cariño, ocurra lo que ocurra y sea cualquiera el estado en que te encuentres... ¡No tienes más que veinte años! ¡Queda tanto tiempo! ¡No hay para qué preocuparse...!

Alberto puso una mano sobre un hombro de la muchacha, le miró en los ojos y murmuró...

—¡Julia querida! Si te dijera lo que tengo... te afligiría demasiado. Déjame solo; te lo ruego; te prometo que llegaré un día en que te lo diga todo; ahora no puedo, me falta valor...

Julia se levantó de repente; corrió hácia la puerta; miró en la habitacion inmediata; su madre dormía. Cerró la puerta, y se arrojó de rodillas delante de Alberto.

—Por última vez—prorumpió anegada en llanto—te lo exijo; dime lo que tienes. ®

Alberto se quedó pensativo, mirándola un momento; se conmovió como si se hubiera resuelto á hablar; abrió su boca...

—¡Qué!—exclamó vivamente Julia.

—Mirame...—respondió Alberto con voz muy débil.

Julia se separó hácia un lado, con objeto de que la luz iluminase por completo el semblante de Alberto; le miró atentamente, y cogiéndole por ambas manos, exclamó aterrada:

—¡Sufres mucho! ¡Tienes necesidad de que te vea el médico, Alberto! ¡Qué tienes? ¡Qué sientes?

Alberto dejó caer su cabeza sobre el hombro de Julia.

—¡Dios mio!—é intentaba vanamente levantarlo.—¡Madre! ¡Madre!

—No, no la llames—murmuró Alberto sin levantar la cabeza y echándole los brazos al cuello...—todo te lo diré.

—¡Pronto!

—Oye—continuó el jóven, con la voz tan baja que apenas si se oía—me cuesta una violencia, que no puedes imaginar... el tenerte que decir... No lo siento por mí, Julia, sino por tí... Tú me lo perdonarás... Creía que tendría valor... para callarme siempre; me faltan los ánimos... he esperado hasta lo último... dime que me perdonarás.

—¡Oh, sí, sí!—respondió Julia llorando.—¡Habla!

—Pues bien... tengo que decirte una cosa... que no puedo decirte mirándote... apoya tu cabeza aquí... así...

Julia apoyó su cabeza sobre el pecho del jóven, el cual acercó sus lábios al oído de ella. Permanecieron algun tiempo inmóviles en aquella postura; ella con la cara vuelta hácia arriba y los ojos á medio cerrar, como si durmiera; él con la cabeza inclinada y los cabellos en desórden sobre su frente. No se oía más que la afanosa respiracion de Julia, y el monótono gemido de su madre, que dormía en la habitacion inmediata. Era la primera vez que la estrechaba entre sus brazos, y por un momento la dulzura de aquel abrazo fué tan viva para ambos, que casi suspendió en ellos el diverso dolor que les agitaba; las mejillas de Julia se pusieron encendidas, y su boca se entreabrió con ligera sonrisa; Alberto la besó, y retiró súbitamente su cara como si se hubiera abrasado; volvió en sí, lanzó un ronco gemido, y bajando su cabeza con profundo abandono, murmuró al oído de Julia:

—¡Tengo hambre!

Julia se puso en pié de un salto, lanzando un grito; se quedó inmóvil, inclinada, esperando, y con los ojos fijos en los de Alberto, que se cubrió el rostro, exclamando con acento desconsolador:

—¡Ah, no debía haberlo dicho, Julia, perdóname!

La muchacha dió un grito más agudo, verdaderamente desgarrador, y cayó de rodillas á los piés de Alberto; le besó, se levantó, miró en der-

redor, hasta que por fin rompió á llorar, gritando á la vez:

—¡Me vuelvo loca!

Corrió hácia la puerta, llamando en alta voz:

—¡Madre! ¡Madre!

Retrocedió de nuevo para besar á Alberto; volvió á dirigirse á la habitacion inmediata, y otra vez con pasos precipitados deshizo su camino, trayendo cogido el delantal con ambas manos; vaciló y cayó.

En el mismo instante asomaba su madre por la puerta.

Alberto, pálido, con los ojos fijos en Julia y los brazos caidos, parecía fuera de sí; Julia estaba arrodillada, con la cabeza abandonada sobre las rodillas de él, inmóvil; á uno y otro lado, esparcidos por el suelo, se veían pedazos de pan y frutas, que la muchacha había dejado escapar al caer.

VI.

El bufete en que trabajaba Alberto, se hallaba en una de las calles más solitarias de Florencia. Trabajaban con él otros tres ó cuatro muchachos, entre pasantes y escribientes, con los cuales tenía poca intimidad, porque eran de distinta índole y de distintos hábitos. El abogado, propietario del bufete, era hombre como de cincuenta años, de aspecto severo, modales bruscos y pocas palabras; pero de buen fondo, según decían, justo, y á veces se mostraba afable con sus subordinados; á condicion, sin embargo, de que no le contradijeran nunca, y de que supiesen esperar la reparacion de la injusticia para cuando espontáneamente surgiera el arrepentimiento en su conciencia, y sin que mediara reclamacion ni protesta alguna de parte de los demás; hombre honrado, en una palabra, con orgullo y génio irascible, por lo cual inspiraba más temor que cariño. En los jóvenes que tenía á su lado, le agradaba más que la

laboriosidad y el recogimiento, la deferencia manifestada en la actitud modesta y en las palabras obsequiosas. Hé aquí por qué no había nunca congeñado con Alberto, que solía obedecer en silencio, saludar sin una sonrisa, y mostrarse respetuoso sin inclinarse. El otro escribiente (eran dos) le había caído más en gracia; á él le confiaba con preferencia los trabajos extraordinarios que daban alguna pequeña ganancia además del sueldo mensual. Era presuroso, sonriente y flexible; prevenía con admirable rapidez todo; reflejaba con la prontitud del espejo todas las sonrisas del abogado; repetía con la fidelidad del eco la última palabra de todas las frases; vestía con cierto buen aire, y sin llevar los gabanes y pantalones que Alberto solía vestir, descoloridos y sin pelo, que parecía un milagro el que se sostuvieran las puntadas, como si quisieran echarle en cara la mezquindad del sueldo que recibía. Este era, pues, el predilecto, y el que gozaba su intimidad. Alberto le miraba por esto con ojeriza, no porque le causara envidia la predileccion, que era su alma incapaz de sentir envidias, sino por la maligna ostentacion que el otro hacía de sus privilegios, prodigando perpétuamente una ligera sonrisa de benevolencia protectora, más insolente todavía que la soberbia. Tenía algun año más que Alberto, era petimetre é iba siempre vestido como un *sietemesino*, alegre, charlatan y fastidioso.

Una mañana lluviosa, á fines de Marzo, siete dias antes de que ocurriera en casa de Julia el suceso que hemos referido, hacía frio y se había encendido el fuego en todas las chimeneas del bufete; Alberto escribía en una habitacion inmediata á la del principal, poco separada de la del otro escribiente, que á cada paso se levantaba á calentarse. Se presenta de pronto sobre el umbral de su gabinete el abogado, y con el mismo entrecejo indicó á Alberto que le necesitaba. Se levantó Alberto y se fué al gabinete. Se sienta el abogado delante de su mesa, que estaba frente á la estufa, y comienza á buscar entre sus papeles, diciendo:

—Tengo que darle una cosa para copiar.

Alberto estaba derecho como un recluta, á un paso de distancia de su silla.

—No está—dijo el abogado, y cerrando con fuerza un libro grueso de cuentas que tenía delante, se levantó y salió.

Poco despues volvió con una hoja de papel en la mano, y diciendo:

—Aquí está—y se lo alargó á Alberto, haciendo indicacion con la mano para que lo copiase.

Alberto se volvió á su mesa y comenzó á copiar. A los pocos instantes oyó en el gabinete del abogado un ruido confuso como de libros y pliegos que se echan confusamente unos sobre otros, voces de impaciencia, bufidos, y luego silencio; á poco, nuevamente el rumor, más fuerte cada vez

y más precipitado, y otra vez el silencio; finalmente oyó su nombre. Corre al gabinete, y se plantó como siempre, delante de la mesa, diciendo:

—A sus órdenes.

El abogado le miró. Alberto que no estaba habituado á la mirada de aquel hombre, á quien sabía que no era simpático, se puso encendido.

—Dígame la verdad,—dijo el abogado severamente, bajando los ojos sobre la escribanía.

El jóven le miró estupefacto. El abogado fijó en él su mirada nuevamente, contrajo el entrecejo, pareció un momento incierto y luego prosiguió con tono resuelto:

—Dígame la verdad... y quedará sepultada entre Vd. y yo para siempre.

—¡No entiendo!—respondió el jóven sonriendo.

Hay momentos desgraciados en que basta solo el más fugitivo indicio para cambiar una vana sospecha en una certeza profunda, definitiva, ciega, que arranca de los labios palabras fatales.

—Aquí—dijo con vivacidad el abogado—había un billete de cien pesetas.

—¡Oh!—exclamó el jóven, pálido y haciendo un gesto vigoroso como para rechazar de sí aquella sospecha.

El abogado le miró como para leerle en su alma.

—¡Señor abogado!—gritó Alberto con una voz que no parecía la suya—¡le prohibo mirarme de ese modo!

—Solo yo—respondió imperiosamente el abogado—puedo decir aquí: ¡prohibo! ¡Y yo le prohibo volver á poner los piés más en mi bufete!

—¡Pero fíjese en lo que hace, por amor de Dios!—gritó Alberto con acento suplicante y desesperado.

El abogado, trémulo, le mostró la puerta. Los otros muchachos acudieron; Alberto les miró, miró de nuevo al abogado, hizo un esfuerzo por hablar, no pudo, se dió un gran golpe en la frente y salió con pasos precipitados.

—¡Váyanse!—dijo bruscamente el principal á los jóvenes; y se quedó solo. Permaneció inmóvil, pálido, con los ojos fijos en la puerta. La ira desapareció pronto, le asaltó de improviso una duda, se puso á buscar de prisa, con fúria, sobre la mesa, debajo, alrededor y por entre los libros; no halló nada, lanzó un suspiro, se abandonó sobre la silla jadeante.—¡Estaba aquí—murmuró dando un golpe con la mano sobre la mesa—aquí, no puedo haberme engañado!—Y volvió luego á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse, y el abogado no hizo más conversacion sobre él. Creyendo que nadie había oído las palabras que habían sido la causa de la cuestion—

aquí había un billete de cien pesetas—á nadie se lo reveló. Rebuscó el billete, pero siempre inútilmente; no había lugar á duda; al contrario, tuvo varias veces intencion de hacer venir á Alberto para obligarle á confesar. Pero cuando se representaba la imagen de aquella cara desfigurada y pálida y de aquel gesto imperioso, un sentimiento de temor secreto, más fuerte casi que su certeza, le hacía desistir de su intento.

Esta había sido la causa del cambio que Alberto experimentó y de todo lo ocurrido despues. No había vuelto más al bufete, ni había encontrado á nadie de los que le componían.

Y Julia, la noche del hambre, lo supo todo.

VII.

Vivía por entonces en una elegante habitacion de la calle de Santa Reparada cierto jóven napolitano, que había venido á Florencia á estudiar lenguas y á consultar documentos para una obra de crítica literaria que hacía tiempo le tenía ocupado. Más de un año hacía que había llegado á Florencia y ya contaba con muchas relaciones; frecuentaba pocas, y una vez una, y otra otra, segun le gobernaba el variable humor que tenía y la violenta pasion por los estudios de que estaba poseido, interrumpida de vez en cuando por impetuosa atraccion hácia la vida desarreglada. Su casa era fiel expresion de su índole y de su vida. Muchos libros, todos en monton sobre una mesa, desencuadernados, con las hojas sueltas; encima del monton de libros la ropa limpia que apenas hacía una hora había traído la planchadora; sobre la ropa un sombrero de copa con señales de haberle pasado el cepillo á contrapelo; un

aquí había un billete de cien pesetas—á nadie se lo reveló. Rebuscó el billete, pero siempre inútilmente; no había lugar á duda; al contrario, tuvo varias veces intencion de hacer venir á Alberto para obligarle á confesar. Pero cuando se representaba la imagen de aquella cara desfigurada y pálida y de aquel gesto imperioso, un sentimiento de temor secreto, más fuerte casi que su certeza, le hacía desistir de su intento.

Esta había sido la causa del cambio que Alberto experimentó y de todo lo ocurrido despues. No había vuelto más al bufete, ni había encontrado á nadie de los que le componían.

Y Julia, la noche del hambre, lo supo todo.

VII.

Vivía por entonces en una elegante habitacion de la calle de Santa Reparada cierto jóven napolitano, que había venido á Florencia á estudiar lenguas y á consultar documentos para una obra de crítica literaria que hacía tiempo le tenía ocupado. Más de un año hacía que había llegado á Florencia y ya contaba con muchas relaciones; frecuentaba pocas, y una vez una, y otra otra, segun le gobernaba el variable humor que tenía y la violenta pasion por los estudios de que estaba poseido, interrumpida de vez en cuando por impetuosa atraccion hácia la vida desarreglada. Su casa era fiel expresion de su índole y de su vida. Muchos libros, todos en monton sobre una mesa, desencuadernados, con las hojas sueltas; encima del monton de libros la ropa limpia que apenas hacía una hora había traído la planchadora; sobre la ropa un sombrero de copa con señales de haberle pasado el cepillo á contrapelo; un

gran retrato de Luis Ariosto, su poeta predilecto, colgado de la pared; bajo el retrato, un mapa, descolgado de uno de los dos clavos que debían sostenerle, y yendo á meterse la punta inferior correspondiente en el tintero olvidado encima de la silla. Sobre la chimenea, sobre las mesas, sobre la cama, por todas partes, prendas de vestir, papeles, pedazos de periódicos, sobres rotos; y densa nube de polvo salía de todas partes donde se soprase ligeramente ó donde se diera un golpe.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días del mes de Abril; nuestro personaje se levantaba de la cama con los ojos hinchados, la cabeza pesada y mal sabor de boca. Después de mirarse al espejo, entró en la sala que le servía de cuarto de estudio, arrojó por la ventana una horquilla que encontró por el suelo, bostezó larga y sonoramente, y se abandonó sobre una butaca, poniendo una pierna sobre la otra, cruzando los brazos, y tomando aire pensativo. De repente vió una carta que tenía sobre la mesa, la cogió, mira, se fija en la firma y comenzó á leerla.

Los primeros renglones no los entendió; á tal extremo llegaba el estado de adormecimiento de su cerebro. Poco á poco fué penetrando el sentido.

«...Veamos—decía la carta—¿de que puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿La

salud? Tiene aún para derrochar. ¿El dinero? Cuenta con lo necesario. ¿La estimación pública? Pocos logran la que Vd. á su edad. ¿Amigos? Tiene muchos y sinceros. ¿Ingénio? Se distingue por esto, su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene más que ponerse á buscarlo. ¿Qué le falta, pues? ¿Quiere Vd. que yo se lo diga? La disciplina. Es Vd. demasiado dueño de su tiempo para la edad que cuenta; demasiado libre, porque tiene muy pocos deberes que cumplir y demasiado pocos sacrificios que hacer; de aquí nacen sus melancolías, sus decaimientos y sus lamentaciones, que son como verdaderos ultrajes á la Providencia. Créalo; si Vd. tuviese, como otros muchos jóvenes, que ganar el pan trabajando, si tuviera una familia en que pensar, una madre enferma que asistir, ó qué sé yo, no le sobraría el tiempo para escribir cartas como la que me ha escrito en un momento de abandono y de cansado tedio *leopardiano*. Necesita Vd. disciplina, lo repito, y freno. Emprenda un estudio severo, fatigoso, que le obligue á pensar y á trabajar, imponiéndose la obligación de estudiar tantas y tales horas al día; ateniéndose á ello con rigor, dominándose, y dejando á un lado, al ménos por algun tiempo, los libros que le encienden la imaginación; sobre todo, propóngase una regla de vida segura y constante; no viva al día; con Musset entre las manos hoy; mañana, con Lamennais; por la noche, de

crápula con los amigos; á la tarde siguiente, á la puerta del convento de Fiesole meditando sobre la vanidad de los placeres mundanos. Mucho trabajo entre manos y todos los días, y no solamente trabajo que le agrade; forme un proyecto vasto que le obligue á investigaciones largas y pacientes, y empiece pronto, plantando un *quiero* formidable en medio de su alma, como *sólida columna diamantina*. Y persuádase de una vez para siempre, que la pequeña felicidad que se puede gozar en este mundo, está en la tranquilidad, en el orden y en la seguridad de la conciencia; y que quererse rebelar contra esta ley es dar vueltas en una jáula de hierro, de la cual pueden hacerse rechinar las barras con un esfuerzo gigantesco, torcerlas y ensangrentarlas; pero salir, jamás. No malgaste la salud, el ingenio, y su corazón ardiente y noble en luchas inútiles; recójase, fortifíquese, y desaparecerán las melancolías, y podrá Vd. sostener una alegría bienhechora, que le hará hermosa la vida."

El jóven se encogió de hombros, y poniendo la carta á un lado, tomó la actitud pensativa de antes. Al cabo de algun tiempo, se conmovió, abrió un libro y comenzó á leer. Volvió luego á cerrar el libro, y lo tiró contra la pared; cogió una hoja de papel llena de apuntes, y la hizo pedazos; se levantó y púsose á pasear con pasos precipitados. Luego se detuvo, diciendo con despecho:

—¡Pero qué hago aquí, consumiéndome por

dentro? Animo, fuera, á la luz del sol, en medio de los hombres, á vivir como uno de tantos, maldito topo de biblioteca—y se fué al cuarto de vestir.

En este momento oyó llamar á la puerta, se vistió de prisa, y volvió al salon, gritando:

—Adelante.

Se abrió la puerta, y asomó un semblante que él no conocía.

—Adelante—repitió con tono brusco el jóven, viendo dudar al desconocido.

—Perdone—preguntó tímidamente—¿es usted el señor ***?—diciendo su nombre.

—Yo soy—contestó el jóven napolitano.

—Vd. tuvo la bondad—murmuró humildemente el recién venido—de darme su tarjeta, hace días en el jardín de Máximo de Azeglio.

—¡Cómo!—exclamó el otro con maravillosa alegría—¿es Vd. el caballero que estaba sentado en el banco?

—El mismo,—respondió Alberto.

El napolitano le alargó una silla, diciéndole con acento de curiosidad:

—Me dirá Vd. ahora lo que le había ocurrido. Pero antes de todo, ¿á qué debo el placer de verlo? ¿En qué puedo servirle?

Alberto dudó un momento y luego dijo precipitadamente poniéndose encendido:

—Tendría que hablar muy largo... No obstante,

debo suplicarle que me perdone si aquella noche correspondí tan mal á su bondad... No sabía lo que me hacía...

El jóven le obligó á sentarse.

—Dígame francamente lo que tenga que decirme.

—Se lo agradezco,—dijo Alberto haciendo ademán de alargar la mano pero retirándola con presteza;—tuve antes de ahora la intencion de venir á verle; no se me había olvidado, se lo aseguro; pero me faltó el valor porque... el favor de que habría tenido necesidad dias pasados, me hubiera costado un esfuerzo demasiado grande el pedirselo... Ahora sin embargo... Es verdad que quizá vengo ahora á causarle una molestia mayor...

—No me hable Vd. de fastidio; dijo con vivacidad el jóven, en quien la fisonomía abierta y severa de Alberto le había inspirado desde el principio una confianza completa;—dígame lo que quiere, libremente, como á un amigo.

—Pues bien, le contaré todo,—comenzó Alberto, y despues de decir su nombre y cómo había venido á Florencia y cómo había vivido hasta entonces, dónde estaba y con quién, contó cosa tras cosa, con voz temblorosa y el semblante encendido, lo que le había ocurrido en el bufete.

El jóven napolitano hizo un gesto de maravilla y de disgusto.

—No conozco á este abogado,—dijo luego interrumpiendo á Alberto que quería continuar;—¿pero por qué no volvió Vd., cuando se podía suponer que ya estuviera más tranquilo? ¿Por qué no fué Vd. á ver por lo ménos ó á tratar de averiguar si se encontró ó no el billete?

—Sería inútil—respondió Alberto.

—Pero...

—Si el abogado hubiese encontrado el billete, me hubiera llamado y pedido mil excusas; le conozco bien, es colérico, violento, pero honrado. No volvió á parecer el billete. El cree firmemente que yo lo cojí y solamente una prueba palpable podría convencerle de que se ha engañado; ya comprende Vd. que esta prueba es imposible dársela. Yo creo que el billete estaba ciertamente sobre la mesa poco antes de entrar yo en la habitacion; se escurriría entre los demás papeles, alguno le encontraría luego y se lo guardó; caería en el fuego; qué se yo, no sé qué pensar. Ocurren casos... De todos modos yendo á pedir una satisfaccion, no habría logrado nada. No había testigos, él estaba persuadido de lo que afirmaba, yo no tenía amigos en Florencia que pudieran atestiguar de mi honradez; todo el mundo le hubiera creído á él y no á mí...

—Y luego—preguntó el napolitano con afectuosa premura—¿qué fué de Vd.?

—Luego...—replicó Alberto, bajando la voz—

...Eran los últimos días del mes; no había cobrado el sueldo, no me quedaban en el bolsillo más que algunas pesetas... Era preciso pensar prontamente en la manera de vivir... Puse un telegrama á mi tío, diciéndole la extrema necesidad en que me hallaba de socorro... No obtuve respuesta. Busqué trabajo en varias oficinas, aun en los periódicos, para que me diesen algo que copiar, cortar noticias, corregir pruebas; en todas partes me contestaron que por el momento no necesitaban á nadie, que volviera dentro de una semana. ¡Figúrese! Yo que tenía, no digo los días, sino las horas contadas... Si á lo ménos me hubiera quedado el sueldo de un mes... en ese mes algo hubiera encontrado que hacer. No tenía más que veintisiete pesetas, y debía satisfacer el alquiler de la habitación, pues acostumbraba á pagarla ya vendida, y antes que faltar... Hubiera sido quitar el pan de la boca á aquella pobre mujer y á su hija, que viven estrechamente, y comen, puede decirse, con mis diez y ocho pesetas; no tuve ni un momento de vacilacion. ¡Qué hacer? Era preciso tratar de vivir lo más que pudiera con las nueve pesetas, buscando entretanto alguna colocacion. Tuve por un momento la idea de acudir á mis compañeros, porque no conocía otras gentes; pero ya comprende que en tales ocasiones todos se ponen de parte del principal, ¡y quién sabe! me habrían vuelto las espaldas, ó quizá algo peor; y

luego me repugnaba presentarme ante ellos sin poderme justificar... Los dos primeros días comí en la fonda, porque aún llegaba la cuota mensual que tenía pagada, y luego... Continuar allí comiendo de prestado, no había para qué hablar; porque en las casas de esta clase donde no concurren más que pobres diablos y bribones, si no se paga, no dan nada. No había camino posible; era preciso resignarse. Pues bien; tengo ahora que decirle una cosa que quizá le cueste trabajo creerla, y que es verdad. Con las nueve pesetas no podía pasar más de seis ó siete días, comiendo pan y frutas; comprendía bien que llegaría pronto el momento en que no me quedaría ni un sueldo; y sin embargo, no sé, no quería creerlo, me parecía oír una voz interior que murmuraba:—¡Es imposible!...

—¡Quién sabe, decía, lo que podrá ocurrir en este tiempo!—Segun se acercaba aquel día, esperaba con más fé algun acontecimiento imprevisto que viniera á sacarme del embarazo.—Y cuando me preguntaba:—¡Pero cuál será?—Mil—me contestaba á mí mismo.—Podía llegar mi tío á Florencia, podía recibir alguna carta con dinero, debía encontrar seguramente que me dieran enseguida trabajo y me pagasen por días. Cuanto más buscaba, ménos encontraba, y el vivir así, de pan y fruta, empezaba á sentarme mal, y lo que más sentía, era que en casa habían advertido que

algo extraordinario me ocurría, y no sabía ya cómo librarme de las continuas preguntas. Lo que me hacía sufrir aquella muchacha, cuando se acercaba á suplicarme y á llorar, no puede usted figurárselo. Cien veces estuve á punto de contarle todo, pero me detuve; á cualquiera otro se lo hubiera dicho, á ella no podía; creía morirme de vergüenza. Llegó finalmente el día fatal en que gasté el último sueldo... Precisamente aquel día tenía más certeza de que alguna cosa habría de ocurrir...

—¿Sufrir el hambre?—me decía.—¡Ah, necesito experimentarla para creerlo!—Por la noche me fuí á casa más temprano, dormí un poco agitado; á la mañana desperté lleno de esperanza y salí muy pronto. La conciencia de no haber hecho nada para merecer una humillacion como aquella, me daba una fuerza, un valor, de que no puede usted formarse idea; salí, y sin darme cuenta, me dirigí á la estacion. No sé por qué, se me había puesto en la cabeza que debía llegar mi tío ó algun amigo de Palermo. Llegó el tren, salió la gente, miré á todos uno por uno... Le aseguro—cosa extraña—que si alguien me hubiera escrito: —Llegaré mañana á tal hora, véte á esperarme—no hubiera esperado con más confianza. No ví á nadie, y me volví, comenzando á ir y venir, de la plaza de la Catedral á la de la Señoría, por la calle de Tornabuoni, la de Puerta Roja y la de

Cerretani, mirando á todos los que pasaban, como si buscase á alguno. Llegó el mediodía, pasó la hora del almuerzo, sin que me apercibiera. Solamente mi imaginacion era cada vez más viva, y sin notarlo, apresuraba el paso como si me urgiera llegar pronto á una cita. Fuí al correo, pregunté si tenía cartas; subí á la Biblioteca, pedí un libro y me puse á leer. No sé cómo me absorbió la lectura, hasta el punto de olvidarme de mi estado y volar el tiempo. Oigo de pronto un ruido que casi me causó miedo; la gente entregaba los libros y se dirigía hácia la puerta; se cerraba la Biblioteca. Me fuí. Era la hora de comer. Comenzaba por las calles á notarse el movimiento acostumbrado de la noche; los empleados que salían de los Ministerios, y un ir y venir de carruajes por todas partes, inmenso. Veía la gente que empezaba á entrar en las casas de comidas; este fué el momento más triste para mí; me sobrecogió una melancolía que casi sentía ganas de llorar; era la primera vez de mi vida que no podía comer. Pensaba en mi madre, en Palermo, en mi vida de muchacho, pareciéndome que no era la misma persona de entonces, cuando volviendo de la escuela á casa, encontraba siempre la mesa preparada. Se apoderó de mí una manía, una fiebre, que casi corriendo llegué exánime al jardín de la plaza de Azeglio.

—¡Cómo! Era aquella noche—gritó con voz

conmovida su atento oyente—¿y no me dijo usted nada?

—El jardín estaba lleno de niños, y no hay para qué yo le diga qué sentimientos y qué ideas despertaba en mi espíritu su alegría. Saqué del bolsillo el retrato de mi madre y le miré largo rato; luego sin saber por qué, metido en el sobre le puse en el sombrero; me sentía débil y cansado, quise probar á ver si dormía, y me dormí. Durante el sueño se me cayó el sombrero; el retrato creo que saltó fuera; pasó algún niño, y el resultado fué que cuando desperté ya no estaba allí. Pregunté, supliqué á las mujeres que se encontraban cerca que preguntasen á los niños, que me ayudasen á buscar; todo fué inútil, se fué la gente y me quedé solo. La pérdida de aquel retrato, en aquella situación, tal como me hallaba, fué para mí un dolor inmenso, me pareció de mal augurio; apercibiéndome entonces de que realmente estaba solo en el mundo y de que era un desgraciado. Luego se acercó Vd....

—Pero ¿por qué no me lo dijo?—repitió con ímpetu el jóven.

—Tuve tentacion de hablarle, pero me faltó el valor; solo de pensar que debía comenzar por decirle «tengo hambre»,—me hacía ahogar las palabras. Sus frases sin embargo me confortaron un poco. Volví hácia el centro de la ciudad; ya estaban encendidos todos los faroles, las tiendas ilumi-

nadas y las calles llenas de gente. Muchos salían de los restaurants alegres, con la cara encendida y hablando fuerte. Y iba y caminaba sin saber dónde ni por qué, como un sonámbulo. Encontré á alguno de los jóvenes que comían conmigo en el restaurant, me saludaron riendo y haciéndome indicacion de por qué no se me veía ya más por aquellos lugares—uno me preguntó si quería ir al teatro. Estuve paseando hasta muy tarde, luego decidí volver á casa, con el propósito de tener ánimos para contárselo todo á la madre y á la hija.—Es necesario,—me decía.—¿Qué dirán? No lo sé; digan lo que quieran, no quiero morir...

—Segun me iba acercando, reconocía que me faltaría valor para hablar. Entré, saludé, abrí la boca para decir la primera palabra, y dije otra; me fuí á acostar. Me costó mucho llegar á dormirme, pero luego tuve un sueño profundísimo y soñé mil cosas horribles. Cuando desperté todavía era de noche, y en el primer momento no me acordé del estado en que me hallaba; luego hirió mi imaginacion de tal suerte esta idea, que lleno de espanto me senté en el lecho. Entonces hice mil proyectos; irme á presentar al alcalde, contarle mi historia; no, mejor sería al Gobernador; mejor que todo sería irme derecho á mi antiguo principal y decirle francamente, con palabras que salgan del corazon:

—¡Soy inocente!—Todo me parecía natural

y fácil; se apoderó de mí una impaciencia invencible, me vestí de prisa y salí. Pero ¡ay de mí! al despuntar el sol, todos los bellos proyectos desaparecieron; pasé por delante del ayuntamiento; miré al centinela y seguí; llegué hasta la puerta de dos ó tres oficinas de periódicos, pero sin atreverme á entrar; parecíame que apenas estuviese dentro, todos á una, mirándome, dirían: —¡Vd. tiene hambre!—Decidí detener al primer conocido que encontrase para pedirle prestado alguna peseta; encontré á varios, los detuve, me preguntaron si no estaba bueno.—¡Qué! respondía, mirándoles con sospecha; y se separaron...

—Pasó el medio día: entonces comencé á sentir un agotamiento, una postracion que casi no podía tenerme en pié; me temblaban las piernas y la imaginacion trabajaba sin cesar como poseida por la fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en las personas, lugares y hechos de otras veces; tenía en mi cabeza tal confusion y tal vértigo que temía volverme loco. Luego, poco á poco, me sentí con una rabia y un odio contra todos los que encontraba... toda me parecía gente sin corazon que me hacía daño.—¡Pero es posible?—me decía;—soy yo verdaderamente el que se encuentra reducido á tal extremo. Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡yo tengo derecho á comer! Yo quiero vivir.—Más tarde sentí un dolor tan agudo en el pecho, una opresion y una angustia,

como si me destrozasen las vísceras. No sé dónde me senté, me puse en pié, casi no podía sostenerme, tomé una resolucion desesperada, fuí hácia un oficial, le detuve, le dije resueltamente:—¡Caballero!...—Me miró, yo volví en mí, y le pregunté qué hora era, me lo dijo y seguí mi camino...

—Me asaltó la idea de suicidarme, la deseché enseguida, apoderándose de mí la imágen de la hija de la señora en cuya casa vivía, como si fuera mi única salvacion. Ya era de noche, apresuré el paso cuanto pude, entré en casa, aún luché un gran rato, finalmente salió de mi boca aquella maldita palabra:—¡Tengo hambre!—La escena que siguió á esta revelacion mia fué angustiosa; aquellas dos pobres mujeres comenzaron á llorar de tal suerte, que partía el corazon... Pero una vez pronunciada aquella palabra no se podía volver á recojer... Ocurrió esto anoche... Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía salir en busca de trabajo, me acordé de su tarjeta, y vine. Hé aquí mi historia, y perdóneme si le he fastidiado con narracion tan triste y tan larga.

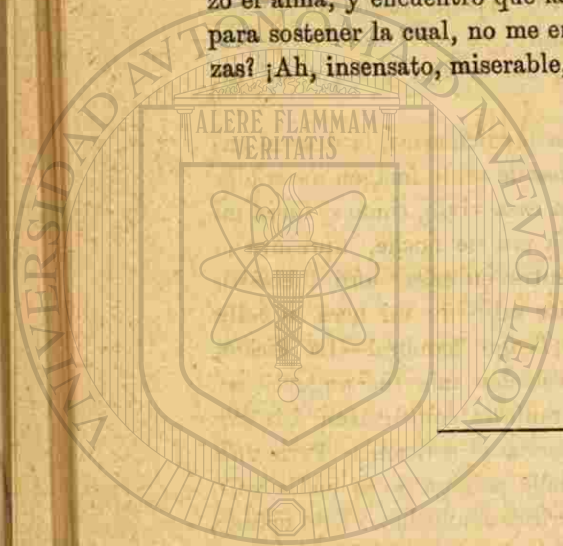
El jóven napolitano, que había escuchado con profunda atencion, le apretó la mano, diciéndole con voz conmovida:

—Se lo agradezco.

Se levantó de prisa, se fué á la habitacion inmediata, se asomó á la ventana, y levantando los

ojos humedecidos por las lágrimas al cielo, exclamó:

—¿Y soy yo el que se cree infeliz, y me destrozo el alma, y encuentro que la vida es una lucha, para sostener la cual, no me encuentro con fuerzas? ¡Ah, insensato, miserable, ingrato!



VIII.

Ricardo (nombre del joven napolitano) comenzó desde aquel mismo día á hablar y escribir á sus amigos y relaciones, con objeto de ver si encontraba un empleo para Alberto. Lo tomó con tal ardor, y con tan firme propósito de alcanzarlo, que todos sus pensamientos y deseos se reconcentraron en este punto; desaparecieron sus melancolías y renació la alegría. Tenía ya un fin, en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia se encontraban acordes; no se necesitaba más para despertar la nobleza de su corazón, hacía algún tiempo adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y á más de la compasión que le inspiraba, le hacía juntamente comprender y estimar por vez primera los grandes favores con que la naturaleza y la fortuna se habían mostrado pródigos para él.

—En suma—decía á menudo sonriendo—este

jóven me ha demostrado matemáticamente que yo debo ser feliz. ¡Ah, aquella malvada costumbre de no mirar nunca más que á nosotros mismos!...—Pero aun cuando tuviera muchos amigos é hiciera cuanto le era posible por alcanzar su intento, desde los primeros pasos tropezó con tantos obstáculos y perdió tantas ilusiones, que debió al fin convencerse de que la empresa era bastante más difícil de lo que en el primer momento había creído.

En todas partes encontraba una concurrencia imprevista y formidable, y poco á poco iba descubriendo con maravilla y espanto, la inmensa miseria escondida, decente, instruida y aun pudibunda que afluye en las grandes capitales, flotando á las puertas de las oficinas y de los palacios; una multitud perfectamente desconocida para él, de gente con el pelo y la barba larga, macilenta; de empleados cesantes, de profesores desocupados, de comisionistas despedidos, de oficiales expulsados, de editores quebrados, de viejos, de enfermos, de arruinados, que presentan como documentos comendaticios, libros, colecciones de periódicos, cicatrices, niños, resguardos del Monte de Piedad y cartas de diputados y senadores: necesidades, dolores, desventuras, respecto de las cuales, la condicion en que se encontraba Alberto, jóven sano y sin familia, era y podia parecer verdaderamente afortunada. En todos los cami-

nos que emprendía, se encontraba una multitud de hambrientos, y perdía los ánimos, viendo que casi nunca era la recomendacion de un hombre digno la preferida, sino más bien, la sonrisa de la dama casquivana, la insistencia molesta del charlatan, la palabra dada en buena ocasion, estando á la mesa juntos, entre un dulce y una copa de Champagne; en suma, que la intriga y el manejo oculto, eran los que dominaban. Pero al conocer ú oír hablar de tanta gente, para la cual, era gran fortuna hallar medio de no morir de hambre, y en medio de la misma dificultad de obtener un pedazo de pan para su protegido, hallaba una viva y jamás sentida complacencia, un goce sazonado por la paz y las comodidades de que se hallaba rodeado; mayor gusto para arrellanarse en su poltrona, cerca del fuego y despues de una buena comida, con el periódico entre las manos, pensando en aquella pobre gente «de pelo largo y barba macilenta» que por todas partes había encontrado: en las casas de banca, lo mismo que en los ministerios; sentimiento éste que no quería explicarse del todo, pero que alguna vez le avergonzaba, reprochando que se hubiera apoderado de su corazon, enturbiando la fuente de la verdadera y noble piedad, que, como él decía, debe ser un dolor. Pero por más que hacía, no acertaba á discernir, en aquella nueva alegría que sentía dentro de sí, lo que venía de la con-

ciencia, de lo que venía, del egoísmo para poder rechazar la parte impura, y gozar tan solo serenamente la satisfacción legítima. Se desesperaba.

"¡Así está hecho este embrollo del corazón humano!"



IX.

Entretanto, ponía todo esmero en ocultar á Alberto el mal éxito que tenían sus gestiones, ó al ménos, por cada esperanza perdida, le hacía entrever otra nueva, obligándole á conformarse con alegres palabras; según iba conociendo más profundamente su alma, tanto más se aferraba en su propósito. Alberto no se hacía ilusiones, sin embargo. De alguna palabra incierta, de alguna turbación fugitiva que sorprendía en su amigo y protector, coleccionaba la verdad; y cuanto más crecía el afecto y la gratitud hacia él, le faltaba la esperanza, y con ella la poca serenidad, que había penetrado en su alma después de los días de desesperación. Volvía á presagiar para sí un triste porvenir. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como si fuera un hermano ó un hijo, y él no dudaba un momento que se someterían alegremente á cualquier sacrificio por tenerlo en casa, hasta que hallase medio de

sostenerse. ¡Ah! ¡Pero cómo podría llegar á tener ánimos para seguir aprovechándose por más tiempo de su generosidad? El había aceptado su oferta, se había rendido á sus súplicas, con la esperanza de salir en pocos días de aquel estado y de poder pagar enseguida, á toda costa, su deuda de gratitud. Pero pasaban los días, y su condicion no mudaba.

Cada vez que se sentaba en la mesa, por más que aquellas dos mujeres tratasen de contentarle de todos los modos posibles, sufría su corazón. Aquel sentimiento de altanería, que el abandono, la desesperacion y el hambre habían acallado algun tiempo, se le presentaba ahora con más viveza y más celoso que nunca; y el sentarse á la mesa de otro sin pagar, comenzaba á parecerle una humillacion insoportable. El comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él; y la idea de obligarle á vivir de aquel modo, quizá por algun mes todavía, le horrorizaba. Hubiera podido valerse de las ofertas de Ricardo y pagar el pupilaje con su dinero. Pero estaba seguro que Julia espontáneamente, y la madre por consejo de Julia, no hubieran aceptado jamás un céntimo que pudieran imaginar fuese prestado. Estos pensamientos le ponían cada dia más triste, y esta tristeza se acrecentaba por la prevision de un dia no muy lejano, en que á toda costa debería alejarse de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente comenzaba á

quererla y á admirarla más de lo que hubiera pensado; cuando comenzaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando de hoy más, la vida no le parecía hermosa y deseable sino por ella; una noche mientras comían, y Julia se esforzaba por aparecer alegre, prorumpió él en sollozos.

X.

Aquella misma noche, la familia toda del abogado se hallaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta por un tapete verde, é iluminada por una gran luz. El padre escribía sin levantar jamás los ojos del papel; la madre leía, y en un rincón, jugaban y charlaban los hijos: una niña de ocho años, blanca y sonrosada como un niño inglés, y otros dos niños, uno poco mayor de seis años, y el otro de cinco. La niña tenía el pelo suelto, y siempre que reía, sacudía graciosamente la cabeza para echárselo á la espalda. A cada movimiento que el padre hacía, callaba de repente y hacía señal á sus hermanos para que callasen; luego continuaba hablando en voz baja y riendo. En el momento que el padre miraba con los ojos fijos, la boca entreabierta y la mano suspendida, como en actitud de decir:—¡Silencio!—estaba hermosa como un ángel, y la madre la observaba en este momento.

Sobre la mesa, al lado donde estaban los muchachos, había un billete de una peseta; el niño mayor lo cogió, y acercándolo á la llama de la lámpara, y mirando con timidez á su padre, dijo en voz baja á su hermana:

—¿Y si lo quemase?

—Yo creo—dijo ella en alta voz, y con acento en que se echaba de ver la satisfaccion de enseñar alguna cosa—con tal que no lo quemases todo, todavía podría servir.

El muchacho dijo que no lo creía.

—¡De seguro!—replicó la niña—yo lo sé.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Lo sé, porque lo he oído decir, y tambien estas tú, el dia que fuimos al Paseo Imperial; ¿te acuerdas de aquel señor que nos acompañó á la Puerta Romana, que hablaba con Carlota, y le decía que un amigo suyo había hallado un billete de cien pesetas, casi quemado del todo, que se lo había dado á él para que fuera á cambiárselo al Banco por otro entero? ¿Y que los del Banco habían visto que en el billete quemado había escrito un nombre, ó un número, y que por el número habían sacado que el billete había sido bueno, y que por esto se lo cambiaron? ¿Has entendido?

—¡Hombres acompañando á Carlota!—pensó la madre, apretándose los labios.

El abogado miró á su mujer, y dijo en voz baja:

—¿Has oído?...

—¿No es verdad, papá—preguntó la niña— que los billetes quemados, cuando queda un pedazo, los cambian en el Banco?

El padre indicó que sí, y siguió escribiendo. A los pocos momentos miró á su alrededor como si buscase algo; luego se levantó, tomó una luz y salió del cuarto.

La madre entonces interpelló á la niña:

—Amalia, véte y dí á Carlota que venga á mi cuarto, que tengo que hablarle.

Dicho esto, se levantó y salió.

Amalia corrió á dar el recado á Carlota, que era la niñera.

A los pocos momentos, volvieron á entrar ambas en la sala; aún no había vuelto el abogado.

—¿Dónde habrá ido?—preguntó la señora.— Amalia, véte á ver dónde está.

Mientras Amalia se levantaba, apareció su padre; le miraron; estaba turbado.

—¿Cómo,—preguntó él, mirando ora á su mujer, ora á la niña— cómo es que se encuentra en nuestra casa este objeto?

Y enseñaba una cosa de forma cuadrada y de color rojo que tenía en la mano.

Amalia se puso encendida como la grana.

—Amalia—dijo el padre— ven conmigo.

Se levantó la niña temblorosa, la cogió de la

mano y la llevó fuera de la sala, dejando á la señora y á los dos niños atónitos. De habitacion en habitacion, el padre y la hija llegaron á un cuarto bajo, sin ventanas, donde se amontonaban los trastos viejos y los cajones, y allí se detuvieron.

Acercó el padre la luz á un rincon, é indicando un agujero abierto en la pared, preguntó á Amalia:

—¿Eres tú la que ha escondido aquí este objeto?

—...Sí—respondió la niña.

—¿Cuánto tiempo hace?

—...Un mes.

El padre se quedó pensativo; luego cogió de la mano á Amalia, la llevó á una habitacion inmediata, se sentó, y preguntó:

—¿Cómo ha llegado á tus manos este sobre?

La niña rompió á llorar.

—Dí la verdad—replicó él.

Entonces Amalia, temblorosa, llorando, balbuceando, contó que una tarde, corriendo con sus amigas por los paseos del jardin Máximo de Azeglio, y precisamente cuando daba vueltas alrededor de un banco, había tropezado su pié con aquel objeto, y sin pensar que pudiera ser más que un pedazo de papel, se lo había metido en el bolsillo porque era encarnado y le gustaba. Luego, volviendo por el mismo sitio, había visto que un jóven se lamentaba con las niñeras, porque los niños le habían quitado una cosa, y ella había com-

prendido que se trataba precisamente de lo que ella había cogido, y quería restituirlo; pero se había agrupado ya tanta gente, y el joven se iba poniendo tan encolerizado, que no tuvo valor para adelantarse y decir que ella lo tenía. De pronto, la mujer que los había llevado al jardín, que era la niñera de los niños de una señora vecina, la había cogido de la mano para llevársela, diciendo:

—Ea, vámonos; si no vá á ocurrir un escándalo.

Y entonces ella se había arrepentido tanto de no haber devuelto el objeto, que hubiese vuelto atrás; pero era ya tarde. Mas una vez en casa, descubriendo que en el sobre rojo había un retrato, había decidido restituirlo á toda costa, y durante muchas noches, al ir al jardín, se lo había puesto en el bolsillo por si se encontraba con aquel señor. No le volvió á ver, y entonces, sin esperanza de encontrarlo, había escondido el retrato en el cuarto bajo sin decir nada á Carlota, pensando:

—¡Quién sabe! quizá le encontraré algun día, y entonces se lo podré devolver.

—¿Tú habías visto alguna vez á aquel caballero?

—Nunca, jamás—respondió la niña;—aquella fue la primera y la última vez.

Su padre, despues de mirarla con fijeza, le hizo señal de que se fuera; y ella, todavía con las lágrimas en los ojos, pero contenta por haber sa-

lido tan sencillamente del aprieto, escapó como un pájaro. El abogado se quedó pensativo, con el retrato en la mano. Le había encontrado en un agujero del cuarto bajo, por casualidad, buscando otra cosa. Despues de mirar la imágen, había vuelto el carton, haciendo un gesto de viva sorpresa. Por el revés había escrito:—A mi hijo Alberto. María P.—el nombre del escribiente que él había despedido. Debajo del nombre, había escrito en caracteres gruesos:—29 de Marzo, 27 pesetas.—Casa, 18, pagada:—Me quedan: 9.—Estas nueve pesetas estaban repartidas, comenzando desde el primer día de Abril, en siete partes iguales, un número debajo de otro, como para hacer una suma, y al lado de cada número había escrito en caracteres pequeños:—Pan y fruta.—El octavo día de Abril estaba señalado con un 8, pero sin indicacion alguna de gasto; en cambio había escritas con lápiz las siguientes palabras:

—¡A los veinte años! ¡Dios mio!

Recorriendo aquellos números y aquellas palabras, el abogado se había puesto pálido; luego se le ocurrió si aquel retrato le habían puesto á propósito en aquel sitio para que llegase á sus manos. En esta situación, y cuando volvió al comedor, é hizo aquella pregunta, y habiendo notado el enrojecimiento de Amalia, preguntó y supo todo lo ocurrido.

—¡Luego no es un artificio!—se dijo apenas

quedó solo.—¡Este retrato ha venido á mis manos por casualidad! ¡Este escrito dice la verdad! ¡Este pobre jóven no tenía dinero, no podía, pues, haberlo robado, era inocente; y yo le he ofendido, humillado, arrojado de aquí, condenándole á la miseria y al hambre!—añadió con voz conmovida y poniéndose en pié.—Es preciso ir en su busca, pronto, donde quiera que esté.

En este punto se detuvo, pasándose una mano por la frente.

—Pero la prueba—dijo—la prueba de que me he engañado, la seguridad entera y absoluta, ¿quién me la dá? ¿Qué fué del billete? ¿Quién puede haberlo cogido sino él?

Y volvió á sentarse pensativo.—¡Quizá cayó en el fuego!—añadió al cabo de un rato.—¡Si se habrá quemado mientras yo salí del gabinete?—

Aquella palabra "quemado" le trajo á las mientes la conversacion de Amalia, el jóven que había acompañado á Carlota, el amigo, el Banco... cruzando por su mente una vaga sospecha. Se levantó para ir á llamar á la niña, en el momento que entraba su mujer.

—Oye,—le dijo esta sonriendo,—he hablado con Carlota, y le he preguntado quién era el que la había acompañado cuando iba á paseo con la niña. No se turbó ni poco, ni mucho, contestándome con admirable desenvoltura, que es una persona de bien, y para probármelo me dijo que

es un íntimo amigo de un escribiente que goza de la mayor simpatía contigo.

—¿Qué escribiente?—preguntó el abogado. La señora dijo el nombre del antiguo amigo de Alberto.

—Y le pregunté tambien—añadió—qué cosa era el embrollo del billete. Diciéndome que en efecto el hecho era tal cual Amalia lo había referido; pero que ni en esto veía nada de malo porque el billete le habían encontrado en medio de la calle, y aquel caballero, antes de cambiarlo, había buscado inútilmente el dueño.

—¿Pero quién fué el que encontró el billete?

—Tu escribiente, el que te acabo de nombrar. El abogado se quedó pensativo.

—¿Pero y el retrato?—preguntó la señora.

—Véte,—dijo de pronto su marido,—y pregunta á Amalia cuánto tiempo hace y en qué día le habló del billete el que las acompañó.

Fué la señora.

—Tu rendido escribiente—volvió diciendo al cabo de un minuto—hizo cambiar el billete en uno de los últimos días del mes de Marzo.

—¡Ah!—gritó el abogado,—no cabe duda ¡por consiguiente!

Diciendo esto, sobrecogido por un sentimiento de piedad y de remordimiento, estropeó entre sus manos convulsas el retrato; luego, fijando su vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer una lágrima y le pidió perdon.

XI.

A la mañana siguiente, Ricardo salía de casa con anticipación, dirigiéndose hacia el bufete del abogado de Alberto. Habiendo salido vanas todas las esperanzas de hallar un empleo para el pobre jóven, habíase preguntado si no sería mejor intentar que volvieran á admitirlo en el bufete, procurándole de esta suerte, á la vez que el pan que necesitaba, una reparación de honor, á la que tenía perfecto derecho.—El abogado pensaba para sí por el camino:—No ha encontrado el billete, porque si así fuere, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, sin embargo, hacerle creer que fué hallado mucho tiempo después, hoy mismo, por otro empleado del bufete, con el cual me pondría yo en relación para inventar una historia verosímil. Si el billete verdadero ha caído en manos de alguno, éste, seguramente, no vendrá á decir:—Le he encontrado yo y vosotros sois unos impostores;—porque si hasta ahora

no lo ha restituido, no podrá restituirlo. Pero es preciso buscar quien se preste al engaño, ¿Y quién vá á rechazarlo, cuando yo vaya y diga:—Os doy mi palabra de honor, todos mis amigos están dispuestos á prestarla del mismo modo, de que este jóven no puede haber robado el billete? Y además... si ni así mismo sale bien la cosa, será siempre un bien que el abogado sepa que este jóven desgraciado tiene alguien que le estima y que lo cree inocente.

Hacia un día húmedo y melancólico que parecía prometer semana de lluvia. Una vez en la plaza de la Catedral, vió Ricardo mucha gente arremolinada alrededor del campanario de Giotto, particularmente en las dos verjas que cierran el espacio entre el campanario y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á uno qué había ocurrido.

—Se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario—respondió el interrogado, con el acento de piedad forzada y de sonrisa de complacencia satánica que se descubre en la cara de la mayor parte de los curiosos en semejantes ocasiones.

—¿Ha muerto enseguida?—preguntó Ricardo.

—¡Figúrese Vd.!—respondió el otro sonriendo de nuevo.—¡Cómo se ha desfigurado! ¡Hay un lago de sangre! ¡Vaya á verlo!

Ricardo siguió adelante; pero apenas había dado diez pasos, volvió piés atrás precipita-

damente, volviendo á preguntar á la persona de antes:

—¿Y quién es el que se ha arrojado?

—Un tal Rivarolo, dicen; un empleado, un hombre como de cuarenta años; ¡si viese cómo se ha aplastado la cara! Dá horror. Yo fuf de los que primero le vieron. Acérquese antes que lo cubran.

Ricardo emprendió su camino.

Al cabo de algunos minutos llegó al bufete.

Ya habia pensado con quién habia de hablar, y por esto, al entrar, preguntó directamente al portero quién era el empleado más jóven. El portero le dijo su nombre, el mismo que nosotros conocemos, y Ricardo, dándole una tarjeta, le suplicó que fuera á anunciarle.

A los pocos instantes, apareció el escribiente. Era una figura mezquina y vulgarísima, marcada por la petulancia de los jóvenes comerciantes, que charlan de modas con las señoras. Atildado como siempre, sonriente, se inclinó, hizo pasar á Ricardo á una habitación, cerró la puerta, y le preguntó con voz obsequiosa:

—¿En qué puedo servirle?

—Ricardo era un buen mozo, moreno y elegante con un par de ojos como saetas, y la actividad viva y espontánea del caballero napolitano que pone en embarazo á la gravedad un poco pesada de los septentrionales. Apenas se halló delante

del escribiente (sobre el cual no tenia la menor sospecha), le miró fijamente, segun su costumbre, con mirada fina y profunda que le obligó á hacer ligera inclinacion.

—Soy amigo de un conocido suyo—dijo enseguida con tono lleno de cortesía—el Sr. D. Alberto P., que fué por algun tiempo escribiente en este bufete.

El escribiente se inclinó de nuevo.

—He venido aquí—replicó Ricardo—no enviapo por él, al contrario, sin él saberlo, espontáneamente y por impulso de mi conciencia, á suplicarle que me ayude á cumplir un deber.

El escribiente hizo ademan de preguntar.

—El Sr. D. Alberto, como Vd. sabrá—prosiguió Ricardo—ha sido acusado de haber sustraído de encima del escritorio del principal, un billete de cien pesetas.

El jóven lanzó un suspiro como para decir:

—¡Así es!

—Pues bien—añadió con acento de resolucion—tal acusacion es falsa.

El escribiente se le quedó mirando con la vista turbada; pero no viendo sobre aquella cara ni siquiera la sombra de segunda intencion, se serenó é hizo ademan respetuoso, que quería significar:

—Tambien yo me inclino á creerlo así.

—Yo conozco al Sr. D. Alberto—continuó Ri-

cardo—le conozco hace mucho tiempo, íntimamente, y le creo incapaz de cometer una accion indigna; salgo garante como de un hermano mio; si ocurriera, otras cien personas estarían prontas á afirmar lo mismo; la pérdida del billete será una cosa inexplicable, pero Alberto es inocente. Se encuentra reducido á la extrema miseria, y sobre esto, deshonorado. De esta injusticia tendrá culpa la casualidad tan solo, quiero creerlo así; tanto más será deber de todos los que conozcan á Alberto, el hacer cuanto sea posible para restituirle lo que ha perdido. Sería forzoso que hallásemos medio de que volviera á ser admitido en el bufete, persuadiendo al abogado de que es inocente. Vd. que es jóven, que tiene corazon, que conoce al pobre infeliz, debe ayudarme. Pongamos cada uno lo que mejor podamos. Le aseguro que será una noble y buena accion. Busquemos medio de vencer á su principal.

El escribiente miró atentamente á Ricardo, y sintiéndose cada vez más seguro, exclamó con voz piadosa y compungida:

—¡Pero cómo hallar este medio, Santo Dios! ¡No hubo testigos, el billete no se ha vuelto á encontrar, nadie ha sabido dar explicacion...

—¡Pero se puede hallar este medio—replicó Ricardo, animado por la benévola disposicion del jóven—se puede inventar! ¡Desde el momento en que Vd. y yo estemos persuadidos de que Alber-

to es inocente!.. entre nosotros dos podemos combinarlo todo, sin que nadie se entere de nada, ni ahora, ni nunca. Créame, que se lo agradeceré toda la vida.

Diciendo esto, le apretó las manos y se las sacudió por un movimiento del corazon.

—¡Pero qué vamos á decir, qué vamos á inventar!—respondió el escribiente, rascándose la cabeza y fingiendo buscar.

—¡Se dice que el billete se ha encontrado—exclamó con vivacidad Ricardo—y se le presenta al abogado un billete de cien pesetas! El billete lo pongo yo; Vd. se presenta al abogado, fingiéndose contento de haber hallado la justificacion de un amigo, y le dice:

—¡Hé aquí el billete que Vd. creía que le habían robado, yo le he encontrado!

—¿...Yo?—preguntó el escribiente, turbándose ligeramente?

—¡Pero qué cosa más natural?—replicó Ricardo redoblando el interés y cogiendo de la mano al jóven.

—Pero...—respondió éste dudando—...encontrar un billete... intacto... despues de tanto tiempo... ¿dónde? ¿de qué manera? ¿cómo explicar el que desapareciera?

—Se puede explicar perfectamente. Combine mos juntos la explicacion: Héla aquí, por ejemplo. Cuando el abogado se levantó para salir de

su gabinete—donde Alberto estuvo solo un momento—al levantarse, hizo resbalar el billete al suelo; al pegar con la mesa, estaba la estufa encendida. El billete cayó encima de las brasas, y se quemó casi por completo. Lo recogió el portero de noche con otros pedazos de papel, en que iba envuelto, arrojándolo todo al cesto. Vd., buscando una carta perdida, metió la mano en la...
—¿Por qué le parece tan extraño?

Ricardo, levantando de improviso los ojos para mirar al escribiente, había cogido al vuelo una expresión tan inesperada de turbación, que no había podido menos de soltar aquella interrogación brusca. Sin pensarlo, había propuesto como fingido lo que en efecto había pasado, con la sola diferencia de que la mano no la había metido en la cesta, sino el día después de perderse el billete, en lugar de meterla en el mismo día, como Ricardo proponía.

—¿Por qué le parece tan extraña?—repitió éste, fijándose con más atención en el escribiente.

Este había perdido totalmente la brújula.

En lugar de remediar como mejor pudiera la primera imprudencia, se estuvo un momento sin responder, encendido, confuso, mirando por aquí y por allá el pavimento, y luego de mala gana, dijo:

—No... Yo no quiero meterme en estos enredos... ¡y no quiero... que nazcan sospechas!... y

...—Sospechas...—murmuró el escribiente en el colmo de la confusión—sobre mi honradez.

—¿Sobre su honradez?—exclamó Ricardo mirándole bien á la cara.—¿Pero qué es lo que usted quiere decir?

—¿Sí señor!—respondió en voz alta el escribiente, que habiéndose apercebido del paso en falso que había dado, hubiera querido levantarse, y no sabía ya dónde agarrarse, y hablaba á la ventura.—¿Sospechas sobre mi honradez! ¡Mi honradez está por encima de toda sospecha! ¡Soy bastante conocido! ¡Nadie podrá decir nada contra mí! ¡Pregunte á mis amigos, á mi jefe, á quien quiera! ¡De esto no hay que hablar! ¡Yo ni entro, ni quiero entrar en esto! ¡Ha comprendido? ¡Y Alberto que piense en sus cosas y deje en paz á quien no le molesta para nada! ¡Hemos concluido!

Ricardo no pudo menos de echarse á reír á carcajadas.

—¿Sabe Vd. que—dijo cruzándose de brazos y abriéndose de piernas—se diría que el ladrón es usted?

El escribiente se puso como muerto, y retrocediendo hacia la puerta, gritó con voz sofocada:

—¡Mire bien lo que dice!

—¡Ah, ahora empiezo á comprender!—respondió Ricardo poniéndose el sombrero y echándose hacia adelante.

De pronto se detuvo. Una mano desconocida

había aferrado la mano del escribiente en el umbral de la puerta. Este se volvió bruscamente, y viéndose frente al abogado, dió un respingo hácia atrás, permaneciendo un momento de espaldas contra la pared, hecho una estatua.

—Está bien... sí—murmuró luego con un hilo de voz—¡yo soy!

Y se alejó lentamente, resbalando contra la pared, como un muchacho que se ve amenazado de un puntapié.

XII.

Julia se había levantado aquel día temprano, había dormido poco y agitada por sueños dolorosos. La noche anterior le había parecido que Alberto estaba más desconsolado que de costumbre; más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y después de haberle confortado largamente para que tuviera ánimo, no había alcanzado más respuesta:—¡Oh, Julia, yo no puedo vivir así!—Ella se había acostado con el corazón traspasado por estas palabras, y al despertar, le parecía oirlas todavía.

Se vistió deprisa y fué á llamar al cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado:—Adelante, —dicho con voz cansada y melancólica. Nadie la respondió, nadie; abrió y entró. No estaba Alberto. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela casi consumida. Se acercó luego á la ventana y miró hácia fuera;

el cielo estaba de color de plomo y encapotado; un vago presentimiento de desventura le entró poco á poco en su corazón; volvió á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza sobre una mano, y comenzó á pensar, sumergida en profunda melancolía.

Al cabo de algun tiempo apareció su madre, se sentó frente á ella sin decir palabra.

Llamaron á la puerta, Julia fué á abrir, y una vecina vieja introdujo la cabeza diciendo:—
¿Sabeis la novedad que ha ocurrido?

—No sé nada, respondió la muchacha.

—Un hombre se ha tirado del campanario de Giotto abajo.

—¿Cuándo?—preguntó Julia.

—Anoche.

—¡No, no, esta mañana!—dijo otra mujer que llegaba en aquel momento al descanso de la escalera, con un lío bajo el brazo—me han dicho que esta mañana, entre seis y siete.

—¿Quién era?—preguntó Julia.

—¿Quién lo sabe!—respondieron á una ambas mujeres.

—Julia se quedó pensativa un momento;—luego dijo para sí:—¡Pero qué!—sonrió, y luego otra vez se puso pensativa.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó su madre.

—Se ha arrojado un hombre desde el campanario de Giotto—le respondió Julia entrando en el cuarto.

La madre hizo un gesto de horror, y mirando con los ojos fijos á la hija, despues de un momento de duda dijo en voz baja con vigor:—¡Dios mio!... Si fuese...

—¿Quién?—gritó Julia

—¡Alberto!—murmuró aterrorizada la pobre vieja.

—¿Alberto?—respondió la muchacha con un acento indefinible de sorpresa y de espanto:—¡fíjate en lo que dices, madre! ¿Estás loca?... ¡Ciertas cosas no se deberían pensar siquiera!—y se echó á llorar.

—Parece—dijo otra mujer que pasaba y se detuvo delante de la puerta—que el que se ha arrojado del campanario es un empleado.

—Lo que yo digo—gritó Julia lanzándose hácia la puerta—es que nos dejes vivir en paz. ¡Idos á otra parte con vuestra conversacion! Pero, ¡Santo Dios!—añadió luego acercándose á su madre;—bien podía haber dicho algo antes de salir, y no dejarnos aquí en situacion de pensar todo lo que pueda ocurrirle. ¡Vaya una manera: irse sin decir una palabra!... ¡Oid!—gritó corriendo nuevamente al descanso de la escalera y deteniéndose á las mujeres, que ya se iban, murmurando:—¡perdonad!... ¡decidme!—Luego otra vez se volvió al lado de su madre:—¡Madre, no sé por qué tengo miedo!—Despues otra vez se fué donde estaban la mujeres:—Pero quién es el que os ha

dicho que fuese un empleado? ¿Cuándo se tiró?
¿Por qué?

—Por miseria,—respondieron las mujeres—
¿se comprende!

—¡Por miseria!—gritó Julia con voz desgarradora.

—Pero ¿qué es lo que teneis?—preguntaron á una las vecinas.

—¡Que qué tengo!—dijo la muchacha con la cara pálida y alterada.—Que se apodera de mí la desesperacion, hé ahí lo que tengo, que no sé lo que me hago.

—¿Quizá tiene miedo de que sea el jóven que está con Vds.?

—¡Sí!—contestó Julia, dando vueltas como una loca por la habitacion en busca de su manton;—¿todavía no lo habeis comprendido?

—¡Pero si no puede ser!—exclamaron las vecinas.—¡Aquiétese! ¡No debe ser él!—y trataban de detenerla.

—¡Dejadme pasar!—gritó Julia, lanzándose hácia la puerta.

—¡Pero si no es él!—gritaron en coro las vecinas y la madre, cogiéndola por el brazo.—¿Dónde quieres ir?—¡Tranquilízate, por caridad! No es él.

—Dejadme ir—gritó la muchacha fuera de sí. Se desasíó con un violento esfuerzo lanzándose como una saeta por la escalera.

Dos desconocidos la detuvieron.

—¿Está en casa Alberto?—le preguntó uno de ellos.

Julia dió un paso atrás, le miró, y respondió con afanosa voz.

—¡No!—¿Quién es Vd.?

—Yo soy el abogado B***—respondió éste, mirándola lleno de maravilla.

—¿Ah, sí?—gritó Julia mirándole con expresion de locura;—y se atreve á poner el pié en esta casa... ¡Asesino!—

Diciendo esto se lanzó sobre él y le golpeó la cara con la llave.

Luego cayó en los brazos de las mujeres, exclamando:— ¡No! ¡no era un ladron!—y perdió el sentido.

—Váyase,—dijo Ricardo al abogado.—No está bien que se quede aquí, yo lo explicaré todo, dentro de un momento vuelvo á su casa.—Y se inclinó sobre Julia, mientras el abogado bajaba las escaleras, aturdido, enjugándose la cara llena de sangre.

XIII.

A las pocas horas Ricardo se había ido y Alberto llegaba á su casa. Con gran maravilla suya, se encontró á Julia tranquila y sonriente. Antes de todo le estuvo mirando un rato; luego le preguntó la razón de aquella tranquilidad. Julia puso en sus manos una carta, diciendo que la había traído un caballero. Alberto leyó:—"Se suplica al Sr. D. Alberto que tenga la bondad de pasar esta noche á las siete á la calle de (venía expresada la calle, el número y el piso), en donde se le dará una respuesta á su pregunta de hace dos días; que espero sea favorable. Ricardo."

—¿Qué petición es?—dijo Julia.

—La petición de un puesto de escribiente en la oficina de un ingeniero,—respondió Alberto con tristeza.—Iré... á que me digan lo de siempre:—"Vuélvase por acá dentro de un mes."

—¿Pero quién vive en aquella casa?

—No lo sé.

Julia hizo un gesto de alegría, repitiendo:—
¡No lo sabe!

Y Alberto no dijo ni una palabra más.

XIV.

A las siete en punto llamaba Alberto á la puerta de la casa que Ricardo le había indicado. Vino á abrirle un criado con una luz en la mano, le hizo atravesar dos ó tres habitaciones, y abriendo una puerta, le suplicó que entrase y esperase unos minutos.

Entró, y el criado cerró la puerta al marcharse. Era una sala bonita, con rica alfombra, iluminada por espléndida luz colocada en medio, sobre una mesa. Alberto se sentó y esperó. Las paredes estaban adornadas con espejos y cuadros, las mesas cubiertas de flores, de libros dorados y de bagatelas; en un rincón, sobre esbelta columnilla, se alzaba linda estatua de alabastro con un brazo extendido, que parecía señalarle á él; por todas partes brillaban mil objetos. Hacía mucho tiempo que no había visto sala tan encopetada y hermosa. Tocó al respaldo de una poltrona que tenía al lado; era de terciopelo.

Miró á sus piés; había una piel de tigre. Se volvió, y se encontró bajo gran campana de cristal un reloj de bronce. Por todas partes, donde dirigía su vista, se hallaba con objetos que valían lo ménos tres veces el sueldo suyo de un mes. Se estuvo gran rato mirándolo todo con la curiosidad del niño; las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los cordones de las campanillas, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió dentro de sí inmensa tristeza. Aquel esplendor le ofendía como una burla á la miseria; aquella estatua que le señalaba con el dedo, le hacía el efecto de una persona viva que le dijese:—¡Véte con Dios!—el pensamiento de que en aquel momento apareciera alguno, le turbaba; hubiera preferido esperar aún un rato más; hubiera querido esconderse, salir de puntillas; casi se arrepentía de haber venido.

—¡Qué hago yo aquí?—pensaba.—¡Qué es lo que espero? ¡Cómo puede ser posible que la gente feliz se cuide de mí?—Le pareció que oía un ruido como el que hacen las señoras al andar, se puso de pié, y mirándose al espejo, advirtió que se había puesto encendido. Se sentó otra vez y se puso á escuchar atentamente. Por fin, se apoderó de él una inquietud, una rábia de verse obligado á estar allí solo, en medio de aquella riqueza que le humillaba, en aquel estado de dolorosa espectación.... Recordó las muchas veces que había espe-

rado, de un mes á aquella parte, en otras casas, largas horas, para oír al fin contestar:—No tenemos necesidad de nadie.—Se acordó de las sonrisas compasivas de los criados y de los ugières, cuando le veían marcharse con la cabeza baja; los ratos de impaciencia de aquellos á quienes se había dirigido con súplicas; todos los desengaños, los sacrificios del amor propio, las humillaciones sufridas en presencia de gente desconocida; todo ello se le amontonó en la cabeza, con los días en que tuvo que sufrir hambres, oprimiéndole el corazón. Y llegó á preguntarse si tendría que arrastrar todavía por mucho tiempo una vida tan triste. ¿Qué delito había cometido? ¿Qué pena pesaba sobre su cabeza?—Yo no pido más que trabajo—dijo luego en un ímpetu de desconsuelo—¿deberé por consiguiente morirme de hambre? ¿Tendré que robar? ¿Tendré que suicidarme?—Se puso en pié, sentía dentro de sí una sensación que jamás había experimentado, hubiera despedazado cuanto tenía á la vista.

—¡Oh, al fin!—dijo con voz ahogada, mirando con siniestra mirada hácia la puerta.—¡Estoy cansado! ¿Qué hacen estos señores? ¡Animo, fuera, gente sin corazón! ¡Aquí espera un mendigo!

Estuvo esperando un minuto, y luego, cogiendo el cordón de la campanilla, se movió como para salir.

En este momento llegaron á su oído, de la ha-

bitación inmediata, los acordes suaves y apagados de un piano, tocado por ligerísima mano. Se detuvo y volvió á sentarse. La música fué haciendo poco á poco más ruidosa, luego de nuevo apagada, y fuerte otra vez; parecía el murmurar de persona conmovida que dijera cosas tiernas y alegres á un amigo melancólico, y que las dijera de prisa, con afán, deteniéndole; parecía una mezcla de voces de mujer, de niños que confortasen á un infeliz; le recordada la ansiosa voz de Julia, cuando decía:—No, no hables así, ten ánimo, espera todavía.

Alberto apoyó la cabeza sobre una mano, y pensó en Julia con sentimiento de tristeza y de ternura.

XV.

Una niña rubia, blanca y sonrosada, vestida de blanco, con el cabello suelto, se adelantó tímidamente hacia él, seguida por dos niños, uno de seis y el otro de cuatro años, que vinieron á ponerse delante, con atónitos ojos.

La niña se detuvo á dos pasos de Alberto, abrió una hoja de papel con las manos temblorosas, y dijo poniéndose encendida, en voz baja:

—Tengo que leer la carta.

—¿Qué carta?—preguntó maravillado Alberto.

—La carta—respondió la niña—que ha escrito papá hace un momento, y me la ha dado para que viniese á leerla aquí, al señor que estaba esperando en el salon.

—¿Y quién es tu papá?—preguntó Alberto mirando alrededor de sí.

La niña pronunció el nombre de su padre.

Alberto dió un salto hacia atrás, como si hubiera recibido un empujón en el pecho. Desde la

cabeza á los piés se mezcló toda su sangre. En un momento se acordó de todo; de la acusacion de ladron, de la miseria, del hambre, de todos los sinsabores que de hace tanto tiempo sufría por causa de aquel hombre, y creyó ahogarse de rábida y de ódio. En el primer momento, tuvo tentaciones de cojer la carta, despedazarla, arrojándola á sus piés, y extendió su brazo... Pero se encontró con la mirada tímida y graciosa de la niña, que le contuvo; de encendido se puso pálido, pasó una mano por su frente, que ardía, se dominó, y dijo con la voz alterada:

—Lee, pues.

La niña comenzó á leer:

«Sr. D. Alberto: He tenido la prueba de su inocencia, y al mismo tiempo, he sabido cuáles fueron las consecuencias de mi deplorable error, todo lo que ha sufrido por mi causa, y la nobleza de su corazon. Ahora tengo por mi parte un deber que cumplir; el suplicarle que vuelva á mi bufete, al ménos una sola vez, para que yo pueda declarar solemnemente en presencia suya y de todos mis dependientes, que estoy avergonzado y desolado de haber calumniado, en un momento de aberracion, á un hombre honrado. ®

«Y no basta esto. Puesto que la ofensa ha sido mortal, yo tengo que pronunciar la palabra que mayor sacrificio suele costar al orgullo; pero la pronuncio sin esfuerzo, sin vacilacion, con la

«frente levantada, con el corazón en los labios,
 «con los ojos llenos de lágrimas, que serenán mi
 «espíritu:—¡Perdóneme, Alberto!—Es un hom-
 «bre anciano quien pide perdón á un jóven de
 «veinte años, es un padre que lo pide por medio
 «de sus hijos. Béselos en la frente á los tres, Al-
 «berto. No le pido otra respuesta. Si cuando vuel-
 «va á casa, me dicen:—¡Nos ha besado!—diré
 «para mí:—¡Me ha perdonado!—y les apretaré
 «contra mi corazón con inmenso placer y recono-
 «cimiento.»

Calló la niña, y levantó sus hermosos ojos azules, lacrimosos, para mirar á Alberto.

Este permaneció un momento aturdido, respirando penosamente, y mirando á su alrededor, para asegurarse de que aquello era una realidad y no un sueño. Luego, toda su alma se iluminó de repente, todo su fondo bueno y generoso se despertó con ímpetu irresistible, arrancó la carta de manos de Amalia, la miró, la deshizo con las manos convulsas, sonriendo, prorumpió gritando con temblorosa y sonora voz:

—¡Sí, sí! ¡Perdon, perdon, perdon!

Diciendo esto, se arrojó sobre los niños, les abrazó á los tres, apretándoles contra su pecho, y comenzó á dejar caer sobre las cabecitas rubias una lluvia de besos apasionados.

En este momento se abrió la puerta, y apareció en el umbral el abogado.

Alberto se lanzó hácia él.

El abogado detúvole con una mano. En aquella mano había un retrato. El jóven lanzó un grito de alegría y de asombro:

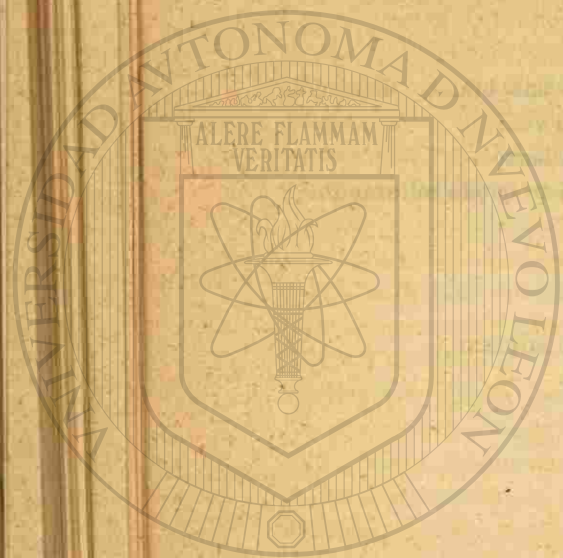
—¡Mi madre!

Entonces le extendió sus brazos, diciéndole con cariñosa y conmovida voz:

—¡Aquí, mi querido Alberto!

Y Alberto se abrazó á su cuello sollozando.

FIN DE LAS NOVELAS.



ÍNDICE.

	Páginas.
CAMILA.—Cuento.....	1
LA CASA PATERNA.—De las memorias de Wilelm van Minden.....	95
FURIO.....	117
MANUEL MENENDEZ.—Narracion.....	215
UN GRAN DIA.....	257
ALBERTO.....	285

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA DE LA BIBLIOTECA

